

Olivia Ardey

Los hombres
de Texas no
hablan de
amor



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	

Epílogo

Y como regalo final...

La leyenda de las flores azules

La leyenda de los vaqueros en el cielo

La leyenda de la roca encantada

Gracias, siempre gracias

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Jasper Blanchard aceptó de mala gana el encargo de pasear a un estudiante por los alrededores del rancho. Boquiabierto, vio cómo llegaba a la terminal del aeropuerto una rubia de largas piernas. Sam, el joven empollón que esperaba, resultó ser Samantha. La prioridad de Samantha Larson era recabar datos para su investigación académica, pero lejos de casa no iba a desaprovechar la ocasión de disfrutar al límite de aquellas vacaciones. Sin embargo, las apariencias engañan. Ni Jasper es inmune al amor, ni Sam es tan ingenua como para arriesgar su futuro por el vaquero con la mirada más sexy de Texas.

Cuando años más tarde Sam vuelve al rancho Blanchard, Jasper no la recibe de buena gana. No sabe que Sam ha regresado con una herida en el alma que solo él puede curar, si es capaz de perdonarla por mantenerla en secreto.

LOS HOMBRES DE TEXAS NO HABLAN DE AMOR

Olivia Ardey

Esencia/Planeta

A todas las madres. Y, en especial, a la mía

Cómo te atreves a volver, a darle vida a lo que estaba muerto...

MORAT, *Cómo te atreves*

Prólogo

Houston, Texas, julio de 2010

«Ve y no se hable más. Compórtate como un caballero texano.» En los oídos de Jasper Blanchard aún resonaban las palabras de su madre cuando lo envió casi a empujones hacia el todoterreno.

Y allí estaba ahora, de brazos cruzados, convertido en el embajador de la hospitalidad texana. Los altavoces habían anunciado hacía media hora la llegada del vuelo procedente de Nueva York. O mucho se demoraban las cintas de transporte de equipajes o la gente que llegaba en aquel avión lo hacía cargada de maletas para que los empleados no dieran abasto. De momento, por la puerta de pasajeros no salía ni un alma. Jasper disimulaba con el brazo caído el cartel donde había escrito el nombre del chico que esperaba por encargo de su madre, un estudiante yanqui. No es que le molestara escaquearse una hora o dos del trabajo en el rancho. Pero, cuando tenía ocasión de hacerlo, prefería emplear ese tiempo en cosas mejores que hacer de chófer para un adolescente con la cara llena de granos. Un crío de ciudad.

Las puertas se abrieron y, como se sentía un poco idiota levantando la cartulina como hacían otros a su alrededor, trató de localizar con la mirada, de entre todos los que salían tirando de sus maletas, a algún chaval con gafas de pasta que viajara solo. No dejaba de salir gente, pero no había ni rastro del -empollón solitario. Ya era mala suerte que el tal Sam Larson fuera de los últimos. Divisó a un chico con la gorra del revés, a lo mejor era él. Pero no, corrió hacia la derecha y se abrazó a una mujer con el pelo rojo y tan corto como un marine.

—Vaya mierda —murmuró, levantando el letrero con ambas manos.

Estiró el cuello para ver mejor entre el gentío que se amontonaba; los que llegaban y sus familiares alargaban los abrazos y aquello empezaba a parecer la salida de un partido de béisbol.

Una rubia muy agradable a la vista, aunque no llegara al nivel de despampanante, se acercó a él con un enorme maletón. Que no se dijera que no existía la caballerosidad texana, se recordó, tal como le había encomendado su madre, dispuesto a resolver cualquier duda que tuviera la forastera en apuros. Un taxi, la cafetería más cercana, las líneas de autobús. Cualquier cosa que precisara, allí estaba él para echarle una mano. Lástima que por culpa del adolescente de visita que le habían encasquetado no pudiera echarle las dos. La chica se plantó delante de él y Jasper le regaló su mejor sonrisa.

—Me imagino que tú eres Jasper Blanchard. Encantada, soy Sam Larson.

A él se le borró la sonrisa de golpe.

—¿Sam? ¿Tú eres Sam Larson? Esperaba a un estudiante.

—Lo soy. Estudio en la Universidad de Nueva York.

Así que era eso. Esperaba a un chico de bachillerato. En ningún momento pensó que se tratara de un universitario. Y, mucho menos, de una universitaria. Era un error preconcebir ideas; tomaría nota para no volver a sentirse tan tonto como en ese momento. Le estrechó la mano que le tendía mientras ella le hacía un repaso visual desde las puntas de las botas hasta el sombrero Stetson. Jasper se descubrió la cabeza por cortesía; hasta entonces no había caído en la cuenta.

—Eres el primer vaquero auténtico que veo en carne y hueso.

—Un placer... ¿De qué te ríes?

—De tu acento, me encanta cómo arrastráis el final, con pereza —dijo imitándolo, y Jasper le cogió la maleta sin hacer comentarios.

Aunque en un principio ella se opuso, acabó aceptando su amable gesto. El sombrero ya había vuelto a su sitio.

—Gracias por venir a recogerme, Jasper.

—No hay de qué. Sam —pronunció, mirándola con atención—. ¿Qué

nombre es ése para una chica?

—Es una vieja historia.

—Estoy deseando oírla —afirmó mientras se dirigían al aparcamiento.

—Te aseguro que no tiene ningún interés.

Jasper sacó su móvil del bolsillo y fingió mirar un mensaje. Un truco para demorarse y andar unos pasos por detrás de ella. «Ningún interés»... Él no pensaba lo mismo. El empollón con acné que esperaba acababa de convertirse en una rubia con un culito espectacular. De repente, el verano se había puesto muy interesante. Y era largo. Lo bastante para conocer la historia que aquella preciosidad no quería contarle.

Nueva York, junio de 1994

Habían empezado las vacaciones. Ya no tenía que ir al jardín de infancia y en septiembre comenzaría en el colegio de verdad. Samantha estaba contenta porque ese día acompañaba a mami a su trabajo, como algunos sábados, cuando para los niños era fiesta y para los mayores no. Viajar en el autobús era como ir de excursión.

Desde casa hasta el trabajo de mamá había muchas paradas, y las contaban juntas hasta que Samantha perdía la cuenta cuando pasaban cerca del aeropuerto de La Guardia y se distraía contemplando los aviones que despegaban y bajaban del cielo cargados de pasajeros. Ellas vivían en Jackson Heights, y la casa tan grande y bonita donde ella trabajaba estaba en Malba, que, aunque también pertenecía a Queens, quedaba lejos porque éste era un barrio muy grande. Mamá le había estado contando durante el trayecto que, cuando se acercara el momento de volver a clase, irían a probarle el uniforme nuevo. Le compraría lápices de colores nuevos, sin las puntas gastadas, un estuche y una mochila nueva para los libros. Después de bajar en la última parada de Parsons Boulevard, siempre continuaban dando un paseo. A Samantha le gustaban mucho aquellas viviendas con jardín que parecían castillos. Su madre le había explicado que no les hacían falta vallas de hierro puntiagudas ni tapias con setos porque en Malba no entraban los ladrones, las malas personas no se atrevían a dejarse caer por allí.

Samantha sabía que iba al trabajo con mami porque sólo estaban ellas dos, no tenía un papá con quien dejarla los días que el colegio estaba cerrado. Y en casa de las vecinas se aburría. La que vivía en el tercer piso la sentaba a su

lado en un sofá que olía a pis de gato para que se entretuviese viendo la televisión. Y la vecina del cuarto se pasaba el rato fumando asomada a la ventana como si ella fuera invisible.

Prefería acompañar a mamá a Malba, donde había tantos jardines con flores de todos los colores. La cocina de la señora McCoy era tan grande como el apartamento donde vivían ellas dos. Mamá planchaba la ropa tan bien que muchas personas querían que planchara la suya, por eso iba dos veces a la semana a casa de los McCoy. La señora McCoy siempre le daba las gracias porque su marido llevaba las camisas lisas y pulcras, como recién estrenadas. También trabajaba en otras casas, pero no eran tan bonitas como aquella. De todas, era la que más gustaba a Samantha. La doncella era simpática, pero Bertha aún lo era más; ella era la cocinera de la casa y siempre le daba galletas de avena que horneaba con arándanos y chocolate blanco. Una vez dejó que la ayudara y ella disfrutó mucho golpeando la tableta de chocolate con un morterito de madera hasta que quedó en un montón de pedazos del tamaño de la uña del dedo meñique.

Esa mañana, mientras mamá se ocupaba de su tarea en el cuarto de la colada, Bertha la sentó a la mesa de la cocina y le pidió que se entretuviera dibujando porque acababa de llegar el pedido del supermercado y estaba muy ocupada guardando cada cosa en su sitio.

A Samantha le gustaba dibujar. Siempre que tenía que acompañar a mamá al trabajo acarreaba su mochila rosa de *La bella durmiente*, que no se llamaba Bella, sino Aurora. Bella era otra princesa, la del vestido amarillo tan bonito para bailar. Llevaba cuaderno y un estuche con colorines para no molestar mientras Bertha, la chica morena y mamá estaban ocupadas.

La chica morena limpiaba con un plumero las habitaciones de la casa, que estaban llenas de jarrones de cristal, cuadros, lámparas como racimos de uva que parecían diamantes y muchas cosas delicadas. Samantha había dibujado tres árboles y se esmeraba en colorearlos sin salirse de los bordes cuando

entró ella con su plumero y la felicitó por lo bonitos que le habían salido. Entonces se oyó un golpe.

—¿Qué ha sido eso?

Samantha vio a la chica correr hacia el cuarto de la colada.

—¿Mami?

Estaba tumbada en el suelo, delante de la tabla de planchar. Se había desmayado. Samantha lo sabía porque en casa ya le pasó una vez y se despertó enseguida.

—¡Bertha! Llama a emergencias, ¡rápido!

La señora McCoy entró en la cocina al oír los gritos de la joven, también corrió al cuarto de la colada y se puso muy nerviosa.

—Bertha, llévate a la niña arriba y avisa a emergencias. Voy a ver si todavía está en casa el doctor Morgan, quiera Dios que aún no se haya marchado a su consulta.

Bertha la cogió en brazos y la subió por la escalera hasta el despacho del señor. El tic y tac de los tacones de la señora McCoy se oía desde allí. Samantha oyó a la cocinera hablar por teléfono muy alterada. Dijo que Jane había perdido el conocimiento. Cuando colgó el auricular, la cogió en brazos otra vez.

—Jane es mi mamá.

—Sí, bonita.

—Se ha quedado dormida. Va a venir un príncipe y le dará un besito para que se despierte.

—¡Ay, tesoro! —gimió Bertha, y la abrazó muy fuerte.

—Había pensado preparar lomo al horno y un rehogado de zanahorias y menta para acompañarlo —comentó Bertha.

Como cada mañana, la señora McCoy decidía junto a la cocinera el menú

del día.

—¿Te importaría hornear, de paso, un pan de maíz? Ya sabes cuánto le gusta a Anthony.

—Desde luego. Y, para la cena, una ensalada de langostinos.

Aunque no era lo corriente, se tuteaban porque Bertha Callum ya cocinaba para ella cuando aún se llamaba Krystle Bishop. Durante años había trabajado para los Bishop, una de las familias consideradas la élite de la élite, ya que descendían de uno de los cinco propietarios del terreno en el que en los años veinte construyeron aquel pequeño paraíso, oasis de paz y elegancia en pleno Nueva York. Y lo bautizaron con la unión de las iniciales de sus cinco apellidos. Los Bishop eran la «B» del selectísimo y exclusivo barrio de MALBA. Cuando la mayor de las hijas se casó con Anthony McCoy, heredero de la compañía editorial McCoy & Son, y el novio compró una casa en la calle de al lado, Bertha Callum se mudó con el joven matrimonio.

—Me parece perfecto el menú —dijo Krystle McCoy—. Bertha, ¿sabemos algo de la niña de Jane? No dejo de pensar en ella.

Había transcurrido una semana desde el fallecimiento de la asistenta. Todo el barrio seguía conmocionado ante la muerte súbita de una mujer tan joven. En aquella casa, mucho más, por motivos obvios.

—Es una pena. Quién iba a imaginar que padecía del corazón. Yo creo que ni ella misma lo sabía.

—No se me va de la cabeza —suspiró con pesar—. Tan valiente, sacando adelante a su hijita. Y la ha dejado sola en el mundo.

Bertha Callum fue quien había insistido en que contratara a Jane Larson, pues sentía una secreta simpatía hacia ella, dada su condición de madre soltera. Krystle McCoy se felicitó de haberlo hecho, porque demostró ser una trabajadora ejemplar. Y ahora la pequeña Samantha Larson se veía sola en el mundo con cinco años.

—No está sola. Un hermano de Jane se ha hecho cargo de ella, creo que es el único que tenía. Nunca me habló de más parientes, me parece que los

padres murieron y sólo quedaban ellos dos.

—Al menos la niña tiene a alguien que cuide de ella.

—No es un gran consuelo —refunfuñó la cocinera.

—¿Por qué razón?

—Sólo se acercaba a Jane para pedirle dinero. Una vez tuve que echarlo de aquí porque se presentó en la puerta de la cocina preguntando por su hermana. Iba completamente bebido.

—¿Sabes si está casado?

Krystle pensaba que, de ser así, su mujer se ocuparía de criar a la pequeña.

—¿Quién querría casarse con un vago como ése?

—Me preocupa que las asistentas sociales hayan dejado a la niña a cargo de un hombre que, por lo que dices, no es capaz ni de cuidar de sí mismo.

—Paddy Larson es su tío.

—Sí, lo comprendo —admitió con desazón.

La cara de circunstancias de Bertha tampoco era tranquilizadora.

La casa de tío Paddy era fea y oscura.

Él le había explicado que no entraba mucha luz porque el apartamento se llamaba *sótano* y por eso tenían que bajar la escalera en lugar de subirla hasta llegar a la puerta. A Samantha no le gustaban los muebles viejos y gastados. Tampoco le gustaba no poder asomarse a las ventanas porque estaban muy altas, cerca del techo. Pero tío Paddy dijo que no podían vivir los dos en su casa de siempre porque en Jackson Heights los alquileres eran más caros que en aquella parte de Queens.

Tío Paddy siempre estaba alegre. Parecía entusiasmado con la idea de vivir allí. Samantha ya sabía que mamá se había marchado al cielo. Al principio creyó que tardaba demasiado en volver a por ella, luego le contaron que no iba a regresar, y ella se ponía muy triste al recordar que se había ido sin

decirle adiós. Cuando se le pasaba la penita, pensaba que todos se equivocaban y mami volvería en el momento menos pensado. ¿Cómo iba a marcharse sin ella?

Samantha había dejado su ropa en el cuartito que tío Paddy le había preparado. Le gustaba su nueva cama pegada a la pared, debajo del hueco de la escalera. Parecía una casita de muñecas. Habían colgado con chinchetas algunos dibujos que tapaban las manchas del empapelado y ahora su dormitorio se veía más bonito que el día anterior, cuando entró allí por primera vez. Habían ido a tomar una hamburguesa y el juguete del menú era un oso que se movía al darle cuerda. Como tío Paddy se quedó dormido en el sillón en cuanto regresaron de la hamburguesería, ella se entretuvo un rato haciendo caminar al oso sobre la mesa del comedor hasta que él se despertó y se frotó los ojos como los niños pequeños, haciéndola reír con su pelo revuelto.

—¿Te gusta tu nueva casa, Samantha?

Ella encogió los hombros. No se atrevía a decirle la verdad, que era oscura y daba miedo cuando se hacía de noche, como el tren de la bruja de la feria adonde algún domingo la llevaba mamá.

—¿Te gusta la música?

—Sí.

Samantha sonrió en cuanto su tío sacó una armónica de un cajón y se puso a tocar una canción muy alegre. Cuando la acabó, ella aplaudió y él saludó como hacen los artistas.

—Gracias, muchas gracias, querido público —dijo con voz de payaso, y ella se moría de risa. Tío Paddy era muy gracioso—. ¿Y sabes bailar?

Ella le dijo que sí y él tocó para que bailara. Samantha lo hizo muy bien; en el jardín de infancia había ensayado mucho para la actuación en la que participó junto con los otros niños con ocasión de la fiesta de fin de curso. Le gustaba danzar dando vueltas, había aprendido imitando a las princesas de las películas de dibujos animados.

—Qué bien lo haces, pequeña —afirmó él dando palmas como loco—. Estás hecha toda una bailarina. Mañana tú y yo nos convertiremos en dos artistas de los mejores.

—¿De verdad?

—Sí, Samantha. Te llevaré conmigo y lo pasaremos muy bien.

—¿Adónde iremos?

—Será divertido. ¡Iremos a pedir limosna!

Un único domingo le duró a Samantha su nueva vida de artista.

Y eso que tío Paddy tocaba muy bien la armónica y ella se esmeró en girar con la misma gracia que las muñequitas de las cajas de música. Después de desayunar en el deli de la esquina, habían ido caminando de la mano hasta un jardincillo en la zona donde vivían los griegos, según le dijo él. Al principio no pasaba mucha gente, pero pronto se animó la calle con los que iban de camino a la iglesia ortodoxa para asistir al servicio dominical. La lata de arenques, que en un primer momento sólo mostraba su fondo reluciente, pronto empezó a llenarse de centavos de todos los tamaños y de billetes de un dólar. Muchos aplaudían y Samantha daba las gracias doblando un poco la rodilla y ensanchando la falda del vestido con las manos. Cuando lo hacía, todavía aplaudían más y decían que era una ricura.

A media mañana, cuando saludaba al acabar otra canción, una señora se agachó y le acarició el pelo.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Samantha Larson.

—¿Y cuántos añitos tienes?

—Cinco.

—Eres una niña muy linda. Tu papá debe de estar orgulloso de ti.

Samantha no entendía por qué decía cosas bonitas y al mismo tiempo

miraba tan enfadada a tío Paddy, que en ese momento daba las gracias a un señor que acababa de dejar en el bote dos dólares.

—No tengo papá. Es mi tío Paddy —le explicó.

—¿Y tu mamá?

—Se fue al cielo.

La señora la peinó con la mano y le sonrió antes de continuar hacia la iglesia. Samantha vio que se acercaba al oído de su marido para contarle algo. Caminaban cogidos del brazo pero hablaban muy serios, como si discutieran. La armónica comenzó de nuevo a sonar y ella bailó porque tío Paddy tenía razón: aquel juego era muy divertido.

Después llegaron dos policías que le preguntaron las mismas cosas que la señora que la había llamado «niña linda». Uno de ellos pidió a tío Paddy que se metiera en el asiento de atrás del coche patrulla. El otro la cogió de la mano y la acompañó hasta la iglesia de los griegos. Allí le dieron leche con galletas y esperó hasta que una señora con una voz muy dulce la llevó en un taxi hasta un hogar donde vivían los niños que no tenían una mamá que los cuidara, los vistiera con ropa limpia, los peinara, les contara cuentos y les preparara la comida.

—¿Cómo te has enterado? —inquirió Krystle McCoy.

—La propia asistente social me llamó por teléfono —respondió Bertha—. Quería saber si yo sabía cómo contactar con algún otro familiar de Jane.

—Toda la culpa es de ellos. No entiendo cómo puede funcionar tan mal el sistema en ocasiones. No critico su trabajo, pero esta vez se equivocaron entregando a la niña a ese pobre hombre, que, más que vivir, malvive.

—Por lo visto, él se brindó a acogerla. Y, a fin de cuentas, es el único hermano de Jane.

—No dudo de sus buenas intenciones, seguro que tiene un corazón de oro

—argumentó preocupada—. Pero, Bertha, cualquiera comprende que un hombre que bebe tanto y no tiene oficio conocido no es la persona indicada para ocuparse de una niña. ¿Y sabes adónde la han llevado?

—A un hogar tutelado, eso me dijo.

—Si eres tan amable, dame el teléfono de esa asistente social. ¿Aún guardas su tarjeta?

—La tengo en el monedero.

—Voy a hablar con ella —decidió, levantándose con decisión—. Bertha, no se me quita de la cabeza todo lo que sucedió. La pobre Jane en el suelo... Murió sin darse cuenta de lo que le pasaba. Qué injusta es la vida a veces. Ve a buscar esa tarjeta, ¿quieres?

Bertha lo hizo e, instantes más tarde, Krystle McCoy mantenía una larga conversación con los servicios sociales del distrito de Queens. Inmediatamente después, llamó al número directo de su marido en el edificio de la editorial McCoy & Son, en Manhattan.

Bertha la oyó murmurar mientras marcaba. El chófer había llevado al señor hasta Manhattan esa mañana y ya había regresado. Krystle decía en voz alta que debía de estar en su apartamento sobre el garaje, ya que ese día ella no tenía previsto salir y tampoco había que arreglar el jardín, cosa que el hombre hacía como entretenimiento cuando nadie en la casa requería sus servicios.

—Sí, cariño, y me alegro de que estés de acuerdo. Jane era un ángel de mujer —comentó después de una larga explicación—. Escúchame, Anthony, yo ya voy para allá. ¿Has tomado nota? 123 de Astoria Boulevard. Nos vemos allí. Pide a alguien que te lleve o toma un taxi. No, espera un momento... Imagino que Allan está por ahí contigo, que te traiga él. Pídele ese favor —decidió, y permaneció a la escucha de la respuesta de su marido—. Porque es abogado, Anthony. Me sentiré más tranquila si él nos acompaña.

Bertha tenía confianza suficiente para permanecer allí plantada, escuchando la conversación. A ella también le preocupaba qué iba a ser de la hijita de Jane.

—¿Qué opinas, Bertha? —le preguntó Krystle, no a la cocinera, sino a la mujer que la había visto crecer.

—No sé qué decir.

—Es lo menos que puedo hacer. Bertha, admiro profundamente a las mujeres que optan por la maternidad en solitario. Se necesitan muchas agallas para criar a un hijo sola —argumentó con énfasis—. Hay otras que no tienen tanto valor y los rechazan o los dejan al cuidado de otras personas. Yo no quiero que la hija de Jane sea un número más en los listados oficiales de niños en situación de abandono. No permitiré que se sienta fruto de la soledad.

Se lo contaba emocionada, con el recuerdo en la mente de un hombre extraordinario que, cuando tenía veinte años, lo fue todo para ella. Alguien que ya no estaba entre los vivos y, entre besos y paseos de enamorados, le confesó esa pena íntima de saberse un niño abandonado que lo había acompañado durante su corto paso por la Tierra, pese a sentirse privilegiado por la maravillosa familia que lo adoptó.

Krystle se sorprendió de ver lágrimas en los ojos de Bertha, nunca la había visto sucumbir a las emociones de tal modo.

—No llores, Bertha. Fuera tristezas, que ahora mismo necesito energía por toneladas. Hazme el favor, pide a Alex que prepare el coche. Mientras tanto, subo a por mi bolso.

—No será tan fácil.

—¡Que vengan aquí y juzguen si ésta es una casa confortable para un niño! Después de dejarla en manos de un pobre hombre que no tuvo otra ocurrencia que llevarla a mendigar, espero que no se atrevan a cuestionarnos a Anthony y a mí.

—Hay familias de acogida seleccionadas, y luego el juez de menores, informes...

—Que se informen bien, eso es lo que deberían haber hecho antes de enviarla a vivir con su tío.

—Las autoridades deciden despacio para asegurarse del bienestar de los

niños.

Krystle ya subía los escalones a toda prisa.

—¿Despacio? Eso ya lo veremos. La hija de Jane va a venirse a esta casa con nosotros, si puede ser hoy, mejor que mañana. Y, sí, he oído hablar de los exámenes de idoneidad, entrevistas y toda esa mandanga —dijo, volviéndose desde la escalera—. Haremos todos los test que los servicios sociales quieran, pero no van a negarse a que acojamos a la niña porque yo no lo voy a permitir.

Bertha se sintió aliviada. La conocía desde bien pequeña y no era de las que se arrugaban ante cualquiera. Provenía de una familia importante. Sabía que usaría todas sus influencias y no iba a sonrojarse por ello. Nacer rica volvía tontas a muchas e imprimía carácter a unas pocas. Su señora pertenecía al segundo grupo.

Las influencias ayudaron, aunque no consiguieron avivar la lentitud de la burocracia. Dos semanas tardaron en obtener el permiso oficial para sacar a Samantha del hogar de acogida.

El día que entró en el hogar de los McCoy para quedarse, a la espera de resolver algunos trámites de los que se ocupaba un abogado especializado al que habían contratado, Anthony y Krystle se sentaron con ella, uno a cada lado, a los pies de la impresionante escalera de mármol en forma de concha que subía del vestíbulo al piso principal. Desde allí, a la pequeña se le ofrecía una vista completa de la que iba a ser su nueva morada.

Llevaba ropa nueva que le habían proporcionado en aquel hogar infantil en el que había pasado las dos últimas semanas. Krystle le preguntó sobre su estancia y Samantha les contó que no le gustaba aquel sitio, donde algunos niños lloraban por las noches y la obligaban a comer crema de champiñones y palitos de queso rebozados que olían a culo.

—Anthony, no te rías.

—¿Qué quieres? Me ha entrado la risa tonta —alegó.

Para recobrar la seriedad, explicó a la niña que él y su esposa se dedicaban a hacer libros para que mucha gente pudiera leerlos.

—¿A ti te gustan los libros?

—Los que llevan dibujos.

—Eso está muy bien. Y tú, ¿ya sabes qué quieres ser de mayor?

—Princesa.

Krystle y Anthony se miraron brevemente, disimulando sendas sonrisas. Ella acarició el pelo rubio de Samantha, tan distinto del suyo, que era negro tizón sin necesidad de tinte de peluquería.

—Qué bonita profesión has escogido. Y, dime una cosa, ¿te gustaría ser la princesa de este pequeño castillo?

Samantha abrió mucho los ojos y observó la enorme lámpara de lágrimas facetadas de cristal que destellaba la luz que se reflejaba en ella, las cortinas de gasa que permitían la vista del jardín, la arcada de madera que comunicaba con el salón. Miró a Anthony y luego a ella con una carita de ilusión que les rompió el alma.

—¡Sí! Es el palacio más bonito que existe.

—Te hemos preparado una habitación, para que te quedes para siempre con nosotros. Ahora seremos los tres una familia, tu nueva familia —recalcó Krystle—. ¿Quieres verla?

Todavía los miraba con el respeto y los buenos modales que su madre le había inculcado cuando la llevaba consigo a trabajar. Krystle quería que cambiara de actitud y dejara de obedecer esas consignas que la difunta Jane debía de haberle repetido cientos de veces para que no molestara, no alborotara y se comportara como una niña buena. Fue Anthony quien consiguió vencer su rigidez.

—Venga, sube sobre mis hombros. Toda princesa necesita un caballo trotón que la lleve.

Samantha rio divertida, y su nueva actitud los confortó a los dos.

—Los caballos no saben subir escaleras.

Con Samantha a hombros de Anthony, fueron los tres al piso de arriba. La chiquilla gritó de emoción al ver su nuevo dormitorio. Las dos semanas de demora habían tenido su utilidad, porque Krystle había contratado a un decorador que había hecho un trabajo magnífico. A su femenino parecer, porque a Anthony todavía le dolía la vista ante tal explosión de tonos rosa. La muñeca Barbie se habría encontrado en su salsa en aquel cuarto.

Samantha se sentó en la cama, cubierta con una colcha color chicle con cuatro volantes que cubrían las patas.

—¿Te gusta?

—Es rebonito.

Anthony arqueó las cejas, preguntándose dónde habría oído ese adjetivo más propio de una abuela con dentadura postiza que de una pequeñaja como ella.

—Entonces ¿quieres quedarte a vivir con nosotros para siempre? —tanteó Krystle.

—¿Ahora sois mi papá y mi mamá?

Ella se sentó a su lado.

—Sí, pero hemos pensado que seguirás llevando tu apellido. Tu mamá está en el cielo y no queremos que te olvides de ella.

Samantha asintió con la cabeza; para entonces ya le habían explicado tantas veces que su madre se había convertido en un ángel que ya había comprendido que del cielo no iba a regresar.

—Así, cuando digas tu nombre, Samantha Larson, te acordarás de ella. Porque tu mamá te dio la vida y ése es el mejor regalo que existe.

En ese punto, Krystle había insistido tanto que Anthony había estado de acuerdo en homenajear con aquel detalle la memoria de la madre de Samantha.

—Os dejo, bellas damas, cuidado del castillo —se despidió—. Tengo que regresar a la editorial. Nos veremos esta tarde.

Se agachó y ofreció la mejilla a Samantha, que le dio su primer beso, y él besó en los labios a su esposa.

Una vez solas, Krystle recordó otra cosa en la que había estado pensando. La doncella anterior se había despedido, había estado trabajando en la casa hasta ahorrar lo suficiente para pagarse los estudios de estética. Ya se había matriculado en una academia y su puesto lo ocupaba su hermana, encantadora como ella, aunque a Krystle le suponía un problema: se llamaba Samantha. Así pues, ideó una manera de evitar continuas confusiones ahora que la niña era parte de la familia.

—Samantha, he pensado una cosa. ¿Qué te parece si te llamamos Sam? A mí me gusta mucho y es más corto.

—Pero Sam es nombre de chico.

—Mmm... De chico y de chica. A ver si lo adivinas: ¿qué princesa tiene el pelo largo y pelirrojo y vive en el fondo del mar?

—¿La Sirenita?

—¡Muy bien! Y ahora una pregunta más difícil. ¿Cómo se llama?

—¡Ariel!

—Que es un nombre que sirve para niño y para niña. Y ella es toda una princesa.

—Me gusta Sam —aceptó, repitiéndolo varias veces en voz alta—. Es bonito.

—A mí también me parece que suena muy chic.

Al día siguiente, Krystle llevó a la pequeña a una tienda de artesanía en Times Square, donde vendían objetos decorativos navideños, y encargó que confeccionaran un cartel que Samantha eligió de entre los muchos que le mostraron. Y, aprovechando que estaban en el centro, fueron a recoger a Anthony a la editorial y almorzaron los tres juntos, como una familia.

Más de quince años después, aquel letrero pintado a mano con las letras talladas todavía decoraba la puerta del dormitorio: SAM, y, sobre ellas, una coronita dorada.

Sam disfrutó de una infancia dichosa con los McCoy. Sin efusividades: Krystle y Anthony eran personas poco dadas a exhibir sus sentimientos. A Sam no le faltó de nada, estudió en uno de los mejores colegios, tuvo su fiesta de graduación y el regalo de un coche como premio a sus buenas calificaciones. Viajó cuanto quiso, se sintió querida y cuidada. Pero con aquellos dos adultos tan poco pródigos en demostraciones de cariño, echó de menos revolcarse por la alfombra con Anthony o saltar a la comba con Krystle, cosas que veía que hacía otra gente en los parques y que entre ellos jamás se dieron. Nunca compartieron un bol de palomitas en el sofá frente al televisor. Los McCoy eran afectuosos pero muy correctos en las formas, demasiado. Ambos se volcaban en su trabajo, por el que sentían verdadera pasión. Los libros eran el centro de su existencia. Su agenda estaba repleta de compromisos y actos sociales relacionados la mayor parte de las veces con el negocio. Sam pronto aprendió que los libros no se vendían solos, esos actos eran otra manera de trabajar. También daban fiestas en la casa, para establecer relaciones y agasajar a las amistades de toda la vida. Sam no disfrutaba en esas recepciones elegantes, ella era una soñadora que se sentía más feliz tumbada en la cama a solas con la única compañía de un libro.

Tardó años en darse cuenta de que el matrimonio McCoy eran un par de soñadores como ella, que vivían con idéntica pasión esos mundos imaginarios que encontraban en las páginas escritas por otros, y que el paso de los años no impidió que continuaran en esas nubes de prosa y poesía, pero sin dejar de tener los pies en la tierra.

Sam aprendió a no molestar cuando Krystle leía sentada en su sillón

preferido, pues requería silencio para no perder la concentración. Se acostumbró a pasar muchos ratos sentada a la mesa de la cocina, igual que hacía cuando su auténtica madre la llevaba consigo para planchar la ropa de la familia. Disfrutaba charlando con el servicio mientras Krystle devoraba esos tochos encuadernados con gusanillo para luego evaluarlos y dar su opinión mediante un informe profesional a los editores de los diversos sellos temáticos de McCoy & Son.

Sam pasaba también muchos ratos aprendiendo sobre las plantas, removiendo la tierra arrodillada en el jardín al lado del chófer de toda la vida, un apasionado de la jardinería. Todas las personas que trabajaban en la casa se comportaban con naturalidad. Una actitud que Sam prefería a la parquedad de palabras de Anthony, siempre con la mente ocupada, y a los intachables modales de Krystle, idénticos a los de todas las señoronas caducas de aquel barrio privilegiado que formaban la Sociedad de Damas de Malba.

Nunca llegó a llamarlos *papá* y *mamá*. A ellos no les importó y por entonces era moda: muchos hijos trataban a sus padres usando el nombre de pila. Su vida no fue abundante en achuchones, los únicos se los daba Bertha Callum, que fue para Sam cocinera, tía y abuela.

Conviviendo con un par de locos por la lectura, se contagió de su pasión. Anthony le leía por las noches hasta el día en que Sam le dijo que prefería leer sola los cuentos y él comprendió que la pequeña princesa se hacía mayor. Acababa de descubrir que el placer de leer es un acto solitario.

Sam jamás pensó que Anthony y Krystle fueran fríos, soberbios ni esnobs. Todo lo contrario. En ese sentido los admiraba porque jamás presumían de posición ni alardeaban de dinero, consideraban ese tema en concreto una ordinariedad. Ellos eran... como eran. Esa aceptación no evitaba que se acordara a ratos de lo cariñosa que era su madre, un recuerdo idealizado por la ausencia.

Krystle la aficionó a la lectura y Anthony fue el maestro que la llevó de la mano a conocer antiguos y nuevos autores. Y el primero en vislumbrar sus

cualidades para vivir la literatura desde el otro lado de las páginas, mucho antes de que ella sintiera ese gusanillo. La invitaba a escribir, cualquier cosa, pensamientos, tonterías, lo que fuera. Pero Sam solía escudarse en que ya escribía bastante para clase. Siempre fue buena estudiante, de las mejores. Prefería aplicarse a salir, hasta que pisó la universidad. En el campus del Bajo Manhattan, descubrió que la vida era mucho más que apuntes y esquemas. Lejos de Malba, vivió con loca libertad sus años universitarios.

Mucho antes de que esos días llegaran, cuando todavía era alumna del último año de bachillerato, sintió la necesidad de volver la vista a sus verdaderos orígenes. De su madre sólo conservaba un álbum de fotografías y unos pocos recuerdos. Fue Krystle quien removi6 cielo y tierra, cuando Sam llegó a la familia. Se plantó taconeando en el apartamento de Jackson Heights- donde habían vivido ella y su madre y consiguió recoger todas las pertenencias de Jane que el dueño guardaba en un trastero con intención de seleccionarlas de acuerdo con su valor y venderlas en las tiendas de empeños. Krystle le pagó el precio que el hombre le pidió. De todos los bártulos, guardó para Sam los que tenían un valor sentimental, el resto de las ropas y los enseres los dejó en aquel trastero.

Las joyitas, pocas, casi todo bisutería, Sam las conservaba en una pequeña caja como recuerdo. De entre las fotografías, mandó ampliar una en la que aparecían las dos en el zoo de Central Park y la enmarcó para tenerla siempre a la vista. Una mañana despertó más floja que de costumbre, o quizá con el ánimo amilanado por los altibajos de la adolescencia, y, contemplando el retrato mientras se peinaba, le acudieron a la cabeza instantes pasados que hasta entonces no había removido. La sonrisa de su madre le recordó el rostro alegre de tío Paddy y quiso saber de él.

No lo comentó con nadie. Esa misma tarde, a la salida de su selecto colegio, con la excusa de ir a estudiar a casa de una amiga, subió a un autobús y fue hasta el barrio griego de Queens. Recordaba bien la fachada de la iglesia ortodoxa donde la ampararon la última vez que vio a su tío. Fueron dos días

los que vivió con él, pero era el único hermano de su madre y Sam sentía eso que llaman la «fuerza de la sangre». Recorrió las calles hasta dar con el semisótano aquel, con la pintura de la verja pelada y los escalones verdosos de moho. Llamó a los timbres hasta que un vecino le abrió la puerta y le contó que Paddy Larson se había marchado de allí hacía años. Doce habían pasado desde la última vez que Sam lo vio. Se había mudado una década antes a Ohio en busca de trabajo, fue por la temporada de la recogida de la fruta. No había vuelto por allí, y en los años venideros jamás daría señales de vida. Sam acabó dándolo por muerto, debía de yacer en alguna fosa común, a saber en qué lugar.

Pero entonces, presa de la emotividad juvenil, regresó a Malba con una rara congoja en el estómago. Se encerró en su cuarto color de rosa y todo ese sentimiento incierto lo volcó en las páginas en blanco de su cuaderno. Embelleció mediante palabras sentidas las instantáneas vividas y pasadas por el filtro de la imaginación. Narró la corta e ingenua historia de un pobre diablo y una niña que escaparon de la mano de la oscuridad de un sótano para soñar que eran artistas y poder gozar del brillo luminoso de los aplausos.

Un mes tardó en pulir aquellos folios escritos. Cuando lo relejó y estuvo verdaderamente orgullosa, sin mostrárselo a nadie para que le dieran otra opinión, se fío de su instinto y lo envió por correo ordinario en un sobre con tres plicas. Sam fue la primera sorprendida cuando le comunicaron que era la ganadora de un concurso de relatos de ámbito nacional.

Los mil dólares que recibió como premio y los ejemplares de obsequio de la antología que se publicó con los mejores relatos no fueron nada en comparación con la cara de orgullo que Anthony mostró cuando Sam le dio la noticia. Sin poder esperar a su regreso, se presentó en la sede de la editorial e irrumpió en su despacho para entregarle aquel librito de relatos en el que figuraba su nombre en primer lugar. Él lo leyó en silencio, con la concentración que Sam le veía cuando ponía los ojos en un texto merecedor de sus cinco sentidos y el mundo desaparecía a su alrededor.

Cerró el libro, acarició la tapa y volvió a darle la enhorabuena.

—Felicidades, Sam. No por el premio, que también. Te felicito por tu sensibilidad.

Sam regresó a casa en un taxi con un batir de alas en el centro del pecho. Las palabras de Anthony le hicieron sentir que brillaba igual que aquella vez que bailó y bailó, en una acera cualquiera, como una princesa con zapatitos de cristal.

Si ya le agradaban poco las fiestas que Krystle McCoy daba en la casa, Sam llegó a aborrecerlas a partir de su primera alegría literaria. Anthony la exhibía orgulloso, a todos les contaba que su jovencita había sido distinguida como un premio. A ella le daba vergüenza que la alabara delante de escritores de prestigio con el entusiasmo de quien tuviera a su vera al premio Nobel de literatura del año.

Aquellas veladas de cóctel en mano y bandejas de canapés Sam las padecía disimulando un aburrimiento mortal, y si podía se escaqueaba en cuanto nadie se percataba. Mientras fue niña, se le consintieron tales desaires. Hasta el día en que Krystle subió a su habitación, le quitó el libro de las manos y la invitó con su cálida voz y su gesto que no admitía una negativa a regresar a la fiesta. Ya tenía edad de mostrar la debida cortesía, dicha obligación correspondía a toda la familia anfitriona, y eso la incluía a ella.

Poco a poco, Sam descubrió que los actos sociales no eran tan atosigantes. Siempre acudían a la casa traductores, editores, periodistas, críticos y profesionales del ramo. Comenzaron a agradaarle porque le daban la oportunidad de conversar con escritores de la casa McCoy & Son. Y sus puntos de vista la fascinaban, cualquier charla con unos y otros le proporcionaba la posibilidad de aprender. Se empapaba como una esponja de sus consejos, tomaba nota de sus dudas y de sus manías y escuchaba con

curiosidad todos esos terrores que padecían ante lo que llamaban el «síndrome de la página en blanco». Escuchándolos, Sam aprendió de primera mano todo lo referente al oficio de escribir que no cuentan los manuales de creación literaria. Tanto que se aficionó a acompañar a Krystle y a Anthony a presentaciones de libros, charlas y coloquios organizados por la editorial.

Ese invierno, Sam se mostró ilusionada por primera vez ante la perspectiva de asistir al cóctel navideño que tradicionalmente se ofrecía en la sede de la empresa. Krystle y Anthony recibieron con agrado su cambio de actitud. Ambos conocían la importancia de los actos promocionales y también de los otros que mantenían vivas las redes de contactos. Por fin Sam se había dado cuenta de que el modelo de escritor en su santuario, que crea una obra tras otra sin ver la luz del sol, era un mito del medievo y poco futuro tenía en el mundo actual.

Anthony acababa de contratar a un editor júnior, un joven talento que con veintiséis años ya había destacado en pequeñas editoriales. Lo quiso en su equipo y éste no dudó en aceptar el reto, que le suponía, además, un importante avance en su carrera.

Ryan Blake se acercó a Sam y se presentó antes de que Anthony, que iba de aquí para allá conversando con todos, tuviera ocasión de hacerlo. A ella la conmovió el detalle de que le llevara del bar un refresco, puesto que no tenía todavía la edad permitida para beber alcohol, y que él tomara lo mismo para que no se sintiera fuera de lugar.

Sam lo escuchaba embobada. Tenía una mirada de las que hechizan, era alto, rubio, y el traje le sentaba como a un maniquí de escaparate. Desprendía un atractivo magnético que la obligaba a estar atenta para no quedarse escuchándolo con la mandíbula descolgada. Ryan no se parecía en nada a los ligones de cazadora de cuero y moto de su edad. Era un hombre de verdad y le hablaba a ella, a Sam Larson, estudiante de bachillerato. Con el montón de mujeres interesantes que tenía a su alrededor...

Más fascinante aún que su físico era su conversación, el entusiasmo y el

saber hacer con que le hablaba sobre la labor de edición. Sam aspiraba algún día a seguir los pasos de Anthony y Krystle, y trabajar con la misma pasión que ellos dos en aquella sede centenaria. Conversó con él durante toda la noche, emocionada porque la escuchaba con interés sincero. Valoraba sus opiniones y la miraba como si fuera importante.

Esa noche, Sam encontró a su alma gemela intelectual, el modelo que seguir que tanto sabía y tanta pasión mostraba por la literatura y los libros. Ryan Blake se convirtió en su ejemplo y, con el paso del tiempo, en amigo y confidente. Su héroe.

La pequeña princesa voló del castillo de los sueños en busca de otros distintos y tangibles cuando se matriculó en la universidad.

Sam se mudó a una residencia estudiantil del campus de la Universidad de Nueva York. Fiel a su idea inicial, rechazó otras opciones que podrían haber aportado más prestigio a su currículum y escogió la misma *alma mater* que Krystle. Anthony aceptó su decisión con secreto resquemor, le habría hecho ilusión que se decantara por la suya. Columbia también estaba en la ciudad y superaba al resto en excelencia.

Samantha vivió esos años como cualquiera en esa etapa de la vida, estudios combinados con fiestas, tardes de biblioteca seguidas de noches de discoteca, más bebidas de la cuenta y mañanas resacosas en el aula. Probó la marihuana en sus dos versiones: las risas y los vómitos, que la alejaron de su segundo y último canuto de hierba. Conoció la sensación de tener el corazón roto, mantuvo romances tiernos, relaciones de vaivén, riñas, decepciones, nuevas ilusiones, y experimentó el sexo en toda clase de variantes, hasta la saciedad. Cuando Sam hacía balance mental, resumía aquellos años en dos palabras: locura y aplicación. Jamás descuidó sus estudios porque le reportaban la

mayor felicidad, más que el resto de los placeres que la lejanía de casa había puesto a su alcance.

Durante su tercer año de universidad, animada por Krystle, participó en el seminario de literatura y folklore impartido por el profesor Louis Farrell, con quien mantenía una buena relación, ya que anteriormente había asistido a otros seminarios coordinados por él.

Pasados los meses, cuando faltaban apenas unos días para terminar el curso, Sam aún no había hecho planes para el verano. Tenía que realizar un trabajo académico de cara al siguiente semestre. Y la asistencia a aquellas jornadas le dio la idea de enfocarlo en una investigación relativa al folklore americano y su relación con la literatura. Fue el profesor Farrell quien le sugirió que centrara su estudio en el escritor O. Henry, autor de principios del siglo XX cuya obra era un compendio exquisito de narraciones cortas sobre la vida cotidiana en el viejo Oeste. En su honor se otorgaban todos los años los premios nacionales con su nombre, que eran el Pulitzer del género de relatos cortos.

—Realidad y mito en la obra de O. Henry —propuso Sam.

—Interesante tema —coincidió el profesor Farrell—. ¿Ya has pensado cómo y dónde vas a empezar tu estudio? En Nueva York no, desde luego, a no ser que te limites a pasar el verano metida en varias bibliotecas.

—Tampoco me importaría.

—Las narraciones que forman parte del folklore son cuentos y leyendas de transmisión oral. Sería más interesante que viajaras a algún estado del Oeste. O a mi tierra, sin ir más lejos. Viejas historias las hay a cientos. Y también personas mayores aburridas que estarán encantadas de contártelas.

—¿En Texas?

El profesor sonrió con sorna.

—No finjas que no sabes que soy texano. A ver si crees que no me entero de las bromas que hacéis a mis espaldas a costa de mi forma de hablar.

Ella rio como pillada en falta. El profesor Louis tenía mucho prestigio,

pese a su juventud. No era un agrio carcamal y encajaba bien las bromas estudiantiles. No hacía tanto que él había sido como ellos. Sam le calculaba la edad de Ryan Blake.

—Un verano en Texas no es mal plan —opinó.

—Y si eliges Liberty como destino, que es donde yo nací, cuando regreses ya me dirás si es o no el lugar más bonito que existe.

—Liberty, Texas —repitió Sam sorprendida—. De allí es también una persona a la que aprecio mucho: Bertha Callum, fue nuestra cocinera durante años. Se jubiló hace dos y regresó a su tierra.

—Me lo comentó Krystle una vez, pero no la conozco. Debió de venir al norte a trabajar hace muchos años, antes de que yo naciera.

Esa tarde había quedado en acudir a cenar a la casa familiar. Sam lo comentó con Krystle al llegar a casa. Aunque residía en el campus, seguía yendo allí con frecuencia.

—Me parece buena idea. A tu edad, hay que conocer mundo. Y Liberty creo que puede ser el mejor destino de tus vacaciones. Aprovechar un viaje es la manera más divertida de estudiar.

—¿Tú también sabías que el profesor Farrell nació allí?

—Salió una vez el tema y me resultó curioso que Bertha y él fuesen del mismo pueblo. Lo que confirma mi opinión de que el mundo es más pequeño de lo que creemos. Lo importante es si a ti te apetece ir tan lejos a tomar notas para tu trabajo o no.

—Me gustaría. ¿Tú crees que Bertha estaría dispuesta a alojarme en su casa? Podemos llamarla por teléfono.

—Estará encantada. —Krystle sonrió—. Y lo prefiero antes que pensar que estás sola, en la otra punta del país, dos largos meses en la habitación de una fonda. ¿Te ha dicho Louis que aún tiene familia allí?

—No lo comenté.

—Tampoco es el caso —reconoció Krystle. Sam era una alumna, y la relación que ella mantenía con el profesor, pese a que podría ser su hijo, o

quizá por ello, era más cercana—. Sus padres. Y su hermana mayor también. Quiero decir mayor que él, porque debe de tener mi edad, año arriba o abajo.

—¿Hablarás tú con Bertha?

—Llamémosla ahora que estamos las dos, se alegrará mucho de hablar contigo.

Texas, julio de 2010

—Así que Sam —comentó Jasper Blanchard con las manos en el volante—. ¿Y has venido para quedarte mucho tiempo?

Conversaba con su recién conocida y sorprendente pasajera de pasada, toda la atención puesta en el coche de delante y en los muchos que intentaban incorporarse al carril. La salida del aeropuerto estaba muy concurrida con la llegada de varios vuelos.

—Todo el verano —respondió ella.

—Tienes alojamiento, me imagino. Porque, si no, nuestro rancho es grande. Hay habitaciones de sobra.

—No será necesario, pero gracias por el detalle —apuntó un tanto sorprendida, puesto que no la conocía de nada—. La señora Bertha Callum me hospeda, no sé si la conoces. Voy a quedarme con ella.

Con el tráfico ya más fluido, Jasper relajó la postura y condujo con el antebrazo apoyado en la ventanilla.

—Liberty es un sitio pequeño, nos conocemos todos. La señora Callum le comentó a mi madre que venías, que es quien me ha pedido que me acercara a recogerte.

Sam comprendió que también sabría que la mujer había regresado al pueblo después de llevar más de media vida trabajando en Nueva York. Se vio en la obligación de explicarse, aunque fuera por cortesía.

—Bertha ha sido muy amable invitándome a su casa. Yo la aprecio mucho, era nuestra cocinera. En realidad, de mis padres postizos —añadió, moviendo

la mano como si con ello pudiera enmendar lo dicho—. Aunque suene mal llamarlos así.

—Creía que la palabra era *adoptivos*. Tus padres murieron muy jóvenes, entonces —comentó él, chasqueando la lengua con un deje de pesar.

—Mi madre —matizó ella—. Era madre soltera.

—Lo siento. No que fuera madre soltera... —se apresuró a añadir.

Ella sonrió.

—Te he entendido. Los McCoy me prohijaron y...

—¿Eso no es adoptar?

—Parecido, pero no.

—Por eso no llevas su apellido —dedujo. Ella asintió—. Y me imagino que ésta es parte de esa historia sin ningún interés que esconde tu nombre —agregó mirándola sólo un segundo.

—Has acertado. Pero soy yo la que ha venido a Texas en busca de historias. Para un proyecto de la universidad. Soy alumna del profesor Farrell, creo que sois parientes.

—Es hermano de mi madre. ¿Eres alumna de mi tío Louis y no nos ha avisado de que venías?

—Es que no lo sabe. Él me sugirió la idea, las clases acabaron y no tuve oportunidad de decirle que me había animado finalmente a realizar este viaje.

—Para investigar sobre literatura, me imagino.

Ella confirmó su deducción, fácil, dado que conocía la materia que impartía uno de los dos hermanos de su madre en la universidad. Eran gemelos y mucho más jóvenes que ella, sólo seis años mayores que Jasper. El otro, Cameron, había optado por una profesión distinta por completo de la literatura. Trabajaba como analista financiero en Austin.

—¿Has leído a O. Henry? —preguntó Sam.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—¡Huy, pues te encantaría! Fue un escritor de relatos. De historias cortas sobre el lejano Oeste. Un borrachín sin un centavo en el bolsillo que se puso

como seudónimo el nombre del gato de un amigo.

—Qué grande —reconoció Jasper, sonriendo abiertamente.

—Muchos de sus relatos transcurren en Texas. Y yo pretendo demostrar que algunos se basan en historias de esas que cuentan los viejos, para que me entiendas —explicó—. Por eso necesito conocer la tradición oral del folklore del estado.

Mientras la escuchaba, Jasper se preguntó cuánto tiempo había perdido en el instituto al no fijarse en las empollonas. Por aquel entonces no le llamaban la atención. Pero, mira por dónde, la que se sentaba a su derecha acababa de despertar su interés. Con aquellos vaqueros cortos que dejaban a la vista sus muslos color pan recién horneado y aquella camiseta ajustada que le marcaba hasta las costuras del sujetador, mirarla era una gozada. Al margen de su físico apetitoso, lo atraía con su aleteo de manos al explicarse, su barbilla determinada de chica lista y aquella boquita llena de palabrejas sabiondas. Qué sorpresa, la inteligencia era... sexy. Bien, bien, bien. La rubia pensaba quedarse todo el verano. La época ideal para confraternizar y echarle el anzuelo. Aunque, de momento, era curioso, no lo miraba boquiabierto ni coqueteaba con él como solían hacer las chicas. No tenía la culpa de haber nacido con un físico que las atraía como moscas a la miel ni de que los vaqueros fueran para las forasteras un mito romántico y erótico.

—Has elegido el sitio perfecto —comentó cuando ella terminó su discurso académico sobre la magia literaria del relato y el tipo que tenía nombre de gato—. En el condado encontrarás historias a montones.

—Hará falta que encuentre a alguien dispuesto a perder el tiempo contándomelas y respondiendo a mis preguntas.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de Texas? Cuando los primeros exploradores españoles pisaron estas tierras, los nativos caddos los llamaban «*táisha*», que significa *amigo*. Gracias a aquella confusión de los españoles, Táisha acabó pronunciándose Texas y el lema del estado es la amistad. Te van

a sobrar voluntarios para ayudarte con tu investigación. Por aquí somos gente amistosa y acogedora, aunque por ahí penséis lo contrario.

—Cuando dices «por ahí», ¿te refieres a nosotros, la gente del norte? — encajó un poco picada.

—A los del norte y a los del sur.

—Si lo que sé de geografía no me engaña, estamos completamente al sur.

—Texas no es el sur.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es?

Él la miró de reojo y esbozó una sonrisa lenta.

—Texas es Texas.

La primera cosa que sorprendió a Sam fue la distinta concepción de las superficies. Si se tenía en cuenta que existían algunos ranchos más grandes que el estado de Rhode Island, pronto asumió que lo que para gente del resto del país era un gran terreno, para los texanos era una maceta.

Una vez acomodada en casa de Bertha y descansada del viaje, a la mañana siguiente, Jasper Blanchard se presentó a recogerla.

Tenía especial interés porque conociera su rancho y a su padre, pero como éste andaba ocupado a esa hora temprana, con el traslado de cabezas, él mismo se ofreció a enseñarle todo aquello. Lo hicieron a caballo. Sam sabía montar, durante dos cursos había practicado la equitación. Jasper mandó que enjaezaran para ella una yegua dócil, por si acaso. Pero la silla vaquera no se parecía a la deportiva. Tuvo que acostumbrarse a ir sentada en una de tales dimensiones. Fueron al paso para que se familiarizara.

Tardaron media mañana en recorrer la propiedad y no llegó a verla toda. El rancho Blanchard era tan extenso que lo cruzaba un río y poseía hasta un lago propio. Jasper le explicó que se habían hecho sondeos cuando su abuelo paterno aún vivía y que el subsuelo estaba lleno de petróleo. Pero nunca lo

habían explotado, como sí hacían otros propietarios de la región, porque no les había hecho falta. Según él, era una reserva, un tesoro oculto al que siempre podían acudir en caso de necesidad.

Tomaron un tentempié y café caliente con un grupo de peones. Sam aprendió que era una costumbre antigua que un cocinero acompañara a los vaqueros con una vagoneta cocina. En la actualidad, a la hora de la pausa se acercaba una furgoneta provista de termos y fiambreras desde los establos, donde todavía se usaba la cocina antigua del pabellón residencia de los vaqueros. Ahora ya ninguno residía en el rancho. Los vehículos de motor habían cambiado las viejas costumbres. Esa residencia con filas de literas sólo se usaba cuando se contrataba personal extra durante el tiempo de la cosecha.

Jasper llamó a su padre. Ya había terminado de cambiar las vacas de pasto, y quedaron en verse un par de kilómetros más allá. De camino, Sam aprendió que las reses había que trasladarlas para que los campos no se agostaran. Siempre había algunos vacíos, se dejaban un tiempo para que la hierba volviera a crecer.

Cuando Sam vio de lejos a Ronald Blanchard, comprendió de dónde venía la apostura de Jasper. Compartía con su hijo el cabello castaño oscuro. Desde lo alto del caballo, era un hombre que impresionaba; su sonrisa franca podía hipnotizar hasta a las víboras de cascabel que abundaban por allí. En su rostro eran más patentes los rasgos heredados de nativos americanos. En el de Jasper, aunque se le notaba en los pómulos altos y los ojos ligeramente almendrados, no eran tan evidentes. Con cada generación se iban difuminando.

—Siéntase en su casa, señorita Larson —concluyó después de las presentaciones y de interesarse por el motivo de su estancia en Liberty.

—Sam, por favor.

—No dudes en preguntar, todo el mundo tiene historias que contar. Y nuestro lema es la amistad —agregó—. Aunque eso ya te lo habrá explicado mi hijo.

Sam miró a Jasper, sonriendo.

—Sí, me lo contó. Me encantaría hablar con usted cuando tenga un rato, señor Blanchard.

—Si yo te llamo Sam, ¿por qué no me llamas Ronald?

—No sé —dijo sintiéndose un poco tonta—. ¿Puedo hacerte una pregunta? Si no me equivoco, descienes de nativos.

—Una pequeña parte comanche.

—Por eso me puede la curiosidad. ¿Comanche con apellido francés?

—Dicen que uno de mis antepasados pertenecía a la tripulación de Jean Lafitte. En una de las incursiones que solían hacer desde Galveston, subiendo el curso del río Trinity hasta estos valles para hacer trueques y negocios de contrabando, mi abuelo se prendó de una comanche muy hermosa y la raptó.

—Alucinante. Una historia familiar de un rapto por amor —suspiró Sam, convencida de que había ido al lugar ideal para realizar su investigación—. Si no te importa, quiero que me cuentes más historias de los piratas en Texas.

—Corsarios —corrigieron Jasper y su padre al mismo tiempo.

Ella los miró sorprendida. Y Ronald Blanchard se explicó para que comprendiera la importancia del matiz.

—Lafitte y sus hombres no eran piratas. Contaban con patente de corso.

Sam sonrió con guasa. Siempre habían existido clases, entre los truhanes también. El antepasado Blanchard y su jefe Lafitte eran piratas legales, con permiso oficial del rey de Francia para saquear, con tal de que le entregasen una parte del botín.

—Antes de que te encierres en la biblioteca del pueblo, te mereces una excursión —dijo Jasper cuando Sam llevaba tres días adaptándose y conociendo el pueblo.

Con ese argumento la convenció, eran también sus vacaciones. Bertha les

preparó una cesta de pícnic y tuvo el detalle de hornear unas galletas de avena con arándanos y chocolate blanco, el recuerdo más dulce que Sam conservaba de su infancia.

Jasper la llevó a pasar el día más allá de Austin. El camino era largo, pero merecía la pena por conocer la roca encantada, una montaña de granito llena de leyendas. A Jasper no le parecía un trayecto tan largo, acostumbrado a recorrer kilómetros y kilómetros por carretera, dadas las distancias en aquel estado. Como él le había sugerido, iba provista de zapatillas y ropa cómoda.

Nada más llegar, ascendieron a la cima, dejaron el almuerzo para el descanso tras la bajada de la montaña. Había senderos e indicaciones para los visitantes, y la roca era curiosa, de roca pulida como Sam no había visto nunca. Estaba llena de charcas de agua de lluvia, en las hendiduras formadas por el tiempo. Y algunas cuevas, según decían, comunicaban con túneles profundos. Jasper no supo decirle si era cierto o fantasía local.

Después del ejercicio realizado, devoraron el delicioso banquete que Bertha había metido en la cesta. Tumbados en una manta a la sombra, contemplaron el brillo de la roca. Se decía que era mágico, puesto que sus destellos eran visibles a más de seis kilómetros de distancia. Los geólogos explicaban que se debía al reflejo del sol sobre el agua encharcada en las grietas, aunque la gente del lugar prefería la explicación fantástica.

—¿No quieres saber por qué está encantada? —insinuó Jasper.

Sam se sentó, con las piernas dobladas, y él se incorporó también.

—Estoy deseando que me lo cuentes.

—Dice la leyenda que hace muchos años las tribus tónkawas tenían una tradición. Las jóvenes que iban a casarse debían mostrar su valor al guerrero que iba a convertirse en su hombre. Y, para ello, tenían que saltar un enorme agujero que hay cerca de la cima de la montaña. Una de aquellas nativas, cuando todos los suyos y, entre ellos, su amado estaban presentes como testigos de su valor, calculó mal y cayó al fondo de la sima. El guerrero, desesperado, saltó para salvar a su amada y murió con ella. Nadie volvió a

exigir tal prueba de valor porque desde aquel día se oyen crujidos que provienen de las profundidades de la sima. Son sus lamentos por el amor destruido, y los brillos que ves son sus lágrimas por la pareja de enamorados cuyos espíritus vagan para siempre en la roca encantada.

Sam lo escuchaba hechizada.

—Qué leyenda tan bonita.

Jasper acercó su rostro al de ella.

—No tanto como tú.

Sam se echó hacia atrás.

—Tontear con todas y ahora con la chica nueva. ¿Soy un desafío más, Jasper?

—No lo eres. Y tontear es de tontos; ¿es eso lo que crees que soy?

Sam negó despacio, con una sonrisa provocadora.

Y Jasper la besó. Ella entreabrió los labios y se abrazaron. Se dejaron caer sobre la manta, eternizando su primer beso. Sam se entregó con entusiasmo, se había rendido pronto a sus encantos. Pero estaba de vacaciones y Jasper la atraía tanto como ella a él. Hacerse la dura y negarse aquel placer, eso sí que habría sido una solemne tontería.

Hubo más a partir de aquel revolcón. Jasper la buscaba con cualquier pretexto y ella se dejaba encontrar. Si ella estaba leyendo o tomando notas, la tentaba con caricias para distraerla. Y Sam no dudaba en prestarle toda la atención. En ocasiones se sentaban a ver una película en el sofá de Bertha, que, con prudencia, los dejaba solos con cualquier pretexto. Nunca acababan de verlas, Jasper se aburría enseguida. Comenzaba haciéndole cosquillas y terminaban retozando en el sofá. Se sabían de memoria el cuerpo del otro, aunque todavía no habían llegado más que a meterse mano hasta la excitación

extrema. Siempre eran interrumpidos cuando estaban a punto de alcanzar la gozosa parte final.

De vez en cuando, Sam intercambiaba emails con Ryan Blake, quien estaba navegando en los Hamptons con una novia que se había echado para entretenerse durante el verano. «Folla mucho y no te enamores», le aconsejaba en el último que acababa de leer. Sam se echó a reír a carcajadas; *clarividencia*, lo llamaban. No pensaba en otra cosa. Jasper lo deseaba con ansia y ella también. No le importaba convertirse en una más de su colección de conquistas, aquel verano era suyo, y pensaba aprovecharlo en todos los sentidos.

Su primera vez la gozaron en el lago, una noche en que se desafiaron el uno al otro y acabaron bañándose desnudos a la luz de la luna, besándose, acariciándose a dos manos. La erección de Jasper llegó al punto de no retorno. Se incorporó de un salto, ayudándose de los brazos, sobre el pantalán de madera donde amarraban la barca y habían dejado la ropa, y la ayudó a salir cogiéndola de la mano. Se acariciaron desnudos y mojados hasta no poder más.

Jasper fue en busca de sus pantalones para coger un preservativo.

—No te lo pongas —rogó ella—, quiero sentirte sin barreras que nos separen.

Él no acostumbraba a hacerlo sin protección, pero se contagió de su locura. Estaban en ascuas los dos y, por una vez, ¿qué iba a pasar?

No fue una, fueron dos. La primera dentro del agua. Jasper la cogió en brazos y se lanzó con ella al lago. La penetró con urgencia y se derramó dolorosamente rápido porque Sam se contraía con unos espasmos tan potentes que lo arrastró consigo.

La segunda fue un goce largo, demorado. Maravilloso. Poder compartir su placer a gritos porque nadie podía oírlos, tumbados sobre los tablones del embarcadero. Fue el sexo más alucinante que Sam había experimentado en su vida. Jasper era un amante de ensueño. Esas mismas fueron las palabras que él

le dijo al oído cuando le sobrevino el orgasmo, y Sam se dejó llevar por el suyo sintiéndose única.

Sam regresaba ese día de la casa del viejo alcalde. El hombre era toda una institución en el condado. Su abuela, Camilla Davis, había sido una auténtica mecenas que, entre otras obras sociales, sufragó y fundó la biblioteca pública local ciento cincuenta años antes para que todos, hombres y mujeres como ella, pobres y ricos, tuvieran la cultura al alcance de la mano.

El anciano ya había cumplido los noventa, pero, pese a su avanzada edad, mostraba una lucidez envidiable. Frente a sendas tazas de café, Sam tomó notas de cuantas anécdotas del pasado fue recordando a medida que se desarrollaba la charla, muchas de las cuales eran hechos históricos vividos en carne propia. No formaban parte de las leyendas folklóricas, que en realidad eran las que más le interesaban a la hora de enfocar su estudio, pero le serían muy útiles para hacerse una idea de lo que había sido la vida en el pasado en aquella parte del estado. El trabajo rural, las costumbres, los prejuicios y la mezcla cultural eran muy distintos entonces de lo que ella podía experimentar por sí misma tantas décadas después.

No esperaba encontrar a Lisa Blanchard en la plaza. Además de madre de Jasper, era hermana del profesor Farrell. A ojos de Sam, el parecido físico entre ambos hermanos era innegable.

Lisa había ido hasta el pueblo a recoger una falda del taller de composturas, según le explicó, y le ofreció llevarla al rancho. Uno de los peones más antiguos de la propiedad era, según ella, una fuente de anécdotas. A Lisa se le había ocurrido que, ciertas o no, podían resultar de su interés. Sam aceptó encantada.

—Así que has estado charlando con el señor Davis —comentó Lisa cuando ya iban de camino.

—Si hubiera sido por él, no habríamos parado de hacerlo. Traigo un cuaderno lleno de notas.

Lisa tomó el desvío de la carretera que llevaba hasta el rancho y aminoró la velocidad al estrecharse los carriles.

—El pobre apenas sale ya, tiene pocas oportunidades de conversar. Por eso se alegra tanto cuando tiene visita. Es envidiable que conserve toda su lucidez —comentó apesadumbrada—. Mi madre, pobrecita, no sé si es consciente de que voy a verla.

Cada día conducía hasta las afueras de Houston para visitarla. Mary, su madre, estaba aquejada del mal de Alzheimer en una fase muy avanzada. Su marido y padre de Lisa se había trasladado con ella cuando hubo que ingresarla en una residencia especializada. Después de una vida juntos, quería acompañarla también durante sus últimos años. Juntos dejaron la casa del pueblo y juntos vivían en la residencia donde Mary Farrell gozaba de todas las atenciones y los cuidados médicos que su estado requería.

Jasper le había explicado a Sam que los dos hermanos de su madre vivían lejos. Cameron, que residía en Austin, se acercaba a menudo a visitar a sus padres. Louis, a quien Sam ya conocía, vivía en Nueva York y la distancia le impedía volar a Houston con frecuencia. Se limitaba a verlos cada cuatro o cinco meses. Era Lisa, la hija mayor, que no se había marchado de Liberty al casarse con Ronald Blanchard, la que volcaba sus atenciones en ellos. Ése era el motivo por el que Sam apenas la había visto desde su llegada.

Pasaron ante los vallados y Lisa saludó con la mano al capataz y a una chica con el pelo negro y rizado que charlaba con él.

—¿Ya te han presentado a Sally? —preguntó Lisa.

—La he visto por el pueblo, pero no sabía su nombre. Es la primera vez que la veo por aquí.

Lisa detuvo el coche y se apearon.

—Le gustan mucho los vaqueros. Por eso viene tanto.

—¿Y a qué chica no le gustan? Son muy sexys.

—El año pasado salía con uno de los empleados. Este verano tontea con nuestro capataz, aunque no tiene nada que hacer porque él está a punto de prometerse. Como su novia estudia en San Antonio, Sally aprovecha su ausencia. Va escalando posiciones.

Sam percibió lo poco que le gustaba aquella morena a la señora Blanchard. Pese a todo, al presentarla disimuló su desagrado tras una impecable fachada de cordialidad. El capataz las saludó tocándose el sombrero desde lo alto del caballo y regresó a sus tareas. Lisa también se excusó y fue a la casa; andaba muy liada y quería ultimar varios asuntos pendientes antes del almuerzo porque después tenía intención de ir a la residencia a pasar la tarde con sus padres. Las invitó a entrar en la casa y tomar un té frío a la sombra del porche. Sam agradeció el detalle, pero prefirió aprovechar el tiempo para hacer lo que la había llevado hasta allí. Sally se ofreció a acompañarla a la casita del viejo capataz; aunque llevaba años jubilado, él y su mujer seguían residiendo en una de las edificaciones del rancho Blanchard, a un kilómetro y medio al oeste de la casa grande.

—Me han dicho que has venido a recopilar cuentos y tradiciones — comentó de camino hacia allí.

—No pensé que habría tantas, estoy sorprendida.

—Pues voy a añadir una a tu colección —anunció—. La de mis antepasadas. Me apellido Villard y descendemos de la esposa y de la amante del pirata Lafitte.

—¿Eran hermanas?

—Como lo oyes. Tomó a una como esposa y a la hermana como amante.

A Sam le resultó, como poco, impactante la anécdota familiar de Sally. Y prometió tomar nota. Se despidieron cuando ya se veía la casita.

—No te preocupes por mí. Vuelvo sola, me gusta caminar —aseguró Sally—. Se me ocurre que podrías venir con nosotras esta noche. Mis amigas y yo iremos a un salón de baile. ¿Sabes bailar en línea?

—Nunca he probado.

—Será divertido, ya lo verás. Y no todo va a ser estudiar, también tienes que disfrutar de las vacaciones. ¿Qué dices? ¿Te animas?

¿Por qué no?

Sam quería saborear a conciencia su inmersión en las costumbres texanas durante aquellas semanas. En Houston o Dallas, la vida no era tan diferente como en el resto de las grandes ciudades del país. En cambio, allí, en el campo, estaba disfrutando de experiencias completamente distintas de las de costumbre. Era como vivir dentro de una película. Se había comprado esa misma tarde unas botas de piel labrada y una falda vaquera cortita, y completó su atuendo para salir con una camisa sin mangas de color rojo.

Bertha alabó el tono de su brillo de labios y le aseguró que iba a ser la reina de la noche. Sally Villard pasó a recogerla en su coche y Sam se acomodó en el asiento trasero, junto a dos de sus amigas. La presentó a las otras tres, todas muy agradables y con ganas de pasarlo bien.

El aparcamiento del salón estaba lleno, pero Sally no era la primera vez que iba y enseguida encontró un hueco donde dejar el coche. Las cinco atravesaron las hileras de vehículos entre silbidos. Y lo mismo ocurrió cuando entraron en el local, fueron el centro de atención. No era de extrañar que se fijaran en ellas.

Un conjunto de música country tocaba en un altillo. La gente bailaba en el centro de la sala en varias hileras con una coreografía bien aprendida. El grupo se dispersó; Sally y Sam se acercaron a la barra a pedir unas cervezas mientras dos de las amigas de Sally saludaban a unos conocidos y la tercera se unía al baile.

Sam sonrió al descubrir quién empujaba un botellín de Lone Star apoyado en la barra. Jasper se sorprendió de verla.

—¿Qué haces aquí, chica de ciudad?

—Divertirme.

Dejó la botella sobre el mostrador y la cogió por la cintura.

—¿Y yo qué?, ¿soy invisible?

—Hola, Sally.

—Nos invitarás a una cerveza, al menos.

—Eso está hecho.

Hizo un gesto al camarero con la cabeza para que sirviera a las chicas, sacó la cartera y dejó varios billetes sobre la barra.

—Gracias —dijo Sam, levantando su cerveza.

Él bebió también; se miraban a los ojos como si estuvieran solos allí.

—Ropa nueva —comentó, repasándola con interés.

—¿Te gusta?

—Sólo te falta el sombrero.

Se quitó el suyo y se lo colocó a Sam, que se echó a reír y se lo echó hacia atrás porque le quedaba demasiado grande. En vista de que parecía sobrar en aquella conversación, Sally se despidió de ellos, y Sam correspondió con una sonrisa. No así Jasper, que no pareció oírla. Tenía puesta toda la atención en ella.

—¿No bailas? —preguntó Sam.

—Estaba esperando a que me sacaras tú.

Ella sonrió lamiéndose los labios. Jasper tenía un don para hacer sentir únicas a las mujeres, no era raro que todas mariposearan a su alrededor.

—Vas a tener que enseñarme —avisó, cogiéndolo de la mano.

Él aprovechó y dio un tirón para pegarla a él.

—Será un placer —dijo inclinando la cabeza—. Todo en ti es puro placer.

La besó con languidez, recreándose, y Sam le envolvió el cuello con el brazo libre. No le importó aquella manera primitiva de dejar claro ante todo el local que era su chica y espantar a la posible competencia.

No se separaron en toda la noche. Jasper cumplió con su papel y le enseñó los pasos con paciencia. A la quinta canción, Sam ya dominaba el baile en

línea sin que se le trabaran apenas los pasos.

Hubo un descanso, que ella pasó sentada sobre su regazo. Charlando, riendo las bromas de Jasper, mirándose a los ojos y robándose besos el uno al otro.

La segunda parte comenzó con una balada country y él la llevó a un lado de la pista para poder pegarla a su cuerpo sin oír comentarios ni bromas de los amigos.

A Sam no le costó adaptarse a su ritmo. Jasper le acariciaba la espalda y ella asía sus hombros con las manos abiertas, acariciando sus duros músculos. El contacto era electrizante. Inclino la cabeza y le habló al oído.

—¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa? —musitó, rozándole la oreja con los labios.

—Unas cuantas.

—¿Y crees a los que te dicen esas cosas?

—Sólo cuando me conviene —respondió buscando su boca.

Jasper no se hizo de rogar. Se besaron con una excitación compartida que crecía por segundos.

—¿Nos vamos? —propuso él.

—Sí.

Se escabulleron cogidos de la mano. Jasper había ido en una camioneta azul celeste de las que tenían el banco delantero desplazado para permitir tres pasajeros. No había separación entre el conductor y su acompañante, y él condujo con una mano mientras la abrazaba para tenerla muy cerca. Sam aprovechó para enviar un mensaje a Sally y explicarle que no regresaría a casa de Bertha con ella y el resto de las chicas.

Jasper se apartó de la carretera, detuvo el motor en lo alto de una loma y la invitó a bajar.

—Me has traído a ver las estrellas, otra experiencia nueva.

—Ya las vimos aquella noche en el lago. Qué pronto lo has olvidado.

Sam le dio un beso en el hombro.

—Yo sólo te miraba a ti.

—En Nueva York también hay estrellas.

—Pero tú no estás a mi lado para contemplarlas juntos.

Jasper le tomó la mejilla con la mano y la besó con delicadeza.

—Tú eres la única estrella que me interesa.

La agarró por la cintura y la sentó sobre el capó de la camioneta. Ella abrió las piernas y Jasper se colocó entre ellas. Cada beso, cada caricia los dejaba con ganas de más.

—Te diría mil veces lo preciosa que eres —murmuró, esparciendo besos sobre sus labios, su nariz y sus mejillas a la vez que le acariciaba los costados—. Pero sería como cantarte al oído una canción que otros ya te han cantado. No sabes cómo me gustaría saber tantas palabras como tú.

—Me vuelves loca, Jasper —jadeó ella, acariciándolo con las manos abiertas por debajo de la camiseta.

—Y tú a mí, Sam. ¿Sabes qué es lo que me vuelve loco de ti? Tu inteligencia, es muy sexy.

La cogió por las nalgas y Sam enroscó las piernas en su cintura y los brazos alrededor de su cuello. Sin dejar de besarla, Jasper abrió la puerta trasera. Se sentó y ella lo hizo a horcajadas sobre él.

Sam comenzó a desabrocharse la camisa. Deseaba con desespero lo que estaban a punto de hacer. Jasper se quitó la camiseta y Sam besó su pecho desnudo, demorándose para sentir su piel caliente en los labios.

—Me parece que no sabes todavía lo que es meterse mano en el asiento trasero en un autocine. No sabrás lo que es un verdadero calentón hasta que lo pruebes.

—¿Tú crees? —dijo con una risita. El interior de la camioneta había subido varios grados de temperatura.

—Me gustaría ser yo quien te lo enseñe.

—Tendré que conformarme con este asiento trasero, sin película y sin mirones alrededor. Cuando me marche no tendré ocasión de probar esa

experiencia, según tú, tan excitante.

—Eso es lo que no quiero, Sam —murmuró, sujetándole las mejillas con las manos.

De pronto, su tono había cambiado. En sus ojos había un brillo de súplica desconocido. Pero ella no deseaba hablar, deseaba el revolcón explosivo que estaban a punto de compartir.

—¿No quieres que me dé el lote en un autocine?

—No quiero que te marches. Quédate conmigo, Sam. Para siempre —rogó, besándola en los labios con una dulzura que la hizo temblar.

Ella lo miró a los ojos.

—Ahora estoy aquí, Jasper. Contigo.

Buscó sus labios y Sam le dio el beso más ardiente de su vida. No dejó de besarle cuando se alzó sobre las rodillas para que él se bajara los pantalones. Se quitó el tanga mientras él se colocaba el condón. Sus manos la acariciaban, abriendo el camino húmedo y cálido.

—Sam, nena...

Su susurro era una invitación. Sam se colocó sobre la punta de su miembro erecto y lo acogió despacio, dejándose caer con una lenta cadencia que lo hizo gemir. Jasper la cogió con ambas manos por las caderas, dominador. La meció a placer, marcándole el ritmo perfecto durante unos minutos eternos, hasta que ella echó la cabeza atrás y los dos vieron miles de estrellas con los ojos cerrados.

Sally Villard había reunido a sus amigas en el café bar del pueblo. Merienda de chicas. Batidos y dulces sin pensar en la báscula por un día. Y Sam también había sido invitada. A modo de despedida informal, puesto que los quince días que le restaban en Liberty iban a pasar volando. Como el verano, que se había consumido en un suspiro, casi sin darse cuenta.

Lo estaba pasando bien, las chicas eran geniales y había compartido con ellas alguna noche de fiesta. La integraron en su grupo sin problemas y esa afabilidad le hizo las vacaciones más amenas. La conversación giraba alrededor de los chicos. Amores, decepciones, celos, revanchas y cotilleos varios con el sexo masculino como hilo conductor. En un momento dado, Sam se convirtió en el centro de las bromas a causa de su tórrida relación con el sexy machote de Jasper Blanchard. Algunas de ellas habían probado sus labios y otras se morían por hacer con él eso mismo y más. Y no eran las únicas, Sam ya se había percatado de lo codiciado que era.

—Sam, no te tomes muy en serio tu romance con él —aconsejó Sally—. Puedes acabar con el corazón destrozado.

—Sally tiene razón, ten cuidado —coincidió otra de ellas.

Ella las miró sin perder la calma, porque no había por qué. Aunque los ojos de Sally no reflejaban lo mismo. Aquellas palabras no tenían nada de bienintencionadas.

—Sé lo que significa un idilio de verano y hasta dónde llega. Además, un chico como él no duraría con un ratón de biblioteca como yo. Se aburriría pronto.

—No pretendíamos decir eso. Sólo te avisamos para que estés preparada.

—Cuando me marche, me quedará un bonito recuerdo. Tengo planes para el futuro, y están muy lejos de aquí. Mis estudios son mi prioridad. Pero aún me quedan dos semanas de vacaciones para vivirlas a tope.

Las cinco estallaron en carcajadas. Pidieron otra ronda de batidos y la conversación siguió con un repaso por las últimas conquistas de dos de ellas.

—¿Qué harás cuando Sam se marche? —tanteó Sally—. Tendrás que buscar otro entretenimiento para tus noches solitarias.

Jasper acababa de salir del almacén de comprar un atado de soga. Un

encargo del capataz que podría haber hecho cualquier peón del rancho, pero él se ofreció a hacerlo; lo prefería a clavetear con una maza los postes del vallado norte a pleno sol. Lanzó la cuerda sobre la trasera descubierta de la camioneta y se sacudió las manos.

—Aunque suene presuntuoso, nunca me ha hecho falta buscar, Sally.

—Desde que la rubita forastera llegó con sus libros debajo del brazo, no se te ha visto con otras chicas. Por eso lo decía.

Jasper abrió la puerta y se sentó al volante.

—Ya que hablas de libros, ¿sabes si en algún diccionario viene el significado de «no es asunto tuyo»? —zanjó, cerrando de un portazo.

Sally se asomó a la ventanilla bajada y apoyó los antebrazos en ella.

—Oye, Jasper, ¿no te habrás enamorado? Ésta sí que es buena. —Lo provocó con una sonrisa burlona.

Él se tocó la frente.

—Parece que no, no tengo fiebre.

—Mejor así. Sam dice que tiene planes y que sus estudios son lo único importante.

—¿Qué tal si te apartas? —pidió él, girando la llave en el contacto.

Sally se alejó de la ventanilla para que pudiera hacer la maniobra y él aceleró para largarse cuanto antes. Lo había puesto de mal humor.

Condujo más rápido de lo acostumbrado, pensativo y con un raro malestar en el estómago. El comentario de Sally lo había herido de verdad, en lo más íntimo. Nadie sabía que llevaba desde la escuela ocultando la vergüenza de sentirse un paleta detrás de sus aires de chico duro. Sam se le había metido muy dentro, algo que ninguna chica había conseguido hasta entonces. Sabía que el momento del adiós iba a llegar. A ratos imaginaba que existía un futuro para los dos. Ella acabaría sus estudios en la universidad y regresaría, lo haría por él. Porque pensar en el viaje a la inversa era vislumbrar el fracaso, no encontraría en la ciudad un empleo duradero. Salvo arrear vacas, no sabía hacer nada más.

Lo martirizaba la idea de perderla para siempre, pero era absurdo imaginar lo contrario. ¿Cómo iba a fijarse en serio una mujer tan inteligente como Sam en un fracaso como él, que a duras penas y a fuerza de repetir dos cursos había obtenido el título de bachiller? Él sólo servía para rey de la fiesta en un pueblo como aquél, no estaba a la altura de una mujer brillante como Sam. Y las palabras de Sally se lo acababan de recalcar para que no fuera un iluso creyendo en un futuro de nubes de algodón de azúcar. Le desgarraba el pecho saber que su rubia de ojos plenos de sueños anteponía sus estudios porque lo consideraba poco para ella.

Durante los quince días siguientes, disimuló ante ella. No quería que nada le robara la intensidad de aquellos valiosos momentos compartidos. Con Sam había descubierto que follarse y amarse no eran lo mismo. Y lo hizo. Ambos se entregaron con ansia. Apurando los días que se les iban sin remedio. La amó sin confesárselo porque no supo. No le salían las palabras para susurrarle ese extraño pesar que lo consumía cuando no la tenía cerca y lo levantaba del suelo cuando la acogía entre sus brazos. Hizo el amor con Sam y nunca se lo dijo. Por pudor a hacer el ridículo y a sentirse aún más cateto de lo que era.

Recién empezado el curso, Sam estaba pasando a limpio unos apuntes en su dormitorio de la residencia cuando oyó un repique de nudillos. Levantó la cabeza de las cuartillas. Jasper ya asomaba la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Puedo pasar, empollona?

—¡Jasper! ¿Cuándo has venido?

—Vengo directo del aeropuerto. Voy a comprar unas vacas de cría a un rancho de Montana, mi padre se fía cada vez más de mí.

—Eso es genial.

Jasper abrió los brazos y ella se le encaramó, aferrándose a su cuerpo con

brazos y piernas. Y se besaron con el deleite ansioso de recuperar el tiempo sin hacerlo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Preguntando. ¿Te alegras de verme?

—Aún estoy alucinada con la sorpresa.

—Te echo de menos, Sam —murmuró besándole el cuello.

Se tumbaron en la cama y rodaron el uno sobre el otro, acariciándose con desespero, desabrochándose la ropa. Sam se levantó para cerrar la puerta con llave. Cuando regresó a la cama, Jasper ya estaba desnudo y terminó de quitarle la poca ropa que todavía llevaba ella.

Se poseyeron presos de insensata lujuria, sin detenerse a pensar en la protección. Tal era la necesidad que tenían de complacerse, que se lanzaron a la aventura. Ya habían cometido esa locura antes y nada había sucedido. Sam lo quería dentro, sentir su dureza que tantas noches de sudores le provocaba con su recuerdo. Jasper la penetró con una furia salvaje, hasta que tuvo que taparle la boca para acallar sus gemidos. Y después se dejó llevar como tanto le gustaba, arrastrado por sus espasmos íntimos. La caricia más dulce que se podía soñar.

Un rato más tarde, Sam le acarició el pelo.

—¿Por qué has venido, Jasper?

—Ya te lo he dicho —dijo, dándole un beso suave—. ¿Tú no me echas de menos?

Sam rebufó. A Jasper no le gustó que estropeará el momento poniéndose seria.

—No sé si es buena idea.

—¿Por?

Ella le cogió la mano y se la besó.

—Ha sido el verano más maravilloso de mi vida.

Él le acarició la mejilla con un dedo.

—Y estamos en otoño.

—Jasper, por favor, no lo hagas más difícil. Mi vida es ésta, lo que ves. — Señaló los libros de la estantería—. Y la tuya está a miles de kilómetros de distancia.

—No quieres que vuelva.

—Yo tengo veintiún años, tú veintidós —argumentó—. Es muy pronto para hablar de futuro. Sería un error hacerlo, porque acabaríamos sufriendo. Y no nos lo merecemos, ni tú ni yo.

Jasper se incorporó y comenzó a vestirse.

—No quiero que te enfades —suplicó Sam.

Él se volvió sonriente y le acarició la mejilla.

—No me enfado. Mi vuelo a Montana sale dentro de tres horas, preciosa. Ya te he dicho que estoy de paso. Tengo que irme.

Sam se sentó en la cama y se cubrió con la sábana; le daba congoja verlo marchar así, vistiéndose de espaldas a ella.

—¿Amigos? —dijo él, dándole un beso superficial en los labios.

—Siempre. Llámame si vienes alguna otra vez a Nueva York. ¿Lo harás?

Jasper se tocó el corazón, a modo de promesa y de despedida.

Cuando salió de la residencia estudiantil, soltó el aire y se maldijo por pecar de iluso. Al pie de la misma escalera, borró de la memoria de su móvil el número de Sam.

Al principio fue el cansancio lo que la puso sobre aviso. Y el malestar en el pecho, se notaba tirantez y dolor hasta con el roce del sujetador. La falta del período la puso de los nervios.

No podía ser, eso no le podía estar sucediendo a ella. Sam pasaba tumbada boca arriba todas sus horas libres. No tenía la cabeza para estudiar. Cavilaba y cavilaba sobre el problemón que tenía encima. La historia se repetía, embarazada sin querer, igual que le había ocurrido a su madre. Todas las

mañanas se miraba en el espejo, desnuda, temiendo que de un día para otro le creciera la barriga y se le notara. Acabar la carrera con un bebé llorón en brazos..., sólo de pensarlo se le hacía un mundo.

Una mañana se saltó las clases, tomó un taxi y se presentó en un centro de planificación familiar del barrio del Bronx. Lo más lejos posible, donde nadie podía conocerla. Le hicieron los análisis y esperó durante un día los resultados al borde de un ataque cardíaco.

Cuando leyó la confirmación de que estaba embarazada, todo cambió. Empezó a imaginar a su futuro bebé. Podía verlo, con el pelo castaño de Jasper y tal vez su nariz, ella la tenía bonita. Se acariciaba la barriga y le parecía un milagro que dentro de ella creciera un pequeño ser. Alexander. Le hablaba por su nombre. Durante un mes marcó el número de Jasper y volvía a colgar. La aterrizzaba pensar en la distancia que los separaba, ¿cómo iban a criar a un hijo uno en cada punta del país? Temía también la reacción de Jasper. Aunque estaba dispuesta a criarlo en solitario. Su madre lo había hecho. La perspectiva la preocupaba, la vida que había imaginado acababa de esfumarse. Un hijo lo volvía todo del revés. Y aún no había cumplido los veintidós.

Pero todos esos temores desaparecían al llegar la noche, cuando cerraba los ojos y se imaginaba a sí misma cantándole canciones de cuna a su pequeño Alexander. Iba a ser el bebé más guapo del mundo. Anthony y Krystle se volverían locos con él, aunque la noticia en principio provocara caras largas y merecidos sermones sobre los métodos anticonceptivos. Por segunda vez, ya que esas charlas se las habían dado hacía años. Qué poco efecto le habían hecho.

Un hijo era alegría, siempre. Y madres solteras las había a montones, en el caso de que Jasper escurriera el bulto. Pero seguía intentando marcar su teléfono y al final siempre acababa dejándolo para otro día.

Un día que nunca llegó. No hubo ocasión. Una mañana se despertó con un dolor punzante en el bajo vientre. Estaba sangrando. Llamó a un taxi y ella

misma se presentó en el hospital, no quiso pedir una ambulancia porque nadie en el campus sabía de su estado. Al verse tumbada en la camilla, con lágrimas corriéndole por las sienes porque todo estaba perdido, se sintió terriblemente desamparada. Y llamó a la única persona en quien confiaba, su héroe y confidente.

—Ryan, estoy en el hospital pediátrico de Tribeca —gimió—. Sí, estoy sola. Ven, te lo suplico, y no digas nada a nadie. ¡A nadie, júramelo!

Ryan Blake cuidó de ella, la protegió, enjugó sus lágrimas sin críticas ni preguntas, la mimó con lealtad y comprensión. Fue el único en saber de aquel aborto. Nadie más. El secreto quedó entre ellos dos y los unió de una manera especial.

Nueva York, enero de 2018

Sam llevaba más de seis años trabajando en McCoy & Son. Cuando se graduó en Literatura Norteamericana con un expediente brillante, Anthony insistió en que la quería en el equipo. Le recalcó hasta la saciedad una consigna que Sam ya llevaba toda la vida oyéndole: su editorial no era una organización de caridad y él sólo escogía a los mejores. También añadió que, por motivos sentimentales, le suponía una gran satisfacción que ella lo fuera.

Fue él quien la guio, consciente del potencial de Sam. Fiel a la máxima de que a escribir se aprende escribiendo y leyendo, Anthony le propuso comenzar como correctora de estilo. Valoraba mucho el estilo narrativo de Sam. Y, como sabía que ella aspiraba a volcarse en la literatura como profesión, le aconsejó que no tuviera prisa. La forja de un escritor era un largo camino de aprendizaje similar al de un joyero con un diamante en bruto, que, a fuerza de tallarlo con precisión y pulirlo con paciencia, lograba extraer la belleza de sus múltiples facetas. Similares consejos le había dado el profesor Louis Farrell mientras había sido alumna suya. Sam aceptó esa otra manera de escribir, que era aprender de los errores ajenos, y durante sus primeros años corrigió estilísticamente tratados y ensayos, para especializarse después en el género narrativo. Más que corregir, muchas veces se vio obligada a reescribirlos prácticamente por entero.

Anthony le propuso un nuevo reto, escribir para otros antes de volcarse en cuerpo y alma con una obra propia. Fue de ese modo como se convirtió en autora por encargo. Como escritora fantasma llevaba ya trece obras publicadas, dos biografías de políticos y once novelas, la mayoría basadas en

meros apuntes proporcionados por personas que podían pagarle para que diera forma a aquellas ideas que ellos no sabían desarrollar más que como una redacción escolar. Otras las creó desde cero, con ideas propias, de acuerdo con el estilo que le pedían los supuestos autores cuyos nombres aparecían después en las cubiertas de los libros.

Hasta el momento, todas sus publicaciones como autora en la sombra habían sido del gusto de los lectores, hecho que, unido a la popularidad del falso autor, por lo general gente del cine y la televisión, supuso para la editorial sucesivos éxitos de ventas. Sam se conformaba con aparecer siempre mencionada en los agradecimientos, era costumbre agradecer la colaboración del escritor fantasma, «sin cuya inestimable aportación nunca habría visto la luz...». A fin de cuentas, no eran obras elegidas por ella. Experimentos, a modo de aprendizaje, que tampoco habría querido publicar bajo su autoría.

Cuando dejó la residencia estudiantil del Bajo Manhattan, prefirió no regresar a Malba y alquiló un apartamento en una casa de dos plantas del Village que le permitía acudir paseando hasta las oficinas de la editorial. El edificio McCoy & Son ocupaba una manzana irregular en el Soho que había levantado el abuelo de Anthony casi cien años antes, cuando aquel barrio no era el centro de la modernidad, pero los terrenos costaban menos que en Madison Avenue o en Broadway, donde otras empresas del ramo del libro tenían su sede.

Ryan Blake se había convertido en algo más que su héroe y confidente. Llevaban dos inviernos de relación afectiva sin prisas pero sin pausa. Los ocho años más de él a Sam le aportaban estabilidad. Eso quería en la vida, orden y rutina. Peluquería cada cuatro martes, encontrar gangas en la Quinta Avenida en temporada de rebajas, una hora de gimnasio cada mañana antes de desayunar.

Nunca había sido la reina de la vida social. Disfrutaba tanto leyendo que prefería quedarse atrapada por un libro a salir de copas. De eso ya había tenido bastante durante su vida universitaria. Sam era feliz acudiendo a cenar

los martes a la casa familiar de Malba, merendando con Krystle los jueves, que iba a Manhattan expresamente para compartir ese rato juntas; disfrutaba de la barbacoa con la que celebraban todos los años la fiesta del 4 de Julio, justo detrás de la casa, en el parque que había al lado del río, una tradición que los tres habían compartido toda la vida y a la que siempre se unían algunos vecinos. También acudía los domingos a comer con ellos; aunque viviera emancipada, la casa seguía siendo su hogar.

Le gustaba dar largos paseos por Central Park, hacer el amor con Ryan los sábados después de cenar en un bistró y ocupar las noches del resto de la semana en escribir su propia novela, una trilogía de intriga. Su tesoro, todavía un secreto para el resto del mundo.

Muchas tardes, como aquélla, no necesitaba más que un capuchino caliente entre las manos, la libreta de notas abierta sobre la mesa, y soñar mirando al infinito a través de la ventana de la cafetería mientras la nieve caía sin cesar al otro lado del cristal.

—¿Cómo va ese texto?

Sam levantó la vista de la pantalla. Le faltaban todavía varias páginas por revisar. Quien interrumpía su trabajo era Ryan, que asomaba por la puerta.

—Apurada de tiempo. Y no ayuda que tú me desconcentres.

Para suavizar la regañina, le lanzó un beso al aire y Ryan le guiñó un ojo. En el trabajo no compartían muestras de afecto. Nunca se habían besado bajo el techo de aquel edificio, ni en las fiestas informales de empresa.

—Cenamos esta noche. No te molesto más.

Raro era el fin de semana que no lo hacían, por lo que a Sam no le sonó a orden, sino a recordatorio de lo que suponía su parcela de tiempo compartido. Podía decirse que, salvo algún raro fin de semana de esquí en Colorado o el fin de año en Times Square, la suya era una relación de sábado. Tampoco

llevaban tanto juntos, y Ryan era metódico hasta en su vida afectiva, prefería avanzar sin prisas.

Sam trató de centrarse de nuevo. Aún no había terminado de añadir notas al último párrafo de la página cuando notó que otra vez lo tenía allí enredando.

Echó un vistazo hacia la puerta dispuesta a echarlo con cariño, pero en esta ocasión era la secretaria quien asomaba.

—Tienes visita, Sam.

Ella la miró con la punta del bolígrafo en la boca y una mueca de fastidio.

—Estoy ocupada, Katt. ¿No puedes quitármela de encima?

La mujer alzó las cejas para advertirla. Sam resopló, y por el gesto de Katt comprendió su metedura de pata. El o la intempestiva visitante acababa de oír su comentario.

—Que pase —aceptó por obligación.

La interrupción trastocaba el plan de su agenda para esa mañana.

—Perdona por venir sin pedir cita. No te suponíamos tan ocupada. No te robaremos mucho tiempo.

Ella se quedó de piedra. Se levantó del sillón como una autómatas. Hacía siete años que no se veían. Ni remotamente habría imaginado que la visita intempestiva fuera Jasper Blanchard. Miró al anciano que lo acompañaba y tosió por lo bajo para recobrar la compostura. Jasper le tendía la mano, Sam no sabía cuántos segundos la había tenido en el aire a la espera de que ella respondiera a su saludo. Se aprestó a estrechársela, con un apretón breve y nervioso, muy poco profesional.

—Es un placer conocerla por fin, señorita Larson —intervino el anciano.

—Sam, te presento a mi abuelo. Simon Farrell.

Ella le tendió la mano y sí estrechó la del hombre con amabilidad.

—Un gusto para mí también, señor Farrell. Cuando estuve en Texas no tuvimos ocasión de conocernos, aunque oí hablar de usted muchas veces.

—Entonces vivía en Houston, con Mary. Ella es el motivo que me trae hasta aquí.

—Por favor, siéntense —los invitó con un gesto de la mano.

Sam ponía toda la atención en el anciano, sin poder evitar desviar la mirada con disimulo hacia Jasper de vez en cuando. La remordía la culpabilidad, habían ido allí desde muy lejos. Merecían que les dedicara un poco de su tiempo, aunque le retrasara el trabajo pendiente.

—Mi abuelo desea hacerte una propuesta —explicó Jasper.

—Podría haberme llamado por teléfono.

El anciano la miró con sorna y Sam se aclaró la garganta. Acababa de oír cómo le pedía a la secretaria que los mandara a paseo; una conversación telefónica era fácil de concluir. Sólo había que pulsar una tecla.

—De antemano doy por sentado que lo que vengo a proponerle le parecerá una majadería. Imagino que gente con las mismas pretensiones que yo acudirán a ustedes de continuo —alegó, refiriéndose a la editorial.

—Tu deseo no es ninguna tontería, abuelo.

Sam dedicó una breve mirada a Jasper y entrecruzó los dedos sobre el escritorio.

—Cuénteme, señor Farrell.

—Verá, mi esposa falleció hace ahora seis años.

—Lo lamento, sabía que estaba enferma.

—La muerte forma parte de la vida.

A Sam la impresionó que no mostrara resignación, sino una aceptación sin ambages de la realidad tal cual es. Envidió su entereza, propia seguramente de su edad avanzada o de un admirable carácter para afrontar lo inexorable.

—Como le decía —siguió Simon Farrell—, desde que Mary me dejó, comencé a tomar notas. Recordar el tiempo que compartimos me ayudó a sobrellevar su ausencia. Fueron casi cincuenta años sin separarnos ni un solo día. Iré al grano, no quiero hacerle perder el tiempo con batallitas de viejo. He acudido a usted porque me gustaría que narrara la vida de mi esposa. Sé que se dedica a escribir por encargo.

Sam miró a Jasper, que no dejaba de observarla en silencio y con el gesto

inmutable.

—Quiere ver la vida de su esposa en un libro —confirmó—. ¿Una biografía novelada o una novela?

—No lo sé, eso lo dejo en sus manos.

Incómoda, Sam trató de buscar las palabras para negarse con tacto.

—Señor Farrell, ahora mismo estoy hasta arriba de trabajo. Tengo entre manos dos proyectos que debo concluir y ya voy con retraso. Siento no poder darle un sí. No obstante, en la editorial contamos con profesionales que pueden responder a su propósito.

—No busco otro escritor. Mi hijo Louis me la recomendó. Quiero que sea usted y no otro quien escriba la vida de Mary. Fue una mujer extraordinaria y no deseo que su paso por este mundo se reduzca a un nombre y dos fechas en una lápida.

Sam había oído argumentos como el del anciano otras muchas veces. Todos los que acudían a su despacho con ideas similares consideraban sus vidas asombrosas. La inmensa mayoría carecía de interés.

—El profesor Farrell —recordó con una sonrisa—. Agradezco la confianza que siempre me ha mostrado, desde que asistía a sus clases. Siento decepcionarlo, Simon, ¿puedo llamarlo así?, habiendo venido desde tan lejos. Pero escribir un libro requiere tiempo y dedicación.

—El dinero no sería problema, no he venido a pedirle un favor.

Sam descartó su suposición con una negación. Tenía entre manos la revisión de la primera entrega de un manual de autoayuda y aún le faltaba la mitad de la redacción de la segunda entrega. Además, estaba su trilogía de intriga en plena fase de corrección. Sacaba horas de donde no las tenía para dedicárselas a ese proyecto personal.

—Hoy día, me es imposible asumir esa tarea.

—Mala suerte —aceptó Simon con una sonrisa amable—. Siento no pillarla en el momento oportuno.

—Vamos, abuelo —decidió Jasper, levantándose y cogiendo al anciano del

brazo para ayudarlo a hacer lo mismo—. Ya hemos robado bastante tiempo a la señorita Larson. Gracias de todos modos.

Lo dijo sin dirigirle ni una mísera mirada.

Antes de salir, el anciano sacó un cuaderno del bolsillo de su americana y se lo entregó.

—Quédese con mis notas, se lo ruego. Puede que algún día esté menos ocupada, sienta curiosidad por leerlas y cambie de idea.

—Gracias.

—Confío en que no se traspapelen, no tengo otra copia.

—Yo me encargaré de que se escaneen y le envíen una.

—Se lo agradezco. Mándelas al rancho Blanchard; desde que mi mujer murió, vivo con mi hija. Aunque podría escribir cada renglón otra vez, gozo de excelente memoria. A mi edad, es un inmenso regalo.

Sam supo que hablaba pensando en su esposa y en esa enfermedad, la más cruel con la mente humana, que le había robado los recuerdos.

La visita de Jasper y su abuelo le provocó una inquietud angustiosa. No podía aceptar ese encargo por otro motivo más íntimo. Hacerlo significaría tener la mente ocupada durante meses con vivencias de esa familia. Y pensar en Jasper, que de un modo inevitable la hacía revivir el suceso más traumático de su vida. Guardó el cuadernillo que Simon Farrell acababa de darle en el fondo del cajón secreter de su mesa y lo cerró con llave.

Jasper no sabía nada. Pero ella sí, y revivir la soledad y el vacío que había sentido durante meses después del aborto del hijo que engendraron juntos suponía volver a un infierno del que le había costado huir.

Necesitaba tomar el aire. Bajó un momento a la calle; dar la vuelta a la manzana y comprar un vaso de zumo de naranja la despejaría de aquella mala sensación.

Fue peor el remedio. Enfrente de la puerta principal del edificio, Jasper fumaba un cigarrillo en la acera. Y acababa de verla, no tenía escapatoria. Jasper tampoco se merecía el desaire de que le diera la espalda y volviera a entrar. Cruzó el semáforo y fue hasta él, que no la recibió con alegría.

—No has dejado el tabaco —comentó conciliadora.

—Ya ves que no. Hay cosas que no cambian. Tú me apartaste de tu vida de una patada hace siete años, a unas manzanas de aquí en esa dirección —señaló con la cabeza—, si no me falla la memoria. Y hoy has hecho lo mismo con mi abuelo.

—Jasper, eso no es cierto. Y no tengo tiempo para escribir para él.

—Sí, ya te he oído, sin interrumpir tus excusas. Cada una de las palabras con las que las personas cultas adornáis las mentiras. Podrías mostrarme el mismo respeto a mí y callarte mientras hablo. Es obvio que ni mi abuelo ni yo lo merecemos, de lo contrario, no nos habrías largado como a un par de catetos en busca de fama a golpe de talonario y que quisieran presumir al ver su libro en las tiendas del pueblo.

Dio una calada y soltó el humo despacio. Sin perder la calma, aunque sus palabras denotaban mucha rabia almacenada.

—Nunca te he tenido por un cateto.

—Por un ignorante que no encajaba en tus planes —recalcó—. Lo conseguiste, bien por ti. Pero te equivocas con mi abuelo Simon, él no lo es. Fue maestro durante cuarenta y cinco años. Mi abuela Mary, en cambio, no sabía gran cosa. Fue una sencilla ama de casa y la mujer más buena y cariñosa que se ha cruzado en mi camino. No hizo cosas extraordinarias, pero derrochó bondad por donde fue. Otras, con todos sus títulos colgados de la pared, sólo dejan decepción a su paso.

—Creo que no me merezco que me trates así.

—Quien no merece tu ninguneo es el hombre que me espera ahí dentro tomando un café y un donut, y que ayer tuvo la humildad de montar en un avión y volar de Houston a Nueva York para robarte diez minutos de tu valioso

tiempo —puntualizó con una mirada de desdén—. Te has comprometido a enviarle una copia de sus notas. Hazlo.

—Y cumpliré mi palabra, te lo aseguro.

—Confío en ello. Hay más editoriales en el país y buenos escritores a docenas, no eres la única. Encontraré alguno que escriba el libro para mi abuelo, no permitiré que se marche de este mundo sin ver cumplida su ilusión.

Las ambulancias pasaban a menos de un metro de ellos, las bocinas y el rumor del tráfico eran una música de fondo a la que Sam estaba acostumbrada. Él no, y su gesto lo reflejaba.

—¿Cómo podéis vivir con este ruido? Es una jodida locura.

Ella no se molestó en responder.

—Jasper, ¿qué ha pasado contigo? ¿Qué ha sido de tu alegría?

—Debió de esfumarse junto con la tuya. No pareces muy feliz en la cima del éxito —contraatacó—. Dejémoslo. Es la primera vez que mi abuelo pisa esta ciudad y yo tampoco la conozco. Hemos planeado descubrirla juntos —reveló, sonriendo por primera vez; dio una última calada y lanzó la colilla a la calzada—. Ha cumplido ochenta años y ya no lo tendré muchos más a mi lado. Adiós, Sam. Prefiero disfrutar mi tiempo con él que perderlo contigo.

Ryan estaba tan eufórico que no había probado aún su hojaldre de foie. Sam lo escuchaba, disfrutando de la cena. Ya le conocía esa fiebre interior. Cuando se embarcaba en un nuevo proyecto, el afán y la adrenalina del riesgo le robaban el apetito.

—¿Billy Bogarde? ¿El de la CNN?

El nuevo lanzamiento de Ryan iba a firmarlo un popular presentador de un programa de cámara oculta de la televisión que se emitía los fines de semana en horario de máxima audiencia.

—Contactó hace meses con Anthony —le explicó—. Quiere mostrar su

faceta de escritor, cuestión de prestigio. Pero, entre tú y yo, trajo unas ideas en un *pendrive* que no había por dónde cogerlas. Una chaladura.

Sam sonrió y lo invitó con la mano a coger los cubiertos antes de que se enfriara su cena. Ryan tomó un bocado y continuó contándole. A ella no le extrañó, solía ocurrir. El famoso confiaba en que la editorial puliera su obra, y los correctores de estilo se las veían y se las deseaban para intentar que reescribiera las partes que cojeaban. Ella lo había sido, y pocos aceptaban con humildad que se resaltaran sus fallos. No era el caso; el famoso presentador del que hablaban había optado por llevar un argumento para que un escritor profesional lo desarrollara. Ésos eran los menos conflictivos. Se les ofrecía una novela ya terminada y solían encandilarse a la primera lectura, imaginando su nombre en la cubierta en letras de molde.

—Va a triunfar a lo grande, cariño, me apuesto el cuello.

Sam dejó los cubiertos sobre el plato. Ya había terminado y Ryan apenas había probado el suyo.

—Con su fama y tu visión para crear superventas, yo también estoy segura. Enhorabuena.

—Éste va a romper —afirmó convencido—. Tengo para él la novela perfecta. Atrapa desde la primera página. Misterio, chica guapa en peligro, acción, giros inesperados y algo de sexo, sin pasarse, ya sabes.

Para hombres y mujeres de dieciséis a noventa y seis. Algo que Sam, como él, conocía de sobra. El secreto de un libro de gran éxito consistía en incluir claves argumentales para satisfacer a todo el abanico de lectores.

—¿Quién te la ha escrito?

Ryan levantó las palmas de las manos.

—Basta de hablar de trabajo. Ya te he contado bastante, y comentar un proyecto cuando aún está cogido con alfileres trae mala suerte —argumentó; miró su plato y luego el de Sam—. ¿Ya has terminado? Comes demasiado rápido, Sam. No es bueno.

Ella sonrió, su consejo carecía de fundamento, puesto que era él quien

había olvidado su cena. Pero su espíritu de triunfador le impedía reconocerlo.

—Te espero antes de pedir el postre.

Ryan cortó otro trocito de hojaldre y se lo llevó a la boca.

La noche, como de costumbre, terminó en el apartamento de Ryan. Él lo prefería al de Sam en el Village porque era más grande y tenía vistas a Central Park.

Sam ya se había acostumbrado a la decoración. Krystle no era amiga de minimalismos y ella estaba habituada a vivir entre objetos decorativos por doquier. A Ryan le parecía perfecto su apartamento; a Sam las primeras veces le pareció desangelado como el despacho de un arquitecto. Así se lo dijo, y él le lanzó una pulla, poniendo en duda su buen gusto. No volvió a criticar su estilo por no discutir acerca de algo tan trivial.

A Ryan le gustaba desnudarla despacio, y ella se dejó hacer. Adoraba cómo la besaba mientras lo hacía. Cuando la tuvo en ropa interior, la observó con atención.

—Es nuevo.

Sam se acarició las copas de su recién estrenado conjunto de ropa interior.

—¿Te gusta?

—Es diferente —comentó sonriendo—. No va mucho con tu estilo.

También se desnudaba, e iba dejando cada prenda sobre el brazo del sillón del dormitorio. La atrajo por los brazos para gozar de su boca de nuevo.

—Pues es de La Perla —comentó Sam, concluido el beso—. Me ha costado una pequeña fortuna.

Sam se dio la vuelta e inclinó el cuello, ofreciéndoselo. Él se pegó a su espalda, le apartó la melena y apoyó los labios en su nuca, a la vez que terminaba de desnudarse.

—Si te gusta a ti, a mí también —murmuró complaciente. Cinco segundos

después, ambas prendas estaban sobre el sillón—. Estás muy tensa esta noche.

Sam se había molestado, por eso le daba la espalda, y no por los motivos eróticos que él suponía. Le había arruinado la ilusión. Ese conjunto de lencería de color verde hoja lo estrenaba esa noche para él. Esperaba más entusiasmo por su parte.

—Esta mañana he mantenido una reunión que me ha puesto de los nervios —pretextó.

—¿Vas a contármela?

—No.

Era una mentira a medias. Había estado inquieta todo el día, a causa de la visita de Jasper y su abuelo. Pero en ese momento no quería pensar en ello.

—Necesitas un masaje —decidió Ryan—. Túmbate.

Sam se estiró en la cama y él se colocó a horcajadas sobre ella. Le masajeó los hombros y los brazos. Le besó la columna vertebral desde la nuca hasta la mitad de la espalda. Se colocó a sus pies, le abrió las piernas y acarició su interior. Le levantó las caderas y ella se puso de rodillas, con la cabeza en la almohada. Ryan la penetró con un ritmo creciente, embistió con vigor, sujetándole las nalgas hasta que ambos quedaron saciados. Cuando salió de ella, la besó en la boca y se fue al baño.

Sam se dio la vuelta y se desmadejó con languidez. Aquella cama era más grande que la suya y durante ese rato siempre la tenía sólo para ella. Ya no la sorprendía la manía de Ryan de ducharse después del sexo. Según él, dormía más a gusto. Era ordenado con su ropa, en su trabajo, en su vida diaria, y ese equilibrio escrupuloso lo llevaba al extremo.

Sam se tumbó de lado, hacía mucho que no gozaba tanto. Ryan se afanaba cuando la tomaba por la grupa, sin más contacto que el de sus manos y su sexo. Era la postura preferida de él y se notaba que le ponía pasión, pensó sonriente.

Se le cerraban los ojos sin remedio.

Cuando él regresó de la ducha, ya estaba dormida.

—¿Me dejas ver?

El maquetista acababa de entrar en el ascensor. Subían los dos solos y a Sam le pudo la curiosidad al verlo con unas maquetas en las manos. Solían encuadernar media docena de ejemplares de la primera prueba de imprenta, antes de la última corrección, para tasar el grosor, así como el aspecto de lomo y cubierta. Además del número de páginas, peso y otros pormenores indispensables para el cálculo presupuestario de la edición.

Ella trató de verlo, pero el hombre lo evitó, ocultándole la cubierta.

—Sam, sabes que Ryan siempre quiere ser el primero en verlo.

—No me digas que es la novela de Billy Bogarde; ¿tan pronto?

El lanzamiento del libro estaba previsto para la primera semana de julio: la lectura perfecta para disfrutar en vacaciones. Y aún estaban en abril. Ryan le había comentado que entraría en imprenta en mayo.

—Déjame, anda —suplicó—. Ryan no se va a enfadar, siendo yo.

—Como me caiga una bronca, te echaré toda la culpa.

—Asumo toda la responsabilidad. Yo misma voy a llevárselo al despacho. Quiero darle la sorpresa.

Sam le tendió la mano y al final el maquetista cedió. Era la hija del dueño, y en la editorial era un secreto a voces que era también la novia de Ryan Blake.

Salió sola del ascensor en la última planta; el hombre decidió bajar a su despacho en el tercer piso, puesto que allí ya no tenía nada que hacer, y prefería no estar al alcance de la ira de Ryan Blake.

Sam se detuvo en el pasillo para ojear la maqueta. El diseño de la cubierta era vistoso, con la fotografía del supuesto autor. Lo habitual cuando se trataba de un famoso, pues la imagen de éste era un importante señuelo de venta. En cuanto a los colores, era un acierto el azul eléctrico. Destacaba tanto en las mesas de novedades como en las estanterías, cuando la única parte llamativa

de los libros era el lomo. El que tenía en las manos era grueso, se vería bien incluso discretamente colocado. La editorial tenía una buena red de distribución e invertía importantes sumas para asegurarse de la buena visibilidad de sus publicaciones en los puntos de venta.

—Buen título. Misterioso y con impacto —comentó, abriéndolo para ojearlo.

Pasó de largo la dedicatoria y el prólogo, quizá la única parte del libro escrita por el presentador. O podría ser que ni eso. Comenzó a leer el primer capítulo. Leyó rápido, estaba acostumbrada a que su mirada volara por las líneas de un texto. Pasó al segundo y al tercero. Abrió el libro por la mitad y continuó leyendo a saltos. Fue a la última página y leyó el final con el corazón agitado.

Sam se apoyó en la pared, mareada. El volumen se le resbaló de las manos y se estampó a sus pies.

Entró en el despacho de Ryan como un huracán.

Dejó el tocho sobre su mesa con un golpe que retumbó con un eco sordo entre las cuatro paredes, hizo tambalear el bote de los lapiceros y saltar cuantos objetos se encontraban sobre el tablero.

—¿Qué coño es esto, Ryan?

—Cálmate y baja la voz.

—¡Un cuerno me voy a calmar! —vociferó con rabia—. Esto lo he escrito yo. ¿Cómo te has atrevido a copiar mi novela?

—No sé de qué estás hablando —enunció sin perder la calma—. Y cierra la puerta.

—Nada de eso, ¡que se entere todo el mundo de que has copiado de mi ordenador el archivo de mi novela!

—Yo no he hecho tal cosa. Baja la voz y deja de acusarme. No tenía ni idea

de que habías escrito una novela. Y mucho menos que fuera ésta.

—Eres despreciable, Ryan. ¿Quién si no iba a sacar información del portátil que uso en casa? Tú eres el único que entra en mi apartamento.

—No debo de serlo, porque ese manuscrito llegó a mí por otra vía. Un texto anónimo, hasta ahora desconocía su autoría.

—Voy a denunciarte. Ya veremos en qué queda tu éxito literario y cómo le explicas a tu querido Billy Bogarde que no hay libro.

Ryan alzó los brazos.

—¿Quieres tranquilizarte? Si tú lo dices, la novela es obra tuya. No tengo por qué dudar de tu palabra, y cuando lo afirmas con tanta vehemencia se supone que es porque puedes probarlo —razonó—. ¿Cuántos libros llevas escritos para otros autores?

—Ésa no es la cuestión —masculló ella—. Esta novela es mía. Las obras anteriores las pacté bajo contrato. ¡Ésta me la has robado!

—Ya te he dicho que no fue así, llegó a mis manos y, por su interés, se la ofrecí a Billy Bogarde. Es lo que quería para él.

—¡Pues la has jodido, Ryan!

—No seas barriobajera.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Sam estaba fuera de sí, la calma de Ryan la indignaba. Ni siquiera se había levantado del sillón.

—Sigues sin creerme, mi amor. Y no te estoy mintiendo.

—¿Mi amor? Eres repugnante. No tienes escrúpulos ni moral.

Ése era el hombre que le susurraba frases acarameladas, el depositario de sus confidencias. El mismo que idolatraba desde que era una cría, el espejo en el que llevaba años mirándose. El que la tumbaba en la cama y al que ella acogía entre sus piernas. Cogió las maquetas y las estampó contra la pared.

—¿Me vas a obligar a llamar a seguridad?

—¡Hazlo! Llama también a la policía, será divertido —lo desafió—. Llevo años admirándote. Qué asco me da pensarlo.

Ryan se puso en pie y cogió el volumen del suelo. Lo dejó sobre el escritorio y avanzó un paso hacia ella. Sam impidió que se le acercara, extendiendo el brazo con la mano abierta como barrera.

—Olvídate de tu puñetero bestseller. Ese libro no va a ver la luz.

—Sam, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Ella lo miró con desdén.

—Ya veremos en qué queda tu carrera profesional a partir de hoy. Te escupiría en la cara, pero, pensándolo mejor, voy a hundirte. Voy a acabar contigo como la rata que eres.

—Tú misma.

Sam entornó los ojos. Aún se atrevía a desafiarla.

—No eres imprescindible ni tan grande como supones. ¿De parte de quién crees que se pondrá Anthony? ¿De la tuya o de la mía?

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Anthony McCoy deambulaba por el despacho sin prisas, escuchando cómo Sam barbotaba argumentos y exigencias.

—Yo he escrito esa novela. Ryan la copió de mi portátil, aunque lo niegue. Nadie más ha tenido acceso.

—Sam, desconozco cómo consiguió el texto y quién lo ha escrito.

—¡Te estoy diciendo que es mío!

—No me levantes la voz —exigió con rotundidad—. Lo único que sé es que la narración es buena, la trama está hilada con ingenio y, en definitiva, es vendible.

—¿Y el final?

—Abierto a una segunda parte. Eso es asunto de Ryan, puesto que ya está programada.

Sam conocía la estrategia, ya estaba previsto el lanzamiento del segundo libro antes de que los lectores olvidaran el regusto de la primera entrega.

—Y tan abierto —masculló airada—. Como que es la primera parte de una trilogía cuya segunda y tercera no vas a ver en la vida.

Por suerte, como borradores que eran y según su costumbre, no las conservaba en el disco duro de su ordenador portátil. Era imposible que Ryan también se las hubiese robado.

—Siempre me has enseñado a actuar de una manera ética. Hazlo, Anthony, no me defraudes.

Él le sostuvo la mirada.

—Mañana a las siete de la mañana entra en imprenta.

—Detenlo.

—El proceso está en marcha, Sam. Tú puedes escribir más libros, cientos si quieres. Tu talento es asombroso.

—Deja de adularme, no lo soporto. ¿Te importa más tu negocio que yo?

Anthony apretó la mandíbula y extendió los brazos señalando las esquinas del techo.

—Me importa mantener todo esto. Seguir publicando literatura, todo tipo de literatura —enfaticó—. Los beneficios de ese libro equilibrarán las pérdidas de otros que, *a priori*, ya sé que no van a compensar ni el precio del papel. Y de ese modo podré seguir editando poesía, ensayos especializados, relatos cortos y todos esos géneros que me hacen perder dinero pero me dan la satisfacción que da sentido a nuestro trabajo.

—A costa del mío, robado, utilizado sin mi permiso como si fueras Dios.

—No lo sabía, te doy mi palabra. Y averiguaré qué ha pasado.

—Secuestra ese libro y te creeré.

—Demasiado tarde.

—¿Tan poco te importo?

—¿Tan poco te importo yo y lo que represento? —cuestionó Anthony.

Sam sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, parpadeó. No iba a derramar ni una sola en aquel edificio. La maquinaria para fabricar un superventas estaba en marcha, los espacios publicitarios contratados, las

entrevistas pactadas, los críticos de confianza aleccionados, los expositores diseñados, los mejores puestos de exhibición apalabrados con las grandes cadenas libreras, su sitio pactado en el estante de los más vendidos. Y, por supuesto, el compromiso con aquel imbécil con ínfulas culturales y un programa televisivo en horario puntero, con millones de espectadores que lo seguían como a un profeta. Ponérselo en contra no es que fuera un suicidio empresarial, pero pasaría factura.

—Páralo, Anthony —insistió. Era su libro. Podía buscar otro manuscrito y en dos o tres meses estaría en imprenta—. Retira ese libro del catálogo.

—No.

—Te denunciaré. Voy a llevar a juicio a McCoy & Son. Sí, ya lo sé —dijo Sam ante su mirada condescendiente—, un gusano contra el gran dragón. Pero hasta los gusanos muerden.

Apretó la mandíbula, le dio la espalda y abandonó el despacho. Qué cretina se sentía después de soltar aquella bravata. Qué denuncia ni qué juicios; al no estar completamente pulida, todavía no había inscrito a su nombre la trilogía en el registro de la propiedad intelectual.

Subió directa al suyo, decepcionada, humillada y con cada gota de su sangre pidiendo venganza.

Llamó a Krystle, y después de calentarle el oído con una perorata desenfundada, ésta le respondió con un «Sé prudente, Sam», y más llamadas a la reflexión que no llegó a oír porque zanjó sus consejos con un golpe de pulgar. Tan sólo le faltaba aguantar aquello, que tratara de ser comprensiva. Krystle confundía benevolencia con idiotez.

Recogió sus cosas en una bolsa de basura, no perdió el tiempo en pedir que le subieran una caja de cartón del almacén. Estaba vaciando los cajones de su escritorio cuando reparó en el secreter estrecho que rara vez usaba. Sacó el

llavero del bolso y lo abrió. Además de una copia de su seguro médico y doscientos dólares en billetes que guardaba como reserva, halló un cuaderno pequeño con las tapas arqueadas. Recordó la mañana en que Simon Farrell fue a su despacho y se lo entregó en mano. Desde entonces no se había acordado de él. Lo guardó en el maletín de sus documentos, que rara vez sacaba del despacho, cargó con todo y salió sin intención de volver. Ya mandaría más adelante a los empleados de alguna empresa de mensajería a recoger los títulos y los diplomas enmarcados.

Recorrió el pasillo sin despedirse de nadie y caminó en dirección al montacargas del fondo, el que se usaba para bajar a los sótanos donde se almacenaba el material. Quería evitar encontrarse con nadie, en especial con Anthony, Ryan o cualquier otro editor.

Abandonó McCoy & Son por el portón de los camiones. No volvió la cabeza para despedirse del único hogar profesional que conocía. Caminó una manzana y cruzó la Sexta Avenida, hasta el corazón de Chinatown. En aquellas callejuelas no iba a tropezarse con conocidos ni había peligro de que la localizaran. Se sentó al fondo de un bar y pidió café. Le costó hacerse entender porque el que era camarero o dueño no hablaba más que cuatro palabras de inglés. Dos mesas más allá, otro hombre más anciano limpiaba pescado en un cubo. Sam miró hacia otra parte, el hedor a tripas le revolvía el estómago.

En lugar de café, le sirvieron una infusión. Se encogió de hombros y pidió azúcar, su sistema nervioso agradecería la confusión. Al buscar la cartera, encontró la libretita de notas del abuelo Farrell. Mientras soplaba la taza, comenzó su lectura.

El tiempo pasó volando, tan imbuida como estuvo en aquellas notas. Terminó aquel bebedizo dulce y agradable al paladar, e incluso olvidó el hedor a pescado. Cerró la tapa, observándola en la palma de su mano como si acabara de descubrir un tesoro. Aún le cosquilleaban los dedos y respiraba más deprisa de lo normal. Qué necia había sido al creer que aquel anciano que

se presentó en su despacho llevaba una colección de párrafos emocionales, una historieta de pueblo sin interés. Después de leer sus apuntes, sabía que aquellas cuartillas cuadriculadas eran la punta del iceberg de una vida extraordinaria en su sencillez. Ya era hora de que las mujeres como ella misma escribieran sobre otras mujeres cuyos nombres nunca figurarían en los libros de historia. Como la sencilla abuela de Jasper, cuya entereza ante las injusticias le erizaba el vello de los brazos.

Lo decidió allí mismo, cuando el hombre cogió el billete de su mano, agradecido porque Sam rechazó la vuelta. Acababa de descubrir su destino, al menos el de las próximas semanas: Liberty, Texas. No le daba miedo regresar y encontrarse con los recuerdos, eran otros ajenos los que necesitaba esa vez, y sólo allí los hallaría. Ojalá Jasper no hubiera cumplido su amenaza y el señor Farrell todavía estuviera dispuesto a compartir sus vivencias. Tenía que contar esa historia, ¡lo necesitaba! Escribiría sobre la vida de Mary Farrell.

Y luego ofrecería el manuscrito a las editoriales de la competencia. A cualquiera menos a McCoy & Son.

Dejó su coche en el aparcamiento de la sede de la editorial, no tenía ninguna intención de conducir a través de todo el país. Paró un taxi y pidió que la llevara a su apartamento. Ya allí, encendió su portátil y sacó un billete de avión a Houston. El aeropuerto de Newark, en Jersey City, quedaba mucho más cerca de allí. Sam maldijo al constatar que todos los vuelos para las próximas horas estaban completos. No le quedaba más remedio que atravesar media ciudad hasta el aeropuerto de La Guardia. Compró el billete del vuelo de la compañía United que despegaba al cabo de tres horas y se lo envió por correo electrónico.

Descolgó el teléfono fijo y apagó el móvil. Sacó el disco duro externo de su escondite, el cajón de la cocina donde lo guardaba por si entraban ladrones

alguna vez, ya que lo consideraba su joya más preciada. En él almacenaba los archivos, bocetos, esquemas y argumentos que algún día se convertirían en novelas. Era un almacén anexo al que tenía dentro de su cabeza. Lo conectó a su ordenador y borró los archivos de la trilogía, los tres. Sin que le temblara la mano. Después borró la carpeta íntegra que contenía todos los archivos anexos, los que había ido recopilando durante su escritura. Se quedó mirando la pantalla. Tanto trabajo de meses, y acababa de desaparecer en menos de lo que se tardaba en pronunciar la palabra *adiós*. Cerró el ordenador y guardó el disco de almacenaje junto con el ratón inalámbrico. La vida era eso, cerrar etapas y volver a empezar.

Hizo el equipaje a base de saquear cajones y lanzar su contenido en una maleta grande y otra mediana. Al cabo de una hora estaba lista, con el maletín del portátil al hombro y la documentación, tarjetas y demás en el bolso. Abrió el frigorífico y desconectó el diferencial de la luz. Echó una última mirada a su pequeño hogar antes de cerrar la puerta. El alquiler corría a costa de la editorial, así lo había pactado, y formaba parte de sus honorarios. No tenía que remorderse la conciencia por el gasto innecesario de dejarlo vacío.

Ya en la calle, tuvo la suerte de que un taxi libre girara la esquina. Lo llamó con gestos y al cabo de cinco minutos estaba atravesando Manhattan en dirección este para tomar la autovía del East Side. Desde la ventanilla, contemplaba a su derecha, en la otra orilla del río, el inmenso barrio de Queens, que la vio nacer y crecer, mientras pensaba en todas las vivencias que dejaba allí. Antes de cruzar el puente que separaba Harlem del Bronx, vio un enorme cartel publicitario que le revolvió las tripas. Billy Bogarde, el presentador televisivo que iba a mentir al mundo presentando como suya una novela que no le pertenecía, sonreía al infinito con su pose típica, el dedo señalando al público como gesto de empatía. Sam proyectó toda su rabia en el presentador, aunque él no tenía la culpa de sus desgracias.

—Y una mierda empatía —murmuró.

—¿Me decía algo?

—Que pare en cuanto pueda, por favor.

Acababa de acordarse. ¡El *pendrive* que usaba para trasladar archivos!

—Aquí está prohibido —alegó el hombre.

—Sólo será un segundo, en el primer hueco que vea.

El taxista obedeció a regañadientes. Sam ya había palpado y encontrado lo que buscaba en el maletín de su portátil. Bajó del taxi y se acercó a la orilla del río. Miró de reojo al hombre, que le señalaba con el dedo el taxímetro para que entendiera que el tiempo corría.

Ya había borrado las copias de seguridad de su disco duro. La única que conservaba de las dos siguientes entregas de su trilogía se hallaba en el lápiz de memoria que tenía en la mano. Con un grito liberador, lo lanzó todo lo lejos que pudo y lo vio sumergirse en las aguas del río.

De vuelta al taxi, miró a Billy Bogarde, tan sonriente en su cartelón.

—A ver cómo acabas ahora la trilogía, gilipollas.

Se acomodó en el taxi y respiró hondo. Ya estaba lista para poner rumbo al sur.

—Sabía que cambiaría de idea, señorita Larson.

—Sólo Sam.

—Como desees, Sam —aceptó Simon Farrell—. Toda mi vida he admirado tanto a los escritores que hablar con una de tú a tú me impone mucho respeto.

Ella se echó a reír y le cogió las manos. Era un anciano encantador.

—Yo no soy importante, ya me gustaría —aseguró—. Ahora somos colaboradores, de igual a igual. Tenías razón, la vida de Mary merece ser contada. Y estoy deseando saber más.

Lisa interrumpió la conversación, al bajar por la escalera. Le dio un abrazo y le expresó su alegría de tenerla allí. Cuando Sam había confirmado su llegada, se había negado a aceptar su idea inicial de alojarse en un hotel.

—Acabo de preparar tu habitación, ¿qué tal el vuelo?

—Sin problemas. Gracias por enviar a un empleado a recogerme al aeropuerto.

No le contó su decepción. Esperaba encontrar a Jasper, como cuando llegó con la ilusión viajera de sus veintiún años y él la hizo reír porque esperaba a un chico en su lugar.

—Bienvenida, Sam.

Ella se volvió hacia Jasper, que acababa de entrar en la casa.

—Hola, Jasper.

—No te doy la mano, ya ves cuánta porquería —dijo mostrándoselas; su cara no reflejaba alegría por verla allí.

Sam notó la mirada que le echó su madre para que se mostrara más cordial.

—Has sido muy amable, Lisa. Y no quiero molestar. Ya te dije que venía

dispuesta a quedarme en un hotel, o en casa de Bertha.

—En esta casa nadie molesta —intervino Jasper, que se lavaba las manos en el fregadero—. Cortesía texana.

Tampoco parecía entusiasmado, era evidente que lo había dicho por compromiso. El abuelo Simon la cogió por los hombros. Con ochenta años seguía siendo un hombre de buena estatura.

—Si tenemos que trabajar, lo más cómodo es que vivas con nosotros. Y la señora Callum ya está mayor. Cuando nos acostumbramos a la soledad, cualquier cambio en nuestra rutina nos molesta —argumentó eufórico ante la perspectiva colaborar con Sam en la redacción del libro—. Pero no dejes de ir a visitarla, se alegrará de verte.

—Y yo de darle un abrazo, ¡hace tanto que no la veo desde la última vez!

Lisa le acarició los brazos.

—Y yo estaré encantada de acogerte, me muero por tener alguien con quien conversar. Cuando falleció mi madre, prescindimos de la cocinera. Necesitaba mantenerme ocupada. Y cocinar para tres no es faena.

A Sam le extrañó, la familia la formaban cuatro personas.

—¿Y yo no pinto nada? —se quejó el abuelo.

Sam vio de reojo cómo Jasper abría la puerta de la cocina y salía un momento.

—Me refería a otra mujer, papá. Además, mi hijo está tan poco comunicativo desde que su padre nos dejó... —murmuró, aprovechando la ausencia momentánea de Jasper.

Sam abrió la boca, pero Simon la interrumpió antes de que pudiera mostrar su sorpresa e improvisar unas palabras de pésame.

—Recuerda que Sam ha venido a trabajar, hija.

Lisa se llevó la mano al corazón.

—¡Vale! Prometo no distraerla demasiado, papá.

—Gracias por tu discreción al no hacer preguntas delante de Jasper. Me refiero a mi marido —explicó Lisa, ayudándola a deshacer la maleta—. No está muerto, si es lo que imaginas.

—Has dicho que ya no está, eso he supuesto.

—Me abandonó hace seis años. Se largó de un día para otro con Sandra Sue, nuestra contable. No sé si la recuerdas.

—Ahora mismo, no me viene a la memoria.

—Me dejó por una chica más joven y muy atractiva. Yo ya lo he asumido, pero Jasper no. Estaba muy unido a su padre y no ha vuelto a tener noticias suyas. No perdonaré nunca a Ronald que haya olvidado a su único hijo.

—No lo habría imaginado jamás. Lo recuerdo como un hombre encantador.

—Encantos que también vio en él Sandra Sue. —Rio por pura ironía—. Eran amantes desde hacía meses, a mis espaldas. Durante dos años yo estuve muy ausente de aquí, mi madre me necesitaba. Pero que se sintiera solo no lo excusa. Nos casamos para compartir alegrías y penas, y ya ves.

Lisa colgó varias prendas en el armario que había vaciado para Sam. Ella le dio las gracias y le aseguró que ella sola terminaría de guardar el resto.

—¿Bajarás a ver la tele un rato?

—¿No te importa que no te haga compañía? Prefiero acostarme cuanto antes, estoy cansada del viaje. No he ido ni a tomar una cerveza al bar con Jasper —agregó con ironía, dado que no había tenido el detalle de invitarla.

—Jasper no ha ido al bar. Nunca sale entre semana —reveló Lisa, había pesar en su voz—. Desde que su padre se marchó, asumió toda la responsabilidad del rancho con una dedicación obsesiva. Al principio se negó a contratar a un sustituto de Sandra Sue, e incluso llevaba las cuentas. Dormía dos o tres horas diarias, hasta que su salud se resintió. Hace seis años, casi nos mata del susto. Acababa de morir mi madre y llegó a casa un mediodía con una fuerte presión en el pecho. Nada del corazón, gracias al cielo. Sufrió un

episodio de ansiedad. El médico y yo tuvimos que mantener una charla seria con él, exigirle que se relajara y que dejara el tabaco.

—¿Qué sentido tiene matarse a trabajar?

—Ninguno. Hay personal de sobra y su padre le enseñó a delegar. Me hizo caso y contrató a un contable. Porque desde la ampliación del negocio no le quedaban horas durante el día. Decidió cultivar almendros en unas tierras baldías donde antiguamente se plantaba cereal. Se arriesgó y triunfó, los árboles se adaptaron muy bien al clima, la tierra es buena y da muchos beneficios. En el campo siempre hay que contar con ases guardados en la manga, por si baja el precio de la carne, hay plagas, tornados... Siempre estamos con los dedos cruzados y expuestos a cualquier desastre.

—Me alegra saber que Jasper es innovador. Ha cambiado mucho.

—No creas. Desde niño no paraba quieto. Cuando tú lo conociste, siempre estaba ocupado: chicas, fiestas y el rancho cuando no podía evitarlo. Lo normal para un veinteaño.

—¿Tiene novia? —cotilleó sin ruborizarse.

Lisa respondió con idéntica indiscreción.

—Ninguna fija. Ahora emplea toda esa energía que le sobra en el trabajo. Seguro que está con los animales, dando un último vistazo. Como si hasta el último detalle dependiera de él. Si te digo la verdad, preferiría que estuviera en el bar en este momento.

—Si él es feliz así, es muy respetable.

—Todo lo feliz que puede ser un adicto al trabajo.

Sam dobló una camiseta con un sube y baja de hombros. No esperaba que Lisa le contara tantas intimidades sobre Jasper. Pero se le veían ganas de desahogarse, y a ella, en el fondo, le apetecía saber qué había hecho con su vida durante los últimos años y el porqué de la antipática amargura que había mostrado la última vez que se habían visto.

—Es muy joven y la vida pasa rápido. —Siguió tirándole de la lengua.

—Más de lo que yo pensaba a vuestra edad. Tú diviértete mucho. Hasta yo

tengo más vida social que mi hijo —lamentó con un resoplido de resignación—. Te dejo, Sam, que ya veo que estás cansada. Se te nota en la cara. ¿Estarás cómoda?

—Comodísima. Gracias por ser tan amable, Lisa.

Ella sacudió la mano.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo. Quiero que te sientas a gusto con nosotros. Aunque no lo creas, has revivido a mi padre. La muerte de mamá lo dejó con el ánimo destrozado. Tu llamada de esta mañana lo ha rejuvenecido diez años.

Jasper miró por encima del hombro al oír sus pasos en la cuadra de los caballos y continuó con lo que estaba haciendo. Sam avanzó hasta donde él se encontraba agachado con una rodilla hincada en la paja del suelo, revisando la pata de una potrilla joven. Observó cómo desinfectaba una herida antes de vendarla de nuevo.

—¿No tienes sueño? —preguntó sin levantar la vista.

—Demasiadas emociones en un mismo día. Este lugar me trae tantos recuerdos que me siento eufórica. También ante la perspectiva del nuevo reto que me he propuesto. La historia de tu abuela es enternecedora, entiendo que tu abuelo quiera hacerle justicia.

—A pesar de que ella ya nunca lo sabrá.

—Debió de ser duro para él.

—Lo fue para todos.

Sam comprendió que Jasper zanjara el asunto con esa frase tajante; no era necesario hablar más sobre los estragos del mal de Alzheimer, una de las enfermedades más crueles que existen. Sobre todo, para los seres cercanos, que se ven obligados a contemplar impotentes, día tras día, la merma de las facultades físicas y mentales de una persona querida hasta el final.

Jasper comenzó a vendar la pata de la potra, que se dejaba hacer con

inusitada docilidad.

—¿Por qué te ocupas de todo personalmente, Jasper?

—Es mi obligación. Ya te habrán contado que mi abuela no fue la única que se fue.

—Supongo que te refieres a tu padre —aceptó Sam—. Sí, tu madre me ha dicho que un día hizo el petate y se marchó.

—Fin de la historia. No ha vuelto a dar señales de vida, no sé si está vivo o muerto, y a él tampoco parece interesarle si su único hijo lo está.

—No me lo esperaba, la verdad. Lo recuerdo como un hombre muy...

—¿Leal? —Sam asintió—. Lo era, hasta que decidió pensar en sí mismo y olvidarse de los suyos —comentó con más decepción que acritud, y se sacudió las manos—. Ya está. Mañana ya le echará Michael un vistazo.

A Sam le gustó oírlo mencionar al veterinario del rancho porque se acordaba de él.

—¿Aún trabaja aquí?

—No todo el mundo huye de este rancho, sólo los que no valoran a las personas que dejan atrás —comentó con una mirada significativa.

Ella se armó de paciencia. No había ido hasta allí para discutir, y era obvio que, además de su padre ausente, ella era la otra destinataria de su acidez.

—Trabajas demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo.

—No son horas ni tienes necesidad, con tantos empleados.

—No te he preguntado tu opinión.

—Me callo —aceptó ella con una mueca.

—Será lo mejor —dijo él, cerrando el portón del box con rudeza—. ¿Qué haces aquí, dándome conversación? ¿Nostalgia juvenil? Es de tontos sembrar en tierra quemada.

—¿Por qué me tratas así? Estoy aquí porque quiero que nos llevemos bien durante el tiempo que me quede.

—Para escribir esa historia que no te interesó cuando nos largaste de tu

despacho hace dos meses.

—¿Nunca me lo vas a perdonar?

—¿Importa?

—Me equivoqué. Debería haberla leído antes, la vida de tu abuela me ha impresionado.

Él sonrió de medio lado, con evidente sorna.

—Y has vuelto para investigar, como aquel verano —dijo con retintín.

—Yo recuerdo aquellos días con mucho cariño. Veo que tú no. Fue un verano que no podré olvidar nunca.

—El pasado es como el estiércol. Si lo remueves, apesta.

—Forma parte de nosotros, te guste o no.

Se acercó a él y lo cogió por el antebrazo para que la mirara a los ojos.

—¿Recuerdas el día que me llevaste de excursión a la roca encantada? Todavía me acuerdo de la leyenda que me contaste y de nuestro primer beso.

Jasper le cogió la mano y, despacio, la soltó de la manga de su camisa.

—Espero que no te tomaras en serio aquella fantasía romántica.

—Fue una de las más bonitas que recopilé durante ese verano. No sé por qué dices eso.

Él se sacudió las manos y la miró sin demostrar emoción alguna.

—Me la inventé.

Le dio la espalda y caminó hacia el portón del establo.

—Vendí la casa del pueblo el año pasado —le explicó el abuelo Simon—. Llevaba varios años vacía, desde que Mary y yo ingresamos en la residencia de Houston. Y eran demasiados recuerdos, media vida compartida allí. No pude quedarme allí sin Mary. Pero la compró una pareja joven que espero que sean tan felices en la casa como lo fuimos nosotros.

Sam sonrió, pero levantó la mano para que no siguiera.

—Simon, no puedes contarme todas estas cosas hasta que tenga encendida la grabadora, porque si no las grabo o tomo notas, se me olvidarán.

El anciano se sentó al borde del sillón, con actitud atenta.

—Cierto, tenemos que pactar el método de trabajo. Tú mandas y yo obedezco.

—Será más relajado de lo que imaginas.

—Lo primero que tenemos que aclarar son tus honorarios.

—Ya hablaremos de ello más adelante.

—Cuento con el dinero que me dieron por la casa. Pienso gastarlo en mis nietos y en el libro.

—Guárdalo para tus nietos. Aunque creía que Jasper era el único.

—Tengo también una nietecita de siete meses, Carlie. Hija de Louis. Me gustaría verla crecer —lamentó con resignación—. He tenido que conformarme con verla sólo un par de veces.

—No sabía que el profesor Farrell tuviera una niña.

—Que no sea la última. Cameron se casa dentro de poco, espero que no tarde en darme más nietos antes de que me muera.

Sam lo regañó con una mirada.

—La muerte es un tema vedado mientras hables conmigo, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—No te molestaré mucho.

—¡Tengo todo el tiempo del mundo! —A Sam la enternecía su entusiasmo—. Estoy nervioso, ¿puedes creerme? Tantos años sobre la tarima del aula y esto es tan nuevo que me siento como si volviera a sentarme en el pupitre.

—Es un honor que me hayas elegido para este proyecto, Simon.

—Querida, gracias a ti por venir y contar conmigo. Haces que no me sienta un mueble más del salón.

Sour Lake, Texas, 4 de julio de 1963

Estaba harto. ¡Harto!

Jack Spencer montó en su vieja *pickup* y enfiló el camino con un acelerón que hizo chirriar las ruedas sobre la gravilla. El motor hacía un ruido feo, pronto sería hora de cambiar la camioneta. Ya le había echado el ojo a una de segunda mano que parecía bastante nueva. Pero aún no podía, quizá cuando vendieran la cosecha de maíz. En la cooperativa le habían asegurado que ese año se pagaría bien. Mientras tanto, abriría el capó y echaría una ojeada al motor. Pero de todo eso se ocuparía al día siguiente. Esa noche, el cuerpo le pedía juerga. ¡Malditas ganas tenía de quedarse sentado en la cocina un 4 de Julio, caramba!

Y de oír, como todas las noches, las aburridas quejas de Winona, que se había negado a acompañarlo al baile. Allá ella. El embarazo le había agriado el carácter. Ni que fuera la única del mundo que iba a parir un hijo.

Llevaban un año y un mes casados y no sabía ya cómo contentarla. Trabajaba como un condenado para sacar adelante la granja. Todo esfuerzo le parecía poco, en unos años compraría algo de ganado y sería más próspero. De momento se conformaba con trabajar desde el amanecer hasta el ocaso los siete días de la semana. Se merecía una noche de baile, llevaba todo el día deseando que llegara la noche. Contemplar con Winona los fuegos artificiales y regresar a casa felices después de un rato de diversión.

Se la merecía. Por eso, ante la negativa de su esposa, decidió dejarse de ruegos y se largó solo al pueblo con ganas de pasarlo bien.

Jack Spencer no imaginaba que esa decisión cambiaría la vida de tanta gente...

Sam dobló la hoja y observó a Simon. Acababa de leerle el fragmento en voz alta y él la escuchaba pensativo. Como si el relato lo hubiera retrotraído a otra época y otro lugar.

—¿Qué te parece como comienzo?

—En mi humilde opinión, es perfecto —aseguró, dándole una palmadita en la rodilla—. Supongo que así de hastiado debió de sentirse ese pobre muchacho. Tú no conociste a la tal Winona. Era insoportable.

—¿Murió?

—Aún vive. Si quieres, puedes acercarte a Sour Lake un día de éstos para que te cuente su versión.

—Puede que lo haga, sería interesante.

—Aunque puede que te reciba a escobazos. Ella es toda amabilidad —ironizó con maldad.

Sam se echó a reír.

—En tal caso, lo pensaré.

—Es curioso, las notas que yo escribí, y que te entregué en aquel despacho hace unos meses, venían a decir lo mismo, pero no sonaban tan reales.

—Es sólo un boceto.

Simon sonrió con tristeza y Sam supo que estaba recordando a su mujer. Pero no a la de los últimos tiempos, perdida en la telaraña del olvido, sino a la joven Mary que había vivido con él aquellos recuerdos que él retenía en la memoria como si acabaran de suceder.

—Me gusta mucho, de verdad. Y admiro tu capacidad para imaginar los sentimientos ajenos. Porque pudo ser todo eso lo que le pasó por la cabeza a ese hombre aquella noche, quién dice que no. Yo sería incapaz.

Sam tragó saliva. Era uno de los cumplidos más bonitos que le habían dicho nunca. Releyó para sí los pocos párrafos que acababa de escribir, estaba deseando ponerse al teclado porque empezaba a enamorarse de aquella historia aún por escribir.

Miró el teléfono e instintivamente apretó los dientes al ver el nombre de Ryan en la pantalla.

—¿Qué quieres de mí esta vez? —le espetó Sam, sin darle tiempo ni a saludar—. Ya te dije anteayer que no volvieras a llamarme. Entre tú y yo ya está todo dicho.

—Creía que se te habría pasado el berrinche.

—Eres más idiota de lo que suponía.

—No soy ningún idiota. Y prefiero no opinar sobre lo que pienso de esta pataleta tuya de niña inmadura.

Sam se mordió los labios hasta hacerse daño.

—Mira, Ryan, en este momento no eres la persona más indicada para juzgarme.

—Samantha, vuelve, por favor —pidió él, con un talante mucho más conciliador.

—Dime por qué copiaste el archivo de mi manuscrito.

—No fui yo, te lo he explicado de todas las maneras posibles.

—Entonces dime quién fue. Porque voy a interponer una denuncia.

—Tengo las manos atadas.

—No entiendo tus burdas excusas. Dime a quién proteges.

—Olvídate de la denuncia, tienes más que perder que ganar, créeme.

—De ti ya no me creo nada, Ryan. Y aunque no tenía registrado el manuscrito, no soy tonta. Hay muchas maneras de demostrar la verdad.

—Vuelve a casa, Sam. Tu sitio está aquí. ¿Hasta cuándo va a durar esto?

—El tiempo que a mí me apetezca.

—Como tú decidas —aceptó—. Oye, Sam, querría... —Ella aguardó a la espera, a ver con qué le salía, porque no estaba en condiciones de exigir—. Escúchame, sé que tienes escritas las otras partes de la trilogía.

—¿No me estarás pidiendo que te las mande por email...? —barbotó sin dar crédito—. ¿Eso es lo único que te importa?

—Cariño...

—¡No me llames así! Suena asqueroso en tu boca. Qué bajo has caído, Ryan —le espetó justo antes de cortar la comunicación.

Había aparcado el pequeño Ford que Lisa solía usar ante la puerta de Bertha Callum. Ya era hora de hacerle una visita. Guardó el móvil en el bolso y se apeó del coche ansiosa por olvidar la conversación que acababa de mantener.

Recordaba con mucho cariño a la antigua cocinera de la familia McCoy, la misma que tanta compañía le había hecho en aquella enorme mansión hasta que se jubiló. Y en aquella casita que tenía ante sí había pasado un precioso e inolvidable verano. No iba a permitir que el mal humor provocado por la llamada de Bryan le amargara la tarde.

No hizo falta llamar a la puerta. Miró hacia la ventana y sonrió al ver a Bertha observándola a través de los visillos de ganchillo. A pesar de sus años, estaba estupenda. Sam se dejó abrazar y achuchar por aquella anciana que derrochaba afecto. De su mano, entró de nuevo en el hogar que tan buenos recuerdos le traía. Todo parecía detenido en el tiempo, pensó paseando la mirada por el papel pintado que decoraba las paredes de la escalera. La película romántica del canal Hallmark que emitía el televisor de la salita de estar molestaba a Bertha, que se apresuró a apagarlo para poder charlar a placer con Sam.

—Sí, todos están bien en casa —respondió ella a la pregunta de la anciana, que se interesó por el matrimonio McCoy—. Aunque tu sustituta nunca te hará justicia en la cocina, a pesar de que es una mujer adorable.

—Me alegro. Pero algo va mal —intuyó.

Sam se maravilló al constatar que seguía adivinándole los pensamientos, como cuando era pequeña y se enfurruñaba en la mesa de la cocina. Se apresuró a cogerla de la mano, sin demasiadas ganas de entrar en detalles.

—¿Quién no discute alguna vez?

—Oh, siento oír eso. —Se preocupó—. Ya sabes cuánto estimo a los McCoy.

—Y yo más que tú. No te preocupes, Bertha. Ya se nos pasará. Tiempo al tiempo. Y ahora, cuéntame. ¿Qué es de tu vida? ¿Has vuelto a tener huéspedes?

—Huy, quita, quita —dijo, sacudiendo las manos como si espantara moscas—. Dan mucho trabajo.

—Espero no habértelo dado yo cuando me alojaste aquel verano.

—Tú eras como de la familia, así te he considerado siempre.

Sam sonrió.

—Eres puro amor.

—Además —prosiguió la anciana, sonriendo también—, entonces era más joven y tenía más ganas de trabajar.

A pesar de lo dicho, explicó a Sam sus muchas ocupaciones en el ropero del salón parroquial, la comisión de la fiesta anual de la Asociación de Mujeres Pioneras, la partida de póquer semanal y los paseos diarios, que la mantenían viva y en forma.

Sam miró a su alrededor con un suspiro de nostalgia. Se notaba a la legua que el cambio de vida, después de tantos años en el selecto vecindario de Malba y a un paso de la Gran Manzana, no la había deprimido ni aburrido. Como lo fue en Nueva York, en el pueblo que la vio nacer Bertha era también una mujer feliz.

—Dime la verdad, ¿no echas de menos las rebajas de Macy's?

—A veces, no lo voy a negar. Pero me da pereza ir hasta Houston.

—No me extraña. Aquello es un caos y, ahora que no nos oye ningún texano —comentó en confidencia, haciéndola reír, puesto que Bertha lo era hasta la médula—, es una ciudad rematadamente fea.

—No me negarás que Liberty es un pueblo precioso. O a lo mejor yo lo veo así porque es el mío.

—Lo es, el más bonito que conozco —aseguró Sam. Pero una duda

despertaba su curiosidad desde hacía años—. Dime, Bertha, ¿por qué dejaste tu hogar para irte tan lejos? Trabajo habría entonces en todas partes, aquí también, supongo.

La anciana desvió la vista. Sam lamentó haber pecado de curiosa, puesto que notó que la pregunta había removido algún recuerdo ingrato en la memoria de la mujer.

—No podía quedarme. Eran otros tiempos —confesó—. Mis padres me obligaron a hacer algo abominable y yo no tuve valor para llevarles la contraria. Hoy día, me habría escapado de casa.

—Bertha, no pretendía...

La anciana la tranquilizó con un gesto de la mano y una leve sonrisa.

—El caso es que los años pasaron y me alegro de haber regresado a Liberty. Los de entonces ya están todos muertos. O casi; yo no tardaré en ir a hacerles compañía al cementerio —agregó con una risa cargada de negro sentido del humor.

Sam se inclinó hacia ella en el sofá que ambas compartían y la abrazó.

—No digas eso, Bertha. Estás estupenda. Y aún te queda cuerda para rato —afirmó, apoyando la mejilla sobre su pelo plateado, que olía a laca como toda la vida, uno de los aromas que a Sam le recordaban su infancia.

—Y, cuéntame, ¿qué te ha traído de nuevo por aquí? Pensé que no volverías nunca, un pueblo pequeño tiene pocos atractivos para una chica tan inteligente.

—Yo también lo creía, y me equivoqué. He vuelto para escribir una historia que me interesa mucho.

—Eso es fácil para ti.

—No creas.

—Es lo que mejor se te da, si no recuerdo mal. Además de colorear sin salirte de los bordes.

Sam le cogió las manos con cariño, cuántos recuerdos...

—Esta vez es diferente, Bertha. Voy a escribir para mí, por el puro placer de hacerlo, sin pensar en nada más.

Ni en las ventas, ni en las modas literarias, ni en la competencia, ni en las críticas. Al cuerno con todo eso. Esa vez no iba a producir, sino a crear.

Sour Lake, Texas, 4 de julio de 1963

Jack Spencer siempre se había sentido un hombre tocado por la mano de la suerte. Era de los afortunados que regresaron sin un rasguño del infierno de Vietnam, y al llegar a casa su novia aún lo esperaba. No era rico, pero no le pedía grandes cosas a la vida. Por eso sabía que a fuerza de trabajar convertiría algún día en algo grande la granja de sus padres. A pesar de que todo parecía sonreírle, nunca se sintió tan afortunado como aquella noche al rodear el aparcamiento y acercarse al baile. Una banda llegada desde Beaumont tocaba *San Antonio Rose*. La vocalista imitaba bastante bien a Patsy Cline. Se acodó en la barra del bar y pidió un té frío; la noche era larga y el alcohol no quitaba la sed.

Dio un trago largo y miró a los que bailaban. La viuda Daniels se movía con gracia en brazos de un forastero, debía de ser un acompañante de los músicos. Era guapa, mucho. Durante meses había sido una mujer abandonada por su marido. Adquirió el estatus oficial de viuda el día que el cadáver de éste apareció flotando en el río. Los Rangers investigaron el asunto y concluyeron que se había tratado de una muerte accidental. Se decía que cayó borracho y que los golpes que desfiguraron su cuerpo los provocó la corriente al hacerlo chocar con las rocas. Otros decían que le dieron una buena paliza antes de tirarlo a las aguas revueltas. El río Trinity era el único que sabía el secreto del final de aquel haragán que siempre andaba bebido y buscando pelea de bar en bar.

Le sentaba bien la viudez a Mary Daniels. No había cumplido los veinte, era una morena de piel clara cuya belleza se salía de lo normal. Demasiado guapa para ser la mujer de un peón, eso habían dicho las malas lenguas cuando llegaron a Sour Lake de recién casados. No había transcurrido todavía el segundo año desde la boda y, sin hijos que la ataran, había desterrado los lutos para disfrutar. Y a fe que sabía cómo hacerlo, según se decía por el pueblo.

Debió de ser ese sexto sentido que indica a las mujeres que están siendo admiradas, porque en uno de los giros volvió la cabeza y se quedó mirando a Jack. Sin disimulo. Él le sostuvo la mirada a la vez que daba un trago lento y largo. La canción acabó y ella continuaba mirándolo mientras aplaudía. Jack se relamió, sonriéndole. Lo volvían loco las mujeres descaradas. Cuando empezó a sonar la canción *El Paso*, dejó su vaso abandonado y caminó hacia ella para sacarla a bailar. Que nadie se atreviera a afirmar que Jack Spencer no era un hombre de suerte.

Mary tuvo la desgracia de nacer vistosa. En el año de 1963, y en Texas, los dones de la madre naturaleza eran una condena con la que debía cargar. Desde que dejó de llevar calcetines sabía que su belleza despertaba envidias y desconfianza en una tierra en la que la virtud era el sobreprecio de las feas. Las mujeres despampanantes sólo se admiraban en el cine y en los escenarios. La vida corriente, el matrimonio y la felicidad cotidiana eran el premio para las chicas del montón.

Había sido recatada, como le había enseñado su madre que debían comportarse las mujeres decentes, y la vida no la había recompensado con la felicidad soñada. Su marido le había dado la

peor existencia que una chica enamorada es capaz de imaginar. Hasta aquella mañana en la que se largó de casa con lo puesto, cualquiera sabía por qué. Mary intuía desde hacía tiempo que andaba metido en deudas. Pero eso se lo guardaba para sí; sólo confesó sus sospechas cuando la interrogaron en la oficina de los Rangers de Texas, horas después de encontrar su cadáver atollado entre los juncos de la ribera. También les contó las palizas y las vejaciones que había soportado durante casi año y medio. Pero la gente sólo hablaba de las magulladuras y los cardenales que hallaron en el cuerpo del muerto. Nadie vio nunca, ni siquiera el médico del pueblo, los muchos que decoraron el de Mary mientras aquel indeseable estuvo vivo y se divertía descargando su rabia contra ella. Por ser demasiado bonita y atraer las miradas de otros hombres, por no cocinar a su gusto, por no tener el suelo barrido o la camisa planchada. Cualquier excusa era buena para hincharla a bofetones y a patadas. Y, después, lanzarla a la cama, abrírle las piernas a la fuerza y saciarse hasta quedar harto de hembra como un semental. Mary rezó durante noches y días para ser libre, y el destino le concedió ese deseo.

Ya lo era, no debía explicaciones a nadie. Y le gustaba tanto bailar que en brazos de un hombre que supiera llevar el ritmo se sentía danzarina y ligera como una libélula.

Conocía de vista a los Spencer y sabía que el hombre con el que giraba sobre aquel patio de tierra estaba casado. Pero era tal la tentación que no supo ni quiso resistirse. Los amparaba la oscuridad. Jamás habría dejado que la besara un hombre que apestara a alcohol, eso nunca volvería a repetirse. Pero la boca que casi rozaba la suya despedía un aliento fresco y dulce. La música sonaba muy tierna y era una delicia mecerse en sus brazos. Hacía tanto que no se sentía protegida y deseada que cerró los ojos y entreabrió los labios, ofreciéndose a un hombre que le estaba vedado.

Aquel beso era para una chica de pueblo como ella algo parecido a rozar de puntillas sin llegar a traspasar el umbral del reino de los placeres prohibidos.

Media hora tardó Winona Spencer en arrepentirse de su decisión. Jack era un buen hombre y, lo más importante, un buen marido. Su lugar estaba a su lado esa noche, acompañándolo colgada de su brazo. Pero el embarazo hacía que se sintiera desgana, y más a última hora del día. Por las mañanas era incapaz de tomar un bocado sin que le provocara náuseas. Odiaba los olores, había cogido manía hasta al aroma de las flores. Por no hablar de los guisos: era echar mantequilla en la sartén e ir corriendo a vomitar.

Ya la habían advertido otras mujeres de que todo el malestar pasaría y pronto contaría ilusionada los días que le faltaban para ver la carita del bebé. Su primer hijo, estaba emocionada de ver la cara de Jack, que le había asegurado que tanto daba si era niña o niño porque lo iba a querer igual. Era bueno, su esposo. Y esa noche lo había dado de lado, se sentía culpable de la riña. Aunque también pensaba que nadie podía levantar la mano presumiendo de no tener nunca una pelea de enamorados sin pecar de mentiroso. Todos los matrimonios, todos, discutían de vez en cuando. Se arregló el pelo con una diadema brillante, se puso su mejor vestido aprovechando que aún le cabía y se pintó los labios. Se miró en el espejo orgullosa de su bonita sonrisa rosa brillante y cogió las llaves del coche pequeño que Jack había comprado para ella cuando se casaron, a fin de que no dependiera de él para realizar la compra y poder ir de visita a casa de alguna amiga cuando quisiera, ya que la granja estaba varios kilómetros del pueblo.

Condujo contenta, pensando en la sorpresa que iba a llevarse Jack

cuando la viera aparecer en el baile. Tenía razón al decir que se merecían divertirse. Los dos, ella también, ya que la espera del bebé la hacía sentirse decaída y tristona, algo que Winona Spencer nunca había sido. Debía aprovechar para marcarse un par de bailes con su marido, antes de que el aumento de peso y la barriga la hicieran sentirse torpona.

Aparcó donde pudo; supuso que el baile estaría a rebosar de gente llegada de otros pueblos porque el aparcamiento improvisado en la explanada estaba hasta los topes de coches y camionetas.

La alegría de Winona se hizo añicos al cruzar el arco de farolillos.

No esperaba encontrarse con semejante visión. Se le congeló la sonrisa en la cara al contemplar a su marido besándose con una mujer. Aquella maldita viuda con fama de suelta. Pero aguantó allí plantada con valentía.

—¡Hola, Winona! —le gritó desde lejos una amiga—. Qué bien que hayas cambiado de idea y te hayas decidido a venir.

Ella no respondió. Permaneció a la espera de que su marido, alertado por la voz de la otra, se percatara de su presencia. La mirada que intercambiaron mientras él se separaba a toda prisa de la viuda fue cuanto tenía que decirle. Y luego acribilló en silencio a aquella sinvergüenza. Su expresión dolida, censora y de desprecio era más potente que una docena de insultos.

Dio media vuelta y regresó al coche, sin atender a los ruegos de su esposo, que corría tras ella. Se apresuró a cerrar la puerta con el seguro para que no le impidiera escapar de aquel bochorno. Jack la había humillado delante de todos, y semejante afrenta no se la perdonaría por muchos años que viviera.

Media hora después, se hallaba sola en su dormitorio, con una maleta abierta sobre el lecho matrimonial donde iba depositando su

ropa perfectamente doblada. Entre prenda y prenda, se secaba con las manos las mejillas bañadas de lágrimas.

—Maldito seas, Jack Spencer —murmuró con un sollozo.

Ya podía quedárselo aquella viuda robamaridos. Todo para ella.

Jack lloraba la ausencia de Winona. Nunca se había sentido tan abandonado. Ni en la soledad de las noches cuerpo a tierra a las afueras de Saigón, ni cuando luchaba a fuerza de tiros a ciegas cada vez que los emboscaba la guerrilla del Viet Cong se había sentido tan desgraciado. La casa, sin ella, era triste como un pájaro mudo en un prado sin hierba. No debería haberlo hecho. La culpa le acuchillaba la conciencia. Se maldecía por haber caído en la tentación de aquellos labios que nunca debería haber probado. Condenada la hora en que detuvo sus ojos en la viuda Daniels. Aquella noche había querido divertirse como cuando era soltero y ahora pagaba las consecuencias.

Sólo un día tardó en tragarse el orgullo y conducir hasta Silsbee, donde vivían sus suegros. Se detuvo ante la casa y respiró hondo al ver allí aparcado el pequeño Crown color pistacho que le regaló a Winona cuando se casaron. No se había equivocado, adónde iba a ir, si no, y dónde iba a encontrarse más arropada que en casa de sus padres. Una mujer en su estado no debía llevarse disgustos, y él se lo había dado como un desalmado y un traidor.

Los padres de su esposa, que ya esperaban su llegada, lo recibieron con caras largas y furia disimulada, convencidos de que no debían meterse en los problemas entre marido y mujer. A pesar de sus sensatas palabras, Jack dudó mucho que fueran a cumplirlas, porque una hija era sagrada. Había traicionado su confianza y sospechó que tardaría años en ganarse su perdón.

Winona lo invitó a entrar, con una calma que lo puso en guardia. Mucho se temía que detrás de tanta mesura escondiera sus ganas de venganza. Jack asumió que no le quedaba otro remedio que suplicar si la quería de vuelta en casa ese mismo día. Se arrodilló a sus pies, le besó las manos, apoyó la frente en su regazo y le juró amor eterno, fidelidad, y le hizo cientos de promesas desde lo más profundo de su corazón. Winona miró a sus padres como una mártir, después le levantó el rostro para hablarle a la cara.

—Por el bien de nuestro hijo y nada más —advirtió, acariciándose el ombligo—. Un niño tiene que criarse en su casa, en su pueblo y con sus padres. No te permitiré que destruyas la familia en la que nuestro bebé debe crecer.

—Te juro que jamás, nunca más, volveré a hacerte daño.

—A eso ya te comprometiste en una iglesia y me has fallado.

—Te lo prometo, mi cielo, nunca más. Tú lo eres todo para mí.

—Jamás olvides que te perdono por nuestro hijo. Prometí cumplir con mi deber de esposa y lo haré.

Los padres de ella los despidieron con alivio y un prudente silencio. El problema estaba arreglado, mejor que de ello no se hablara más.

Jack Spencer condujo de regreso con el corazón exultante y el alma en paz. El viento agitaba las copas de los pinos y el sol brillaba en el azul inmenso. A partir de ese momento, nada podía ir mal. Con una mano agarraba el volante y, de vez en cuando, tomaba la de Winona y le besaba el dorso suave como un copo de algodón. La miraba con cariño, feliz de tenerla a su lado. Le estaría eternamente agradecido por ser tan generosa, tan amante esposa y perdonar su desliz.

Desconocía entonces cuánto iba a pesarle su decisión de llevarla de vuelta consigo a la granja ni cuán larga se le haría esa figurada eternidad.

Había que reducir la plantilla. Los pedidos habían disminuido y ése era el motivo por el que necesitaban menos personal. Fue la explicación que le dio el encargado de la fábrica de sacos de arpillera donde Mary llevaba empleada cinco meses. Le indicó que podía pasar por la oficina para recoger su paga semanal y que no volviera más.

Cuando su marido la llevó a vivir a Sour Lake, Mary Daniels buscó empleo como dependienta y durante un tiempo despachó cintas, botones y ovillos de lana en la mercería. El dinero no les venía mal y ella disfrutaba charlando con las mujeres, que, por aquel entonces, apreciaban sus consejos y su buen gusto a la hora de combinar los colores. Hasta que su esposo se lo prohibió, alegando que no quería que su mujer trabajara para otros. Suficiente tenía para entretenerse con atender la casa y ocuparse de él. Por culpa de esa decisión pasaron penurias; muchas veces se las veía y se las deseaba para poner sobre la mesa algo decente a la hora de la cena.

Sin embargo, Mary prefería no recordar aquellos tiempos aciagos y centrarse en el momento presente. Era previsora y contaba con algunos ahorros, gracias a los cinco meses que había trabajado en la fábrica. Pero el dinero no iba a durarle para siempre. Necesitaba encontrar trabajo con urgencia, y las posibilidades de empleo en aquel pueblo para una mujer eran escasas. Volvió a ofrecerse en la mercería, donde ya conocían su maña tejiendo con agujas. Salió de allí con un no por respuesta. No les hacía falta. Lo mismo le dijo la dueña de la cafetería. Y tampoco había trabajo para ella en el nuevo motel que habían construido a las afueras.

Mary no era idiota y sabía el motivo de tanto rechazo. Desde la noche del 4 de Julio, muchos en el pueblo la miraban con recelo. Los hombres giraban la cara a su paso, fingiendo no verla, y la mayoría de

las mujeres le negaban el saludo. Las gentes de bien le dieron la espalda y, apenada ante lo que consideraba un trato injusto, optó por salir a la calle sólo lo preciso, porque a su paso se hacía el silencio.

Pronto las habladurías se extendieron como la mala hierba. La memoria es muy corta y acomodaticia. Todos en Sour Lake habían olvidado las que liaba el pendenciero de Daniels cuando llevaba encima media botella de whisky y tres cervezas, y optaron por la cristiana costumbre de honrar la memoria de los muertos. A saber qué debía de haberle hecho aquella fresca al pobre diablo para que acabara abandonándola. Decían que él se había dado a la bebida por su culpa. Había quien aseguraba saber de buena tinta que se quitó de en medio lanzándose al río desde el puente para acabar con la mala vida que ella le daba. Seguro. ¿Qué podía esperarse de una mujer de su clase?

El tercer lunes de septiembre, para alegría de muchos padres y alivio del director del colegio, se instaló en Sour Lake el nuevo maestro. Tras la jubilación de su antecesor, había costado encontrar un sustituto. Los profesores preferían ejercer en las ciudades, pocos estaban dispuestos a saborear los atractivos de la plácida y aún más aburrida vida rural. Los pueblos pequeños carecían de alicientes, no había una oferta cultural atractiva ni lugares para el ocio.

Pero todos esos inconvenientes no le importaron a Simon Farrell, que aceptó el empleo, puesto que se había criado en un pueblecito del oeste del estado que dejó para marcharse a la universidad. El mismo director tuvo la amabilidad de buscar, ante su inminente llegada, una casita de alquiler. No muy grande, pero para un hombre soltero bastaba. Simon le agradeció el detalle y todavía más la confianza depositada en él, dada su inexperiencia y su exiguo currículum. Tenía

veinticinco años, acababa de graduarse en la escuela de Magisterio tras su paso por el ejército y aquél, salvo las etapas de prácticas y una corta sustitución, iba a ser su primer trabajo estable.

Pese a su juventud, el consejo escolar valoró su condición de veterano. Había luchado en Vietnam durante un corto período de seis meses, del que regresó herido antes de finalizar la misión de su batallón. A la guerra tenía que agradecer la cicatriz que le atravesaba el costado derecho y el haber madurado antes de tiempo. Las dificultades forjan el carácter, se decía. Y Simon Farrell era un buen ejemplo de que la creencia popular rara vez se equivoca.

La casa estaba amueblada y él era hombre de gustos sencillos. Sólo le hacía falta una estantería para los libros que todavía descansaban en el fondo de un baúl. Esperó al sábado para acercarse a la carpintería del pueblo para encargarse de una que ocupara una pared de la sala de estar. Le gustaba tenerlos a mano cuando se sentaba en el sillón, después de cenar, y, tras escuchar las noticias, los programas de radio acababan aburriéndolo.

De regreso, entró en el bar a tomar un café. Pensó que la mujer que atendía la barra y conocía mejor que nadie a los parroquianos podría serle de ayuda.

—No encontrará a nadie. Este pueblo es de granjeros y la mayoría de las mujeres bastante tienen con atender sus casas. Y el resto trabajan en la fábrica de sacos.

—Encontrar una asistente va a ser más difícil de lo que pensé. Tendré que aprender a arremangarme, aunque no tengo ni idea de cómo se limpia ni con qué —asumió con humor.

—Tal vez en Dayton, el pueblo de al lado —le explicó—. Desde que cerraron el matadero de pollos, muchas jóvenes andan mano sobre mano. Puede que allí dé con alguna dispuesta a ocuparse de las tareas de la casa. Pero tendría que pagarle la gasolina.

—Lo estudiaré, a ver si me sale a cuenta.

Su sueldo no era el de un potentado, pero calculó que podía permitirse el gasto.

—Bueno, a lo mejor no es necesario que busque en Dayton. ¿Ha hablado con la viuda Daniels? Por lo que sé, anda buscando empleo.

—¿Cree que estaría dispuesta a trabajar como asistente?

La mujer sonrió con ironía.

—No creo que le haga ascos, porque en este pueblo esa mujer no encontrará nada mejor, por mucho que busque.

—No sé si es indiscreto por mi parte preguntar por qué.

—No es... como las demás.

—¿Tiene dos cabezas?

La mujer soltó una carcajada.

—Es usted muy gracioso, profesor. Tenga cuidado con esa viuda.

—Quédese tranquila, aquí donde me ve —señaló de arriba abajo su enjuta y larguirucha figura—, sé defenderme. Dígame dónde vive, si es tan amable. Y dígame también cuánto le debo.

La mujer insistió en invitarlo, por ser su primer café. Simon agradeció su detalle de bienvenida. Tomó el camino que le indicó y fue dando un paseo, repitiéndose la dirección de aquella mujer para no olvidarla. Las advertencias de la camarera respecto a los peligros de la tal Mary Daniels, en lugar de desanimarlo, habían despertado su interés. ¿Qué tendría para ser distinta de otras?, ¿podría tratarse de una enferma mental? Algo en su interior y el recuerdo de la expresión contenida de la camarera le decían que no era eso. En cualquier caso, a punto estaba de averiguarlo. Y, si lo recibía a sartenazos, sólo tenía que dar media vuelta y echar a correr.

Hacía apenas un rato que se habían levantado de la mesa. Jasper había vuelto al trabajo, Lisa andaba por la cocina hablando sola sobre qué sacar del arcón congelador para la cena, y Simon se había sentado en su sillón preferido a la espera de que se hiciera la hora de escuchar las noticias.

Sam miraba pensativa a través de las cortinas. La conversación de aquella mañana con el anciano había sido intensa. Nada menos que la aparición de un joven Simon en la historia; tenía ganas de escuchar con calma la grabación para ver la mejor manera de encarrilar la trama. Todavía dudaba si la sucesión lineal de los hechos, ajustándose a la temporalidad tal como se la contaba Simon, era el tipo de narración adecuada. En cualquier caso, se trataba de un borrador. Estaba cavilando acerca del punto de vista desde el cual enfocar la escena de la llegada del nuevo maestro a Sour Lake, cuando vio llegar a Jasper y subir los escalones del porche de dos en dos.

Un segundo después irrumpía en la sala como un tornado.

—¡Mamá! ¿Qué estás haciendo tú en Tinder?

—¿Kinder? —preguntó Simon sorprendido.

—No, abuelo. Tinder. Una aplicación para buscar pareja.

—Mmm... Qué callado te lo tenías, hija. Así que no tiene que ver nada con esos huevos de chocolate con premio.

—Tiene que ver con huevos y con melones —barbotó Jasper indignado.

—Ah, caray —exclamó el vejete comprendiendo.

Sam soltó una risotada que aquél premió con una mirada mortífera. Lisa salió de la cocina.

—Jasper —pidió alargando la «a», con ese tonillo paciente que usan las

madres con los niños en la edad del «¿por qué?».

Sam observó con qué calma miraba a su hijo, que le pedía explicaciones con el teléfono móvil en la mano. A ella no hacía falta que se lo explicara, la cara de Lisa era reveladora. Y adivinó que intentaba encontrar las palabras menos dolorosas para confesarle a su hijo que tenía intención de reavivar su vida sexual.

—Soy una mujer libre, ¿no?

—Sí, pero ¿esas fotos? Joder, mamá, ¿tú te has visto?

—Nada de palabrotas en esta casa —exigió, apuntándolo con el dedo muy tieso.

—¿Qué fotos? —saltó Simon, tendiendo la mano para que le dejara el teléfono—. A ver...

—No hay nada que ver, y menos tú, papá —dijo Lisa.

—Total, qué más da, si ya las ha visto medio mundo —farfulló Jasper.

—Pues no lo sabía —se excusó ella sin pizca de pesar.

Sam adivinó que disfrutaba con la idea.

—Pues sí, porque lo tienes todo en abierto —le recriminó Jasper—. Estas aplicaciones están llenas de perturbados.

—¿Como tú, por ejemplo? Porque, si no estuvieras registrado, no te habrías enterado.

—Es diferente.

—¿Por qué? —saltó Sam.

Jasper la conminó a callar con una mirada, para que no se metiera en asuntos de familia. Lisa lo notó y, como conocía a su hijo, intervino antes de que estallara la tormenta.

—Vamos a hacer una cosa. Sentaos en el porche los tres mientras preparo café y me habláis de los peligros de las aplicaciones para solteros, los gurús de sectas satánicas que las pueblan y los asesinos en serie que acechan bajo un falso perfil. Aunque no sé yo si sería mejor preparar tila —murmuró echando una ojeada a su hijo antes de adentrarse en la cocina.

Sam la oyó trastear manos a la obra y se dirigió a Jasper con una sonrisa afable.

—¿Vamos?

—Tengo trabajo.

—Venga, serán cinco minutos. Siempre hay tiempo para un café. ¿Vienes, Simon?

—Id vosotros. Las noticias están a punto de empezar —indicó a la vez que pulsaba un botón en el mando a distancia del televisor.

Jasper dio su brazo a torcer. Asintió con un leve cabeceo y le cedió el paso. Sam se acomodó en uno de los butacones de mimbre y él hizo lo mismo, estirando las piernas con un tobillo sobre otro. Ella contempló sus ajadas botas de trabajo. El tiempo había sido benévolo con él, le sentaban bien los años transcurridos. El chico de oro que conoció había madurado, en el mejor de los sentidos, tanto física como mentalmente. Esa parte era la que más le preocupaba, desprendía una amargura que no casaba con sus veintinueve años.

Jasper fue consciente de su escrutinio y estiró los brazos por encima de la cabeza, la camisa se le tensó sobre los músculos del torso, esculpidos a fuerza de trabajar con ganado y no con mancuernas.

—¿Qué piensas?

—Que no eres el mismo. Has cambiado, Jasper.

—Para mejor —afirmó él mirándola a los ojos—. La edad nos hace más sabios, o más cautelosos.

Ella no lo negó.

—Te has convertido en un misántropo.

—Y veo que tú sigues divirtiéndote largándome palabras que no entiendo porque no las he oído en mi vida.

—Jasper, deja el sarcasmo, por favor. Digo que te has vuelto un solitario.

—Lo que no significa que sea un tipo insociable, si es lo que sugieres con ese vocabulario sólo apto para inteligentes.

—Tú lo eres. No te desmerezcas con el rollo ese del paleta y la

universitaria, porque no te lo voy a permitir. —Jasper la miró de reojo y chasqueó la lengua—. ¿Puedo hacerte una pregunta? Sólo por curiosidad.

—Dispara.

—¿Qué haces buscando pareja a través de una aplicación?

—No la busco. Pero estoy abierto a cualquier posibilidad.

Sam apoyó los codos sobre el cristal de la mesa y miró hacia el infinito.

—El morbo de lo desconocido, ¿no?

—Supongo.

Ella le echó una breve ojeada y retornó la vista al paisaje.

—Antes no te hacían falta esas cosas. Te bastaba con chasquear los dedos para que todas las chicas se pusieran a tus pies.

Jasper apoyó los antebrazos cruzados sobre el cristal para hablar frente a frente con ella.

—Yo no soy el mismo, pero tú sí. Continúas con la cabeza llena de prejuicios y sigues sin conocerme ni un poco.

Sam encogió un hombro, con actitud escéptica.

—He visto que Sally aún se deja caer por aquí. La vi el otro día rondando por los corrales.

Jasper la miró a los ojos. Su silencio debió de durar medio minuto. Treinta segundos que a Sam se le hicieron eternos.

—Sally tampoco ha cambiado —dijo por fin, y sonrió despacio—. Sigue siendo la misma mosca cojonera.

Sam sonrió también. Por primera vez desde su llegada volvía a haber complicidad entre ellos, y eso la alarmó. Disimuló mirando el reloj.

—Voy a ver si está ya el café —dijo levantándose—. Tienes que volver al trabajo...

Mientras cruzaba la puerta pensó que muchas cosas habían cambiado, pero otras no. Jasper seguía poniéndola nerviosa con su maldita sonrisa lenta.

Rato después, sentada ante el escritorio de su cuarto, recordó aquel verano. Momentos antes había abierto el procesador de textos, pero no había sido capaz de retomar la escritura.

Sam se apartó el pelo de la cara con ambas manos y respiró hondo. Era absurdo echar la culpa de su renuencia a enamorarse a aquella metomentodo. Ciertamente era que Sally había sembrado cizaña y que había conseguido anular cualquier fantasía duradera entre ellos dos. Como también lo era que por entonces dos mil quinientos kilómetros separaban la vida de uno y de otra y no creía en los amores a distancia. ¡Eran un par de veinteañeros! Lo que hubo entre ellos fue el típico idilio de verano entre la forastera de paso y el guaperas del pueblo. Así llevaba repitiéndoselo ocho años, pero ya no podía seguir engañándose. Quedaban rescoldos de aquel ardor, y ella hacía años que estaba apagándolos por el terrible suceso que le cambió la vida meses después.

Contempló la pantalla en blanco. Era absurdo mirar hacia atrás. Ella tenía entonces sus propios planes, los estudios eran lo primero, y ni en el más optimista de sus sueños iba a caer rendido a sus pies un avezado seductor como Jasper. Esas cosas sólo pasaban en las novelas de Diana Palmer, esas que ella devoraba con fruición durante su adolescencia, sobre todo cuando llegaban las páginas picantes, y que alguna vez releía con nostalgia. Pero la vida real era otra muy distinta, el idílico Jacobsville inventado por la escritora fetiche de sus diecisiete años no existía ni Romeo acababa casado con Julieta como en sus libros.

Sam se puso al teclado. En el recuerdo de aquel verano no iba a hallar la inspiración, y tenía que aprovechar las ganas de escribir.

Y lo hizo, tecleó sin parar hasta que la luz de la pantalla la obligó a

parpadear y a frotarse los ojos. Salió a dar un paseo, como descanso y para respirar aire puro. Desde que estaba allí, empezaba a valorar el silencio sólo roto por el trino de los pájaros y algún mugido lejano. Paró para admirar la belleza de las reses en la distancia y notó la vibración de su móvil en el bolsillo. Con fastidio, comprobó que tenía cuatro llamadas perdidas; dos de Krystle, una de Anthony y otra de Ryan. Continuaba sin querer hablar con ninguno de ellos. Borró los avisos, apagó el teléfono y reemprendió el paseo.

Encontró a Jasper sentado a los pies de un álamo del sendero.

—¿Esperando la hora de la cena?

Él palmeó el suelo a su lado y a Sam le agradó su cambio de actitud. No había sido muy amable con ella desde su llegada al rancho.

—Repasando la lista mental del trabajo que tengo mañana.

—Llevas tu agenda en la cabeza, te admiro. Yo no podría.

Jasper le restó importancia con un ademán.

—Siempre me ha ayudado hacerlo así. Apunto aquí —dijo tocándose la sien— las tareas pendientes y las repaso varias veces al día.

Sam cogió una florecilla y se la colocó en el escote, en la abertura de la blusa.

—¿Ya se te ha pasado el enfado?

—Si te refieres a los líos amorosos virtuales de mi madre, no me queda otra opción. Ni puedo ni tengo derecho a evitar que haga lo que quiera.

—Te preguntaba por tu despecho contra mí —aclaró—. No me siento muy orgullosa de cómo os traté a Simon y a ti en Nueva York.

—No tenías tiempo, ahora lo tienes. Yo tampoco fui lo que se dice amable contigo.

—Gracias por aclararlo. Me preocupaba pensar que mi presencia aquí te molesta. No me recibiste contento.

—No lo estaba —confesó sonriéndole—. Y tú tampoco. Llegaste con una cara larga que nunca te había visto.

Sam no se lo discutió, tenía toda la razón.

—Te presentaste por las buenas, sin avisar. Y no me creo que te hayas tomado unas vacaciones. ¿De quién o qué huyes? ¿Has dejado tu trabajo por culpa del novio ese que te espera en Nueva York?

—No es mi novio. Y no entiendo cómo te has enterado.

Jasper estiró una pierna para cambiar de postura y giró hacia ella.

—No eres muy discreta cuando discutes a gritos por teléfono con él.

Sam se ladeó para hablar cara a cara con Jasper.

—Me ha traicionado.

—Mal de cuernos —dedujo—. Olvídalo, cuesta, pero se supera. Lo sé por experiencia, a todos nos ha pasado alguna vez.

—Hay traiciones peores —matizó ella—. Imagínate que crías a un ternero, le dedicas todo tu tiempo e ilusión, hasta convertirlo en un semental. Lo miras orgulloso de todo el esfuerzo que has puesto en criar a ese animal. Y una noche llega alguien con un camión, te roba tu toro y lo mata. ¿Cómo te sentirías?

—Lo mataría yo a él con mis propias manos.

—Pues eso es lo que ha hecho Ryan conmigo. Traicionar mi confianza. Ha publicado una novela mía sin pedirme permiso. Y ahora ese libro se venderá como si lo hubiera escrito otro y no yo.

—Siento lo que te ha hecho ese tipo. Si hay que romperle los brazos y las piernas... —ofreció con cara de peligro, y esbozó una sonrisa traviesa—, puedo enviar a un par de vaqueros para que lo hagan papilla.

Sam le dio un empujón con el hombro; aquella broma de falso matón le alegró la tarde. Cuánto apreciaba el cambio de actitud de Jasper hacia ella.

—No hará falta, me conformo con odiarlo.

Jasper se puso de pie y se sacudió la culera de los vaqueros.

—No merece la pena, Sam. Lo pasarás mal y nadie te agradecerá ese sufrimiento. Yo prefiero pasar página y seguir con mi vida. No siempre lo consigo y a veces actúo como un gilipollas amargado —reconoció con una pausa; ella supo que pensaba en su padre—. Pero lo intento.

Extendió la mano para que se levantara y Sam se puso en pie pero no soltó la de Jasper. Acababa de dejar en Nueva York a los dos hombres que más admiraba en el mundo, la habían defraudado, traicionado, avergonzado, y no habían sido capaces de pedirle perdón. Y Jasper, con todo su genio, no dudaba a la hora de reconocer sus errores.

—Disculpándote demuestras la gran persona que eres. Te envidio, a mí no se me da tan bien.

—Nací grande —bromeó, señalándose de la cabeza a los pies—. No tiene mérito, sólo soy honesto con lo que siento. Se nos hace tarde y quiero ducharme antes de cenar, ¿vienes?

—Prefiero pasear un rato más.

—No vayas muy lejos. Mi abuelo tiene manías de viejo. Refunfuña pestes si llegamos tarde a cenar y se niega a empezar si no estamos todos.

—Por cierto, Jasper, no conocerás a algún experto en informática que no esté lejos de aquí.

—En el pueblo, sin ir más lejos. Hay una tienda de ordenadores. ¿Necesitas algo?

—Quería comprar una impresora barata.

—En las oficinas del rancho tenemos varias. Úsalas cuando quieras.

—Me es más cómodo instalar una en mi cuarto. Y las hay tiradas de precio. No lo decía por eso. Quiero encontrar a algún experto en recuperar archivos borrados —le confesó con algo de vergüenza—. Me ofusqué, borré las copias de seguridad de unos libros y ahora me arrepiento.

—Que tienen que ver con el libro que dices que te robaron —adivinó él.

Sam confirmó su suposición con un leve encogimiento de hombros y una mueca resignada. Los arrebatos y sus consecuencias.

—Los borré de un disco duro de almacenamiento donde guardo borradores de novelas que nunca verán la luz, apuntes y esos bocetos que acaban quedando en el olvido.

—Algo parecido al cementerio de sabores de Ben & Jerry's.

—¿Existe eso?

Jasper asintió rotundamente.

—En la fábrica de helados tienen un cementerio adonde van a parar los sabores que no acaban de funcionar, ya sabes, mezclas extrañas como sandía con chocolate o chicle con queso. Con sus lápidas y todo.

Sam se moría de risa.

—Tengo que buscarlo en internet —afirmó—. Ahora que lo dices, mi disco duro externo es muy parecido a ese cementerio de proyectos fallidos. ¿Crees que podrán rescatar mis archivos?

—Seguro que existe algún friki de los ordenadores que lo consigue —la animó con un guiño.

Sour Lake, Texas, otoño de 1963

—¿Y cómo ha sabido de mí, profesor...?

—Farrell —le recordó—. Me hablaron de usted en el pueblo.

La viuda que esperaba encontrar en aquella casita destartada, la supuesta mujer extraña, no era tal, sino una chica en la flor de la vida, tan joven que calificarla como viuda sonaba fuera de lugar.

—A saber qué le habrán contado de mí.

Aunque desconocía de qué iba la historia de aquella morena de ojos decepcionados, a Simon no le agradó su tono de resignación.

—Que anda buscando empleo. Por eso estoy aquí.

—¿Y de qué podría servirle yo, profesor? No sé mecanografía. Las únicas cosas que se me dan bien son atender detrás de un mostrador y coser arpillera con una máquina industrial.

—De eso se trata, en realidad. Más o menos. De atenderme, no sé si le interesaría ocuparse de mi casa.

Mary Daniels lo observó pensativa.

—Ah, entiendo, se trata de eso.

Su decepción era tan obvia que Simon se apresuró a explicarse mejor para que no considerara su oferta como algo denigrante, como daba a entender. Aunque lo era para una mujer blanca. Bajo la bandera de la estrella solitaria no había chacha que no fuera negra o mexicana.

—Tendría que ocuparse de mantenerla limpia, no ensucio mucho y haré un esfuerzo por no ser muy desordenado. Se ocuparía también

de la colada y la plancha. Y, si no es cargarla con demasiado trabajo, agradecería que me dejara algo preparado para cenar —solicitó con un simpático encogimiento de hombros—. Yo no sé hacer nada de todo eso, salvo la cama, y porque aprendí en el ejército.

—Y a lustrarse los zapatos también le enseñarían.

—Sí, eso también —aceptó sonriente—. Como ve, sin alguien que se encargue de todas esas tareas estaré perdido. No subestime el trabajo de un ama de casa, para un solitario como yo es tan importante como el que yo desempeño en la escuela. O más.

—Si quiere que cocine para usted...

—Sólo la cena —interrumpió—, para almorzar me apaño con un par de emparedados.

Ella levantó la barbilla, puesto que él era más alto, y lo repasó de cabeza a pies con aire apreciativo. A Simon le pareció que lo consideraba el típico soltero mal alimentado, no sabía que había nacido delgado y así moriría, aunque comiera como un buey.

—Querrá que vaya a su casa todos los días.

—Salvo los domingos. Y los sábados sólo por la mañana. En cuanto a su salario, ¿estaría dispuesta a hacerlo por veintitrés dólares a la semana? Siento no poder ofrecerle más.

—No se disculpe, está bien.

No lo estaba. Era menos de la mitad de lo que cobraba en la fábrica, sin contar que en ella las operarias percibían la mitad del sueldo de los empleados varones. De todos modos, no estaba en condiciones de elegir.

—¿Cuándo quiere que empiece a trabajar para usted?

—Cuanto antes. Mañana, a poder ser.

Mary aceptó y bajó los escalones del porche con él para despedirlo. A Simon no lo ofendió que no lo hubiera invitado a entrar en su casa.

No estaba bien visto que una mujer que vivía sola recibiera visitas masculinas, aquello no era Nueva York ni París.

—Hasta mañana entonces, señora Daniels.

—Profesor —lo llamó antes de que se alejara—. Me viene como caído del cielo. Los ahorros que tengo los reservo para pagar el alquiler, no me gusta endeudarme con nadie. De no ser por usted, en menos de un mes habría tenido que empeñar la máquina de coser.

Simon le dijo adiós con la mano y caminó meditabundo de regreso a su casa. La joven viuda no tenía nada extraño, si acaso era muy franca, porque no le había importado revelarle la precariedad en que se hallaba. Honestidad, otra rareza que le gustó de ella.

—¿Cuándo vamos a dejar de tratarnos con tanta reverencia, señora Daniels?

—No veo por qué íbamos a hacer tal cosa, profesor.

Corría mediados de noviembre, Mary llevaba semanas trabajando para él y seguía empeñada en guardar las distancias. Se negaba a llamarlo por su nombre, y tampoco pensaba que estaba bien que él la llamara simplemente Mary, y no dudó en hacérselo saber.

La casa parecía otra desde que ella había puesto orden y concierto en el caos que, faltando a su promesa, Simon no se había esmerado en corregir. Los cristales relucían, incluso había cosido unas cortinas para la ventana de la cocina con un retal. Los almohadones lucían bien alineados en el sofá, los pocos cachivaches que encontró en el desván los dispuso con gusto entre los volúmenes de la nueva librería para restar seriedad a aquella pared atestada de libros de suelo a techo.

Simon nunca había llevado las camisas tan bien planchadas desde los tiempos en que vivía su madre. Ni en la lavandería cercana a la

Universidad de Austin, de la que fue cliente como muchos estudiantes de su hermandad, las dejaban tan bien. En cuanto a las cenas, había que reconocer que Mary se daba maña en los fogones. Sentía que se apiadaba de él porque a veces llegaba con una tartera en la mano con restos de un guiso de los que tardan horas en cocinarse. Se excusaba diciendo que le era difícil calcular las cantidades para ella sola y cocinando para dos las recetas sabían mucho mejor.

Cuando él regresaba del trabajo, ella ya se había marchado. Pronto adquirió la costumbre de acudir a una hora muy temprana; le preparaba el desayuno, que él insistía en compartir con ella. Desde entonces, compartían el primer café de la mañana, unos huevos revueltos y galletas con mermelada. Después, Simon se despedía de ella, la dejaba a su tarea y se marchaba a la escuela. Le permitió organizarse a su aire, con la idea de que no era prudente discutir con un ama de casa. Su padre jamás lo hizo y disfrutó de un matrimonio feliz. Los sábados, que él no trabajaba, la dejaba hacer procurando no andar de un lado a otro para molestarla lo menos posible. Pero una de aquellas mañanas silenciosas le pudo la curiosidad.

—¿No tiene más familia, señora Daniels?

Se aburría, sentado a la mesa de la cocina, y a nadie le hacía daño un poco de charla. Ella respondió sin dejar de fregar los platos de la cena y del desayuno que acababan de compartir.

—Mis padres murieron jóvenes. Me crié con un hermano mayor que es leñador, y cuando él se marchó a trabajar a Oregón, no quise ir con él. Me daba miedo por el frío que hace allí. Hace años que no sé de él. ¿Y usted?

—Mis padres tampoco están ya. Cuando él murió, mamá tardó ocho meses en seguirlo.

Ella giró en redondo, secándose las manos con un paño.

—Debe de ser increíble un amor así. Para los que tienen la suerte

de encontrarlo.

Simon no necesitó más que observarla para entender que el suyo había sido un matrimonio desgraciado.

—Se me ocurre una cosa, la invito a comer. ¿No le apetecen unas costillas a la parrilla? Hace tiempo que tengo ganas de probarlas, me han dicho que en el bar del pueblo las hacen muy bien.

—Gracias, pero no.

—¿Por qué?

—No sería correcto.

Simon se repantigó en la silla y la observó con interés.

—No veo que haya nada de malo en que dos amigos coman juntos.

—Eso es lo malo, ser amigos. Las mujeres tienen amigas, no amigos.

Él alzó una ceja, dudaba que ella tuviera ninguna en Sour Lake.

—Yo he vivido en la ciudad y le aseguro que hombres y mujeres pueden compartir un almuerzo sin que nadie los critique.

—Aquí, en el campo, las cosas no se ven así.

—Habla como una chiquilla puritana y temerosa, señora Daniels. ¿Cuántos años tiene?

—La semana que viene cumpliré veinte. No soy ninguna chiquilla, como puede ver.

Simon no hizo caso de la coletilla ni de su tonillo enfadado.

—¿Su cumpleaños? Eso es genial. Qué mejor ocasión para salir a celebrarlo.

—Si me disculpa, quiero lavar un par de camisas antes de marcharme.

—¡De acuerdo! —se rindió—. Nada de celebraciones. Pero no se atreva a rechazarme un regalo.

—No acepto regalos de hombres.

—¿Y si prometo no gastar más de dos dólares? —propuso,

llevándose la mano al pecho.

Ella retorció el trapo entre las manos antes de acceder.

—Si es así...

Simon se levantó de la silla y se puso frente a ella.

—Le doy mi palabra. Ahora cierre los ojos, venga, hágalo, por favor —insistió hasta que ella lo hizo—. Piense en algo que desee más que otra cosa en el mundo. Ese capricho que nunca se da.

La viuda Daniels sonrió con los ojos cerrados.

—Una tartaleta de limón y merengue tostado, de esas que venden en la pastelería que hay frente a la iglesia.

Simon alzó las cejas perplejo.

—¿Sólo eso?

—Cómo se nota que nunca las ha probado —dijo sonriendo a la vez que abría los ojos.

Si semejante minucia era su capricho soñado, no tenía más que acercarse al centro del pueblo y comprárselo, pensó Simon. Apenas debía de costar ochenta centavos. Claro que, si no lo hacía, sus motivos tendría, se dijo con creciente indignación. De estar en su piel, él ya habría malvendido sus cuatro bártulos y se habría largado a cualquier lugar donde nadie lo conociera. Le dolía saberla víctima del rechazo social. No era ningún secreto cómo la daban de lado en el pueblo y por qué, las malas lenguas ya se habían encargado de ponerlo al día.

Simon sintió que flotaba de contento al ver la cara de Mary cuando recibió aquel pastel como regalo de cumpleaños. Y qué cierto era que la auténtica felicidad se consigue haciendo felices a otros.

—No voy a darte tu regalo si no aprendes de una vez a llamarme

Simon —avisó, escondiéndole la sorpresa con la mano tras la espalda.

—Está bien, de acuerdo. Simon.

—Y yo, ¿puedo llamarte Mary?

—¡Claro que sí! —concedió, ansiosa por recibir su regalo.

—Feliz cumpleaños, Mary.

Ella tomó el paquetito de la pastelería, intuyendo su contenido. Lo sostuvo sobre las palmas abiertas de las manos como si fuera una joya hasta que él insistió en que lo abriera.

—No voy a comérmelo yo sola mientras me miras —adujo vergonzosa—. Podemos compartirlo.

Simon asintió contento y acabaron saboreándolo a medias.

Aquel detalle valía muy poco, si se pensaba en dólares, y mucho si se tenía en cuenta que acababa de cambiar los términos de su relación. Simon se prometió que, cada año llegado ese día, le regalaría una tartaleta de limón y merengue. Si es que seguía él en la escuela de Sour Lake y ella continuaba sola, aunque, a la vista de su belleza, dudaba que tardara en encontrar otro hombre con el que contraer un nuevo matrimonio. La idea de verla del brazo de otro, agasajados a la mexicana con coros de cascabeles, le provocó una desazón que se tradujo en un dolor de estómago atroz.

Pasadas varias semanas, fue otro malestar el que lo sacudió. El que causa la ira cuando se mezcla con la impotencia. Ocurrió al llegar de la escuela. Mary estaba inclinada, abillantando con aceite de linaza las patas de la mesa, cuando Simon vio la cicatriz que afeaba la piel sobre su clavícula.

—¿Cómo te hiciste eso?

Cuando Mary comprendió a qué se refería, se apresuró a cubrirse el escote tirando del cuello de la camisa. Simon la cogió por ambos brazos para que se levantara del suelo, le quitó de las manos la bayeta y la botella de abillantador y la invitó a sentarse en una silla.

—No es un interrogatorio, Mary —dijo para que no lo mirara con tanta preocupación—. Pero tampoco te hagas de rogar. Nadie te oye y conmigo tu secreto está a salvo. No fue un accidente, dime la verdad.

Por primera vez en mucho tiempo, ella tomó aire, con ganas de sacarse aquel tormento de dentro que sólo otro ser humano conocía y ya no estaba entre los vivos.

—Mi marido se ponía muy violento a veces.

—¿Cómo te lo hizo?

—Con el cuello de una botella.

—Por Dios...

Simon escuchó su relato de golpes y palizas con los dientes apretados. Aun con todo lo sufrido, Mary seguía disculpando a aquel hijo de perra.

—Al ver tanta sangre se asustó y me llevó al médico para que me diera unos puntos.

—¿Y puede saberse dónde está ese médico que no hizo nada al respecto? Dime si todavía ejerce en este pueblo, porque va a oírme. Debería haberlo denunciado en la oficina del sheriff del condado o alertar al menos a los Rangers de Texas de lo que te estaba haciendo ese malnacido.

—No le echés la culpa, Simon. Yo le mentí, le dije que me cayó encima un tarro de conserva cuando intentaba cogerlo de la balda más alta de la despensa.

—¿Por qué, Mary? No veo que te haya servido de nada proteger a tu marido con tu silencio.

—Nadie me habría creído —murmuró.

Simon se levantó de la silla como si le pinchara el trasero y deambuló nervioso de aquí para allá hasta plantarse, ya más sereno, de cara al ventanal. Con la vista fija en la pradera, barbotó como si hablara solo:

—El cabrón de tu esposo tiene suerte de estar muerto, porque, de seguir en este mundo, yo mismo me encargaría de hacerle una raja como la que él te hizo en la yugular.

Ella se agachó para continuar con su tarea. Simon abrió la puerta y se quitó de en medio con la excusa de que necesitaba tomar el aire.

Ya bien lejos de la casa, se apoyó en el tronco de un árbol y encendió un cigarrillo contemplando la fachada. La mujer que sacaba brillo a sus muebles tenía la culpa de su falta de sueño. Cada noche le costaba más quedarse dormido y, despierto, con los ojos fijos en el techo, recreaba la imagen de Mary. Le sucedía desde que había descubierto que, cuando se encontraban sus miradas, ella se sonrojaba y sonreía. El corazón batía con brío en el pecho de Simon desde que tenía la sospecha de que a ella no le era indiferente.

Se lo llevaban los demonios pensando que el energúmeno que la había tomado por esposa se ensañaba maltratándola. Ojalá se pudriera en el infierno por no haberla tratado como Mary se merecía. Toda mujer merece ser amada con los cinco sentidos, sin golpes ni lujuria cruel. Se juró a sí mismo que él la cortejaría como ningún hombre lo había hecho.

Y así fue como se vio, en vísperas de Navidad, regalándole un ramillete de flores silvestres de invierno. Cosa que Simon Farrell sólo había hecho una vez en su vida, y se le habían quitado las ganas de repetir semejante gesto galante con otra mujer. Fue con catorce años, cuando regaló unas margaritas a la pecosa más linda de la escuela. La misma que le dio calabazas por lelo y por poca chicha, para largarse corriendo detrás de uno con fama de matón por el que todas las chicas perdían la cabeza. Antes de dejarlo plantado como un pasmarote, le arrebató el ramito de las manos con sus garras de urraca.

«Que te aprovechen, guarra, bruja, bragas sucias...», recordó

haber mascullado al viento por aquel entonces, con odio adolescente. Simon soltó una risotada al recordarlo. Su magullado corazón sanó en dos semanas.

Tiró la colilla y la aplastó con el pie. Contempló su casa y pensó en ciertas heridas que curaban pero dejaban una huella profunda en el carácter y en la memoria. Él haría cuanto estuviera en su mano para que las de Mary Daniels sanaran para siempre.

Simon no dejaba de obsequiarla con pequeños detalles. Le prestó un libro de poemas que le agradó mucho. Mary desconocía ese tipo de literatura que sonaba como la música, acostumbrada como estaba a leer novelas de amor impresas en papel rasposo y pajizo o aquellas revistas románticas ilustradas en las que el vaquero siempre cabalgaba con su chica en el regazo para besarla con pasión ante la puesta de sol. Ni la biblia heredada de sus padres ojeaba, desde que dejó de ir a la iglesia harta de sentarse en el último banco para salir y entrar tal como había llegado, sin haber cruzado una palabra con nadie salvo con el pastor y su mujer, que nunca le retiraron el saludo. Y tampoco tenía por qué soportar la presencia de aquellas doñas dignas, agarradas del brazo de sus maridos como si se los fueran a robar. Ni que la odiosa Winona Spencer y sus amigas la miraran como a una desgraciada. Tanto que presumían de piadosas entonando los himnos de gloria durante el sermón.

Ya estaba a punto de irse a su casa cuando el maestro llegó de trabajar. Se presentó con un paquetito de caramelos en la mano que agitó ante sus ojos.

—Muchas gracias, Simon. Eres muy amable, pero no tienes por qué.

—Tampoco tienes tú por qué alimentarme con los guisos que preparas en tu casa y lo haces. Qué menos que agradecértelo, mujer.

Ella aceptó el obsequio, deseosa de probar uno. No entendía cómo se las ingeniaba para adivinar sus gustos. La volvían loca los caramelos blandos con sabores de distintas frutas. Rebuscó uno de naranja, sus preferidos, y se lo metió en la boca.

—Podrías invitarme.

Mary le ofreció el paquete abierto y él tomó uno sin mirar. Al hacerlo, sus manos se rozaron y Simon demoró el momento de retirar los dedos. Con delicadeza, ascendió hasta su muñeca. Dejó caer al suelo la cartera de cuero que aún sostenía con la otra mano y, despacio, para no asustarla ni provocar su rechazo, le rodeó la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Ella estudiaba la expresión de sus ojos con un cosquilleo en la boca del estómago. Estaba aterrorizada como un cervatillo y él lo notó. Le quitó el paquete de caramelos de la mano, lo dejó sobre la radio y, a tientas, hizo girar el dial. Una balada de moda comenzó a sonar.

—¿Te gusta bailar, Mary?

—Más que nada en el mundo.

Simon dio unos torpes pasos en redondo.

—Tendrás que enseñarme. Nunca se me ha dado bien.

Ella se echó a reír, le cogió la mano en alto y le mostró cómo llevar el ritmo con los pies. Sus muslos se rozaban con cada vuelta. Simon la atrajo más cerca y detuvo el baile. Mary tenía miedo de lo que estaba a punto de pasar, aunque la tentaban aquellos labios que debían de saber a una mezcla de tabaco rubio y caramelo de fresa. Él se inclinó más y ella lo detuvo.

—No, por favor.

Giró la mejilla para evitar el beso, pero Simon supo aprovecharse de ello y pegó los labios a su cuello expuesto.

—¿Qué hay de malo, preciosa?

Le acarició con la boca la cálida piel bajo la oreja y ella cerró los ojos.

—No sé qué te habrán contado de mí —murmuró—. La única verdad es que nunca he ido más allá de un par de besos con otros hombres desde que murió mi marido.

—La gente que se aburre habla demasiado —susurró él, recorriendo con besos el camino desde la mejilla hasta la sien—. Olvídate de ello.

—No puedo. Esto no está bien.

—Mírame, Mary —pidió, separando su rostro para ver el suyo. Ella hizo lo que le demandaba—. Somos libres los dos, no hacemos daño a nadie.

Simon era tan bueno con ella... Lo fuera o no, ella lo veía muy atractivo, con su altura y su pose elegante. Era joven y, a la vez, más sensato que muchos que le doblaban la edad.

—No soy como tu marido, Mary —aclaró, malinterpretando su silencio—. Yo soy leal y voy en serio.

—No sé qué significa eso.

—Significa que te doy mi palabra de tratarte con el respeto que mereces. Nunca oirás de mi boca falsas promesas. Eso significa para mí ir en serio. Démosle tiempo al tiempo y vamos a dejarnos llevar por lo que sentimos —rogó en voz baja, rozando sus labios con los de ella—. Por lo que deseamos los dos.

Mary entreabrió los labios, se aferró a sus hombros con las manos abiertas y cerró los ojos. Qué bueno era notar el calor de su boca, qué delicia la caricia insistente de su lengua en sutil lucha con la suya.

Qué bien les supo a los dos aquel primer beso.

Hubo más. Más besos, muchas caricias, más manos en busca del cuerpo del otro. Eran una mujer y un hombre jóvenes, en edad de disfrutar de la sensualidad como una necesidad vital. Mary empezó a pasar muchas más horas en casa de Simon de las que requería su trabajo. Las habladurías en el pueblo iban en aumento, la criticaban porque regresaba a su casa sola bien entrada la noche. A pesar de echarse con ello piedras sobre su propia reputación, ella siempre se negó a que Simon la acompañara. Temía que su mala fama le causara problemas en la escuela y acabara perdiendo su trabajo.

Pese a todo, le encantaba quedarse cuando él volvía por las tardes y compartir la cena con él. Hubo muchos platos que aguardaron fríos a mesa puesta, cuando los urgía saciarse de otra clase de delicias. Llegaron a ello con naturalidad, con el consentimiento de ella. No dar rienda suelta a aquel amor forjado a escondidas, entre las cuatro paredes de una cocina, habría contravenido las leyes de la naturaleza.

Simon se dio cuenta desde la primera vez que le cogió las manos y se las puso sobre la camisa para que la desabotonara de que Mary no sabía disfrutar del sexo. Desconocía por completo lo que significaba obtener y dar placer. Tampoco sabía lo que era la ternura, y él se lo mostró con mimo, orgulloso de su éxito como maestro en aquella materia nueva para ella y tremendamente excitante para alumna y profesor.

Él le enseñó cuanto sabía y juntos aprendieron insospechadas maneras de gozar. Una mañana de sábado, remoloneando desnudos en la cama, Simon le propuso un plan.

—Mañana iremos juntos a la iglesia.

—Simon, dejemos las cosas como están.

—Me niego. No tenemos por qué escondernos.

—Si eso te hace feliz, iremos juntos al sermón. Estaría bien que

pasaras a recogerme.

—Lo haré. Pero eso será mañana, hoy vamos a pecar como dos condenados.

Ella se echó a reír cuando él atrapó con la boca uno de sus senos a la vez que deslizaba la mano entre sus piernas.

Celebraron juntos la Navidad. No eran días para pasarlos en solitario. Y a esas alturas ya todo el pueblo sabía de su romance, puesto que Simon la besó a conciencia y durante mucho rato para celebrar el recién estrenado 1964, delante de todos, durante la fiesta de Nochevieja en el bar. Para alivio de Mary, la perfecta ama de casa americana no celebró el fin de año en su casa, puesto que estaba a punto de dar a luz. A Simon le traía sin cuidado la vida de los Spencer, en cambio, ella se callaba los comentarios que llegaban a sus oídos para no disgustarlo. Aunque de buena tinta sabía que era Winona la encargada de esparcirlos.

Siete sábados pasaron y resultaba tan evidente el amor que compartían la viuda y el profesor que más de uno dejó caer lo absurdos que resultaban los cotilleos recelosos. Que si era una aprovechada, que si sólo buscaba su dinero y que lavara su mal nombre.

—Pura idiotez y ganas de malmeter —la defendió el pastor un domingo en un corrillo al acabar el sermón—. No conozco a ningún maestro que sea millonario.

Ninguno de los presentes osó llevarle la contraria. Aunque intercambiaron miradas que vinieron a significar que, si el río sonaba, agua hacía correr.

Llegó abril. Elvis triunfaba con *Viva Las Vegas* y *The Animals*

reinaban en las emisoras de radio con «La casa del sol naciente». En las ciudades grandes las chicas enloquecían por culpa de cuatro ingleses peinados como niñas que cantaban «ye-ye-ye».

Cuando empezó la siembra de trigo rojo para los pastos de invierno, Simon sorprendió a Mary. Pretendía vendarle los ojos y ella se resistía.

—Olvídalo, tú y yo no vamos a jugar a la gallina ciega.

—¿Por qué no? Vi a los más pequeños a la hora del recreo y me entraron ganas de hacerlo.

—Ya somos mayorcitos para eso.

—¿Es que sólo te gusta jugar entre las sábanas?

—¡Simon!

—Vamos, no seas tozuda y date la vuelta —insistió con el pañuelo doblado entre las manos.

Lo anudó en la parte posterior de su cabeza y, una vez que constató que no veía nada, le dio dos vueltas para desorientarla y se alejó hacia la sala para que lo encontrara. Ella reía, pero Simon temió que acabara aterrizando en el suelo a fuerza de tropezar con las sillas.

—Frío, frío...

Mary se orientó gracias a su voz y no tardó en llegar hasta él.

—Te pillé.

Al ver que no decía nada ni le quitaba la venda, deslizó las manos por sus brazos hasta llegar a sus manos. Las tenía unidas. Mary se las separó intrigada y cogió de entre ellas una cajita coronada por un lazo. Ella misma se arrancó la venda y lo miró a los ojos mientras él le arreglaba el cabello despeinado.

—Mi amor... —musitó emocionada al descubrir el anillo de compromiso.

—¿Quieres ser mi esposa? Prometo cuidar de ti.

—No hace falta que me cuides. Sólo quiero que me quieras.

Simon le rodeó la cintura y cruzó las manos a su espalda.

—Y eso hago, Mary. Quererte más que a nada en la vida.

—Sí. Acepto. Con todo mi corazón —dijo, echándole los brazos al cuello y dándole un intenso beso.

—Que sea cuanto antes. Según dicen las mujeres, las bodas bonitas tienen que ser en primavera.

Mary frunció el ceño.

—¿Con qué mujeres hablas tú de esas cosas?

Simon soltó una carcajada, era gracioso verla celosa. Era él quien debía sentirse codicioso de la belleza que tenía entre los brazos, y no al contrario.

—Es la letra de una canción.

—Tiene mucha razón el que la escribió. Quiero casarme contigo, Simon, y quiero una boda de abril.

Volvieron a besarse, borrachos de felicidad. Y, mientras se devoraban el uno al otro, Mary enterró a la viuda Daniels. Empezaba una nueva vida, la de Mary Farrell junto al hombre que amaba. Para siempre, hasta el día en que el sol se apagara en lo alto del cielo.

Sam no esperaba encontrarse cara a cara con el todopoderoso Anthony McCoy.

Necesitaba tinta para la impresora y decidió acercarse al pueblo a comprarla. En ese momento se arrepintió de no haber pedido el favor de que le llevaran un cartucho a alguno de los peones del rancho. Pero el encuentro era inevitable, ya que la tienda de repuestos de papelería estaba justo al lado del Café y Té de Sally. Aquella tienda de repuestos había supuesto su salvación, y no sólo por surtirla de tinta y folios. Fue su dueño, tal como Jasper previó, quien obró el milagro de recuperar los archivos de sus dos novelas inéditas. Las que continuaban la trama de la publicada sin su permiso, que había borrado del disco duro en un arranque de ofuscación. Los arrebatos se pagaban con arrepentimiento y, ¡qué caramba!, aunque jamás vieran la luz, esas obras le pertenecían. Brillantes o mediocres, representaban horas, días y meses de su esfuerzo y su ilusión. Y Anthony, sentado en un velador del porche del Café y Té de Sally, personificaba el amargo regusto de todas esas ilusiones rotas.

Sam lo miró de reojo. Anthony erguía la postura porque acababa de verla llegar. Aparcó la camioneta que había cogido prestada del rancho y subió los dos escalones para expresarle su disgusto por aquella injerencia en su espacio vital.

—Hola, Sam. ¿Cómo te encuentras? —preguntó él, levantándose y dándole un beso en la mejilla que ella recibió con frialdad.

—Bien, ya lo ves.

—Nos tienes muy preocupados.

Sam dejó escapar toda la rabia acumulada por la herida todavía abierta en su orgullo.

—Menos cuentos. Ya me dejaste claro la última vez que hablamos que lo único que te importa es el negocio, las ventas y los balances de resultados.

—No es verdad. No del todo —se corrigió, con cierta culpa.

—Sí lo es. No te importó anteponer tus intereses a los míos. Así que no me digas lo mucho que te preocupó porque para los McCoy siempre he sido vuestra gran obra de caridad.

Aquella afirmación acabó con la paciencia de Anthony.

—Deja de decir insensateces —le recriminó—. Eres injusta. ¿Ya has olvidado quién velaba cada noche tu sueño cuando enfermabas de pequeña? ¿Tampoco recuerdas quién te leía los cuentos que te gustaban tanto antes de dormir? No, veo que tu memoria es selectiva y ya no recuerdas la cara de la mujer que se ha preocupado porque no te faltara nada y que ha hecho, mejor o peor, lo posible porque crecieras como una niña feliz —le espetó—. Veo que algo has aprendido de mí: la palabra es un arma muy poderosa, eso sí lo recuerdas. Y se te da bien usarla para atacar.

—Como bien dices, lo aprendí de ti.

Anthony no estaba dispuesto a jugar a las réplicas y los reproches.

—Si algún día decides salir de esa charca de resentimiento en la que chapoteas tan a gusto y te dignas llamar a Krystle para dar señales de vida, te ruego, te suplico —recalcó, dulcificando el tono— que frenes tu lengua y seas más compasiva de lo que estás siéndolo conmigo. Aunque te importe un carajo lo que yo sienta o deje de sentir, eso es obvio.

Sam se mordió los labios. No sabía qué decir, pero Anthony tampoco le dio la oportunidad de hablar, porque dejó un billete de cinco dólares sobre la mesilla y montó en un coche de alquiler aparcado detrás de la camioneta.

Contempló su marcha con sentimientos encontrados; le era extraño verlo al volante de aquel utilitario con el logotipo de la empresa en las puertas, acostumbrada a verlo siempre en una berlina de alta gama conducida por un

chófer. Debía de tener algún negocio en Houston, se negaba a creer que hubiese volado de Nueva York a Texas sólo para saber de ella. No, reconocer los errores no iba con Anthony. Se prohibió sentirse culpable: ella no había robado a nadie y, en cambio, el hombre que tanto decía preocuparse por ella no había movido un dedo por averiguar y castigar a quienes le habían quitado algo que era suyo, muy suyo. Su obra. Su tesoro. Todo lo contrario: se estaba lucrando a costa de ello mientras ponía medallas a quienes no las merecían, se dijo, pensando en Ryan y en el puñetero presentador que le robaba el sitio que debería ocupar su nombre en la cubierta de un libro.

—Estarás orgullosa.

Sam giró en redondo; la voz de maestrilla de Sally era lo último que deseaba oír.

—¿Disculpa?

—¿Te parece bien tratar así a ese hombre, después del largo viaje que ha hecho sólo para verte?

—Tú qué sabrás —farfulló con desdén.

Maldijo en silencio. Era evidente que Sally, en su deambular de mesa en mesa como ama y señora de aquel café, supervisando a las camareras y repartiendo sonrisas melosas entre la clientela, había escuchado la tensa conversación.

—Con todo lo que han hecho por ti. ¿Quién serías ahora mismo de no ser por esa familia? Pobres, qué pena me dan.

—Haz una cosa, Sally, por el bien de todos —declaró con una mirada cruel—. Búscate un hombre que te entretenga, o siete, uno para cada día de la semana. La falta de sexo afecta al cerebro.

—Cosa que a ti no te pasa, por lo que dicen. Nada como jugar a dos bandas, ¿eh, doña escritora?

—Me llamo Sam. Ni somos amigas ni lo seremos nunca —afirmó—. Así que menos confianzas. Y dedícate a vivir tu vida, que la de los demás te queda grande.

Sally sacudió la cabeza con falso pesar.

—Eres una desagradecida —le espetó—. Ni los animales se portan así con sus padres.

—Métete en tus asuntos, te repito. Y no es mi padre —declaró con una mirada de advertencia antes de bajar los escalones del porche a toda prisa.

Al llegar a la camioneta, apoyó la mano en la ventanilla y la frente en ella. Debía tener más cuidado con las palabras, cuánta razón tenía el hombre que acababa de largarse en aquel utilitario con un cabreo de mil demonios. Ella también estaba cabreada, pero había una delgada línea entre la sinceridad y ser una bocazas. Por cierto que fuera, le dolía oírse a sí misma decir tal cosa. Imperfecto como cualquier ser humano, dominante, serio y poco dado a las muestras de afecto, no había conocido otro padre que Anthony McCoy.

Al llegar al rancho, fue directamente arriba y se encerró en su habitación. Necesitaba olvidar y zambullirse en la pantalla de su portátil página tras página. Escribir era para ella lo mismo que vivir otras vidas a fuerza de imaginarlas. Sólo deseaba embarcarse de nuevo en su íntimo viaje al pasado y volver a sentirse en la piel de Mary Farrell. Aquella vida fraguada en su cabeza a partir de unos apuntes era más interesante que la suya. Triste, por supuesto, qué vida no lo era en algún momento. Estaba deseando teclear y teclear hasta ver a Mary feliz y disfrutarla con ella.

—Y yo que creía que te encerrabas para trabajar.

Sam detuvo el clip de música que tenía abierto en el ordenador. Jasper la miraba apoyado en la jamba de la puerta, con una postura indolente.

—Esto también es trabajar. Busco las canciones que sonaban en aquellos años.

Jasper entró en el cuarto y se sentó en la cama.

—¿Sabes que la música es lo último que se olvida? Durante sus últimos

años, cuando iba a visitar a mi abuela y ya había perdido la memoria, yo conectaba música en el móvil y la sacaba a bailar. No se me olvidará nunca cómo le cambiaba la cara, era feliz bailando conmigo, aunque ya no me reconocía.

Sam le cogió la mano y se la llevó a los labios. Depositó un beso en sus nudillos enternecida.

—Debes de echarla mucho de menos.

Jasper le acarició la barbilla y retiró la mano de entre las suyas.

—Tengo la suerte de haber conocido a mis cuatro abuelos. Son los seres más especiales que existen.

—Yo no tuve abuelos. Los padres de Anthony y Krystle ya habían muerto cuando yo llegué a sus vidas. Y de los biológicos no sé ni sus nombres.

—Ahora existe internet, podrías averiguar algo sobre ellos.

—Y qué más da ya. Mi madre era criada, en casa de los McCoy y en otras. Trabajaba planchando ropa. Fue madre soltera y me quiso mucho. Es lo único que necesito saber.

—Nunca me lo contaste. Creemos conocer a las personas y un día nos damos cuenta de lo poco que sabemos de ellas —dijo Jasper, observándola intrigado—. ¿Te sentiste querida de pequeña?

—Sí.

No reconocerlo habría sido mentir, por muy enfadada que estuviera con Anthony.

—Eso es lo que cuenta de verdad. Y te dejo trabajar, porque si sigo hablando te adelantaré partes de la historia que tiene que contarte mi abuelo, no yo.

—¿Vas a dejarme con la intriga?

Jasper le guiñó un ojo y salió de la habitación. Sam sonrió, oyéndolo silbar por el pasillo la canción de Diana Ross y las Supremes que sonaba cuando él había entrado a interrumpirla.

Una semana llevaban prácticamente sin verse Jasper y Sam. Ella, enfrascada en la escritura y las largas charlas grabadas con Simon, y él ausente porque había tenido que viajar el fin de semana a Dallas para asistir a una convención de ganaderos.

Se ofreció a ir a recogerlo. Y Lisa le cedió encantada las llaves de su coche. Era automático y Sam no sabía conducir con cambio de marchas. Su hijo no estaba en su mejor momento anímico, y encontrarse con la sorpresa de Sam esperándolo imaginó que le haría ilusión.

Salió con tiempo sobrado, no quería llegar tarde y a veces los vuelos se adelantaban. Lo esperó tomando un refresco y repasando sus correos electrónicos en la cafetería del aeropuerto, hasta que se anunció la llegada de su avión. Se puso en primera fila en la salida de pasajeros.

No tuvo que aguardar mucho. Le dio un vuelco el corazón al verlo salir. Con traje, botas y el sombrero de gala, estaba para caer de rodillas. Y cuando sonrió al verla, de milagro no se arrodilló de tanto como le flojeaban las piernas.

—Cualquiera diría que me echas de menos, chica de ciudad.

Ella sonrió con franqueza.

—Aunque no lo creas, sí. ¿Mucho trabajo?

—Interesante. Nuevas técnicas.

Sam se detuvo a contemplar la pantalla de su teléfono. Jasper lo vio vibrar en su mano y cómo lo guardaba sin atender la llamada.

—¿Es alguien con quien no te apetece hablar?

—Con quien no estoy preparada para hacerlo —matizó—. Todavía tengo algo dentro que me reconcome. Sé que acabaré dejándome llevar por la ira. Y hay palabras que, una vez dichas, no hay vuelta atrás.

—¿Hombre o mujer?

Sam sonrió con ironía. Era en Ryan en quien estaba pensando. Y no, no era

él. Sus llamadas no la alteraban, lo ignoraba y a tomar viento. Era Krystle a quien no quería herir con reproches innmerecidos.

—Mujer.

Vio a Jasper erguir la espalda satisfecho y reemprender la marcha hacia la salida.

—Te iba diciendo que voy a automatizar la recogida de las almendras. Calcularemos los gastos y los beneficios, pero me ha convencido el sistema. Es alucinante, una máquina inteligente.

Le estuvo explicando las características de aquel asombroso robot cosechador, que no suplía la mano de obra pero agilizaba la labor, con el consiguiente ahorro al necesitarse menos hombres para realizar la cosecha.

—Ya me contarás cómo funciona —dijo Sam cuando llegaron al coche.

Jasper la cogió por los hombros antes de que abriera el maletero.

—También quería darte las gracias.

—No me ha costado nada venir a recogerte, al contrario, me hacía falta salir del rancho.

—Hablo de otra cosa. Las noches lejos de casa se hacen largas. He tenido tiempo para pensar.

Sam arrugó el entrecejo, estaba en esa aplicación para ligar. ¿Le estaba diciendo que no había amenizado la escapada con noches de sexo?

—Desde que enterramos a mi abuela, mi abuelo Simon ha estado... ¿arrugado?

—Apocado, amilanado, abatido, desanimado...

—Eres la maga de las palabras —dijo acariciándole la mejilla—. Tú le has devuelto la ilusión de vivir.

—Jasper, has cambiado tanto desde aquel día que discutimos en Nueva York que a veces me emocionas.

—Ya sabes que los girasoles siempre se orientan hacia el sol. ¿Sabes qué ocurre los días nublados? Se encaran de dos en dos, y son el sol el uno para el

otro. Tú lo hiciste hace ocho años, y ahora, te miro y vuelves a iluminar mis días oscuros.

Sam notó que las lágrimas estaban a punto de escapársele. Giró el rostro y parpadeó varias veces para contenerlas.

—Jasper, ¿por qué me haces esto?

—Decirte lo contrario sería engañarte y engañarme a mí mismo. Y yo nunca miento, Sam.

Ella alzó la mano para acariciarle la mejilla.

—Aquel verano, ¿tú me querías de verdad?

—No hables en pasado. Nunca he dejado de hacerlo.

Se inclinó sobre su rostro para darle tiempo a rechazarlo. Pero Sam se aupó de puntillas y alzó el suyo, como un girasol busca la luz. Jasper la abrazó y se besaron con la pasión de la primera vez. Como si una antigua magia hubiese detenido el tiempo.

Al día siguiente, cuando Sam bajó a desayunar, Jasper ya se había marchado porque ese día movían el ganado en los pastos más alejados de la casa. Retomó la escritura con una energía distinta. Tenía en la cabeza y en la punta de los dedos una gran historia de amor.

Y, en alguna parte de su pecho, una emoción tan nueva y vivificante que la hacía sonreír sin darse cuenta. Hacía años que no sentía que cada día que amanecía había que recibirlo con regocijo, porque todos, incluso los más oscuros, merecían la pena.

Escribió durante mucho rato, no se dio cuenta de que era la hora del almuerzo hasta que Lisa subió a avisarla.

—Disculpa, cuando me meto de lleno en lo que escribo se me pasan las horas que ni me doy cuenta.

Almorzaban las dos solas. Jasper lo hacía en los pastos con los demás

empleados, y Simon había ido invitado a casa de un viejo amigo y colega, otro maestro jubilado.

—Es una pena que Jasper se niegue a celebrar su cumpleaños, con la ilusión que me hacía cada año prepararle una tarta.

—¿Es hoy su cumpleaños?

Lisa removió los guisantes de su plato.

—No quiere saber nada de fiestas, velas ni regalos desde que su padre no está.

Como Lisa cambió de tema, Sam no hizo más preguntas. La ayudó a recoger la mesa y, con la excusa de despejarse, le pidió prestado el coche y se acercó al pueblo.

En la pastelería, pidió una tartaleta de limón, pero no tenían. Compró un pastelito de vainilla con moras y una vela. En el supermercado, compró dos copas de plástico y una botella de espumoso de California. Además de un paquete de cucharillas, servilletas y un mantel de papel de cuadros de colores.

Lo guardó todo en el asiento trasero y condujo hasta la ribera del río Trinity. Desde allí, llamó por teléfono a Jasper.

—¿Te falta mucho para terminar?

—Dos horas como mínimo.

—Llamaré a tu madre, a ver si ella puede echarme un cable, no te preocupes.

—¿Tienes algún problema?

—Se me ha parado el coche. Lo he empujado para sacarlo del camino.

—¿Dónde estás?

—Al lado del río.

—Pero ¿dónde?

—Al lado de un cartel que dice ZONA DE PESCA. Y desde aquí veo una casa verde como a unos ochocientos metros.

—No te muevas de ahí. Voy para allá.

Sam aprovechó para extender el mantel y prepararlo todo. Cuando Jasper

llegó, la encontró sentada en el suelo y con la pequeña fiesta dispuesta.

—Esto es una encerrona.

—No te enfades y siéntate. Tu madre me ha dicho que no quieres saber nada de tartas. Esto no es una tarta.

Jasper la miró con los ojos entornados, pero acabó sentándose a su lado. Observó la vela sobre el pastelito individual y sacó el mechero del bolsillo.

—También me contó que te prohibieron fumar.

—Sólo enciendo algún cigarro, y muy de vez cuando.

—¡Feliz cumpleaños!

Jasper sopló la vela y destapó la botella de vino, el corcho salió disparado. Sirvió las copas y brindaron. Por fin sonrió, y Sam supo que no le había desagradado tanto la sorpresa.

Compartieron el pastel, que les supo delicioso. Jasper jugó con la cucharilla pensativo.

—No sé si sabes que el primer regalo de cumpleaños que mi abuelo le hizo a mi abuela fue un pastel de limón y merengue. Era su capricho.

—¿Por qué crees que te he traído éste? No he encontrado tartaletas de limón.

—Durante casi cincuenta años, cada 6 de octubre, mi abuelo siguió regalándole un pastelito de limón. Hasta el último, cuando ella ya no sabía quién era él. Pero sonreía con cada cucharada.

—Debe de ser increíble encontrar a la persona con la que vivir un amor como el suyo —comentó Sam.

No sabía dónde estaría el mes siguiente, ni después de un año ni dentro de diez. Pero se juró que, pasara lo que pasase, Jasper tendría un pastel de vainilla cada cumpleaños. Se lo haría llegar desde la otra parte del mundo si era menester. Y lo miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo te sienta el cambio de cifra?

—Treinta —pronunció alzando las cejas—. Un pequeño trauma que tardaré un año en superar.

Sam se acercó a sus labios.

—Yo te veo igual de sexy que cuando tenías veintinueve.

Él se dejó querer. Dejó que Sam lo besara con dulzura y después con deseo juguetón. Para eso era su cumpleaños.

Sour Lake, Texas, primavera de 1964

Como ambos carecían de familia, a la boda acudieron muy pocos invitados. Algunos profesores de la escuela y sus esposas, el director con su hija y dos antiguas compañeras de Mary, empleadas de la fábrica.

Como agradecimiento, ofrecieron un tentempié a base de refrescos y empanadas de carne que la propia novia horneó la víspera. Simon no dejaba de mirarla, con el vestido recién estrenado estaba deliciosa. Mary había preferido uno de calle que podría aprovechar. Escoger uno tradicional habría sido un derroche e inapropiado en una segunda boda. A ojos de los demás, porque para ella era la primera. Esa vez sí se sentía unida a su esposo para el resto de su vida.

Simon se empeñó en cruzar el umbral con ella en brazos.

—No ganas mucho casándote conmigo. Trabajarás lo mismo pero sin cobrar —bromeó.

—Ahora es mi casa —aceptó dichosa—. Nuestro hogar.

Después de besarla por primera vez como casados bajo aquel techo que de tantos y tantos besos había sido testigo, Simon le pidió que se apurara a llenar un maletín con lo justo para un fin de semana.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No habría sido una sorpresa. Seguro que pensabas que no íbamos a tener luna de miel.

Llevaba tiempo ahorrando para ello y, al verla tan contenta, supo que el esfuerzo había merecido la pena. No quiso revelarle el destino

elegido, aunque Mary lo adivinó cuando Simon tomó el desvío hacia Galveston en el cruce con la interestatal.

—Hay muchas tiendas, por lo que me han dicho —comentó él—. Y durante dos días vamos a jugar a que somos ricos.

—Lo somos, y no me refiero al dinero.

—Podrás comprarte lo que quieras, hay que darse un capricho de vez en cuando.

—¿Qué piensas traerte tú como recuerdo?

—Algún libro, como siempre.

Mary rio mirándolo del todo enamorada.

—Como si no tuvieras bastantes.

—Un buen libro nunca sobra. Y, ¿qué quieres?, soy incapaz de dejar de comprarlos. Aunque me estoy reformando, últimamente me estoy aficionando a sacarlos de la biblioteca. Y tú espero que no escatimes y te compres algo que te apetezca de verdad.

—Ovillos de lana y telas. Y también algún figurín de moda.

Unas gotas gordas comenzaron a salpicar el parabrisas.

—Qué fastidio, cariño —protestó con un mohín—. Espero que pare pronto.

—Yo no. Ya sabes lo que dicen de las bodas pasadas por agua.

Mary sonrió. Con lluvia o sin ella, estaba segura de que su vida junto a Simon iba a ser absolutamente dichosa.

El domingo siguiente a su regreso, al salir de la iglesia, Mary invitó a una merienda a las mujeres casadas que se acercaron a darles la enhorabuena en su primera aparición oficial como recién casados. Era la costumbre, todas lo hacían, y ella no iba a ser menos. Simon estuvo de acuerdo, era una buena manera de entablar relación con sus

vecinos. A él no le importaba la soledad, pero su esposa pasaba muchas horas metida en casa. Qué mejor manera de hacer amistades que con un detalle de amabilidad.

Ya andaban bastante lejos cuando salió Winona Spencer del templo y unas amigas le hablaron de la invitación.

—¿El próximo viernes, dices? —Calculó—. Ya es casualidad, ese mismo día había planeado una reunión en mi casa, tenemos que hablar de la pintura del salón parroquial. Las paredes tienen tantos pelones que dan vergüenza. Tenemos que decidir quién va a encargarse, espero que convenzáis a vuestros maridos. Necesitamos voluntarios.

Dos mujeres se miraron entre sí, algo apuradas.

—Pero, Winona, podemos reunirnos por la mañana.

—Como comprenderás, también ofreceré una merienda. Siempre lo hago, acuérdate. Por supuesto, no vengas si no te interesa. La puerta de mi casa es de entrada y de salida.

Ninguna comentó nada más.

Mary se esmeró en los preparativos. Durante toda la semana madrugó al alba para bordar un centro de mesa con lanas en un trozo de arpillera. Y con los retales sobrantes le dio para hacer unas abrazaderas a juego para las cortinas de la sala de estar. Quería que su hogar se viera alegre, porque la alegría es sinónimo de felicidad. Con un tergal estampado que se llevó de Galveston, cosió un mantel de té con servilletitas a juego. Simon decía con guasa que ni Nina Simone ni aquel par de hippies de Simon y Garfunkel: la nueva melodía de aquella casa se llamaba Singer. Se había acostumbrado a escuchar la radio con el traqueteo de fondo de la máquina de coser.

El viernes, Mary horneó un bizcocho que decoró con guindas

confitadas y azúcar lustre, preparó una tetera y también café. Lamentó no disponer de un juego de tazas más elegante. Sobre las cuatro, empezó a impacientarse. Un segundo miraba a través de la ventana y al siguiente ojeaba su relojito de pulsera.

Simon llegó más tarde de lo acostumbrado, lo incomodaba ser el único hombre en una reunión femenina y había preferido quedarse en el aula, después de la clase, para corregir exámenes. Ya regresaba a casa, con la esperanza de encontrárselas despidiéndose, cuando se cruzó con la esposa del dueño de la serrería; se había casado de muy jovencita y debía de tener una edad similar a la de Mary. Simon la vio caminar apurada.

—Espero que no le importe la compañía, me temo que vamos en la misma dirección.

—Verá, no, profesor Farrell —balbució, poniéndose roja como una amapola—. Me esperan en la granja Spencer. Una reunión importante, y ya llego tarde. Discúlpeme con su esposa, se lo ruego.

—No se preocupe, Barbara. Otra vez será.

Simon cayó entonces en la cuenta de lo que estaba sucediendo y apretó el paso. Le dolió más que un puñetazo encontrar a Mary completamente sola sentada a la mesa del salón, esperando unas visitas que nunca iban a llegar.

—No ha venido nadie —reveló con tristeza.

Él se agachó para darle un beso, le acarició la mejilla y sonrió.

—Me alegro, así tú y yo salimos a más parte —dijo, señalando el bizcocho con la cabeza—. Pero ¿cómo que no ha venido nadie?

Se levantó y abrió la ventana de par en par. Cortó un enorme trozo de pastel, lo desmigó con las manos y lo lanzó a boleo. El porche se llenó de gorriones.

—¿Ves como sí, cariño? Los pájaros son nuestros invitados.

Ella se puso en pie y se acercó. Simon le rodeó la cintura y, juntos,

contemplaron la algarabía que se acababa de montar en el porche.

—Estás loco, van a ponerlo todo perdido.

Simon se encogió de hombros y sonrió ante su propia travesura. Y, mientras Mary reía sus tonterías, en silencio se juró que nadie volvería a hacerle un desprecio. El lunes sin falta buscaría trabajo en las escuelas de los alrededores. Ya estaba harto de aquel pueblo y de su gente. Se marcharían a otro lugar donde fueran aceptados. Nadie, ni hombre ni mujer, volvería a humillarla. Nunca más.

Jasper la vio llegar cuando él regresaba. Era tarde, su madre lo había avisado por teléfono para decirle que le había guardado la cena en el frigorífico y que se la calentara él cuando llegara. Sam llevaba unos pantalones cortos y chanclas de playa. Cada diez pasos, más o menos, se levantaba sobre las puntas de los pies varias veces seguidas.

—No son horas de hacer gimnasia, al menos aquí los gimnasios no abren veinticuatro horas como en la ciudad. Tenéis costumbres muy raras.

—Se me hinchan los tobillos de estar tantas horas sentada delante del ordenador. Siempre me pasa.

Jasper le observó los pies. En efecto, los tenía abotargados.

—Lo que necesitas es un paseo y meterlos en agua fría. Ven conmigo.

—No has cenado.

—Más tarde tomaré cualquier cosa.

Pasearon rodeando la casa, por el sendero que conducía al lago.

—Cuéntame, ¿cómo va tu novela?

—Todavía no es una novela. Ni mucho menos —explicó con una mueca de vergüenza—. He pasado a limpio la última conversación que grabamos. Cuando tu abuelo dejó la escuela de Sour Lake y vino a Liberty a ejercer como maestro.

Jasper caminaba con las manos en los bolsillos, se levantó el ala del sombrero y miró al cielo.

—No sé si te ha contado que en aquella época lo criticaban. Lo tachaban de calzonazos por no trabajar con las manos.

—Cuántos prejuicios idiotas tenían entonces.

—Y cuántos quedan. Siempre le he oído decir que sus herramientas eran la tiza y el lapicero. Así se lo explicaba a sus alumnos, para animarlos a continuar sus estudios. Había muchos que valían para estudiar y sus padres no querían oír hablar del asunto, los querían en los ranchos y en las granjas.

—¿Qué tiene de malo trabajar en el campo?

—Si lo eliges porque te gusta, es la mejor vida que existe. Si lo detestas y te obligan, es un infierno.

—Tú eres de los primeros.

Jasper sonrió orgulloso.

—Lo soy. Me siento muy afortunado de trabajar en lo que más me apasiona. Aunque tampoco tenía muchas opciones, fui un estudiante pésimo. De los de la última fila, no valíamos ni para calentar la silla.

—No digas eso.

—Es la verdad, no fui ni soy un portento. Me despistaba con el vuelo de una mosca. Y recibí collejas y cachetes a montones, la escuela no era como ahora. Siempre castigado —contaba con pesar—. ¿Qué iba a hacer si me aburría en clase y no podía seguir el ritmo de los demás? Repetí dos cursos. Yo creo que me graduaron en el instituto por lástima.

—Eso tiene un nombre, ¿sabes?

—Sí, inepto —se adelantó—. Cuando mi abuelo dejó la escuela de Sour Lake, muchos lamentaron su marcha. Porque fue el único maestro que se ganó el respeto de sus alumnos sin meterles miedo. Ojalá yo hubiera tenido un profesor como él.

Habían llegado al lago. Jasper se quitó las botas y se sentó en el pantalán de madera, con las piernas colgando. Sam dejó a un lado las chanclas y se sentó a su lado. Chapoteó en el agua fría, una delicia para sus pies.

—Escúchame, Jasper, y grábate esto en la cabeza. Ni negado, ni inepto, ni burro, ni torpe. Se llama *déficit de atención*. Es un trastorno que tiene mucha gente.

—¿Eres psiquiatra también?

—No tiene que ver con la psiquiatría. Es un trastorno más común de lo que crees. Lo sé porque tuve una compañera de clase a la que se lo diagnosticaron. Le costaba más que al resto porque se despistaba, pero con tesón consiguió licenciarse en Medicina.

—Tuvo suerte.

—Tuvo constancia y profesores comprensivos. Jasper, ahora entiendo por qué cuando nos sentábamos a ver una película no te centrabas, por qué no te gusta leer y por qué haces todas esas listas en tu cabeza. Tú solo, sin ayuda, has encontrado recursos para enfocar tu atención. Por eso eres tan concienzudo en tu trabajo, te ayuda a centrarte porque te gusta.

—Puede ser.

—Lo es. Mi compañera pasaba horas haciendo collares de artesanía. Fue su recurso para centrarse mediante el trabajo manual. Lo que no entiendo es cómo no se dieron cuenta tus padres, ni tu abuelo, siendo maestro.

—Mis padres tenían mucho trabajo y se fiaban de mis profesores: «Su hijo es un trasto». Me regañaban cuando traía las notas, me repetían mil veces que hiciera las tareas y hasta la bronca siguiente —los disculpó con un deje de culpabilidad—. Mi abuelo no vivía con nosotros y todo su tiempo se lo dedicaba a mi abuela, que perdía la memoria, y no podía dejarla sola ni un minuto. Cuando no encendía el fuego, salía a la calle en camisón, fue terrible verla deteriorarse así.

Sam se agarró de su brazo y le besó la mejilla. Él le sujetó la cara y la besó en los labios agradecido.

—No eres diferente, Jasper. Napoleón Bonaparte, Edison, Einstein... Todos fueron pésimos estudiantes por lo que he leído, y creo que por problemas parecidos. Cada persona tiene unas habilidades, tú eres increíblemente bueno en tu trabajo porque te apasiona —comentó con entusiasmo—. Te entregas a conciencia, hasta a mí me contagiaste las ganas de ver cómo funciona ese robot de los almendros.

Jasper se incorporó y se puso de pie.

—¿Y sabes de qué me muero yo de ganas?

Empezó a desnudarse ante la asombrada mirada de Sam. En nada se zambulló desnudo en el agua. Lo observó emerger y retirarse el pelo mojado hacia atrás con las dos manos.

—No seas cobarde, Sam. Ya nos lo hemos visto todo el uno del otro.

Ella se echó a reír y se desnudó en un santiamén. Al instante, estaba haciéndole compañía en el lago.

—No te atrevas a jugar a ahogarme —avisó Sam.

Jasper tiró de su brazo y la atrajo hacia él. Sentía sus pezones rozándole el torso.

—Si te ahogara, me quedaría sin mi única admiradora. Sam, ¿en serio no me consideras torpe?

—Me ofende que lo dudes —aseguró ella con un gesto tan serio que lo hizo sonreír—. Cuántos recuerdos me trae esta situación.

Se acordaba de la última vez, una inolvidable sesión de sexo en el lago. Y Jasper también.

—Si seguimos así de pegados —murmuró sobre sus labios—, vamos a acabar follando como animales...

—... acuáticos.

Rieron a carcajadas que se fueron apagando. Sam no podía dejar de mirar aquellos ojos llenos de deseo. Cuántos recuerdos podía leer en ellos.

—He visto esta mañana la camioneta azul. No he olvidado cierta noche memorable en el asiento trasero —murmuró mordiéndose los labios—. Tiene la pintura pelada y con manchas de óxido. No has vuelto a pintarla.

—Nunca lo he hecho, porque era lo único que me quedaba de ti.

Sam buscó su boca con pasión. Se besaron con desespero y ella enroscó las piernas en sus caderas. Sentía en su sexo la dura erección de Jasper.

—Maldita seas, Sam. ¿Por qué has vuelto a dar vida a algo que me costó años enterrar?

—¿Crees que no tengo sentimientos? Te deseo tanto... —musitó, meciendo

las caderas para sentir el suave roce de su glande—. Quiero tenerte ahora.

—Nada es igual. No somos los mismos.

—No deseo al chico que conocí. Te quiero ahora, al hombre que escucho y me hace temblar con su inmenso corazón. Y sigue volviéndome loca como el de entonces.

Jasper la penetró y, unidos en alma y cuerpo, se rindieron a la vorágine que los llevaba al éxtasis.

Jasper llevaba rato sentado en el sofá junto a su abuelo, aburrido de ver un programa sobre catástrofes aéreas, que ya eran ganas. El morbo de los guionistas no tenía límite. Cogió el mando a distancia de la mesilla.

—¿Te importa que cambie de canal?

—No, pon lo que quieras.

Jasper lo miró desconcertado. Si tan poco le interesaba, ¿por qué carajo llevaban contemplando horror y hierros retorcidos durante tres cuartos de hora? Pulsó los botones hasta encontrar un programa de talentos musicales. Con el cambio de cadena, el volumen había subido una barbaridad.

—¿Qué es esto? —protestó Simon, removiéndose como si estuviera sentado encima de un hormiguero.

—¿Qué te ocurre?

—Hay algo vivo, algo se mueve.

Se levantó y palmeó el asiento del sofá. Jasper palpó con la mano la tapicería.

—Yo no noto nada.

—No estoy chocho —protestó Simon—. Algo se movía, lo he notado perfectamente. Será un ratón.

—Se habría ahogado con tu trasero encima. Cambiemos de asiento — propuso Jasper para no discutir.

Intercambiaron el lugar que cada uno ocupaba en el sofá. Después de la presentación del nuevo aspirante, comenzó la música.

Jasper saltó en el asiento y soltó una palabrota.

—Es verdad, algo vibra. ¿Será el móvil de mamá? El mío está ahí, enchufado al cargador.

Metió la mano en la grieta que formaban los dos asientos y encontró un extraño artefacto rosa fucsia con forma de renacuajo gigante. No dejaba de moverse. Cuando el aspirante dejó de cantar y se oyeron los aplausos, el aparato fucsia se detuvo.

Sam salió de la cocina al oír el barullo.

—¿Qué ocurre con tanto vocerío?

—¿Esto es tuyo?

—No lo he visto en mi vida, ¿qué es?

Lo cogió para examinarlo por todas partes. El siguiente aspirante a famoso comenzó con un alarido de heavy metal y aquello empezó a vibrar. De la impresión, a Sam se le cayó de las manos y el chisme aterrizó sobre el regazo de Simon.

—Quitadme esta cosa de encima.

Lisa salió de la cocina, miró el cacharrito encima del sofá con ojos desorbitados y se apresuró a cogerlo.

—¿Qué hacéis con mi juguete? Con razón no lo encontraba. Como se haya estropeado, me voy a cabrear mucho, que aún no lo he estrenado.

—¿Tu juguete? —repitió Jasper, alzando las cejas.

A esas alturas ya habían comprendido los tres que era un artilugio sexual.

—Lo compré en AliExpress.

Sam se lo pidió para volver a examinarlo. La cosa se puso en marcha de repente y se le cayó de las manos. Fue a parar sobre la bragueta de Jasper. Ella lo cogió y su mano se demoró. El aparatito vibraba entre su mano y la entrepierna de Jasper. Intercambiaron una mirada caliente. Lo suyo era

telepatía sexual, cuántas ideas eróticas era capaz la mente humana de elucubrar en cinco escasos segundos.

Sam lo sostuvo en la mano.

—Qué curioso, antes le fallaban las pilas porque se paraba de repente. Y ahora no deja de moverse.

—¡Porque funciona con música!

A Sam se le cayó de la mano de la risa y la cosa musical comenzó a vibrar sobre el parquet.

—¿Queréis bajar de una vez el volumen de la tele? —exigió Lisa, agachándose a recoger su tesoro sin estrenar.

—Yo ya he oído bastante, adiós —dijo Simon levantándose.

—Y luego presumes de moderno con tu edad.

—Éstos no son temas para comentar en familia —renegó, escapando hacia la cocina.

—Leí las instrucciones, funciona mejor con rock duro —rumió Lisa. A Sam le entró una risa floja—. Pero creo que voy a devolverlo, esto es más divertido para jugar en pareja.

—Sí, será mejor que lo devuelvas —opinó Jasper con guasa—. Porque, cada vez que suene música en tu cuarto, todos sabremos lo que estás haciendo.

—También es verdad.

Jasper se levantó del sofá y le echó una mirada desesperada a su madre y a su aparatito. Sam lo cogió de la mano y tiró de él.

—Tú ven conmigo —silabeó—. Tengo que enseñarte una cosa.

Corrió tras ella, que prácticamente lo arrastró escaleras arriba y lo metió en su cuarto. Sin cerrar la puerta siquiera, se quitó la camiseta por la cabeza y se desabrochó los vaqueros.

—Si no hacemos esto ahora, me muero.

Jasper sonrió como un lobo, cerró de un manotazo y se desnudó antes de que ella terminara de quitarse el pantalón. Se pegó a Sam y le abarcó con las manos las copas del sujetador.

—Cómo me gusta, te hace unas tetas divinas.

—Es de La Perla —dijo ella relamiéndose.

—Yo no veo ninguna perla.

Era el mismo que cierta noche Ryan había criticado por ser de mal gusto. Y Jasper se volvía loco apretujándola y mordiéndole la parte del pecho que quedaba a la vista. A la mierda Ryan y sus manías de pijo.

Le metió la mano por dentro de la braguita. Él sí sabía complacerla en todos los sentidos.

—Tienes gustos caros —jadeó—. Qué bien. Vértelo puesto es lo mejor que me ha pasado hoy.

Sam le mordió el labio con una risita, para castigarlo por tomarle el pelo. Era obvio que conocía la selecta marca de lencería y que allí también había tiendas de lujo. El Rolex de acero que llevaba en la muñeca era la prueba.

La cogió por debajo de las rodillas y la lanzó sobre la cama. Gateó por encima de ella y poco le duró puesto el conjunto provocativo.

—¿Compramos un juguete erótico musical? —propuso Sam, acariciándose entre las piernas con una mirada insinuante.

—Juega con esto.

La penetró de un empujón y ella gimió de placer mordiéndose los labios.

—Si quieres música, cantaré. —Rio, y ella le tiró del pelo.

Entre risas y jadeos, arañazos y lametones, fornicaron como bestias en celo.

—Cuando estás tan callada es porque tienes la cabeza en marcha y a toda velocidad.

Sam se abrazó más, adoraba cuando permanecían así, enlazados y desnudos. Abajo, Simon y Lisa debían de echarlos de menos. Apartó ese

pensamiento, ya tenían edad para no dar explicaciones si escapaban juntos y escaleras arriba.

—Pensaba en el futuro —confesó, dándole un beso en el pecho.

—Yo me quedo en el presente. Y el mío ahora mismo eres tú, aquí, conmigo.

—No es tan sencillo —objetó preocupada.

La huida en pleno arrebató le había regalado una felicidad insospechada, pero la aterrizzaba la idea de abandonar definitivamente todo lo que había conseguido, por lo que llevaba tantos años luchando.

Jasper le puso el dedo debajo de la barbilla y en sus ojos llenos de temor leyó todas sus dudas.

—Mi sitio está aquí, eso no va a cambiar. Me siento orgulloso de lo que hago y me llena. Aquel verano fue la mejor época de mi vida. Hay personas que mueren sin sentir algo tan bueno. Soy afortunado de haberlo vivido dos veces, hace ocho años y ahora.

—No lucharías por mí —asumió ella.

Él le apartó el pelo detrás de la oreja y le rozó la frente con los labios antes de volver a mirarla a los ojos.

—¿Luchar por ti significa suplicar, convencerte y manipularte para obligarte a elegir? Nunca me interpondré en tu camino. Naciste libre, Sam. ¿Qué derecho tengo a robarte la libertad? Mi mayor deseo es que tú seas feliz.

Liberty, Texas, mayo de 1964

El día que Simon Farrell impartió su primera clase en la escuela primaria de Liberty supo que él y Mary habían llegado para quedarse. Una semana antes, cuando él le contó dónde iban a emplazar su nuevo hogar y Mary oyó el nombre del pueblo, su sonrisa lo hizo comprender que pensaban igual. Libertad. No podía ser otra cosa que un guiño de buena voluntad que les brindaba el destino.

Alquilaron una camioneta para la mudanza y disfrutaron del viaje sin nostalgia de lo que dejaban atrás. El recorrido era corto, pero juntos admiraron el verde esplendor que se mostraba ante sus ojos kilómetro a kilómetro. Cuánta belleza había en el este de Texas y cómo se equivocaban los yanquis que asociaban aquella inmensa tierra con paisajes lunares plagados de calaveras de res blanqueadas por un sol abrasador. El suyo era un estado de contrastes, y para los Farrell, nacidos tanto ella como él más allá de Abilene, el este del estado era el paraíso. Porque si las llanuras entre el río Grande y el Pecos impresionaban al viajero con su inhóspita grandeza, los ríos del este eran una explosión de esplendor a lo largo de su curso, pleno de valles boscosos y tierras fértiles hasta desembocar en la hermosa bahía de Galveston, donde las playas marineras eran puro encanto, antes de que las barcas de los mariscadores se vieran obligadas a compartir sus aguas con un enjambre de buques petroleros en incesante trajín.

Allí se establecieron, y prueba de sus intenciones de permanecer en Liberty fue que Simon no quiso saber nada de un nuevo alquiler.

Compró una casa sin miedo a encadenarse al banco. Mary, que odiaba contraer deudas, se prometió hacer lo posible por quitarse cuanto antes la hipoteca de encima y se puso manos a la tarea. Comenzó tejiendo conjuntos de calcetines y braguitas de perlé para niña que tuvieron mucho éxito, tanto que se las veía moradas para atender los pedidos que le hacía la tienda de ropa de confección del pueblo. Lo que había empezado siendo una faena de tejer en ratos muertos pronto la obligó a madrugar. Y, con la radio bajita, sentada en su sala de estar, movía las agujas a toda velocidad.

—Dentro de nada, el alcalde te contratará para administrar el presupuesto municipal —bromeaba Simon.

Y es que Mary, acostumbrada a pasar penurias, era una hormiguita ahorradora. No le hizo falta buscar un empleo fuera de casa, sus labores aportaban importantes ingresos a la economía del hogar, que, junto con el salario de Simon, les permitían dormir tranquilos todas las noches porque la hipoteca se iba pagando sola y aún podían darse caprichos e incluso ahorrar.

Durante el invierno tejió jerséis que, gracias al grosor de la lana, terminaba mucho más rápido. Como era ingeniosa, escogía puntos calados que le ahorraban ovillos y avanzaban la labor. Por culpa de una equivocación al contar los puntos, en lugar de deshacer el estropicio, lo convirtió en un modelo con mangas de farol. Sin esperarlo, hizo furor entre las clientas en cuanto lo vieron expuesto en el escaparate de la tienda. A partir de ese día, la dueña del comercio tuvo que suplicarle que hiciera muchos más como aquél. Y aunque le copiaron el modelo enseguida, no dejaron de lloverle los pedidos hasta el punto de que Simon tuvo que intervenir y exigirle que pensara más en ella y aprendiera a decir «no», al ver cómo se mataba a tejer desde que amanecía hasta bien entrada la noche.

—Y, ya puestos, acuérdate de que tienes un marido que también

existe.

Al ver su cara de niño rechazado, ella dejó la labor en el cesto y le llenó la cara de besos porque no le gustaba verlo enfadado. Le prometió bajar el ritmo aunque ello supusiera una merma en sus ingresos, pues, como Mary sospechaba, en el fondo de la cuestión en su ruego no sólo había preocupación amorosa, sino también un prurito masculino al darse cuenta de que algunos meses ella ganaba con los jerséis más que él en la escuela.

Los gustos son caprichosos y, como suele ocurrir con las cosechas, la escasez de oferta aumentó la demanda. Mary confeccionaba un jersey cada semana y pronto se corrió la voz por los pueblos del condado. Todas querían presumir de ir a la moda luciendo una de aquellas creaciones que no estaban al alcance de cualquiera. La dueña del comercio de tejidos estaba exultante y la mercera también, pues, dada la cantidad de madejas que Mary Farrell compraba, se ofrecía a ovillárselas para que no perdiera tiempo, además de hacerle un precio especial.

No había día que no llegaran nuevas clientas, algunas sólo a curiosear, desde Grayburg, Hardin, Batson... Una mañana estaba lamentándose la señora Harriet Evans frente al mostrador, porque los tres únicos jerséis que tenían le estaban estrechos, cuando entró en la tienda un grupito de mujeres de Sour Lake. Mientras la atendían a ella, las otras aguardaron ojeando el género colgado en los percheros.

—No se apure, Harriet. Estoy segura de que a la señora Farrell no le importará hacer uno especial para usted.

—Yo misma me acercaría a su casa para que me tomara las medidas.

—Seguro que estará encantada de hacerlo, ya sabe lo amable que es.

—Un derroche de amabilidad —saltó con sorna una de las recién

llegadas—. Demasiada.

Harriet Evans era una de las personas más respetadas del condado. Su esposo dirigía el Círculo Agrícola, que defendía los derechos de los granjeros, establecía las normas para una sana y libre competencia y regulaba los precios. Antes que él, lo había dirigido su padre y, antes que éste, su abuelo, que había sido uno de sus fundadores. Pero el respeto a Harriet Evans no le llegó por el matrimonio, pues de soltera ya destacaba por su participación en la vida comunal. Fue la primera mujer en ser elegida miembro del Consejo Ciudadano, doble mérito en su caso, dado el color de su piel. Llevaba con orgullo el mismo nombre que su antepasada, la esclava del rancho Harris que vivió cien años, cuya prodigiosa memoria fue vital para que no se perdiera el folklore de la zona. Aunque a la Harriet Evans del siglo xx, la que acababa de oír a su espalda una voz que conocía bien, sólo le gustaban los cuentos de su tatarabuela, no los chismes con retintín. Y, por la voz, la reconoció en cuanto la oyó. Las manzanas de la granja Spencer eran de tal calidad que se distribuían hasta en los estados vecinos.

—Tú conoces bien a la señora Farrell, ¿verdad, Winona? Eso dicen —la picó con una dulzura engañosa.

—Por desgracia.

Ante la incómoda expresión de la dependienta, Harriet Evans se apresuró a explicar que antes los Farrell vivían en Sour Lake, sin hacer caso alguno a la respuesta de Winona Spencer.

—Acércate, mira qué preciosidad —pidió, extendiendo un jersey sobre el mostrador.

La otra lo ojeó con desdén.

—Los he visto mejores. Los hacen algunas mujeres en Houston con esas máquinas tejedoras caseras. Y salen mejor de precio.

—Pero no son exclusivos. Éstos son de artesanía, como los que me

hacía mi madre.

—Es cierto —intervino la dependienta.

—Tanto empeño que puso la pobre en enseñarme a hacer punto de media —recordó Harriet con una sonrisa de añoranza—. Y mi mejor labor fue un chaleco que tejí para mi marido cuando aún me cortejaba.

Eso último lo dijo mirando directamente a Winona Spencer, que no tardó ni un segundo en replicar.

—Otras trabajamos de verdad. No podemos perder el tiempo haciendo calceta.

La señora Evans exhibió una sonrisa triunfal.

—Qué me vas a contar que yo no sepa del trabajo de una granja —le recordó—. Menos mal que tenemos la suerte de contar con alguien con tanta maña como Mary Farrell, que los teje para las demás.

—Siempre se le dio bien eso de *contentar a los demás* —apuntó la otra con acidez.

—Ya sabes cuánto me gusta la sinceridad, querida. ¿Estás tratando de decirme algo? Porque, si es así, te ruego que te expliques con claridad.

—En mi opinión, esa mujerzuela no es el mejor ejemplo.

La dependienta intervino para frenar su lengua viperina.

—En este establecimiento no toleramos las faltas de respeto.

—¡Bien dicho! —exclamó la señora Evans dándose una palmada en la cadera.

—Pues acaban de perder a varias clientas, a ver cómo le sienta eso a su jefa.

—Winona, déjalo, por favor —le pidió una de las que la acompañaban, en vista de la tensión generada, que se podía cortar con un cuchillo—. Te estás poniendo en ridículo.

—¡Cómo te atreves! —bramó la aludida indignadísima, y se dirigió de nuevo a Harriet Evans—: Y usted, ya que ocupa un puesto

importante, debería entender que ese maestro, que está casado con una desvergonzada, tendría que ser un ejemplo de moral para sus alumnos; ¡son niños!

—Cálmate, Winona —exigió ella con tono firme—. En primer lugar, no me digas lo que debo hacer. En segundo lugar, te daré mi opinión respecto a tus insinuaciones. No me importa lo que hiciera la tal Mary Farrell en el pasado, si es que hay algo de cierto en las habladurías. En cualquier caso, ella era libre y por ahí hay mucho marido picaflor. Los hombres casados son los que deben pasar cuentas a sus esposas.

—Vámonos de aquí —ordenó ella entre dientes a las otras dos.

—Buen viaje. Y acéptame un consejo, por los muchos años que tengo más que tú. Más te vale barrer tu propia casa que perder el tiempo escudriñando pelusas en suelos ajenos.

Las tres salieron sin decir adiós. Winona, tan digna como enfurecida; las otras dos, abochornadas. Harriet Evans apoyó las manos en el mostrador y sonrió a la dependienta, que se mordía el labio con cara de apuro.

—Tú no sabes lo a gusto que me acabo de quedar. Y no te preocupes por lo que ha dicho esa malhablada. Clientela que entra a cotillear y no compra, ni en el infierno la quieren.

Sonaba como el maullido de un gatito.

Era domingo y Simon aún dormía. Mary acababa de poner la cafetera al fuego cuando lo oyó. Pensó que alguna gata acababa de parir y trasladaba a su camada a un lugar seguro. No tardaría en llevárselo. Aguzó el oído; el chiquitín no paraba de maullar, sería una lástima que lo hubiera dejado olvidado. Tan pequeños, no solían

sobrevivir aunque se los alimentara con la punta de un trapo empapada en leche de vaca. De niña, alguna vez lo había intentado y el gatito siempre acababa muriendo a los pocos días.

Pero oírlo le partía el corazón, era un crimen no intentarlo. Si salía adelante, tendrían un aliado para mantener a raya a los ratones del sótano. Mary se cruzó mejor la bata antes de salir. Abrió la puerta y, de milagro, no tropezó con la cesta. Cayó de rodillas de la impresión. Los maullidos no eran tales, procedían de debajo de una mantita de felpa. La destapó asustada, sabiendo lo que iba a encontrar. ¡Un niño! Un recién nacido desnudito. Tendría un par de días porque ya empezaba a secársele el cordón umbilical. Parecía sano y no dejaba de llorar. Mary lo arrebujo en la mantita y se lo llevó al pecho para darle calor.

Corrió hacia la sala tan nerviosa que se olvidó de cerrar la puerta. La cesta vacía también quedó olvidada donde la había encontrado.

—¡Simon! ¡Simon!

—Pero ¿qué pasa?

Mary lo oyó saltar de la cama a trompicones y correr por el pasillo. Se quedó plantado en lo alto de la escalera al verla, con la boca abierta, el pelo revuelto y solamente vestido con el pantalón del pijama.

—¡Baja, date prisa, por Dios! Acabo de encontrar un bebé, estaba ahí. —Señaló hacia el porche.

—¿Has visto a alguien?

—¡Qué voy a ver!

Simon bajó la escalera en cuatro saltos y destapó la mantita a la altura de la cabeza.

—Es un niño blanco. —Le acarició la cabeza cubierta por una pelusilla rubia—. Dale calor. Y cálmate, cariño. Me visto y voy a avisar al sheriff.

La noticia se extendió enseguida y la casa fue un bullicio de gente que no dejaba de entrar y salir. Una vecina, al ver que estaba desnudo, regresó con la ropita que guardaba de la canastilla de su hija. El bebé abandonado era un varón, y todas las vecinas preguntaban por la nenita al verlo con el pelele y el gorrito color rosa. La comadrona que ayudaba al médico insistió en que el doctor lo viera, era importante saber si habían abandonado al niño porque estaba enfermito o tullido. Tras la primera revisión, el doctor concluyó que estaba sano como una pera limonera y que sólo tenía hambre. Y, al oírlo, otra vecina que también había acudido como si fuera cosa de todos, regresó con un biberón y una tetina que guardaba en la alacena.

—Rebaje la leche con agua, señora Farrell —indicó el doctor.

Mary estaba abrumada, no tenía ni idea de crianza. Ya se encargaron varias mujeres de darle las instrucciones precisas. El niño fue de brazo en brazo hasta que lo vieron satisfecho. Cuando le enseñaron a Mary cómo debía apoyárselo con la cabecita en el hombro para que expulsara los gases, ya no dejó que nadie más lo cogiera. Aquél era su chiquitín, puesto que lo había encontrado ella, y no el juguete de todas.

Dos horas después, era el propio sheriff el que saboreaba una taza de café sentado en la cocina de los Farrell. Por fortuna, la autoridad imponía y todas las visitas se marcharon, intuyendo que tendría que hablar con ellos de asuntos importantes referentes al hallazgo y no querría fisgones.

—Mis hombres han recorrido cada casa, hasta los suburbios de Houston. Y nada, ni una noticia.

—Entonces ¿no han logrado averiguar quién lo ha abandonado? —

dedujo Simon.

—De momento, no. Tal vez gente de paso. Soy padre, ya lo sabe, profesor —comentó acariciando la cabecita del pequeño, que dormía en el moisés donde Mary lo había encontrado—. Nunca entenderé cómo un ser humano tiene agallas para abandonar a un angelito como éste. El hombre es el animal más indigno de todas las especies de la creación.

—¿Qué va a pasar con él? —preguntó Mary.

—Mañana daremos aviso al auxilio social. Si no encontramos a la madre, tendrá que ir a la casa cuna.

—¡De eso nada! —saltó Mary, y a continuación suavizó el tono—: Por favor, se lo pido de corazón: informe a quien sea menester de que nosotros cuidaremos de él con mucho gusto hasta que las autoridades decidan sobre su futuro.

—Mi esposa tiene razón, sheriff —apoyó Simon—. ¿Dónde va a estar mejor que aquí?

Éste asintió con la cabeza. No le habría costado encontrar familias que se ofrecieran voluntarias para ocuparse del recién nacido. Pero quien fuera que lo había abandonado lo había dejado en el porche de los Farrell, y a la vista saltaba que ellos creían que eso les otorgaba cierto derecho moral sobre el pequeño. Cogió la taza entre ambas manos y miró en derredor. Un hogar confortable, como el café que le caldeaba las palmas. Entre las ropas no encontraron ninguna nota; en alguna ocasión sucedía, pero no había habido señales de piedad materna esa vez. No sabían siquiera si tenía nombre. Cada vez que pensaba en qué habría ocurrido si aquella mujer no hubiera madrugado, se le ponía el vello de punta. Algún perro vagabundo podría haber volcado la cesta. Si hubiera llegado a olerlo alguna serpiente de las que buscaban el frescor debajo de las casas, a esas alturas estarían lamentando una tragedia.

—Has tenido suerte de que esta señora tan guapa te encontrara, chavalín —comentó mirando al bebé—. Si tuviera que ponerte un nombre, te llamaría Chance.

—Es perfecto, sheriff —dijo Mary arrobada; le quedaba ideal el nombre de la buena suerte—. ¿Ha visto qué cara más bonita tiene? Parece un ángel caído del cielo.

No existió niño en Texas con más madrinas.

Desde que se supo que el pequeño Chance, como ya lo llamaba todo el mundo, se quedaba de momento en casa del maestro, cada día acudían varias mujeres a ofrecer su ayuda a la improvisada mamá primeriza. Le daban consejos de crianza y se alegraban del buen apetito del bebé, que se adaptó sin problemas a la leche en polvo. Otras aprovechaban la visita para llevarles ropa diminuta que ya no les hacía falta, se ofrecían encantadas a arrullarlo en brazos mientras Mary lavaba, escaldaba y tendía pañales, puesto que, como era novata en tales tareas, aún no había aprendido a aprovechar los ratos que el pequeño dormía para realizarlas rauda como una flecha y todavía soñaba con poder tener algún día una moderna lavadora de turbina. Hasta una cuna les prestaron los Johnson, que ya tenían a los hijos crecidos y la guardaban en el desván para los nietos.

La señora Harriet Evans también se dejó caer por allí para interesarse por el pequeño Chance.

—¿Sigue sin saberse quién es la madre, querida?

—Ni rastro de ella —respondió Mary con secreto alivio.

No quería pensar en el momento de entregárselo cuando dieran con su paradero.

Simon regresó en ese momento de una reunión del claustro de

profesores enfocada en la elección de los actos que debían celebrarse durante la fiesta de antiguos alumnos. Mary lo recibió con una sonrisa. Él dejó la cartera y se aprestó a cogerle al bebé. Lo meneó un poquito para que dejara de protestar por el cambio de brazos.

—¿Ya se lo has dicho, Mary?

—No.

—¿Hay algo que deba saber? —inquirió Harriet Evans.

—Mi esposa y yo queremos quedarnos con Chance. La decisión está en manos de las autoridades, somos conscientes de ello. Si usted hablara a nuestro favor...

El criterio de aquella señora era tenido muy en cuenta, un hecho inusual en una mujer de color en un estado en el que aún estaba vigente la segregación racial. Tal respeto era privilegio de unas pocas, como Bessie Coleman, primera texana y mujer negra en pilotar un avión. O Lillian Bradley, primera doctora negra por la Universidad de Austin.

—No me parece una idea descabellada.

—Es la más sensata y la más práctica —opinó Mary—. Nosotros lo queremos, lo criaremos como a un hijo propio. Y si su madre lo dejó en nuestra puerta, por algo sería.

—Su madre o su padre, eso no lo sabemos —apuntó Harriet Evans—. En cualquier caso, al menos uno de los dos lo hizo, puesto que la policía asegura que no se ha denunciado la desaparición de ningún bebé en todo el país.

—Si sus padres lo dejaron en nuestra puerta, seguro que no fue una casualidad. Yo creo que eso debería contar —insistió Mary.

—Unos padres que lo abandonaron a su suerte —rebatía Simon con una mueca—. Como para tener en cuenta sus deseos. No, Mary, no me parece un buen argumento como para usarlo ante un tribunal.

—Tampoco está bien que los juzguemos; a saber en qué

circunstancias y por qué motivos quien fuera que lo abandonara decidió hacer lo que hizo —apuntó la señora Evans.

Pensó en la ley de protección de la infancia, cuyo objetivo prioritario era el bienestar de los niños. Qué mejor hogar iban a encontrar, a los Farrell se les caía la baba con el chiquitín. Pero nunca se sabía, ignoraba qué podía ocurrir cuando un matrimonio tan joven tuviese sus propios hijos.

—¿Estarían dispuestos a adoptarlo legalmente?

—Por descontado.

—Si es así, haré cuanto esté en mi mano para ayudarlos —aceptó.

—Se lo agradezco de veras, señora Evans —dijo Mary, sonriendo a Simon.

—Cuento con su palabra de que lo querrán como se merece. Y no es que dude de ustedes, pero sé de casos de niños sacados del hospicio para trabajar en granjas como mano de obra gratis...

Simon no la dejó terminar, las advertencias estaban de más.

—Conozco a mi mujer, señora Evans. Le aseguro que ese niño va a recibir tantos besos y arrumacos que el cariño le saldrá por las orejas.

La mujer soltó una carcajada. Simon devolvió al bebé a los brazos de Mary.

—A pesar de todo, creo que este chiquitín ha nacido con suerte.

—Los afortunados somos nosotros, ¿a que sí, Simon? No imagina cuánta alegría ha traído Chance a esta casa.

Viendo a Mary mirar al pequeñín con ojos amorosos, la señora Evans tuvo la certeza de que iba a ser un niño muy feliz.

Si en abril de 1964 celebraron su boda, el de 1965 se convirtió para los Farrell en su mes preferido del año. Por entonces, todos los chicos

querían ser como Daniel Boone o Tarzán, llamaban *Lassie* a sus perros, ya fueran machos o hembras, y soñaban con tener algún día un delfín tan listo como *Flipper* en la bañera. El sueño que sí se cumplió fue el de los Farrell, un soleado lunes de ese mes mágico, cuando un juez del condado convertía a Chance en hijo suyo ante la ley.

Dos días habían transcurrido desde que Chance portaba el apellido Farrell y, a casi cuarenta kilómetros del hogar más dichoso del este de Texas, Winona Spencer fregaba los platos con tanto nervio que corría peligro de quedarse sin vajilla.

—Supongo que ya te habrás enterado de la noticia —dijo a su marido, que hojeaba el periódico.

—¿A cuál de todas te refieres? —preguntó, retrocediendo páginas hasta volver a la portada.

—Les han dado al niño —masculló entre dientes.

—¿De qué niño hablas?

Ella se volvió furiosa y se le encaró con las manos mojadas en alto; la espuma empezó a chorrearle hasta los codos.

—¡Del que habla todo el mundo!

Jack Spencer apretó los dientes para no llevarle la contraria.

—Mariella me lo ha contado esta mañana en el supermercado. Al antiguo maestro y a ésa les han dejado quedarse al niño. Como si no hubiera en el mundo familias mejores y dispuestas a darle todo lo que necesite.

—Lo encontraron ellos, Winona. Es justo que, si quieren adoptarlo, sean los primeros en poder hacerlo.

—No digas barbaridades. ¿A ti te parece que esa mujer es la más indicada para criar a un niño? Una madre debe dar ejemplo de moral, de buenas costumbres.

—Basta, Winona —exigió él. Estaba harto de oír siempre la misma

murga—. Si te soy sincero, creo que las autoridades han depositado a ese niño en los mejores brazos.

Jack cerró los ojos al verla lanzar el estropajo a la pila como si fuera un proyectil y llenarlo todo de salpicones.

—No me extraña que opines así. Los conoces bien, ¿verdad? Porque en esos mismos brazos estuviste tú.

Por su hijo, se repitió Jack en silencio, porque creciera en un hogar como debía ser, le había pedido perdón de rodillas aquel lejano día. Por los dos, por su chico y por la pequeña Rose, que llegó al año siguiente, no le pedía el divorcio. Porque ella se los llevaría de su lado y no los vería más. Por sus dos hijos agachaba diariamente la cabeza maldiciendo el día que fue a buscar a Winona a casa de sus padres.

En Sour Lake había quien todavía echaba de menos al profesor Farrell. Su estancia en la escuela había sido corta, pero había dejado un grato recuerdo. En especial entre algunos alumnos. Uno de ellos era el hijo mayor de Benjamin y Theresa Mayer. El chico acababa de empezar la secundaria. Como muchos otros muchachos de los pueblos de los alrededores que querían continuar sus estudios, debía acudir a diario a la capital del condado. Daniel siempre había sido un buen estudiante y su padre recordaba cuántas veces le había comentado el profesor Farrell el potencial que tenía. Tenía intención de ir a la universidad, quería ser médico, y sus padres estaban orgullosos de ello. Pero el salto de la escuela al instituto le había pasado factura, se había descentrado durante los primeros meses y sus notas habían bajado. Habló con sus padres, que también fueron a hablar con el tutor. Éste les aseguró que con un poco de ayuda se pondría al día y

sus notas volverían a ser tan buenas como en la primaria. Mantener un buen expediente era primordial para poder escoger universidad.

Una noche, Benjamin y Theresa lo hablaron en la cocina, cuando Daniel y sus hermanos estaban embobados ante un nuevo episodio de «Star Trek».

—He pensado en hablar con el profesor Farrell —dijo Benjamin—. Apreciaba mucho al chico e insistía en cuánto vale para estudiar, por él lo haría.

—No sé. Si a ti te parece bien...

Benjamin Mayer arrugó el ceño. Theresa era una de las mejores amigas de Winona Spencer.

—¿Qué es lo que no sabes? Es un excelente maestro, Daniel se entendía muy bien con él. Y lo que opine o diga Winona me importa un cuerno.

—Y a mí menos todavía —aclaró ella—. No lo decía por eso. Estamos hablando del futuro de nuestro hijo, así que en cuanto a los dimes y diretes, humo al viento. Ve a hablar con el profesor Farrell, cruza los dedos para que acepte ayudar a Daniel. Y, si no, buscaremos otro maestro.

Al día siguiente, Benjamin y su hijo fueron a casa de los Farrell a la salida del instituto. No les costó ponerse de acuerdo con Simon.

—No puedo desplazarme a Sour Lake, tendrás que venir tú aquí.

Daniel miró a su padre; dependía de él, puesto que aún no tenía edad para sacarse el permiso de conducir.

—Como tengo que ir y venir para traerlo, no será problema. Volveré a por él dos horas más tarde.

Simon apoyó la mano en el hombro de Daniel. Lo recordaba como uno de sus alumnos con mejores expectativas de futuro. Lo ilusionaba la idea de verlo algún día con bata de médico.

—Con tres tardes a la semana, de momento, creo que será

suficiente. Más adelante, será suficiente con un día para no perder el ritmo.

—Eso espero —dijo el chico con ojos de cordero degollado.

Simon alzó las cejas y miró a su padre, que no tenía mejor semblante.

—No pongas esa cara, hombre, que un suspenso lo tiene cualquiera. Lo que hay que procurar es que no se repitan.

Daniel Mayer acudió puntualmente a casa de los Farrell durante todo el bachillerato. Pasaron los años y Simon opinaba que ya no necesitaba clases de repaso, pero el chico insistía y sus padres estaban de acuerdo. Mejor le iba aplicándose que disparando con la escopeta contra un bote o embobado delante de ese gran invento para perder el tiempo que era el televisor.

Faltaba poco para que se graduara y Simon lo despidió aquella tarde cuando su padre, como de costumbre, hizo sonar el claxon para avisar de su llegada. Acarició el pelo rubito de Chance, que veía los dibujos animados del Pájaro Loco sentado en la alfombra de la sala. El televisor lo habían comprado un año antes gracias al dinero extra que les reportaban aquellas lecciones.

Entró en la cocina. Mary deshilaba judías verdes de pie, frente a la encimera, y él cotilleó levantando la tapadera de la cazuela donde hervían rodajas de zanahoria.

—¿Te has fijado en cómo te mira ese muchacho? —preguntó ella.

—Pues no, si te digo la verdad.

—Con admiración. Eres su héroe, su modelo a seguir.

—¿No te parece que exageras?

—No. Y ha hecho bien en escogerte como ejemplo, cariño. Espero

que Chance lo haga y que este bebé —dijo, acariciándose la barriga— lo haga también. Si yo fuera ese chico, querría parecerme a ti.

Simon la abrazó por la espalda y acarició su vientre abultado con ambas manos.

—¿Tanto me admiras?

Mary giró la cabeza y le dio un beso en la barbilla.

—Tanto.

Condado de Liberty, Texas, verano de 1983

Los años llegaron y se fueron. En su imparable suceder, dejaron un rastro de buenos y malos recuerdos que, como las ventoleras con las hojas secas, el tiempo acabó barriendo y en la memoria de las personas sólo quedaron puñados. Quedó Vietnam marcado a fuego y se llevó veinte años de engañosa propaganda alentadora, igual que el escándalo Watergate se llevó al presidente Nixon. El desencanto llevó deseos de paz, el amor libre, Woodstock y las flores en el pelo.

Elvis había muerto y ya no hubo príncipe a la altura del Rey. Los Cadillac y la brillantina se echaron a un lado de la carretera para rendir honores a las motos de los Ángeles del Infierno y sus chupas de cuero.

Y cuando las ropas estampadas del movimiento hippy, la voz doliente de Joan Báez, las baladas folk de The Mamas & The Papas, el LSD y la marihuana ya eran una fotografía desvaída en el álbum de la vida, de las que se contemplan de tarde en tarde para rememorar la inconsciente y desinhibida juventud, la nueva década arribó con una bofetada de realidad. Mientras el país sufría la peor recesión económica desde la posguerra y el desempleo arruinaba millones de hogares, el presidente Reagan parecía haber olvidado las terribles secuelas y el desencanto colectivo que había dejado la derrota en aquella guerra tan larga e inútil. Continuaba las pruebas atómicas en el desierto de Nevada para combatir el comunismo soviético, ese imperio

del mal, mientras los chicos duros de Metallica daban su primer concierto.

Aquel verano, los ánimos andaban revueltos en Texas porque Willie Nelson se había llevado a Atlanta el Picnic Festival del 4 de Julio y aquel concierto era texano. No se merecían semejante desaire después de tres años esperando su regreso. Aunque hicieron lo posible por no echarlo de menos. En todos los pueblos se celebró el Día de la Independencia con sus fuegos artificiales, comidas al aire libre y verbenas. El condado de Liberty no fue una excepción. En su capital se instaló un circo y una feria con la promesa de convertirse en tradición.

Lana y Rose, las chicas de la granja Spencer, llevaban días preparando sus modelos para lucirse en el baile. Vestidas de rayón brillante, con las hombreras que marcaba la moda, las melenas cardadas con litros de laca y demasiado maquillaje en opinión de su padre, se remiraban ilusionadas en sus espejitos mientras él las llevaba a Liberty en su nuevo Buick; esa noche iban a ser las reinas del baile.

Jack Spencer no aparcó el coche, puesto que Winona no se había animado a acompañarlos. Podría haberlo hecho, pensó alzando la vista hacia la noria iluminada. El ambiente era fantástico, habrían cenado costillas en un barracón y luego se habrían marcado unos bailes. Pero su esposa le salió con una de sus excusas cuando se lo propuso. Lástima de noche.

Miró a sus dos hijas al detener el motor. La euforia de sus tesoros era contagiosa, y se alegraba de verlas tan dispuestas a pasarlo bien. Pero cumplió su obligación de padre y les dio los consabidos consejos para refrenarlas.

—A las dos como mucho os quiero en casa. Que yo no me entere de que montáis en el coche de cualquiera.

—Que sí, papá. —Lana aceptó la murga paterna, y le dio un beso de despedida.

—Esperad a Jake y volved los tres juntos, ¿de acuerdo?

Su hija Rose le prometió que lo harían con otro beso. El primogénito de los Spencer ya había cumplido los diecinueve e iba con su propio coche porque había pasado a recoger a su novia. Su padre se alegraba doblemente de la novedad: estaba bien que el chico hiciera planes de futuro, aunque no era la primera novia, e intuía que no sería la última. Y además le evitaba volver a conducir hasta allí de madrugada para recoger a sus hermanas.

—Puedo acompañaros hasta la carpa —sugirió.

Las chicas se negaron como locas y él puso en marcha el motor, riendo entre dientes. Estaban en la edad de exhibir sus encantos, y no de ir de la manita de papá. Aun así, rodeó despacio la feria y se detuvo frente a la carpa de baile para verlas entrar y contemplar orgulloso lo bonitas que eran. También por precaución y para constatar que quedaban allí a buen recaudo.

Desde la distancia, Jack se fijó en otra pareja. Hacía años que no coincidía con los Farrell. No frecuentaban los mismos lugares ni compartían amistades.

Habían cambiado, él y ella. Como él mismo, como todos. El espejo del cuarto de baño se lo revelaba cada mañana. Pero a aquel matrimonio el tiempo le había sentado mejor que a la mayoría. Mary Farrell estaba muy guapa. Los embarazos no le habían pasado factura, ni siquiera el parto doble de los dos varoncitos que, según supo, tuvieron hacía un invierno. Madre de gemelos y de una hija que en ese momento bailaba con su padre, y lucía la misma cintura estrecha que cuando era joven, viuda y tentadora. Jack no podía creer que aquel apuesto joven con el uniforme de la fuerza aérea fuera el chico mayor, el huérfano abandonado que adoptaron. Un año menos

que su Jake debía de tener, y el muchacho ya se había alistado. Bailaba con Mary con una gracia que le hizo sentir envidia de sus tiempos mozos. El profesor Farrell bailaba con la única hija de la pareja, que aún llevaba calcetines. ¿Cuántos años tendría? No más de catorce. Se notaba que el maestro no era buen bailarín, la llevaba con menos soltura que el joven recluta a su madre. Pero Jack Spencer se sorprendió al darse cuenta de que estaba sonriendo al ver bailar al padre y a la hija con los zapatos de charol de ella sobre los de él.

Detuvo la mirada en la pareja que formaban la madre y el hijo, una hermosa estampa. El pensamiento que le vino a la cabeza era poco cristiano, pero tan verdadero a su juicio que no quiso apartarlo de la mente. Jack Spencer pensaba, desde la distancia y con el codo en el volante, que la muerte del desgraciado de Daniels en las aguas del río había servido para algo. Dejándola libre, su viuda había conseguido al fin una vida digna y feliz. Aquella familia lo era, eso saltaba a la vista.

La noticia consternó a todo el estado. Quince años hacía que no se enterraba a un texano caído en guerra. Gadafi era historia y, a cambio, con las lluvias de abril, la operación militar El Dorado Canyon les devolvía de Libia a uno de los suyos en un ataúd de zinc.

Hombres y mujeres, niños y viejos salieron a las carreteras para escoltar y rendir el postrero honor al héroe del condado. Y, en silencio, a derecha e izquierda de la calzada, desde Houston hasta Liberty, contemplaron dolidos el paso del coche fúnebre que conducía a Chance Farrell al lugar de su eterno descanso. Dos cadenas de televisión, la estatal y una de cobertura nacional, cubrieron el triste evento.

Sour Lake quedaba lejos del recorrido de la comitiva fúnebre, pero

Jack Spencer quiso también testimoniar sus respetos al joven aviador. Se caló su gorra de veterano y condujo hasta el cruce de Dayton. Sus tres hijos sí se acercaron al cementerio, como hicieron los jóvenes de los pueblos vecinos. La mayoría había estudiado en el mismo instituto que Chance Farrell.

Jack Spencer hizo el saludo militar al paso del féretro y regresó a su casa con dolor en el corazón; pensaba en su hijo y en su suerte de tenerlo consigo. El suyo fue un viaje de vuelta triste y decepcionado. Winona había aducido una fuerte jaqueca y no había querido ir. Había momentos en la vida de un hombre en que debía estar acompañado. Su esposa estaba con él, pero no a su lado, cuando la necesitaba no la tenía. Cumplía en la cama, pero hacía años que no le apretaba la mano, y qué necia sonaba la palabra *cumplir* para referirse a algo que formaba parte de la naturaleza y de la vida y que, en especial los humanos, practicaban desde que el sol era sol y la tierra era tierra por puro gusto. Aceleró porque aún le quedaba camino por delante. Sólo esperaba que a ella le hubiera remitido la jaqueca.

Winona Spencer llevaba rato sentada ante el televisor. La soledad, algo tan raro en aquella casa, le agradaba. La lavadora había terminado. Sacó la ropa y la dejó en el balde de plástico. La curiosidad fue más fuerte que la obligación autoimpuesta de tender la colada al instante, como solía hacer. Conectó el televisor y se sentó en el sillón. La comitiva fúnebre rodeaba la iglesia y partía hacia el cementerio. En el pueblo no se hablaba de otra cosa, qué pena de muchacho. Podría haber sido su hijo, el de cualquier vecino. Pero les había tocado a ellos, a los Farrell. La idea de un escarmiento divino rondaba por su mente como una mosca maligna. Pero la imagen del féretro y los disparos de las salvas de honor la llevaron a imaginar su sufrimiento. El maestro tenía los ojos hinchados, aunque se notaba su fortaleza. Nunca le había sido simpática aquella mujer, pero verla tan pálida y

aquella serena aceptación en su rostro emocionaban más que verla rota en lágrimas. Le quedaban tres hijos que amar, pero la presencia de la muchacha y los pequeños gemelos no le haría olvidar que ya nunca más iba a poder abrazar y besar a su hijo mayor. Winona pensó en el suyo, su chicarrón; y en sus dos preciosas muchachas. Qué afortunada era, no quería imaginar el dolor de enterrar a un hijo. El destino había puesto un niño en brazos de los Farrell y, en plena juventud, se lo arrebató ahora sin la posibilidad de volver a abrazarlo ni de oír su voz. La muerte heroica era un tibio consuelo. Ellos vivirían a partir de entonces con la herida de su ausencia en el corazón. Siempre. Cada Navidad, cada alegría y cada pena, mañana y noche, hasta el fin de sus días.

Contempló a aquella Mary, la descocada, de luto riguroso y apretando contra el pecho la bandera plegada que hasta ese momento había cubierto el ataúd. Su esposo la abrazaba por detrás y apoyaba la barbilla en su hombro, su mejilla pegada a la de ella mientras la banda tocaba un himno militar. Juntos para siempre, en las alegrías y en las penas. Ella sería su fortaleza cuando a él le flaquearan las fuerzas; él, su consuelo cuando ella se sumiera en la maraña triste de los recuerdos.

Winona oyó el motor del Buick. Jack ya estaba de regreso, pensó sin apartar la mirada de la pantalla. Se secó el reguero húmedo de la mejilla con el dorso de la mano. Sólo ella sabía que en aquella lágrima había más envidia que compasión. Envidiaba el amor que unía a aquella pareja.

Simon llevó a Sam a conocer los lugares donde habían vivido su esposa y él. La paseó por Sour Lake y la antigua casa donde residieron de recién casados. La llevó a la escuela donde ejerció durante pocos meses.

Condujo él, porque Sam no sabía usar el cambio de marchas manual, y los dos únicos vehículos del rancho que eran automáticos, el coche de Lisa y una furgoneta nueva, no estaban disponibles esa mañana.

Regresaron a Liberty para que Sam se apercebiera de todos los detalles de los escenarios reales donde había transcurrido su vida y pudiera describirlos de modo que el lector no sólo los visualizara; Sam pretendía que se sintieran paseando por ellos a través de la narración. La llevó a la casa familiar de los Farrell en el pueblo y sus nuevos propietarios los invitaron, encantados, a pasar para que Sam la conociera por dentro. Pudo imaginarla de la mano de Simon, gracias a cuanto le fue contando en aquel regreso a su pasado. Finalizaron en la escuela donde había sido maestro durante cuatro décadas. Sam pensó en qué grato recuerdo dejó, porque lo recibieron con grandes muestras de afecto y respeto. Qué hermoso premio era a toda una vida de trabajo.

—Sólo te falta conocer un lugar, pero lo dejaremos para otro día. Hoy no tengo el ánimo para ir al cementerio.

Sam se cogió de su brazo, antes de regresar al coche.

—Me siento culpable por haberte removido tantos recuerdos.

—Ahí están, el pasado no es otra cosa que la colección mental de todos ellos. No había vuelto a Sour Lake desde entonces, hace cincuenta y cuatro

años. Me ha traído a la memoria cosas que me han puesto de mal humor y así no quiero ir al cementerio. Sólo voy a verlos si estoy contento.

Aunque al oírlo le chocó, Sam entendió al instante por qué hablaba en plural. El otro ser querido que tenía enterrado era Chance.

—Qué injusto es morir tan joven —comentó.

—Nuestro hijo fue un gran muchacho —recordó con una sonrisa que alivió a Sam—. En su tumba nunca faltan flores, cada primero de mes.

—A mí nunca me ha gustado ir al cementerio. Me entristece —reveló ella—. Imagino que para ti y para Lisa es un consuelo.

—Esas flores no son de la familia —aclaró—. No lo vas a creer pero, en todos estos años, aún no he logrado averiguar quién se las lleva.

Sam no pensaba en las flores, ese tipo de visitas fúnebres desde niña le provocaban rechazo. Meditaba sobre el desgarró que quedaba en el alma al perder a un hijo, el dolor irracional ante una realidad para la que el ser humano no nace preparado. De tener que vivir aceptando una pérdida opuesta a las leyes de la naturaleza.

Durante todo el día estuvo pensando en el suyo. Fue un aborto, que ella siempre sintió como un hijo perdido. Lo tuvo en su vientre durante pocas semanas y, todo ese tiempo, a ratos se olvidaba de la zozobra y de los nervios que le provocaba su complicada y secreta situación. Acariciaba sobre su propia piel al niño que crecía dentro de ella y lo llamaba por su nombre: Alexander. Así se llamaba el hijo que no pudo tener.

Esa noche, cuando todos dormían, se coló en el dormitorio de Jasper de puntillas y se acurrucó a su lado. Él la abrazó sin hacer preguntas, le bastaba con intuir una pena tras su silencio y confortarla entre sus brazos como necesitaba.

La colmó de caricias, e hicieron el amor. Sam no le confesó ese hecho compartido que él desconocía. Esa noche no, no en ese momento, mientras se entregaba a ella con súbita pasión. Sam lo abrazaba con fuerza, hasta hacerle daño, mientras él se adentraba en ella con empujes intensos, como si ansiara

fundir su cuerpo con el de él como uno solo. Sam no quería más que amar y sentirse amada. Había un lazo invisible que los unía para siempre. El enamoramiento del pasado había dejado un ascua en su corazón que, ocho años después, ardía viva y brillante. Sam sabía que él la quería. Y ella amaba a Jasper. Tanto y más.

Nunca era tarde para aprender, y Sam se dijo que aquél era el momento de remediar su ignorancia en asuntos automovilísticos. No había olvidado lo inútil que se había sentido hacía días, de acompañante de un abuelete de ochenta años que conducía con una soltura que la abochornaba.

Simon se ofreció a enseñarle a utilizar el cambio de marchas. Pero ella se negó, temía cometer una pifia y estamparse con el pobre hombre contra el primer árbol que se encontrara a tiro. Tampoco quería robar tiempo a cualquiera de los vaqueros del rancho, que bastante tenían con su trabajo. Pedírselo a Lisa no era una opción. Y a Jasper, ni loca. Conociendo el carácter de ambos, sospechaba que no debían de ser maestros dulces y pacientes con una conductora novata.

Pidió prestada la camioneta automática, se acercó a la autoescuela del pueblo y, cuando estaba ante la puerta, aceleró y condujo hasta Dayton. En el pueblo de al lado no la conocía nadie y no tendría que dar explicaciones ni aguantar chascarrillos sobre los coches automáticos y las señoritas de ciudad.

El mismo propietario se ofreció a darle las clases prácticas en persona. Con unas pocas, lo tendría dominado. No le dio buena impresión con su cara de ir a comérsela ni su exceso de cumplidos, pero lo primordial para ella era aprender y pronto.

Y pronto se cansó de los piropos de aquel baboso. El primer día que salieron a practicar, Sam condujo incómoda, y no por los continuos trompicones al cambiar de marcha. Constató que su profesor tenía las manos

muy largas y aprovechaba cualquier ocasión para rozarle los dedos o la rodilla. Durante la segunda clase no fue mejor, porque de tan nerviosa como la ponía, no lograba concentrarse y de milagro no se cargó la caja de cambios del coche de la autoescuela.

El día de la tercera lección, detuvo en punto muerto, le estampó un bofetón y volvió a Dayton haciendo autostop.

—Repítemelo, porque me parece tan asqueroso e increíble que necesito oírlo dos veces para asegurarme de que te he entendido bien.

Sam tenía que desahogarse y le confesó a Lisa el desagradable incidente. No había dicho nada a nadie. A Jasper en particular prefería suavizárselo, temerosa de su reacción, si es que se decidía en algún momento a confesárselo.

—Te prometo que fue así. No llegué a verlo, pero me cogió la mano para guiarme al cambiar las marchas y noté un tacto carnoso y tibio. Cuando paré el motor, se subía la bragueta.

—Qué tío más asqueroso. Seguro que no eres la primera. ¿Es de Dayton, dices?

—Sí.

Lisa sacudió la cabeza con aire maternal.

—Si nos hubieras hecho caso... —la amonestó—. A mí no me cuesta nada enseñarte. Y en el pueblo hay dos autoescuelas.

—Ya lo sé, me pareció buena idea ir a aquella. No tengo nada en contra de los profesores de esas escuelas.

—¿Cómo no llamaste a la policía? Estas cosas no podemos callárnoslas, las mujeres tenemos la obligación de denunciar.

—Es su palabra contra la mía.

—¿Y qué?

Sam escondió el rostro en las palmas de las manos antes de volver a mirar a Lisa a la cara.

—Es que no te lo imaginas. Me quedé bloqueada. No esperaba que me sucediera algo así. Siempre he sido valiente, pero en ese momento me quedé catatónica, sin capacidad de reacción. Le di una bofetada y salí corriendo.

Lisa se puso de pie con las manos en las caderas.

—Ahora mismo te acompaño. Tienen que despedirlo antes de que acose a otra alumna, la mayoría son chiquillas de dieciséis años. ¡Prefiero no pensarlo porque me enciendo!

—No lo van a despedir. Resulta que es el dueño.

Lisa afiló la mirada con aire calculador.

—Que sea el dueño no significa que vaya a marcharse de rositas.

Aunque Dayton era el pueblo de al lado, Lisa no conocía al dueño en cuestión. Una suerte, porque él tampoco la conocía a ella.

Se presentó en la autoescuela mascando un chicle, vestida con un pantalón muy corto, una blusa con dos botones desabrochados para enseñar canalillo, un maquillaje exagerado más propio de la noche que del día y unos zapatos con unos tacones altos como zancos. Pidió hablar con el dueño.

—Me han hablado muy bien de usted, señor Robinson —mintió, con una caída de pestañas.

—Sid, monada.

Ella soltó una risita floja.

—Eres un encanto, Sid. Pues eso, que quiero aprender a conducir con marchas. En Houston nunca aprendí y, ahora que me he mudado, he pensado que no soy vieja para aprender.

—Estás espectacular, a tus cuarenta y ¿dos?

Lisa no se cayó de la silla de milagro. Cómo mentía aquel bellaco, como si ella no fuera consciente de que aparentaba la edad que tenía.

—Podríamos empezar hoy. Me urge, ¿sabes? —rogó, alargando mucho la ese.

—¡No faltaba más! Ahora mismo si quieres. Soy todo tuyo —dijo imitando la voz de Bruce Willis. Lisa le rio la gracia—. Sígueme, voy a enseñarte en el mejor de mis coches.

Lisa, que llevaba conduciendo a la antigua usanza desde que Ronald Reagan vivía en la Casa Blanca, tuvo que esforzarse para disimular y que la mano no se le fuera sola a la palanca.

—Punto muerto —le mostró él.

Mantén su mano sujeta sobre la de Lisa, asida a la bola de la palanca. Una detrás de otra, le pidió que pisara el pedal del embrague y le enseñó los distintos movimientos para cambiar las cinco marchas.

—Otra vez, por favor —lo animó ella.

Y repitieron la ceremonia. La mano de aquel tipo era ya una garra con pulgar acariciador.

—¿Vamos? —Lisa metió primera y arrancó—. Qué bien lo haces. Acelera y cambia a segunda.

—¿Así?

—Eres una alumna muy aplicada.

Ella le sonrió un segundo y volvió la cabeza.

—Ay, no me digas eso, Sid. Qué emocionante. Se me han puesto los pezones duros con tanta adrenalina.

Pisó un poco más el acelerador y el motor comenzó a chillar.

—Cambia a tercera, no castigues el motor.

—No sé si sabré, una mano en el volante —jadeó nerviosa—. No voy a encontrar la palanca a tientas y no puedo mirar.

—Calma, al principio sé que cuesta. Yo te ayudo.

Le cogió la mano derecha para guiarla y Lisa se preparó con un respiro sonoro. Sintió en la palma el tacto de su miembro caliente y lo agarró con todas sus fuerzas.

—¡Ay, sí, ya noto la palanca! Primera —enumeró con un tirón que hizo gritar a aquel marrano.

Segunda, tercera, cuarta y quinta. Todas las marchas cambió agarrada al manubrio. Con tanto brío tiró de un lado a otro que debió de dislocarle el pene.

Sam acudió a su llamada y, juntas, fueron a poner las correspondientes denuncias a la comisaría de Dayton. El abuelo Simon no supo callarse como Sam le había pedido. Le chivó a Jasper dónde estaban las mujeres de la casa cuando preguntó por ellas. Al menos, como lo conocía, se abstuvo de contarle el motivo. Jasper llamó a su madre y se presentó allí antes de que les llegara el turno.

Fueron ellas las que le explicaron lo sucedido, primero a Sam y después a Lisa. El acoso sexual no era divertido, aunque su madre le contara con humor su vengadora tortura genital. Jasper las escuchó a las dos con cara de póquer, sin interrumpirlas.

—Salgo un momento a fumarme un cigarro.

Su madre lo regañó con cara de disgusto.

—Sabes que no te conviene —dijo Sam.

—No empieces tú también.

Tardó en volver a la comisaría el tiempo suficiente para fumarse cuatro. Y lo hizo con el puño dolorido.

—¿Qué has hecho?

—Entretenerme. Ahora, ese cabrón, además del dolor entre las piernas, tiene un labio partido y un ojo de cada color.

—¡Jasper! Te denunciará.

—Que me denuncie. Con las dos vuestras, serán tres. Perderemos el tiempo en los juzgados —dijo, moviendo los dedos y señalando a los policías del

otro lado del mostrador—. Mamá, ¿esta gente tendrá por ahí una bolsa de hielo?

Liberty, Texas, noviembre de 1987

Fue un momento de despiste. Simon cruzó la calle rumiando sobre la noticia que acababa de escuchar en la radio. Miró hacia el cielo, no le parecía que fuera para alarmarse tanto lo de ese agujero que decían haber descubierto los científicos en la capa de ozono, con lo alto que debía de estar eso. Desde la antigüedad, el sol se consideraba fuente de vida. Cómo le gustaba a la prensa vaticinar el Apocalipsis.

Lo sobresaltó el claxon del camión de mensajería que estuvo a punto de arrollarlo. Pero no vio el Ford que se lo llevó por delante. A pesar del frenazo que dejó una marca en el asfalto, el impacto lo lanzó por los aires a varios metros. Oyó griterío a su alrededor, se vio a sí mismo como en una película. La cámara sobrevolaba su cuerpo tendido en medio de la calle, los coches habían parado y a lo lejos se oía la sirena de una ambulancia.

De pronto, todo se hizo negro. Caminaba a tientas por un largo pasillo hacia un punto de luz más pequeño que la llama de una cerilla. Conforme avanzaba por aquel camino oscuro, el foco luminoso fue creciendo. La negrura del pasillo era calma; la luz, la tranquilidad de quien sabe que llega al punto de partida. Apretó el paso, se sentía ligero y en forma, como en los viejos tiempos de la universidad. A contraluz, distinguió una figura, pero no le veía la cara. Caminó más rápido al ver que le tendía la mano.

Le temblaron las rodillas al reconocer a su hijo Chance, que,

sonriente, abría los brazos. Padre e hijo se fundieron en un solo ser. Simon lloró, sin querer soltarlo, como lloran los hombres con buen corazón. Hacía tanto tiempo y lo echaba tanto de menos que aquel encuentro era un regalo de Dios.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, ya me ves —afirmó con su eterna sonrisa—. Y ahora, debes volver.

—¿Adónde?

—A casa, con mamá. Le prometiste que siempre cuidarías de ella. ¿Vas a faltar a tu palabra?

—No, claro que no. Pero decirte adiós por segunda vez...

Se abrazaron de nuevo y Chance, en los brazos de su padre, comenzó a diluirse como algo etéreo.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Simon; ni en el umbral de la vida eterna lo abandonaba el afán de aprender—. No te teníamos cuando le hice a tu madre esa promesa.

El joven sonrió de medio lado.

—Aquí lo sabemos todo. Vuelve, que mamá te espera. Aún no ha llegado tu momento.

Cuando Simon volvió a abrir los ojos, vio el techo blanco de un hospital y el rostro preocupado de un médico que, con ambas manos sobre su pecho, le realizaba un masaje cardíaco. Se sentía tan agotado que el pitido intermitente y constante de una máquina a su derecha fue la nana que lo sumió en un largo sueño.

Las primeras horas eran cruciales. Así se lo advirtieron los médicos. Mary no se separó ni un instante de la cabecera de la cama, por mucho que Lisa le repitiera que, si no descansaba, cuando papá

despertara no se hallaría con fuerzas. Ella aguantaba en silencio las cariñosas protestas de su hija y a la vez se preguntaba qué iba a ser de ellos. Lisa era casi una mujer, pero los niños ¡eran aún tan pequeños...! Los tres los necesitaban aún, a su padre y a su madre. Y ella a su marido. «Mi amor, ¿por qué cruzaste la calle sin mirar? Ya ves lo que pasa por no hacerme caso.» Mary pensó en sus pequeños, su vecina se había ofrecido a cuidar de ellos mientras fuera preciso, pero la preocupaba que no dejaran de preguntar dónde estaba mamá y, sobre todo, dónde estaba papá. No sabía cómo enfrentarse a sus caritas curiosas a la espera de una respuesta. ¿Cómo iba a explicarles que papá nunca...?

Lisa se había sentado en la cama y arreglaba la almohada a su padre, le acariciaba la cabeza vendada y le hablaba en voz baja. Simon debió de oírla esa vez, porque entreabrió los ojos.

—¡Ay, Dios mío! Papá, ¿me oyes?

Mary se abalanzó sobre su marido como un resorte y le acarició la mejilla estudiando sus ojos somnolientos.

—Simon, mírame. ¿Me ves? Soy yo.

Él giró la cara, respiró hondo y dio un aullido que lo dejó sin fuerzas. Mary le acarició el rostro pálido de dolor.

—Respira despacio, tienes varias costillas rotas.

—Qué cansancio —murmuró, y miró a los ojos a su mujer—. Cariño, estoy hecho una mierda.

Mary apoyó la frente en su hombro y lloró de alivio. Simon no sabía qué hacer para detener su llanto; alzó la mano y le acarició el rostro con los dedos. Ella se la cogió y se la llevó a los labios. Nada parecía poder calmarla.

Lisa se inclinó sobre su padre y lo abrazó con cuidado. Le besó la venda que le cubría la frente y apoyó la mejilla en ella.

—Ay, papá, qué susto nos has dado —gimió aliviada.

Simon volvió a cerrar los ojos y dejó que se desahogaran. Era una manera de sentir su amor. Y él las quería más que a nada.

Durante las semanas que permaneció hospitalizado, Mary cuidó de Simon con una entrega absoluta. Lavaba su cuerpo impedido con una esponja, lo peinaba, e incluso aprendió a afeitarlo. Cuando le retiraron los vendajes del pecho y lo mandaron a casa, lo alimentó como a un niño pequeño hasta que remitió la hinchazón de su mano derecha.

Fue una larga y aburrida convalecencia. Sin más entretenimiento que mirar las cuatro paredes de la habitación y jugar a las cartas con los chiquillos hasta que la vitalidad de éstos removiéndose sobre la cama lo obligaba a dar algún aullido de dolor. La radio, que siempre lo había entretenido, ahora lo aburría. Cada libro que empezaba acababa abandonándolo en las primeras páginas. Lisa le leía el periódico cuando volvía de clase. Para hacerle las horas en cama más llevaderas, le prestó su *walkman* y algunas cintas de casete. Simon acabó harto de escuchar rock que sonaba a rebuznos de mula, cuando no eran canciones tan almibaradas que deberían prohibirlas a los diabéticos.

A finales de mayo, los médicos le permitieron abandonar la cama y, aunque continuaba con la pierna escayolada hasta la ingle, ya era capaz de moverse por la casa con ayuda de unas muletas.

Fue un día de tantos, nunca recordó qué había podido tener aquella mañana de especial para decidirse a contárselo. Después de desayunar, Simon se acomodó en uno de los sillones de mimbre del porche. Cuando Mary regresó de dejar a los niños en el colegio, le rogó que se olvidara por un momento de las tareas y le hiciera compañía.

—Necesito confesarte algo que no puedo contarle a nadie.

—No me gusta que me asustes, Simon. Sea lo que sea —protestó sería—, dímelo de una vez. ¿Te han dicho los médicos algo que yo no sepa?

—No, cariño, no se trata de eso.

Mary frunció el ceño ante su gesto dudoso y él lo notó. No pretendía alterarla, pero tampoco sabía por dónde empezar.

—Vas a pensar que he perdido el juicio.

—No lo sabremos hasta que me lo cuentes.

Simon le cogió la mano.

—Sólo te pido que me escuches. Pienses lo que pienses, no me interrumpas —rogó antes de empezar con su relato—. El día del accidente...

—¿Es preciso acordarnos de ese día?

—Mary, ¿qué me has prometido? —la regañó con cariño. Ella apretó los labios—. Aquel día, durante las horas que permanecí inconsciente, vi a Chance. Estuve con nuestro hijo, te lo juro, Mary. Fue un momento nada más, pero ¡qué valioso minuto! —recordó emocionado—. Atravesé un túnel negro y él me esperaba al final, pero no me dejó cruzar al lado de la luz. Fue Chance quien me hizo desandar el camino y volver con vosotros, para que siguiera cuidando de ti.

Se miró la pierna enyesada; bonita paradoja, pensó, cuando era ella la que no dejaba de cuidarlo.

—Es feliz, Mary. Lo sé. Lo vi y lo sentí —añadió con un hilo de voz. Respiró hondo y se enfrentó a la mirada de su mujer—. ¿Comprendes ahora por qué no puedo hablar de ello? Sé que suena a cosa de locos. Abracé a nuestro hijo, y no fue un sueño.

Mary le apretó la mano y tragó saliva.

—¿Le dijiste cuánto lo quiero?

Simon se emocionó, tuvo que apretar los párpados al ver cuánto

creía en él. No había puesto en duda ni una sola de sus palabras. Cuando por fin reunió fuerza para responderle sin que le temblara la voz, le respondió rememorando las palabras de Chance.

—No hizo falta, Mary. Él lo sabe. Allí arriba lo saben todo.

La casa de los Blanchard era un puro revuelo. La boda del único hijo soltero de Simon los tenía alterados con las prisas habituales que provocan tales acontecimientos familiares. Lisa ya tenía la ropa elegante preparada en los portatrajes, para evitar arrugas, la plancha de viaje en la maleta para repasarla a última hora, el obsequio para la pareja empaquetado con un lazo, consistente en los billetes y una semana de hotel para su luna de miel en Acapulco, y todos los imprevistos de última hora en la cabeza.

Se casaba uno de sus hermanos gemelos, una especie de hijos para ella, porque sólo eran seis años mayores que el suyo. Para colmo de su zozobra, el otro gemelo de la pareja acababa de llegar con su mujer y la hijita de ambos. Ellos llevaban una única maleta, pero el desembarco del maletero de bártulos infantiles fue un sacar y sacar y nunca acabar.

Todos se hallaban en el vestíbulo, recibiendo a los tres recién llegados. Hacía tanto que no los veían que el regocijo hacía que dieran saltos. Y la pequeña Carlie era la reina de la fiesta, yendo de brazo en brazo. Los niños crecen a velocidad de tornado, y estaba mayorcísima en comparación con la última vez.

Louis Farrell estaba casado con Mandy, una chica adorable. Habían traído al mundo a Carlie, una muñeca de carne y hueso que ya había cumplido siete meses. A Simon se le caía la baba con su nieta menor. A todos en realidad; hacía treinta años desde la última vez que había habido un bebé en el rancho.

Lisa se sentía dichosa, ya que, residiendo en ciudades distintas, salvo en Navidad, rara vez se reunían los tres hermanos con su padre.

Sam también lo estaba, hacía mucho que no coincidía con su antiguo

profesor de la universidad. Mandy le cayó bien desde el principio, hacían muy buena pareja y se alegró por Louis, puesto que le tenía en gran estima.

—Si ya estamos todos, ¿cuándo nos marchamos? —preguntó Simon.

—De aquí a Austin hay un paseo, papá —comentó su hijo—. Iremos en mi coche los cuatro, es absurdo ir en dos. Descansamos esta noche, lo dejamos todo arreglado aquí y mañana temprano cogemos carretera; ¿te parece, Lisa?

—Por mí, perfecto —aceptó, y se dirigió a Jasper—: ¿Por qué no vienes con nosotros? Y tú podrías unirte también, Sam. Lo vamos a pasar estupendamente.

—No, no, eres muy amable. Yo me quedo.

—A mi hermano no le importará que seamos uno más, y cabes en el coche. Aunque, si Jasper se anima, vamos en dos sin problemas.

—Mamá, ya lo hemos hablado. Y también hablé con Cameron y no se molesta porque no asista a su boda. Comprende que en estas fechas tengo que estar aquí, las vacas están a punto de parir.

Lisa era consciente de eso, ya había sido mala pata para ellos que su hermano decidiera casarse en la temporada de partos.

—Sólo serán cuatro noches en Austin, Jasper —insistió—. Para eso está el capataz, no va a pasar nada porque te ausentes tres días.

Sabía que no iba a lograr convencerlo, los partos en un rancho con tres mil cabezas de ganado eran pura voráGINE a todas horas, de día y de noche.

—No, mamá. Ya sabes cómo me gusta hacer las cosas. Si te quedas más tranquila, cuando Cameron y Katrina vuelvan del viaje de novios, lo volvemos a celebrar en el rancho. Montamos una fiesta de las tuyas, invitamos a todo el pueblo, encargamos dos tartas de colores de siete pisos, contratamos una orquesta y, si quieres, asamos una vaca en un espetón.

—A lo grande —rechifló Louis, dirigiéndose a su mujer—. Que no se case un texano sin que se entere medio condado. Ya te acostumbrarás, Mandy.

Y le explicó un detalle que ella no comprendió. En las bodas de Texas se cortaban dos tartas, la del novio y la de la novia.

Simon se frotó la barbilla caviloso.

—Louis, ¿cabremos bien en tu coche con la sillita de bebé? Yo creo que sería mejor ir en la ranchera nueva de Jasper, es más ancha.

El padre de la criatura miró a su sobrino con una súplica en los ojos que lo escamó.

—Carlie se queda en el rancho, papá —informó, y miró de nuevo a Jasper—. Habíamos pensado dejártela. Por un fin de semana, ¿no te importa hacerte cargo de tu prima?

—No da trabajo, es muy buena —agregó Mandy, viéndole la cara.

—Además, está Ronda, ella te echará una mano —la apoyó Lisa.

Ya no contaban con cocinera en el rancho, pero la asistenta seguía acudiendo cuatro días a la semana para ayudar con la limpieza de aquella casa enorme.

Jasper sacudió las manos para frenarlos a todos.

—Vamos a ver —se enrocó—, Carlie no es la típica prima a la que se entretiene llevándola al bar, con dos cervezas, cuatro bailes y una partida de billar. ¡Tiene siete meses! A ver qué hago yo con ella.

—Criar a un niño es pan comido —insistió Louis—. Ahí tienes la cuna plegable, que, si le quitas el colchón, hace las veces de corralito para que no gatee por todas partes. Hemos traído también el cochecito de paseo, tres chupetes por si lo pierde, sus juguetes, ropa de sobra para no tener que lavar, su tumbona, el carrusel musical para que no te dé la lata, los biberones, la leche maternizada y las papillas. No le gustan con zumo de naranja. Mandy te lo dejará todo apuntado y enseguida te harás a sus horarios.

—Me están entrando sudores fríos —gruñó, tocándose la frente.

—Venga, tío, te ocupas de quinientos toros pariendo a la vez ¿y te acojona cuidar de un bebé? —cuestionó Louis.

—Los toros no paren, amor, son las vacas —matizó su esposa.

—No me digas —le vaciló—. Es una manera de hablar. —De nuevo, se dirigió a Jasper—: Además, si la llevamos con nosotros, ¿cómo vamos a

disfrutar de la boda? Desde que tenemos a Carlie no hemos pasado ni un día los dos solos.

—No te quejes. Tu madre y yo tampoco lo estuvimos hasta que vosotros dos os marchasteis a la universidad y yo estaba a punto de jubilarme.

—No exageres, papá.

—Yo te ayudaré con la niña, Jasper —propuso Sam—. Estarás muy ocupado, yo cuidaré de ella.

—Tú también tienes trabajo, Sam.

—Nos apañaremos, ya lo verás —aseguró, cogiendo a Carlie de los brazos de su abuela.

—¿Sigues sin animarte a venir con nosotros a Austin? —insistió Lisa.

—Te lo agradezco, pero no —decidió—. Yo me quedo para cuidar y mimar a esta muñequita linda.

Sam estaba nerviosa esa noche, por eso decidió dar un paseo bajo las estrellas. No estaba segura de poder conciliar el sueño, ante la perspectiva de los cinco días venideros. Solos, ella y Jasper, con la pequeña Carlie. Temía que la presencia del bebé avivara las cenizas de un recuerdo que llevaba años intentando apagar cada vez que, de tarde en tarde y sin avisar, la quemaba por dentro.

—¿Sam?

Giró la cabeza hacia la casa y vio a Jasper en el porche, tratando de distinguirla en la oscuridad.

—Aquí —le indicó agitando la mano.

No le importaba tener compañía. Incluso le agradaba, conversar con él la distraería de sus tristes pensamientos.

Justo en ese instante la sobresaltó un ruido metálico. Antes de rodear la cochera, miró de nuevo hacia la casa. Jasper la seguía a distancia y no le

costaría alcanzarla. Los ruidos continuaban, parecía que alguien estuviera tratando de poner en marcha alguno de los vehículos del rancho. Se alegró de tenerlo cerca, los empleados se habían marchado hacía horas.

No le hizo falta usar la imaginación para comprender por qué se sacudía con tanto brío la camioneta azul. El concierto de amortiguadores fue sustituido por un grito femenino y una risa masculina. Sam supo que era hora de dar media vuelta, aunque acababan de descubrirla.

—Perdón, lo siento —farfulló.

—No te apures, encanto. Son cosas que pasan —la disculpó Lisa, muy ocupada buscando algo con que cubrirse—. Te presento a Robert. Lo conocí en..., ya sabes.

—Un placer —dijo él.

Y miró a Lisa, con una sonrisa satisfecha. Ambos se echaron a reír como dos adolescentes.

Sí, ya sabía Sam dónde había conocido Lisa a aquel sonriente cuerpazo. En aquello de los huevos Kinder, que diría Simon. Que, por cierto, tenían el mismo color que el pedazo de hombre que se abrochaba la bragueta en ese momento ante sus ojos y que tan buen rato había regalado a su compañera de asiento.

—No estará mi hijo contigo, ¿verdad?

Sam ojeó por encima del hombro. Debía de ser el radar interior de madre que lo adivinaba sin verlo. Jasper se acercaba a zancada limpia.

—Pues sí.

—Ay, Dios, con lo mucho que odio dar explicaciones —murmuró.

Aún no había acabado de abrocharse el sujetador cuando lo tuvo delante. Sam trató de cogerlo por el brazo, pero Jasper metió la cabeza por la ventanilla y asaetó con ojos peligrosos al dios color café que le sonrió encogiéndose de hombros. Acto seguido, miró a su madre, que no se achantó ante su ceño fruncido; ya se le había pasado la edad de aguantar reprimendas.

—¿Y éste quién es?

—Robert Duval —dijo el morenazo, tendiéndole la mano.

Jasper no se la estrechó, le daba repelús pensar qué habría estado tocando momentos antes. Su madre abrió la boca para officiar las presentaciones, pero él no la dejó seguir.

—Déjalo, ya me hago una idea —zanjó—. Se supone que mañana salís de viaje, deberías estar durmiendo. ¿Se puede saber qué haces aquí y a estas horas?

Lisa disimuló una sonrisa traviesa. Jasper no era tonto. La pregunta era retórica, pero tenía su gracia.

—Virguerías, hijo —suspiró satisfecha—. Virguerías.

En un arranque de decoro, Jasper y Sam salieron al patio. Ella se cogió de su brazo y lo invitó a caminar de vuelta hacia la casa, para que se le enfriara la sangre y no acabara a puñetazos con el guaperas que acababa de zumbarse su querida madre.

—No le des más vueltas, Jasper —aconsejó, en vista de su mutismo.

—Es que le da todo igual. Con mis tíos, el abuelo y un bebé en casa. Hay otros sitios para hacerlo, joder.

Sam procuró aguantarse la risa con muy poca fortuna.

—Las camionetas son uno de ellos, acuérdate.

—Muy graciosa —dijo riéndose por fin.

Sí, lo eran. Ellos dos lo sabían muy bien. Jasper le enmarcó el rostro entre las manos, cuántos recuerdos compartidos. Sam lamentó que volviera a ponerse serio.

—¿Has estado llorando? —inquirió.

Ella le quitó importancia con una mueca vergonzosa; debía de tener los ojos verdaderamente enrojecidos para que se diera cuenta con tan poca luz.

—Cosas más. He estado releendo lo que escribí el otro día y... ya ves.

Cada cual se entretiene como puede —comentó en alusión a los dos que alargaban la despedida en el garaje.

Jasper inclinó la cabeza y le dio un leve beso en los labios. Sonrió, mirándola con curiosidad.

—Esas lágrimas son buenas.

—Hacía años que no lloraba tanto. Aunque sólo es un boceto.

—Es tu boceto —matizó él—. Y has puesto en él tus sentimientos. Si te emociona lo que has escrito, emocionará también a otros cuando lo lean.

Sam se abrazó a él sin saber qué decir. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que Jasper la comprendía tan bien?

Sam miró el reloj, a esas horas ya debían de andar a mitad de camino. Se había levantado temprano para desayunar con la familia y aprovechó para aprender a preparar los biberones. Carlie se acostumbró enseguida a sus brazos. Viéndola tan a gusto con Sam, sus papás se marcharon a Austin más tranquilos. Era la primera vez que se separaban de su hijita y, aunque deseaban estar solos, los remordía una inevitable zozobra incluso sabiendo lo bien atendida que iba a estar en el rancho Blanchard.

El bebé dormía y ella fregaba el biberón. Jasper había pasado la noche en vela en los establos y se metió en la cama cuando su tío Louis arrancaba el motor. Durmió cuatro horas escasas, porque tenía que volver al trabajo. Sam oyó sus pasos en el piso superior. Y, acto seguido, los lloros de Carlie para que la sacaran de la cuna. Se secó las manos antes de subir a por ella. Qué poco duraba la siesta mañanera. El tiempo libre se le había ido volando.

Jasper ya bajaba, recién duchado, con ella en brazos. Los esperó al pie de la escalera y se besaron hasta que la pequeña manoteó sobre sus mejillas.

—¿Tienes hambre?

—Ahora mismo no, he dormido tan poco que tengo el estómago cerrado.

Más tarde comeré algo.

—Toma un café al menos.

Sam regresó a la cocina y le sirvió una taza. Sin soltar a la niña, la cogió y salió al porche a tomársela. Entretanto, ella aprovechó para meter el biberón en el esterilizador. Oyó un motor; tan cerca de la casa no podía ser uno de los vehículos del rancho. Se aupó con las manos sobre el fregadero para otear a través de la ventana quién llegaba de visita. Hizo una mueca de fastidio al ver bajar a Sally Villard del coche y acercarse al porche con una sonrisa radiante. No había que ser muy lista para entender que el destinatario de esa sonrisa era Jasper. Era una suerte que la ventana estuviera abierta, pensó su yo cotilla. Bastaba con la mosquitera y por eso no solían cerrarla durante el día. Eso le permitía escuchar la conversación sin ser vista. Aguzó el oído para no perder detalle y enterarse de qué demonios hacía Sally allí. Ladeando un poco el cuerpo, podía ver a Jasper, de pie con Carlie en brazos. Se había levantado del sillón para recibirla. Sally no subía los escalones del porche, se hacía la remolona para que él la invitara a hacerlo. Sam sonrió con maldad al ver que Jasper no lo hizo.

—¿Qué te trae por aquí, Sally?

—Me han dicho que te has convertido en canguro a la fuerza.

—Qué pronto corren las noticias.

—Qué monería de sobrina tienes.

—Es mi prima, aunque suene raro —aclaró.

—Ah, sí. Es verdad.

—¿En qué puedo ayudarte?

Sally volvió a sonreír y sacudió la cabeza como si Jasper fuera corto de entendederas.

—Soy yo quien viene a ayudarte. ¿Cómo vas a trabajar y a ocuparte de un bebé al mismo tiempo? No tienes ni idea. Vendré todos los días a echarte una mano, ya que te han dejado solo ante el peligro.

Sam salió de la cocina como una exhalación y se plantó en el porche con

los brazos en las caderas.

—Buenos días, Sally —la saludó con engañosa dulzura—. Jasper no está solo.

Se cogió a su cintura y él le pasó el brazo libre por encima de los hombros.

—Gracias, pero Sam y yo nos arreglamos bien.

La sonrisa de Sally se había convertido en la de un maniquí. Hizo un quiebro simpático con la cabeza para disimular su planchazo.

—Ya veo que no hago falta. Me quedo más tranquila.

—Adiós, y gracias por estar en todo —agradeció Sam como una perfecta actriz mientras la otra volvía hacia su coche—. Que te follen —murmuró a continuación entre dientes.

Sally se marchó tal como había llegado y Jasper levantó la barbilla de Sam.

—¿Has dicho lo que creo que acabo de oír?

—Eso mismo —afirmó satisfecha, y pellizcó el moflete de Carlie—. Y tú, cuando seas mayor, no digas palabras feas.

Quien dijera lo contrario mentía: cuidar de un bebé agotaba. O, al menos, a una novata como Sam, que al final del día, cuando la pequeña ya dormía en su cuna, se dejaba caer en el sofá, derrengada como un corredor de maratón.

Jasper se encargaba esa noche de dormir a Carlie. Y Sam, desparrada como una rana boca arriba, cambiaba de canal en canal tratando de no hacer ruido. Despertar a Carlie en el primer duermevela era horroroso, porque se ponía potrosa y costaba una eternidad volver a dormirla.

Los anuncios se los sabía de memoria, daba igual la cadena, la publicidad era siempre la misma. Cambió de canal al azar y se incorporó en el sofá de golpe, sin dar crédito a lo que veía. La cubierta de la novela de Billy Bogarde ocupaba toda la pantalla. Contó los segundos, mientras la voz del locutor explicaba el argumento; la cubierta se mantenía fija para que quedara bien

grabada en la retina de los espectadores. Ese tiempo televisivo costaba una fortuna.

Aquél no era un programa cultural de los que se emitían a horas intempestivas. Era el programa de entretenimiento de una de las más importantes cadenas nacionales, y en horario de máxima audiencia. Y no era la cadena donde se emitía el programa de Bogarde. Cuando la competencia celebraba ante miles de televidentes el éxito del libro, significaba que de verdad se vendía como rosquillas o poco tardaría en ser realidad, animando las ventas a base de darle publicidad televisiva.

A Sam se la llevaban los demonios, escuchando a Billy en la entrevista que le hacían en directo, allí repantigado, con una pierna sobre la otra, presumiendo de los años, los sudores y los desvelos que le había costado escribir aquella novela. A Sam, que sí sabía las horas robadas al sueño que le había supuesto idearla, reestructurarla varias veces, documentarse y teclear noche tras noche hasta verla terminada, no le dolía que Billy Bogarde se hiciera rico, si es que eso llegaba a ocurrir. La reconcomía no recibir los halagos con los que el presentador del *show* estaba regalando los oídos de su colega convertido en escritor para sorpresa de todos.

—No se lo dije ni a mi novia —confesó Billy con modestia—. Pero ahí está, y estoy satisfecho; es increíble la cantidad de emails que recibo a diario de lectores fascinados con la novela.

—Te felicito. Y no me extraña, yo que la he leído puedo asegurar...

Sam apagó el televisor. Mientras cerraba los ojos y respiraba hondo para recobrar la calma, oyó risitas y una voz grave en el piso de arriba.

Subió a ver por qué Carlie estaba despierta todavía. Se plantó en la puerta del cuarto de Jasper. Estaba tumbado en la cama en calzoncillos y tenía a la niña sentada sobre su estómago.

—Jugando al caballito —refunfuñó—. Creía que estabas agotado y no querías más que echarte y dormir.

—Eso he hecho, como no se dormía, la he traído a mi cama y por lo

menos... —dio un salto y Carlie rio como loca— tumbado estoy.

Para respetar el errático turno de sueño de Jasper, mientras no terminaran los partos, habían optado por montar la cuna de viaje en el dormitorio de Sam.

—Acabo de ver mi libro en la tele —masculló de mal humor—. El presentador que se supone que lo ha escrito estaba regodeándose de su éxito. Y yo aquí, callada, con el ánimo hecho una basura.

—Sam, déjalo correr. Ya no tiene remedio. ¡Ouj! —gruñó—. No me arranques el pelo, chica mala.

Carlie le había cogido gusto a tironearle del pelo del pecho. Cerraba la manita sobre el vello y tiraba; hacer chillar a Jasper era un juego nuevo y muy divertido.

—¿Que me olvide? —replicó furiosa—. Pues no puedo, no nací con la sangre tan fría.

—¿Y vas a amargarte cada vez que aparezca en la portada de un periódico?

—¿En la prensa también?

—Quieta, pequeña —pidió, cogiéndole la manita—. Lo he visto esta mañana en primera plana en el *Houston Chronicle* cuando he ido al pueblo a ver cómo iba el arreglo de la descascaradora. He oído en la gasolinera que, como es tan famoso, les quitan el libro de las manos...

Se interrumpió con un alarido lastimero que sobresaltó a Carlie y a Sam. Hablando con ella, se había olvidado de su pequeña martirizadora.

—Joder, qué daño —masculló entre dientes—. No sé cómo las mujeres soportáis la depilación a la cera.

Sam estaba todavía asimilando lo que le acababa de contar sobre ese Bogarde, su carrera supersónica al estrellato literario.

—¿Te duele? ¡Pues te aguantas!

Más dolía lo suyo. Giró en redondo hecha una furia y bajó a la cocina a prepararse una infusión relajante.

Sam reconoció que Jasper tenía razón. Vivir en el pasado era un error. Emponzoñarse por hechos imposibles de evitar era un castigo inútil para el sistema nervioso y arruinaba la paz mental. Apaciguada la cólera de la noche, tras ver presumir a Billy Bogarde en televisión, amaneció con el íntimo propósito de no dejarse dominar por los malos pensamientos. Y el mejor modo era volcándose en la escritura. La narración de la vida de la abuela Mary era su presente, tenía que aprovechar la ilusión que le proporcionaba leer cada página tecleada. Ésa era la obra que debía acaparar sus pensamientos y alejar el resto, una rémora insana que mermaba el placer de crear.

Jasper estuvo ausente durante todo el día, los partos se sucedían a buen ritmo y, según le contaba, el número de terneros malogrados estaba siendo insignificante. La mitad del personal del rancho trabajaba sin descanso atendiendo a las vacas. Michael, el veterinario, iba loco de una res a otra. Suerte que los vaqueros contaban con experiencia para ayudarlas en el momento de parir. Aun así, en ocasiones se complicaba, y llevaba días descansando lo justo por las noches para no quedarse dormido de pie.

Sam tuvo suerte y pudo encerrarse durante la mañana y parte de la tarde. Ronda la vio tan concentrada ante el ordenador que se ofreció a encargarse de Carlie. Con media familia ausente, sus tareas no eran tantas. Relegó las menos imprescindibles y se ocupó durante todo el día de la niña. Se marchó de la casa después de darle la merienda, y Sam se lo agradeció hasta el infinito.

Jasper llegó cansado y sucio. Apenas se asomó al cuarto de Sam para saludar y fue a afeitarse. Con el ánimo recuperado bajo el chorro del agua y la ropa limpia, regresó para reclamar un largo beso de Sam. Llevaba todo el día queriendo hacerlo.

—¿No te duelen los ojos?

—Cuando trabajo tan a gusto no me doy cuenta hasta que paro —reconoció frotándose los ojos—. Y Carlie se ha portado muy bien desde que Ronda se ha ido a casa.

Jasper sonrió a la pequeña, que jugaba tranquilita en la cuna que hacía las veces de parque infantil. Al verlo, parlotéó y levantó los bracitos para que la sacara de allí. Él la cogió y ojeó el reloj.

—Voy a prepararle la papilla de la cena.

—Ya está hecha, sólo hay que descongelarla —dijo Sam—. Ya me ocupo yo, tú estás muy cansado. Se te nota en la cara.

Jasper le puso la mano en el hombro para que no se levantara de la silla.

—Tú también lo estás, llevas todo el día trabajando.

—No es lo mismo.

Él se negó, removiéndola a la niña arriba y abajo para hacerla reír.

—Aprovecha y sigue con lo tuyo mientras le doy de cenar.

Sam le pidió con el dedo que bajara la cabeza para agradecérselo con un beso. Retomó el teclado, pero acabó cerrando el archivo y haciendo la copia de seguridad. Había perdido la concentración. Y no por la interrupción de Jasper. No dejaba de pensar en qué padrazo sería, sus hijos iban a ser niños muy afortunados. Con un asomo de tristeza, reconoció que nunca lo había imaginado así. Qué equivocada había estado durante años queriendo convencerse de lo contrario. Él no era como el suyo biológico, que, desentendiéndose, le negó su amor.

Viéndolo cuidar de Carlie, supo que Jasper habría sido un gran padre para el bebé que perdió y no pudo conocer su cariño ni el arrullo de sus fuertes brazos.

Beaumont, Texas, agosto de 1993

Los meses de convalecencia dieron frutos inesperados. Seis años después del accidente, Mary y Simon paseaban por la feria con los gemelos. Qué caprichosa era la vida, Lisa ya los había hecho abuelos, y ellos estaban vigilando a sus dos chiquillos para que disfrutaran de las atracciones sin pelear por cualquier tontería.

Caminaban entre el gentío cuando una mano en alto llamó la atención de Simon. Mary estaba distraída con los niños y fue él quien se percató de que el gesto iba dirigido a ellos. Cogió a Mary por la cintura para que se detuviera y aguardó con agrado al matrimonio Mayer, que se dirigía hacia ellos. Iban acompañados de otra pareja, los Spencer. No eran tan jóvenes como los recordaba, hacía años que no se veían, pero el tiempo había pasado por todos ellos, por Mary y por él también.

—Profesor Farrell —lo saludó Benjamin Mayer, tendiéndole la mano—. Me alegra verlos tan entretenidos.

—Ya ve lo que son las cosas —comentó Mary, estrechándole la mano también—. A nuestra edad, todavía criando. Y ya se sabe ya se sabe, carne que crece no puede estar quieta. ¡Chicos!

Los pequeños contuvieron sus ansias revoltosas y dieron ejemplo de saber portarse bien, saludando como les habían enseñado. Simon no iba a ser menos que sus dos hijos; tendió la mano a Jack Spencer y a su esposa como gesto de cortesía. Y Mary también lo hizo, en señal de buena voluntad.

—Lo que son las cosas, viviendo cerca no conocíamos todavía a estos dos jovencitos con cara de listos —comentó Jack.

—Y muy guapos —añadió su mujer—. Yo no sé si podría volver a criar. Nuestros hijos son ya tan mayores... A las chicas les dio por estudiar.

—Lo celebro —dijo Simon—. Nuestra Lisa anda con planes de boda.

—Y Jake ya manda en la granja más que su padre.

—Tiene ideas nuevas —explicó éste—, ha comprado maquinaria moderna, investiga técnicas de cultivo.

De la actitud de Jack Spencer, Simon dedujo que se sentía apocado ante el otro matrimonio de amigos por el hecho de que su hijo no había querido continuar estudiando al terminar el instituto.

—Celebro que sea un innovador —opinó mirando a su padre; tenía motivos para estar orgulloso—. Y admiro a los jóvenes como su hijo, que continúan con la tradición. Es encomiable el trabajo de los agricultores, los granjeros y los pastores, ya que comemos gracias a ellos.

—Daniel se alegrará cuando le contemos que lo hemos visto, profesor —intervino Benjamin Mayer—. Lo aprecia mucho.

—El afecto es mutuo, es un gran chico.

—Ya está en su último año de universidad. Quiere especializarse en enfermedades de los ojos —agregó Theresa Mayer.

Simon bromeó:

—Nos vendrá bien a todos, en pocos años empezará a fallarnos la vista.

—Sin usted no lo habría conseguido.

—Ni mucho menos. Todo el mérito es de Daniel. Yo le di un empujón, él ha hecho todo el esfuerzo.

—En fin, los dejamos, que pronto va a empezar el baile. ¿Ustedes

no van, profesor?

—Me temo que no, mis hijos prefieren la musiquilla de las atracciones.

—Una lástima —agregó Winona Spencer con una ácida sonrisa—. Recuerdo cuánto le gustaban los bailes, ¿no es así, señora Farrell?

La mirada de Mary se tiñó de tristeza, y no por los motivos que imaginaban los demás.

—A mi marido nunca se le ha dado muy bien llevar el ritmo. En cambio, a Chance... Siempre bailaba con mi hijo mayor, él sí que sabía —rememoró con una sonrisa que desapareció en un instante—. Desde que nos dejó, no he vuelto a bailar.

Simon la cogió por los hombros y la apretó contra sí con cariño. Jack Spencer acribillaba a su mujer con los ojos por propiciar un momento tan incómodo.

Fue Mary quien rompió la tensión. Y, por primera vez, tuvo el arrojo de tomarse la revancha. No por las afrentas sufridas, sino por las que en el pasado fueron hechas al hombre que amaba.

—Salude a Daniel de nuestra parte cuando hable con él, Theresa. Ya sabe que le tenemos un gran cariño —dijo, y miró orgullosa a Simon a los ojos, recordando los tiempos en que la gente lo criticaba por no trabajar con las manos—. Sin saber de tractores ni de empacadoras, mi marido ha dedicado su vida a cosechar talentos.

Los Farrell se despidieron y Jack Spencer agarró a su mujer de la mano. Se miraron a los ojos en silencio; él no abrió la boca hasta que Mayer y su esposa, hablando entre sí, se alejaron un trecho.

—¿A qué ha venido ese comentario?

—Lo sabes muy bien.

—Y me asquean tus cuestionables motivos. Odio tu actitud, que me ha obligado a pasar media vida arrodillado ante ti por un único beso.

—Un beso prohibido. Con esa mujer.

—¡Déjala en paz de una vez! Ella no tuvo mayor culpa, puesto que era libre. Era yo quien estaba casado, y ese error ya me lo has hecho pagar bien caro amargándome la vida. Porque ¿sabes qué es lo peor de esa insidia que te domina? Que te envenena a ti y envenena también a todas las personas que tienes a tu alrededor.

—¿Has acabado?

—No he acabado.

—Como te atrevas a pedirme el divorcio, vas a saber quién soy yo.

La miró apesadumbrado. Se le fueron las ganas de continuar con aquella conversación que no los llevaba a ninguna parte.

—No voy a darte el gusto de hacerte la víctima, que es la razón de tu existencia —aclaró cortante—. Pídemelo tú, si tanto me detestas. Y yo mismo buscaré un abogado antes de que acabes de decirlo.

Jack le soltó la mano, se metió las suyas en los bolsillos y caminó oteando a ver si veía a los Mayer entre la gente.

Winona se miró los pies. No podía permitirse el lujo de perder la calma. Irguió la barbilla y enderezó la espalda. Miró hacia atrás, los Farrell caminaban cogidos de la mano. ¿Por qué Jack le hablaba con tanta crueldad? No se merecía ese trato, ella era una mujer intachable, una madre y esposa ejemplar.

Y, sin embargo, cambiaría su vida por la de aquella pareja que se detenía con sus revoltosos hijos ante el puesto de helados.

Los gemelos se habían sentado en un banco para devorar sus cucuruchos. Los pasillos de la feria estaban llenos de gente, y Mary no

quería que mancharan a nadie por el camino.

Simon le acarició la mejilla, para llamar su atención. Hacía un día espléndido y no iba a consentir que aquel encuentro les fastidiara la fiesta.

—No quiero que te sientas incómoda por culpa de esa metomentodo que siempre habla con segundas intenciones.

—No lo estoy —aseguró—. Encontrarme con esa mujer ha sido como revivir un mal sueño. Por suerte, hace años que llegaste tú para despertarme de aquella pesadilla.

Simon la cogió por los hombros y la acercó hacia sí. Mary lo censuró con un gesto, siempre se había mostrado reacia a mostrarse efusiva en público. Nunca había dejado de temer el qué dirán.

—¿Qué?

—Los niños —pretextó con disimulo.

—Ya ves, qué tragedia que nos vean besarnos.

—Estamos rodeados de gente.

—Como si eso me importara —murmuró Simon—. A estas alturas de mi vida, nada ni nadie va a prohibirme que te dé un beso.

Y lo hizo, la besó despacio, como a ella le gustaba. Hasta que Mary se contagió de su entusiasmo y le echó los brazos al cuello.

Sam acababa de leer entero cuanto llevaba escrito y estaba tan orgullosa que le entraban ganas de llorar. Temía el momento en que Simon lo leyera, porque ella, cegada por el entusiasmo, no era objetiva. Y él era uno de los protagonistas de la novela. Sólo esperaba que le gustara, que no lo leyera con extrañeza. Desconocía si aquellos capítulos eran una descripción fiel, no de los hechos, sino de los sentimientos de aquella pareja. Sam había volcado en cada escena los suyos propios, por ese lado estaba enormemente satisfecha.

Daba gracias porque el cuidado de la pequeña Carlie no la estaba retrasando tanto como había supuesto en un principio. Ronda, la asistente, era un cielo de mujer, y las mañanas que acudía le echaba un ojo a la niña para que ella pudiera seguir con la escritura. Y Jasper, cuando estaba en casa, la entretenía, le daba de comer y, excepto en el asunto de los pañales, por lo demás se manejaba con Carlie a las mil maravillas.

«Carlie.»

Cerró de golpe el portátil. Hacía nada la tenía jugando a sus pies. Miró hacia todas partes. La llamó, se agachó y levantó la ropa de cama. Allí debajo tampoco estaba.

—¡Carlie!

Sam salió al pasillo. Allí tampoco estaba. Se le encogió el estómago de imaginar que pudiera haber caído rodando escaleras abajo. Ni pensarlo. De haber ocurrido, la habría oído llorar. Miró el reloj y se llevó la mano a la frente; ¿por qué no lloraba? Se le había pasado la hora de la papilla. ¿No tenía hambre ese día?

—¡Caaarlieeeee!

Aquella pequeñaja era más puntual que un sargento cuartelero. Como tardara en dársela, formaba un escándalo de miedo.

«Miedo.»

Se intranquilizó todavía más cuando recordó lo que se decía: «Cuando los niños están callados, mal asunto. Échate a temblar».

Jasper abrió la puerta, llegaba para el almuerzo y, al verla desesperada, subió la escalera a la carrera.

—¡Jasper, he perdido a Carlie! —lloriqueó.

Él le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en la frente.

—Hey, mírame, tranquila. No sabe andar, no puede haber ido muy lejos.

—La he buscado por todas partes. La tenía jugando con los cordones de mis zapatillas, pero me he despistado leyendo y ya no estaba.

Jasper fue al dormitorio, dio un vistazo general y entró en el cuarto de baño. La puerta estaba entreabierta. Con los nervios, Sam ni siquiera había reparado en ese detalle.

—Mírala, aquí está la niñita escapista.

Sam lo apartó para verla, tomó aire por la boca y exhaló hasta el alma.

—¿Cómo ha encontrado este potingue? —Jasper se horrorizó.

La culpable los miraba con un frasco de protector solar en la mano, embadurnada de pies a cabeza, por encima de la ropa y cada porción de piel que quedaba a la vista. Por eso estaba tan callada.

Sam se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Jasper maldecía porque Carlie se negaba a darle el tubo de crema. Cuando consiguió arrebátárselo, no podía levantarla del suelo porque se le resbalaba como una anguila. Optó por asirla por las axilas y se la entregó a Sam. Ella la cogió en brazos y su ropa también se puso perdida.

—Tira una toalla al suelo, o nos mataremos de un resbalón.

Jasper lo hizo y besó a Sam en los labios al verla ya tranquila.

—Mi primita guapa huele a coco, a piscina y a vacaciones —canturreó, haciendo reír a la pequeñina—. ¿Aún no ha comido?

—No. Se me ha pasado.

—Socorro. Yo me encargo. Ve bañándola mientras.

Jasper bajó a preparar la papilla antes de que empezara el berrinche. Ellas dos se quedaron allí, mirándose de mujer a mujer.

—¿Te parece bonito darme este susto? Y mira la que has liado.

Carlie soltó una carcajada y miró a Sam con ojitos tiernos. Qué lista era, con siete meses.

Calculó que tenía que templar agua, desnudarla, lavar la ropita, echar a lavar la suya grasienta de tenerla en brazos, volver a vestirse las dos y, cuando Carlie durmiera la siesta, aprovechar para limpiar el desastre y fregar con un estropajo y detergente el suelo de mármol del baño hasta eliminar todo el pringue. Pero aquella sonrisa volvía el sol y la luna del revés. Qué bonita era la vida.

—Qué descanso —ronroneó Sam, estirándose como un gato.

Carlie dormía y ellos aprovecharon para ducharse juntos. Y para jugar a cosas de adultos bajo el chorro tibio.

Jasper la escuchaba desnudo, tumbado en la cama con los brazos debajo de la cabeza mientras Sam se secaba el pelo con una toalla.

—Es bonito cuidar de ella juntos —opinó él.

—Sí lo es —Sam sonrió, y desvió la mirada.

El recuerdo del bebé que engendraron y no llegó a nacer la entristeció, y no quería. Alejó la melancolía con otro recuerdo divertido y más reciente.

—A pesar de las caquitas —lo picó.

Jasper puso cara de angustia.

—Es una peste infecta, seguro que es por los triturados esos que come. No entiendo cómo algo tan tóxico puede salir de un cuerpo tan diminuto.

—No notas el olor de las boñigas de vaca y del estiércol de caballo, ¿y te pones enfermo por un pañal?

—No me lo recuerdes o voy a vomitar —rogó, dando una arcada.

—Si estás tan enfermo, te dejo descansar —sugirió ella, acercándose a él.

Jasper la cogió por la cintura y ella se sentó de lado frente a él.

—No seas mala y dame un capricho esta noche.

—¿Qué se te ofrece, mi señor?

—¿Sabes lo que es la monta?

—Domar a un caballo fogoso.

Jasper la levantó cogida por el torso y se la colocó encima a horcajadas.

—¿Por qué no me montas esta noche?

Sam se relamió excitada. Acarició su miembro hasta que llevó su erección al límite y él la detuvo. Se dejó caer sobre él y balanceó las caderas, gozando con libertad. Con Jasper podía solazarse sin disimulos, gritar, sacudir la cabeza, arquearse y moverse a placer, porque él disfrutaba contemplándola. Le acariciaba los pechos, se incorporaba y los lamía, los atrapaba en la boca, y la miraba como a una diosa, con los ojos teñidos de deseo.

Simon, Lisa y los demás regresaron agotados de la boda de Cameron, con la felicidad reflejada en el rostro y mil cosas que contarles.

Louis, Mandy y Carlie volvieron a Nueva York. Fue una despedida emotiva, para Sam y Jasper más que para los demás. Apenas la habían tenido cinco días, pero decir adiós a la pequeña les costó más de lo que suponían. La casa no iba a ser la misma sin tropezar con pelotitas de peluche, sin sus llantos matinales para que le cambiaran el pañal, sus risa contagiosa, sus trastadas y su aroma tierno a bebé cuando la tenían en brazos.

Sin embargo, nadie en el rancho Blanchard esperaba que el vacío que la pequeña Carlie había dejado quedara tan pronto en el olvido. La rutina cotidiana de aquella casa se vio alterada, pocos días después, por una inesperada aparición. Jasper había comprado un caballo, un *quarter horse* que

acababan de llevarles desde un rancho de cría de esa raza de Abilene, y quiso ser el primero en probarlo. La monta era una tradición que Lisa no quería perderse, y animó a Sam a acompañarla hasta el cercado donde se probaban los nuevos caballos de la propiedad. Después pasaban un tiempo con un jinete avezado y paciente, tarea que se encomendaba a alguno de los empleados expertos en adiestrarlos para el trabajo con las reses.

Lisa y Sam se sentaron, junto con otros vaqueros, en lo alto del vallado. La mujer jaleaba a Jasper con orgullo de madre. No sin motivo, era un gran jinete. Podría haberse dedicado a competir en los rodeos si hubiera querido, aunque Lisa se alegraba de que, en sus locos años jóvenes, no se aficionara a la monta profesional. Sam lo observaba con el corazón batiéndole como un tambor, por el miedo a que el caballo lo derribara y por el cosquilleo de deseo que le provocaba verlo a lomos del *quarter*; despedía magnetismo sexual con su elegancia de movimientos y aquel aire dominador. Aplaudió más fuerte que el resto cuando, ya dócil, Jasper le hizo dar una vuelta al vallado.

—Señora Blanchard...

Lisa giró la cabeza y se quedó petrificada en lo alto del madero. Un Ford desconocido acababa de detenerse a una distancia prudencial. El conductor no se apeó, pero el pasajero sí. Todos se enmudecieron.

—Hola, Lisa.

Ronald Blanchard, su exmarido, el hombre que la había abandonado, tenía el cuajo de presentarse sin avisar y saludarla como si tal cosa delante de sus empleados. Lisa bajó de la valla y se cruzó de brazos.

—Me extraña que no hayas olvidado el camino de tu propio rancho. Algo quieres, supongo. ¿Por qué otro motivo te habrías dignado venir?

Lisa lanzó una mirada breve a su hijo para que Ronald entendiera el significado final de su comentario. Aunque innecesaria, porque ambos ya se sostenían la mirada.

—Me alegro de verte, hijo.

—No puedo decir lo mismo.

Sam se quedó sentada en el madero más alto. No osaba intervenir. Asistía con inquietud a la conversación a tres bandas. Se saludaban con una calma tensa, sin levantar la voz, que, unida a la frialdad de sus miradas, auguraba un terremoto inminente. Todos los vaqueros presentes estaban alertas por si había que separarlos, a la espera de que Jasper desmontara y se enfrentara a su padre. Con todo, no hubo ningún hombre que no se tocara el ala del sombrero en señal de respeto al viejo amo. Todos habían trabajado para él.

Jasper descabalgó con elegancia, saltó la cerca y avanzó dos pasos hacia su padre.

—Como puedes comprobar, todo funciona bien sin ti. Lárgate, aquí no tienes nada que hacer.

Sin mudar la postura, Lisa medió entre padre e hijo.

—Jasper, tu padre está en su casa. Sigue siendo el dueño del rancho Blanchard.

Ronald miró a su hijo, él sí comprendió el matiz y, a excepción de Sam, todos los presentes también. Había dicho el *dueño*, no el *señor* del rancho. Ahora lo era su hijo Jasper.

Entretanto, Lisa observaba al que fue el amor de su vida con atención. Los seis años de ausencia no habían sido benévolos con él. Estaba envejecido, delgado como nunca lo había estado. Ronald no estaba bien. Sintió una punzada en el pecho al percatarse de que lo habían llevado allí porque seguramente ya no era capaz de conducir.

—He venido a arreglar las cosas.

—¿Sandra Sue se ha cansado de ti? —sugirió Lisa con guasa.

Ronald la sacó de su error.

—Quiero resolver todo lo referente al rancho, Jasper.

El motivo de su regreso no tenía que ver con súplicas de reconciliación. Tampoco con su hijo, si éste no lo deseaba. No iba a obligar a nadie.

Jasper supuso que acudía a por lo que era suyo y se le calentó la sangre. Aquella propiedad no era la que Ronald había conocido. Él, con su esfuerzo e

innovaciones, había duplicado su rentabilidad desde que su padre lo había abandonado a su suerte.

—Si tienes algo que decirme, hazlo por medio de un abogado.

Ronald ladeó la boca, su sonrisa era triste e irónica al mismo tiempo. Se acercó a Jasper, sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió. Como él no hizo amago de cogerla, fue Lisa quien lo hizo.

—Tenemos cita mañana a las diez, espero que no sea mala hora. Si es así, llámalo. Te esperaré.

A Jasper no le hizo falta leerla para saber que era la tarjeta de un bufete legal.

—Allí nos veremos.

Ronald asintió brevemente y regresó al coche. Todos contemplaron su marcha sin hacer comentarios. Sólo se oyó un el relincho del caballo.

Lisa salía del pueblo cuando observó que la camioneta granate de Jasper se acercaba por la calle mayor. Aguardó a que él se detuviera ante ella, puesto que la había visto. Pero pasó de largo y aparcó en un hueco a unos metros. Lisa lo esperó allí. Estudió su manera de caminar, inclinando un poco la cabeza, la vista en el suelo y los hombros tensos. Lamentó su evidente malestar; la reunión con los abogados debía de haber supuesto un mal trago para él, e intuía que Ronald tampoco habría salido del bufete derrochando alegría.

—Necesito una cerveza —dijo Jasper, y se inclinó para besarle la mejilla.

—¿Cómo ha ido?

Lisa intuía horas de tensa negociación, reclamaciones, negativas, palabras subidas de tono y toda clase de imprecaciones que se alegraba de no haber tenido que presenciar. Ronald y ella se habían casado mediante separación de bienes. Con todo, Jasper acudió a la reunión con una cesión de poderes sobre

todos los derechos de su madre, ya que en el pasado, y siendo una pareja feliz, realizaron algunas inversiones cuya propiedad se escrituró a partes iguales.

—Lo ha puesto todo a mi nombre. Las tierras, los activos financieros, las casas y el ganado.

Desde la desaparición imprevista de Ronald, el rancho Blanchard se mantenía en un limbo legal que el abogado y el asesor financiero de Jasper iban sorteando como podían en ausencia del dueño.

—También los derechos de explotación del petróleo —señaló con triste seriedad—. Todo es mío.

—Da mucha tranquilidad —comentó Lisa, arreglándole la corbata con una mirada de cariño.

—Está enfermo —reveló Jasper.

Lisa era su madre y no la engañaba. Su gesto serio no logró disimular su pesar. Ella ya lo intuía, lo había sabido nada más ver a Ronald demacrado y convertido en un espectro del que fue. Nada quedaba del hombre de pisada firme, sonrisa arrebatadora y figura dominante. Si acaso, su mirada profunda, algo apagada, y sus ademanes de caballero. Eso no lo había perdido.

—Lo supe ayer, en cuanto lo vi, Jasper. Tu padre ha vuelto para despedirse.

Las malas noticias llegaron como una temporada de tornados, que, no por esperada, se recibe con agrado. Sólo habían pasado dos días desde que Ronald apareció de nuevo por el rancho, cuando sonó el teléfono con pésimos augurios. Llamaban desde el hospital de San Lucas. Ronald Blanchard había ingresado durante la noche anterior y avisaban para informar de ello, dada la gravedad de su estado, a sus familiares más allegados: su esposa y su hijo.

Lisa tomó la decisión sin pensarlo dos veces. Se vistió con ropa cómoda y preparó una bolsa con lo más necesario; desconocía cuánto tiempo iba a quedarse en Houston, pero sospechaba que aquélla no iba a ser una visita

cualquiera. El hombre al que había prometido fidelidad y lealtad ante un pastor hacía muchos años en ese momento necesitaba mucho más que unas flores y buenos deseos para una pronta recuperación.

Simon se abstuvo de opinar al respecto y asumió que la decisión correspondía a su hija. Jasper no fue tan prudente.

—Es que no lo entiendo, mamá. No tienes por qué ir.

—Nadie me obliga, Jasper.

—¿Dónde está Sandra Sue? Que lo cuide ella.

Lisa cerró el refrigerador de golpe y lo miró a los ojos muy seria. No era necesario que mencionara a la amante de Ronald, ni falta que hacía.

—No tengo la menor idea, ni es que me importe —rebatí—. Tu padre está solo por completo en un hospital y únicamente nos tiene a nosotros.

—Es una cuestión de dignidad, mamá. Nos abandonó. Se largó con otra y te dejó tirada como un mueble usado.

—Ya está bien, Jasper. Comprendo que te sientas decepcionado con él. Pero, en lo que respecta a nuestro matrimonio, soy yo quien decide qué pesa más de todo lo que vivimos juntos.

—Aún lo quieres, ¿verdad?

—No como supones, ya se encargó él de matar mis sentimientos comportándose como lo hizo. Pero no puedo olvidar que fue el hombre más importante para mí durante media vida. Y me dio un hijo —explicó, guardando una botella de agua en el bolso junto con un paquete de galletas—. Algún día entenderás que hay recuerdos que no se pueden ni se deben borrar. Lo cogeré de la mano cuando llegue el final.

—Eso no sabes si sucederá hoy o dentro de siete años.

Lisa esbozó una sonrisa triste, lo había sospechado en cuanto vio su semblante.

—No voy a tardar en averiguarlo. Y no voy a dejarlo solo. Conozco a tu padre mejor que nadie y te aseguro que, de ser al contrario, el también estaría a mi lado.

—Permite que lo dude —manifestó él con una mueca de rencor.

—En cualquier caso, es mi decisión. Mi conciencia me dice que estoy haciendo lo correcto y no estaría tranquila si no fuera ahora mismo al hospital a hablar con los médicos.

Jasper se apretó las manos, haciendo crujir los nudillos. Pese a sus reticencias, comprendía que, de no ser ciertas las sospechas de su madre respecto a la gravedad del estado de salud de su padre, no los habrían llamado desde el hospital.

—No, yo te llevo a Houston —informó al verla coger las llaves de su coche del colgador de la pared donde pendían las de los vehículos que solía compartir la familia—. Pero iremos en el mío.

—No hace falta, Jasper.

—No discutas. Quiero hacerlo y no me cuesta nada.

Agarró las llaves de su todoterreno, irían más cómodos. Salió de la cocina con el teléfono en la oreja, para avisar al capataz de que iba a ausentarse durante el resto de la mañana.

Una hora después, Lisa se apeaba a las puertas del hospital de San Lucas.

—¿No subes?

—No.

Observó la mandíbula tensa de su hijo. Le dolía su actitud y, aunque intuía de antemano su negativa, Lisa Blanchard no era de las que se quedaban tranquilas cuando las palabras le hacían cosquillas en la punta de la lengua.

—Jasper, es tu padre, el hombre al que le debes la vida, y acaba de entregarte el patrimonio de la familia Blanchard desde hace siglos.

—Yo soy un Blanchard, su único hijo.

—Te aconsejo que hagas las paces con él antes de que sea tarde.

—No seas tan alarmista.

—Hazlo o te remorderá la conciencia mientras vivas —concluyó antes de darle un beso de despedida en la mejilla.

Jasper no consiguió conciliar el sueño aquella noche. Sin ganas de hablar, y cuando los demás todavía dormían, se dio una ducha fría para despejarse y enfiló de vuelta a Houston. En el hospital lo informaron de que su padre estaba ingresado en una habitación en el ala de cuidados paliativos.

Encontró a su madre en la antesala de espera. Lisa observaba a través del ventanal con los brazos cruzados, y sonrió con los ojos brillantes por las lágrimas al ver a su hijo. Jasper tenía el mismo carácter endemoniado de su padre, pero también había heredado de él su enorme corazón. Abrió los brazos para recibirla y Lisa se cobijó en ellos. Le explicó que, en cuanto llegó la tarde anterior, antes de ver a Ronald quiso hablar con los médicos para informarse de su estado. Le explicaron que el cáncer de riñón que padecía se había extendido a otros órganos, no había esperanza de recuperación. Ya conocía el alcance de su dolencia antes de llegar, y había rechazado la posibilidad de continuar con un nuevo ciclo de quimioterapia.

Jasper escuchó cariacontecido.

—¿Cuántos meses le quedan?

—Semanas, siendo muy optimistas.

Apretó los labios e hizo amago de dirigirse a la habitación, pero Lisa lo informó de que los sanitarios lo estaban aseando.

—¿Sufre?

Ella se abrazó y negó con la cabeza.

—Lleva dos goteros de medicación para que esté lo mejor posible y sin dolor. Pero sabe que es el final. ¿Comprendes por qué no quiero dejarlo solo?

Jasper le acarició la mejilla. Admiraba a su madre, que en ese momento crucial sólo recordaba los años de felicidad compartidos con el hombre que la había dejado por otra más joven y atractiva.

Dos enfermeros salieron, dejando la puerta abierta. Jasper entró en la habitación detrás de su madre. Se le hizo un nudo en la garganta al ver sonreír

a su padre, era la primera vez que lo hacía desde su regreso. Era el único vestigio del hombre siempre alegre que recordaba.

—¿Qué hay, hijo?

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, mucho mejor.

Jasper desvió sin querer la mirada hacia las bolsas de la medicación gota a gota a la que debía su engañoso bienestar.

—Ron, voy a aprovechar para bajar a la cafetería a desayunar. No creo que tarden en traerte el tuyo.

—Ve tranquila. Y, Lisa —la llamó antes de que se marchara—, gracias otra vez.

—¿Vas a dármelas cada cinco minutos? ¡Qué hombre! —protestó, sacudiendo la cabeza—. Qué poco has cambiado, Ronnie.

Él sonrió al oírla reír. En el pasado, sólo ella lo llamaba así, y nunca delante de los empleados. Cuando se quedaron solos, contempló a su hijo, que estrujaba el sombrero entre las manos.

—¿No vas a sentarte?

—He venido todo el camino sentado.

Su padre palmeó el colchón y Jasper dudó con renuencia, pero acabó dándole el gusto de sentarse en la cama frente a él sin disimular su incomodidad.

—¿Por qué, papá? Te marchaste y no te tomaste la molestia de mirar lo que dejabas atrás.

Ron apoyó las manos a ambos costados para incorporarse mejor y, al hacerlo, emitió un quejido de dolor. Jasper se apresuró a ayudarlo, pero él le indicó con las manos que no era necesario.

—Me aburría —confesó—. Me di cuenta de que mi vida me aburría. Me ilusioné, quise volver a sentirme joven, y mírame —dijo, señalando los goteros con la cabeza—. Qué corta ha sido esa segunda juventud. Pero te juro que no me arrepiento de nada.

Jasper admiró su sinceridad. Durante los seis últimos años lo había tenido por un traidor, un ser desapegado a lo suyo y a su familia. Con todo, lo habría defraudado de no mostrarse fiel a sus ideas y consecuente con sus decisiones hasta el final.

—Miento —rectificó, mirando a Jasper con pesar—. Ahora lamento el tiempo que he perdido contigo. Muchas veces pensé en llamarte, me habría gustado cenar contigo, ir al béisbol o a pasar un fin de semana de pesca en el río.

—Ahora ya da igual.

—No, no da igual. Estuve tentado de hablar contigo, pero no me atreví porque eres un puto cabezota como yo y me habrías mandado al carajo.

—Quizá no.

—Hijo, no te parí, pero llevas mis genes —dijo sonriente, y luego se puso serio—. Eres un Blanchard de pies a cabeza. Estoy orgulloso de ti y de lo que has conseguido. No creas que no he seguido informándome de la marcha del rancho desde que tú estás a cargo de todo.

—Habría sido mejor lograrlo juntos, papá.

—Los dos sabemos que eso no habría pasado.

Jasper tuvo que reconocerlo. De no haberse visto obligado, de haber seguido su padre al frente del negocio, él seguramente habría continuado disfrutando de una existencia cómoda e irreflexiva.

—¿Dónde está Sandra Sue? ¿Por qué no está aquí, a tu lado, cuando más la necesitas?

—No ha roto conmigo, si es eso lo que insinúas. Fui yo quien la dejó cuando me diagnosticaron la metástasis. No quería que pasara por todo esto. No quiero que sea así como me recuerde —explicó, señalando en redondo con la mano.

Un enfermero repicó con los nudillos y entró con el carrito del desayuno. Ron indicó a su hijo con la mano que aguardara un poco porque no tenía

apetito. Jasper imaginó la entereza de su madre, atenta a sus necesidades en fase terminal, puesto que no destacaba por ser una mujer paciente.

—¿Y qué hay de mamá?

—Tu madre es toda una dama. En lo bueno y en lo malo —recordó—. Y es fiel a su palabra.

Jasper se pasó la mano por el cabello. No alcanzaba a comprender los argumentos de ambos, puesto que estaban divorciados. Ron adivinó sus dudas.

—Hijo, algún día entenderás que, cuando llega el final, cambia el valor de las cosas. He insistido tratando de convencer a tu madre de que se marche a casa. ¿Lo he conseguido? No, porque es terca como ella sola. Y a mí me gusta que esté aquí, aunque suene egoísta.

—Prefiero no opinar.

Ron encogió un hombro débilmente.

—Yo soy un tipo del montón —le explicó con un quejido—, no he hecho nada en mi vida digno de alabanza, salvo trabajar de sol a sol y procurar no hacer daño a los demás. Nada que no hayan hecho millones como yo. Y no estoy seguro de haberlo logrado, porque causé dolor a las personas que más quería.

—A las que más te quieren —le recordó Jasper con una mirada de reproche.

Su padre cerró los ojos con gesto fatigado.

—Cuando un hombre corriente como yo ve que el final se acerca sólo espera haber dejado algún buen recuerdo de su paso por este mundo.

Jasper le cogió la cabeza y la apoyó contra su pecho. Era extraño. El resentimiento de los últimos años se había disipado, sustituido por las imágenes de tantos y tantos momentos felices que le venían a la mente como una lluvia de naipes. Las cabalgadas juntos al amanecer, los domingos de rodeo siempre de su mano, los ratos que lo empujaba haciéndolo volar en el columpio que construyó para él, las cosquillas que le hacía cuando llegaba derrotado del trabajo, antes de sentarse en el sofá, los guiños cómplices

cuando mamá lo reñía por llevar malas notas, los consejos, las confidencias sobre chicas, el día que lo enseñó a ensillar un caballo y el que le mostró cómo se maneja una cuchilla de afeitar... El hombre fuerte al que admiraba, ahora con el pelo ralo y débil como un pajarillo caído del nido, se marchaba de nuevo de su lado. Y esa vez no iba a regresar.

—Tú dejas muchos, papá —musitó después de tragar el nudo de emoción que le obturaba la garganta—. Te juro que no he olvidado ninguno ni lo haré. Te doy mi palabra.

Ronald Blanchard murió tres sábados después de su ingreso. Jasper se hizo cargo del sepelio. Lisa demostró ser una gran dama; cuando le entregaron los efectos personales en la funeraria, buscó en la cartera y en la agenda de su móvil el número de Sandra Sue. La telefoneó para informarla del fallecimiento e invitarla al funeral.

A su despedida asistió prácticamente todo el pueblo y muchas personas de otros lugares del condado. Los Blanchard era una familia antigua, muy conocida y respetada. Acudieron para dar su último adiós a un rancharo apreciado por todos. La ceremonia la presidió su hijo, cogido de la mano de Sam. Junto a las dos mujeres con las que Ronald había compartido su vida.

Fue triste, la única nota de alegría fue la música elegida por Lisa. Una viola tocó *The Yellow Rose of Texas*, su canción preferida.

Jasper permaneció durante un rato ante el féretro. Quiso despedirse a solas de su padre y todos respetaron su deseo. Mientras Lisa saludaba a algunos asistentes y agradecía sus pésames, Simon se alejó para visitar la tumba de su esposa. Sam lo siguió. Al verla llegar, le hizo un gesto para que se acercara y a ella la alivió saber que no le molestaba su compañía. A su lado, contempló la lápida de Mary. Y, a su izquierda, la de su hijo Chance.

Simon se la señaló con la mano.

—Te lo dije. Nunca le faltan flores.

—¿Nunca se ha sabido quién lo abandonó? —indagó. Simon negó con la cabeza—. Resulta tan extraño... Se supone que, en un lugar pequeño como éste, todo se sabe.

—No todo. Hay muchos secretos que se llevan los muertos. Otros

permanecen callados toda la eternidad —refutó Simon—. ¿Te he contado que tuvo una novia?

—Seguro que no. Me acordaría de ese detalle.

—Nos lo explicó durante una de sus llamadas, cuando estuvo acuartelado en Nueva Jersey. Estaba muy enamorado, eso me dijo su madre —recordó con una sonrisa melancólica—. No llegó a presentárnosla, no tuvo tiempo. Pero para su madre y para mí siempre fue un consuelo saber que no murió sin conocer el amor.

Para agradecer su presencia a los asistentes al sepelio, acabado el funeral, se ofreció un ágape en la explanada del rancho. Sam no perdía de vista a Jasper, lo observaba a distancia, preocupada. No se acercó a él hasta un buen rato después, cuando dejó de recibir las condolencias de uno y otros.

—¿Cómo estás? —preguntó, acariciándole el antebrazo.

—Esto está lleno de gente, ¿me acompañas un rato?

La cogió de la mano y se alejaron de la multitud, que se concentraba entre las mesas del bufet y las bebidas.

Sam se puso de puntillas y depositó un beso en sus labios. Él le acarició el cuello.

—¿Sabes lo último que me dijo? Que tuviera hijos, para que conociera la grandeza de ser padre. Quería que supiera lo que es sentirse orgulloso, como él lo estaba de mí.

—Imagino cómo debes de sentirte.

—Durante aquel verano, aunque éramos muy jóvenes, a veces me imaginaba teniendo hijos contigo. Era increíble soñar despierto. Me imaginaba orgulloso de ellos porque se parecían a ti. Mis hijos eran niños con talento, como su madre.

A Sam se le partió el corazón al oírlo. Se secó la humedad de la comisura

de los ojos y apretó los labios sobre los suyos.

—Jasper, tengo que contarte algo de nuestro pasado. Algo nuestro, de los dos...

—¡Sam! No te encontrábamos.

Jasper y ella se separaron y miraron a Lisa.

—Te buscan, Sam.

Se le heló la sangre. Quien la buscaba y permanecía callado al lado de Lisa no era otro que Ryan Blake.

—Enseguida vuelvo, Jasper.

Y fue a su encuentro.

No es que le apeteciera tomar una copa en compañía de Ryan, como él acababa de sugerir cuando ella lo detuvo porque no era el lugar ni el momento para andarse con excusas. Era obvio para qué había acudido hasta allí, y Sam estaba de acuerdo en una cosa: había llegado la hora de hablar. Estaba deseando oír sus explicaciones, y Ryan le debía unas cuantas.

Le pidió que la siguiera y, con él pisándole los talones, regresó adonde aguardaba Jasper. Sam los presentó, era lo mínimo que podía hacer dadas las circunstancias.

—Jasper, te presento a Ryan. Es editor, trabaja también en la editorial.

Se estrecharon las manos.

—Un placer —dijo Jasper—. Sam me ha hablado alguna vez de ti.

Ryan lo miró con falsa extrañeza.

—Es curioso, a ti, en cambio, nunca te ha mencionado.

Sam habría dado lo que fuera por hacerlo callar; ¿cómo podía ser tan irrespetuoso en ocasiones?

—No le hagas caso. Por supuesto que le he hablado de ti. Muchas veces. A Ryan hay que conocerlo para comprender su sentido del humor. Espérame en

el coche, voy enseguida. Tengo que hablar con Jasper.

—No tardes. Adiós, y lamento tu pérdida.

Cuando se alejó, Jasper se encaró con ella.

—Éste es el que *no te esperaba* en Nueva York. Que se ha cansado de *no esperar* y por eso ha venido a buscarte.

—Me ha pedido que vaya con él. Una copa, para hablar y aclarar las cosas.

—Aclarar las cosas con un tipo que te da órdenes, ¿o soy yo el que no ha oído el «por favor»?

—Jasper, prefiero dejarle las cosas claras. Espero que me comprendas.

—Es complicado comprenderte. Te vas de copas con el mismo que te la jugó. ¿Cómo te rebajas tanto? Olvidas que fue él quien te quitó tu novela.

—No perdono que traicionara mi confianza. Pero, si te soy sincera, ahora reconozco que mi maravillosa novela no valía tanto.

—No perdamos el tiempo, que ese Ryan te está esperando. Me contabas algo importante y te has quedado a medias cuando han llegado mi madre y tu visitante.

Sam le puso las manos sobre las solapas de la chaqueta.

—Ahora no es el momento, Jasper. Hablaremos, te lo prometo. Pero quería que me dijeras si te gustaría leer lo que llevo escrito, me importa mucho saber si te gusta.

Jasper le apartó las manos de su pecho.

—Dáselo a leer a él. Es editor. Mi opinión de paleta no va a servirte para nada.

Muy en su estilo, la llegada de Krystle McCoy fue un tornado de simpatía que arrasó con todo bicho viviente desde el mismo momento en que las ruedas del coche de alquiler atravesaron los límites del pueblo. Ella encarnaba el encanto de la clase alta neoyorquina. La auténtica, no la de los soberbios,

puesto que los buenos modales y la amabilidad no tenían que ver con el dinero. Con su saber estar, su sereno tono de voz y su cálida gentileza, rindió a sus pies a cuantos se cruzaron en su camino.

A todos menos a una en particular. Sam la vio bajar del coche, con aquella elegancia suya de modelo de *Vogue*, incluso vestida con unas zapatillas playeras y un pantalón pitillo de algodón. Se acercó a recibirla y se cruzó de brazos ante ella.

—Si seguís viniendo, al final va a acabar aquí todo Nueva York.

—¿Qué clase de recibimiento es éste? Anda, ven y dame un beso, que llevo un montón de tiempo sin verte.

Sam lo hizo y se dejó abrazar por ella.

—Ni una llamada —le reprochó.

—No he estado de buen humor.

—¿Y ahora?

—No sé qué decirte.

—¿Quieres que me marche?

Sam adoptó una actitud más amable. A veces le gustaría ser de otra manera, menos directa. Porque la sinceridad hería a los demás y entonces le entraban los remordimientos. Tenía que aprender a ponerse en el lugar del otro.

—Anthony lleva con dolor de estómago desde que vino a verte. Está de un humor insoportable, no habla... Está dolido.

—Lo siento. Y lo digo de verdad.

—Estaría bien que se lo dijeras a él.

—Él tampoco me llama a mí.

Krystle se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolso.

—¡Ay, madre mía! ¿Por qué seréis tan iguales? —farfulló con impotencia—. ¿Hay alguien en la casa?

—Sí, Simon y Lisa. Jasper está en los pastos. Ya sabrás que su padre murió.

—Me lo contó Ryan —comentó sin más explicación—. Acompáñame, debo

saludarlos. No está bien que me presente aquí sin avisar y me marche sin decir al menos «buenos días». Porque después te vienes conmigo.

—¿Adónde?

—A pasar el día juntas. A hablar de cosas importantes.

—Krystle, no es buena idea. No tengo ganas de discutir.

—¿Me has visto discutir alguna vez? No me mires con esa cara de preocupación —pidió sonriente—. Te traeré de vuelta antes de que ese coche que he alquilado en el aeropuerto se convierta en calabaza.

Llevaban más de diez minutos en la carretera y ninguna de las dos había abierto todavía la boca. Krystle se decidió, puesto que para hablar era para lo que había ido hasta allí.

—Hablé con Ryan —dijo, y echó una mirada a Samantha, inmutable a su lado—. Sé que ha venido a hablar contigo.

—Ya sois dos.

—No te hagas una idea equivocada. Hablé con él en Nueva York. Ni hemos venido juntos ni esto es un plan. Él tendrá sus motivos para estar en Texas, que desconozco. Yo sé los míos.

Sam continuó sin despegar los labios.

—Me contó que sigues culpándolo del hurto de tu novela inédita —informó. En vista del silencio de Sam, continuó—: Antes de que sigas disparando tu revólver a diestro y siniestro, tengo que confesarte algo importante. Fui yo quien le pasó tu manuscrito. La ladrona que buscas soy yo.

Sam tensó la mandíbula. «¿Cómo?» Hizo funcionar la memoria a toda velocidad. No, no encubría a Ryan. Podía ser. ¿Cuántas veces había dejado el portátil abierto y con la contraseña puesta en la cocina de la casa familiar? Cientos. Krystle podría haber investigado el contenido y copiado los archivos que hubiera querido. Cuando estaba en la piscina, sin ir más lejos. No tenía

razón para mentir. Pero ¿con qué intención? ¿Merecía la pena destruir su confianza mutua de una vida entera a cambio del éxito editorial del presentador usurpador?

—¿No vas a decir nada?

—Sólo dime por qué.

—Por tu bien.

—¿Y quién eres tú para decidir qué es bueno o malo para mí? ¡Mierda, Krystle! ¡Era mi novela! ¡Mi obra! ¡Mi decisión!

—Tesoro, de toda la inmensa colección de palabras que almacenas en esa cabecita privilegiada, intenta usar sólo las que suenan bien, te lo ruego.

A Sam no le sentó bien su derroche de fina ironía.

—No me trates como a una mocosa.

—Deja de comportarte como una niña enfurruñada si quieres que hablemos de mujer a mujer.

Krystle miró la hora en el reloj del salpicadero. Aún les quedaban por delante al menos dos horas juntas y encerradas en el coche. La conocía bien, tanto no le duraría la ira. Sam no era tan rencorosa.

—Podrías haberte sincerado conmigo y evitar que me enfureciera con Ryan. Aunque él te tapó, buscaste un buen socio. Negocio es negocio.

—Y no se equivocó.

Sam se apartó una lágrima con rabia al recordar que el libro, ¡su novela!, era un éxito.

—Sam, lo has hecho muchas veces —apuntó Krystle con dulzura al verla luchar con la rabia y la desolación—. Has brindado por el éxito de otros libros escritos por ti y firmados por otros.

—¡Pero ésta era la primera parte de mi trilogía! Mía, ¿entiendes? Ésta fue la primera que no escribí por encargo ni en la sombra —aclaró furibunda, y giró el rostro hacia Krystle—. No me has contestado. ¿Por qué me cuentas esto aquí y ahora?

Siguió con las manos al volante, conduciendo sin perder la calma.

—Porque sé que de aquí no puedes huir. Y no vas a cometer la estupidez de saltar del coche en marcha.

—Yo no huyo de los problemas.

Krystle maldijo entre dientes al conductor de un coche que la adelantó con temeridad.

—Cielo, has venido al otro extremo del país para huir de todo esto.

Durante los siguientes veinte kilómetros, Sam permaneció callada y Krystle respetó su silencio.

—Nunca me has tenido ni una pizca de respeto —afirmó Sam, con la mirada en el horizonte—. Nunca has dado valor a mi opinión; a la vista está, que no te ha temblado la mano a la hora de arrebatarme mi novela, negociar con ella a mis espaldas y destruir mi ilusión.

—He venido para explicarte mis motivos. Equivocados, seguramente, lo reconozco. Fue una canallada no hablar contigo y decidir por mi cuenta y riesgo. Espero que me escuches y algún día, aunque sea dentro de cincuenta años, entiendas que mis intenciones eran buenas.

—Déjate de discursitos para estúpidos, no estás delante de un micrófono —zanjó Sam con acidez—. Mi opinión nunca te ha importado. No respetaste ni mi nombre.

—Sigues apellidándote Larson por respeto.

—No respetaste el que me puso mi madre.

—Cielo, ¿en serio me sales con eso ahora? ¡A mí me gusta Sam! Te quedaba perfecto con aquella sonrisita pilla —recordó con tono de disculpa—. No lo he hecho muy bien contigo, ¿verdad? Me habría gustado ser mejor madre, perdóname si no supe. ¿Quieres que te llame Samantha a partir de ahora? Sabes que me gusta más Sam, pero si con eso consigo que dejes de mirarme con resentimiento...

—A estas alturas, ya da igual.

Krystle negó con la cabeza.

—Ojalá lo hubiese sabido entonces. Hay tantas personas que no están

contentas con su nombre... ¿Crees que a mí me gusta llamarme igual que una de aquellas petardas de «Dinastía»?

—No sé qué es «Dinastía».

—Un culebrón que daban por televisión cuando tú aún no habías nacido. Agua pasada.

—Ahora que hemos aclarado las cosas, que me consideras tan tonta que te crees con derecho a decidir por mí, quitarme mi obra y dársela a otro, dime al menos adónde vamos. Hace dos horas que hemos salido del rancho Blanchard. Muy lejos me llevas para ir con lo puesto, ¿no?

—Huy, cielo, no hemos aclarado todavía nada de nada. Aún nos queda mucho por hablar, y el día es largo. En cuanto a nuestro destino, vamos a hacer algo que siempre he querido y nunca me he atrevido a hacer. Y, por suerte, en Austin es legal.

—¿Es Austin el destino misterioso?

—La capital es una de las pocas ciudades de Texas, y del país en realidad, cuyas leyes reconocen nuestro derecho como mujeres a decidir.

—Sin intrigas, te lo suplico.

Krystle sonrió como lo hacen las damas valientes cuando están a punto de cometer la travesura de su vida.

—Siempre he querido y nunca he tenido valor. Pero hoy sí. Vamos a tomar el sol en toples.

Sam abrió la boca para nada, porque acababa de quedarse muda de asombro.

Antes de llegar a su destino, se detuvieron en Macy's para comprar unos bikinis, chanclas, protector solar para el rostro, para el cuerpo, una revista, la prensa del día, dos enormes toallas ligeras, una lima de uñas, un peine de púas anchas, loción repelente de insectos, unas carteritas diminutas que no servían

para nada pero eran monísimas, un gorro de paja para Krystle y una enorme bolsa playera donde meter todos esos cachivaches. Los trajes de baño se los pusieron en los probadores de los grandes almacenes.

Una vez provistas, atravesaron la ciudad hasta llegar al parque Hippy Hollow, a orillas del lago Travis, zona reservada a mayores de edad donde se permitía el nudismo.

Sam fue a uno de los quioscos a por dos vasos grandes de té helado y unos bocadillos que consumieron sobre el césped después de lanzar el pudor al mismo rincón que la parte de arriba de sus bikinis y disfrutar de un largo baño con los pechos al aire.

—Quiero aclarar una cosa —dijo Sam, acabado su bocadillo—. Yo no vine a Texas huyendo de vosotros. Vine en busca de una historia.

—Y lo celebro. Llevo años esperando que la descubrieras y te enamoras de ella.

—Eso significa que ya conocías la historia de la abuela de Jasper. ¿Te la contó el profesor Farrell?

—No, no fue él. Fue otra persona muy importante en un momento de mi vida —reveló; no continuó con las confesiones y se centró en otro asunto—. Louis me dijo hace tiempo que su padre quería encontrar un escritor que convirtiera en novela la vida de Mary Farrell.

—No sabía nada.

—Ya sabes que sigo asistiendo a sus seminarios, y durante estos años hemos forjado una buena amistad. Fui yo quien le propuso a la persona ideal para escribir ese libro —reveló, e hizo una pausa para paladear un sorbo de té—. Él habló de ello con su padre y, por eso, el señor Simon Farrell y su nieto viajaron desde tan lejos para pedirte que lo hicieras. Pero tú te negaste entonces. Y hoy, finalmente, se ha cumplido mi intuición de entonces. Sabía que te enamorarías de la historia en cuanto la leyeras a fondo.

—Me conoces bien.

—A pesar de no haber sido la mejor sustituta de la buena de Jane —

reconoció.

—Jamás he dicho tal cosa.

Krystle se abrazó pensativa las rodillas.

—Sam, nunca se me ha dado bien la empatía en las distancias cortas. Y tú parecías más feliz en la cocina que conmigo en el salón.

—Nunca quise molestarte cuando leías.

—No lo hacías. O sí. Leer era mi trabajo, siempre lo ha sido. Por eso necesitaba concentración. Cuando leo, estoy trabajando.

Era la pura verdad. Krystle había colaborado toda su vida con su marido como lectora profesional en McCoy & Son. Ella era la que elaboraba informes, descubría talentos, desechaba manuscritos que no alcanzaban el nivel de publicables, descartaba los que no se ajustaban a las líneas editoriales de la empresa. Tantos años llevaba haciéndolo que todo el sector editorial envidiaba a Anthony McCoy por contar con Krystle y su fina intuición. Ryan Blake, buen alumno suyo, aunque no se dedicara a la selección de manuscritos, ponía la maquinaria en marcha para convertir sus elecciones en éxitos.

—Yo entonces era pequeña y no me daba cuenta de eso.

—Lo imagino. Y ahora voy a contarte por qué te quité de las manos tu obra tan querida —anunció—. Es buena, muy buena como producto. La prueba es su éxito.

—No me lo recuerdes —masculló Sam entre dientes.

—Pero tú puedes aspirar a mucho más. A escribir se aprende escribiendo y leyendo. Llevas años haciendo eso, puliéndote como escritora aunque tu nombre no figure en la cubierta de ningún libro. Conoces la técnica a la perfección, dominas el manejo de los tiempos, usas con destreza la inflexión de la acción y todos esos trucos para enganchar al lector y que no pueda parar de leer. Pero ahora estás preparada para crear una novela que cuando la leas te quite el aliento y dudes incluso de haberla escrito tú. Es tu momento de escribir usando todas esas herramientas que dominas, pero siguiendo el

errático dictado de tu corazón y que una parte de él quede en la novela. Eres una excelente narradora, Sam, es hora de ponerle alma.

—Le puse alma a mi trilogía.

—No, Sam —contradijo Krystle con tiento, por ser excesivamente sincera—. Le pusiste precisión matemática. Tú puedes llegar a donde te propongas en el mundo de la literatura. Y no hablo de medallas y ventas, aunque toda la edición acabara en un almacén. Recuerda que Van Gogh sólo vendió un cuadro en vida.

—Menudo panorama —farfulló, guardando los restos del almuerzo en una bolsa de papel.

—Todo escritor necesita inspiración, y eso no es otra cosa que encontrar un filón. La historia que contar que lo hechice y lo abstraiga en esa locura que sólo los que escribís conocéis. Estaba segura de que ese filón, ese diamante en bruto, lo encontrarías en ese pueblo perdido de la mano de Dios. Por eso te empujé hacia aquí cuando estudiabas en la universidad. Entonces no lo viste, pero ahora sí, ahora está en tus manos.

—¿Cómo es que entonces ya sabías lo que le ocurrió a Mary Farrell?

—Ay, Sam, hay tantas cosas que no sabes... —dijo mirándola a los ojos—. Yo también fui joven. Hubo un hombre al que amé con locura. Me contó algunas cosas sobre su familia, sobre su madre. El texano más apuesto y más bueno que ha existido.

Sam parpadeó dos veces. Por la edad que tenía, sólo podía referirse a uno de los hijos de los Farrell.

—¿Chance Farrell?

—El amor de mi juventud.

—Tú eres la novia de Chance que Mary y Simon no llegaron a conocer —comprendió con asombro.

—¡Sólo teníamos diecinueve años! —lamentó Krystle con una triste añoranza que sustituyó por una sonrisa gracias a los recuerdos—. No creas

que no pude superarlo. Me casé con Anthony absolutamente enamorada. Pero es difícil olvidar el primer amor.

—¿Él lo sabe?

—Por supuesto. Y siempre ha respetado que el recuerdo de Chance viva en un rincón de mi corazón. Ahí demuestra el gran hombre que es.

—Suenan todo tan increíble... —murmuró Sam, sujetándose la cabeza con las manos—. Así, eres tú quien encarga de que lleven flores a su tumba cada mes.

—No, ni siquiera lo sabía. Sólo volé hasta aquí una vez para ver su lápida. Después me casé y llegaste tú. Desde entonces, me acuerdo de él como lo conocí. Él sigue joven para toda la eternidad y, en cambio, yo me miro al espejo... —Eché un vistazo a su alrededor y sonrió, presumida—. Aunque veo que aún tengo mi público, no está todo perdido.

Sam se echó a reír al observar a un trío de lobos solitarios a la caza de alguna ovejita tontuela que no quitaban ojo a sus pechos desnudos. Se levantó y fue al agua para refrescarse, el sol calentaba de una manera insoportable. Cuando regresó al césped, Krystle se había tumbado en la toalla y disfrutaba del baño de sol con los ojos cerrados.

—Tú vivías en casa, en Malba. Y Chance Farrell aquí. ¿Cómo os conocisteis?

—Ya sabía también que te intrigaría y querías saber más. Si deseas añadir estos detalles a la historia de su madre, hazlo sin miedo —concedió con los ojos abiertos y girando el rostro sonriente hacia ella—. En 1982 se anunció en Nueva York un desfile militar, en honor de los caídos en Corea y Vietnam. Bertha, como sabes, vivía con nosotros en casa de mis padres y se empeñó en que la acompañara a presenciarlo. Un chico de su pueblo desfilaba con la fuerza aérea, quería verlo desde lejos y temía confundirse con las líneas de metro. Así que la acompañé. Nos colocamos al final del recorrido. Ella se presentó a él; aun siendo de Liberty, los dos no se conocían. Aquel chico tan guapo se me presentó y, en fin, que hubo química entre nosotros desde el

primer minuto. Nos vimos al día siguiente y al otro y al otro, hasta que Chance tuvo que regresar al cuartel. Estaba destinado en Nueva Jersey. Cada permiso y día libre que tenía, venía a verme desde Fort Dix. Intercambiamos muchas cartas, si quieres leerlas algún día, tuyas son. Eres la única hija que tengo, postiza —bromeó.

—Las hijas postizas son igual que las otras. Mary y Simon Farrell quisieron a Chance tanto como a sus otros hijos.

—Ella lo adoraba, era su hijo mayor, él me lo decía a menudo. Su soldado —recordó perdida en la nube del tiempo pasado—. ¿Sabes una cosa?, nunca llegamos a hacer el amor. Y, cuando murió, lamenté no haber sido más atrevida. Deseé estar embarazada, haber tenido un hijo suyo.

—Hay que ser muy valiente.

—Muchísimo, la condena social debe de ser un infierno. Sam, no quiero que pienses que no te adoptamos por alguna razón malévola, si es que por ahí has oído cosas equivocadas. Te prohijamos por respeto a tu madre. No podíamos quitarte su apellido, lo único que ella te dejó. Jane sí fue valiente, te trajo al mundo sola, y no queríamos que lo olvidaras nunca. Además, da lo mismo, no tenemos más hijos, así que tú lo heredarás todo.

—No tengo ganas de hablar de eso. Porque significará que habréis muerto, y odio pensar en esas cosas.

Krystle estuvo de acuerdo, estaba disfrutando del primer toples de su vida. No era día de hablar de la muerte.

—Y no quiero la editorial, lo que me gusta es escribir. Dirigiéndola yo, la arruinaría en dos meses. Espero que para entonces Anthony la haya vendido a uno de los grandes grupos del mundillo.

—Antes posaría desnudo para la portada de *People*. Jamás venderá la editorial que fundó su abuelo.

—Hablando de desnudos: ¿Vamos a contarle esta aventura de las tetas al aire?

—Se lo dije antes de volar a Houston. Es un hombre de mente abierta,

aunque no lo aparente —aseguró Krystle—. Y, si te animas a repetir, hay en Texas dos sitios más donde tomar el sol sin la parte de arriba. Una playa en Galveston y un *resort* al norte de Houston.

—¡Pero bueno! Y, estando ambos a menos de una hora de carretera, ¿me has traído hasta Austin?

Krystle encogió un hombro.

—Me gusta conducir. Y necesitaba tiempo y un largo camino para sincerarme contigo.

—No deberías haberme hecho eso, Krystle.

Ella desvió la mirada. Sabía que se refería al manuscrito de su novela.

—Lo sé. Aun así, voy a hablarte con la mano en el corazón. ¿Crees que tu libro se habría vendido tanto sin la campaña de marketing que lleva detrás?

—Nunca lo sabremos.

—No sé cómo decírtelo, cielo. Seré directa. Todos los escritores, aun con la euforia de la palabra *fin* en las retinas, creéis que habéis escrito el bestseller del siglo. Por fortuna, para los que nos dedicamos a esto, muchos libros son del agrado de miles de lectores. Pero los hay que no. El tuyo es bueno, pero no lo mejor que puedes escribir.

—Que se olvide ese sujeto de las otras dos partes de la trilogía. Que las escriba él o se las encargue a otro fantasma.

—Acéptame un consejo, Sam, ahora que Anthony no me oye. Olvídate de las trilogías, cuenta todo lo que tengas que contar en un solo volumen. No hay ninguna, y he leído bastante en esta vida, que no haga aguas por algún lado. Y si es por el dinero, no tienes de qué preocuparte. Se te ingresa tu porcentaje.

Se refería al que pactaba mediante contrato como autora en la sombra, cuando no se trataba de un pago único a cantidad fija. Ella era de los más reputados, y sus honorarios estaban muy por encima del porcentaje que se barajaba en el sector. No tenía que ver con su relación familiar; en la empresa mandaban los resultados a fin de ejercicio. Por escribir las memorias de un

político que llegó a vicepresidente le pagaron una suma de cinco cifras de adelanto, el doble que al supuesto autor.

—Tendré en cuenta tu consejo. En cuanto a lo otro, soy consciente, compruebo a menudo el saldo de mi cuenta. Y te consta que no es el dinero lo que me importa. Es una cuestión de confianza.

—Anthony no sabe nada. Cúlrame sólo a mí, soy la única responsable.

—Y Ryan, por ocultarme la verdad, y Anthony, por mirar hacia otra parte.

Krystle le cogió la mano.

—Lamento de verdad lo que hice. Pero ya no tiene remedio.

Sam sintió remordimientos. Exigía confianza cuando ella nunca había compartido el suceso más triste de su vida con su familia, porque lo era, llevara sus apellidos o no.

—Yo también tengo que contarte algo que no sabes —anunció—. Hace ocho años me quedé embarazada y perdí al niño.

Krystle se incorporó de golpe, sin importarle la sacudida que dieron sus pechos ni las miradas que podía atraer.

—No deberías haber pasado por ello sola, Dios mío. ¿Por qué no nos lo contaste? Te habríamos apoyado en todo. En todo —recalcó con énfasis y preocupación.

—Porque, desgraciadamente, no hubo nada que contar.

—Ay, cariño, el padre era Jasper Blanchard, ¿verdad? Bertha me decía por teléfono que aquel verano no os despegabais el uno del otro. —Sam asintió en silencio—. ¿Él lo sabe?

—No.

—Tiene derecho a saberlo —insistió—. Busca el momento y habla con él antes de regresar a casa. Y tú, ¿estás bien?

—Han pasado ocho años. Pasó, es mejor mirar hacia delante.

—Tienes razón. Y, ahora, vamos a disfrutar de este maravilloso día, si es que vuelve a salir el sol, maldita nube.

Sam se tumbó de lado de cara a ella, con el codo en el césped y la mejilla

apoyada en la mano.

—Pensemos en el futuro —prosiguió Krystle con su habitual carácter animoso—. Y en esa historia estupenda que estás escribiendo y en las alegrías que te dará. Voy a cruzar los dedos, ya me veo yendo a la ceremonia cuando te den el Premio Pulitzer. Ese día, sé que tu madre te mirará orgullosa desde allá arriba —concluyó, mirando hacia el cielo.

—¿El Pulitzer? Sigue soñando.

—A veces los sueños se cumplen, no lo dudes. Mira qué bien, vuelve a lucir el sol.

Sam se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Krystle se hacía visera con la mano, tanteando con la izquierda a ver si encontraba dónde había dejado las gafas de sol.

—Ese rayo de sol es mamá, que te da las gracias —aseguró—. Por cuidar de mí y por soñar conmigo.

Krystle no quiso quedarse, prefirió tomar el último vuelo de regreso. Con ese plan había llegado y no hubo manera de convencerla de que se quedara una noche al menos. Sam sabía que estaba preocupada por el desánimo de Anthony y no quería dejarlo solo.

De regreso a Liberty, no dejó de pensar en el último consejo que Krystle le había dado al despedirse antes de pasar por el control de seguridad. Sam comentó medio en broma la dependencia que tenían el uno del otro, que ni una noche quería pasar sin la compañía de Anthony. Krystle la sacó de su error; ella y su marido eran una simbiosis, compañeros de vida e ilusiones, pero de igual a igual.

—Sam, no permitas nunca que un hombre te anule —le dijo antes de despedirse con un beso.

Todo el camino condujo pensando en ello e, inevitablemente, asociaba con

ese pensamiento el nombre de Ryan. Con su perfección, su maniático sentido del orden y su opinión categórica acerca de lo correcto y lo incorrecto. Empezaba a darse cuenta de que estando con él se sentía a su merced, como si su parecer careciera de valor.

Pero no era ése el hombre que le preocupaba, sino otro, uno que, sin verlo, imaginaba ocultando su malestar. Uno que siempre cargaba con los pesares por dentro, disimulados detrás de una fachada de fuerza y seguridad. Dejó la camioneta en la cochera y miró hacia la casa. Las luces estaban apagadas, señal de que todos dormían a esas horas. Paseó hacia el camino bordeado de álamos que llevaba a los vallados y se sentó al pie de uno de ellos, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el tronco.

Miró la hora en la pantalla del móvil. En Nueva York era ya la una de la madrugada. Marcó a pesar de lo intempestivo, a Anthony le gustaba leer hasta bien tarde.

—Soy Sam, ¿te he despertado?

—No.

—He dejado hace un rato a Krystle en el aeropuerto.

—Gracias por el detalle de llamar, aunque sólo sea para informarme.

Sam se armó de paciencia, no tenía el ánimo para reproches.

—Aprovechemos el momento, ya que estamos. Tenemos que hablar —dijo con tono conciliador—. Tú y yo.

—Como quieras, pero te advierto que si vuelvo a oír que has sido para nosotros una obra de caridad, te juro por lo más sagrado que colgaré y no volveré a pronunciar tu nombre en lo que me resta de vida.

—Perdóname por decir esas cosas tan horribles. Era mi rabia la que hablaba y la parte más estúpida de mí.

—Tú no eres estúpida, eres la princesa lista de este castillo.

Ella notó que se le agolpaba la congoja en la garganta.

—No nos pongamos sentimentales, ¿vale? Que ni a ti te pega ni yo pienso llorar.

Pero lo hizo, durante toda la conversación. Cerca de una hora en la que se dijeron, se reprocharon y se pidieron perdón. Lloró cuando le confesó su embarazo juvenil y el aborto que acabó con el incipiente sueño de ser una madre amorosa como la que la trajo al mundo. Sus lágrimas dejaron de manar cuando terminó la llamada, con una intensa paz y el corazón convencido de lo importantes que eran el uno para el otro.

Una semana después, era Anthony el que castigaba el teléfono. Sam había ido al pueblo a comprarse cuatro tonterías, cuando comprobó el móvil y vio que tenía diez avisos de llamada. Cuando escribía, tenía costumbre de ponerlo en silencio, y a veces se le olvidaba volver a conectar el sonido.

—He leído el borrador que me enviaste, Sam —le espetó sin saludo previo.

Tras la conversación de aquella madrugada a los pies del álamo, Sam le había enviado por correo electrónico el borrador del proyecto de novela que tenía a la abuela Mary Farrell como protagonista. Como gesto de buena voluntad y confianza hacia él, aunque en el fondo de su ser aún tenía miedo de compartir cualquier texto inédito después de lo sucedido.

—Tu opinión me importa, ya lo sabes.

—Empezaré diciéndote que, lícito o no, me alegro de haber quitado de tu horizonte la trilogía que tanto estimabas.

—No empecemos, que...

—Si aún tuvieras en la cabeza esas novelas, no habrías creado algo tan extraordinario como lo que tengo ahora mismo en las manos.

—¿Te gusta?

—Me apasiona lo que he leído y me provoca taquicardia intuir lo que puede llegar a ser. Lo que has escrito hasta ahora, para otros o para ti, tiene gracia para enganchar al lector, son novelas con tirón porque eres muy buena.

Pero esta incipiente novela, además de todas esas virtudes, tiene estilo. Tu estilo —recalcó—. Y, lo más importante, tiene alma.

—¿Lo dices de verdad?

—Nunca te he mentado. Jamás lo haría respecto a temas literarios. Y sabes mejor que nadie que no dirijo la editorial como un santo compasivo. Lo que vale, adelante, y lo que no, a la destructora de papel, sin piedad. Voy a pelear por ese texto, Sam. Ponte a ello en cuerpo, alma y corazón.

Podía hacerlo. Soltarle a la cara su dulce venganza. Anthony acababa de ponérselo en bandeja. Su interés era serio, el ansia canina del editor en busca del manuscrito que lleva tiempo deseando, esa locura maniática que lo seduce hasta el punto de mostrar su debilidad delante del autor. Sam tenía ante sí su minuto de gloria, la ocasión de devolverle el puñetazo en pleno rostro por lo que le habían hecho con la primera parte de su trilogía. Podía continuar sus planes iniciales y, ¡qué gusto!, darle su nueva obra a un grupo editorial competidor. ¿Merecía la pena? Sería una venganza que le causaría en el futuro un enorme pesar. Si algo había aprendido escribiendo la historia de la abuela Mary era la inutilidad del rencor.

—Dame tiempo —le dijo, y sintió que se liberaba de un gran peso interior.

—No.

Sam sonrió porque sonó como un disparo. Le hablaba el jefe supremo, el editor en pura esencia, el heredero de la virtud para descubrir talentos de tres generaciones de McCoy & Son.

—Trabaja duro y sin perder ni un día en distracciones —añadió con firmeza—. Quiero leerlo completo, y lo quiero ya.

Sam hizo lo propio, como todos los escritores: seguir con su plan de ir de compras porque estaba muy lejos para verla y recriminarle que haraganeara. Y lo hizo sin remordimientos, perdió su valioso tiempo de tienda en tienda, flotando en una nube de optimismo. El día lucía espléndido y se merecía darse ese capricho. Qué pocas veces se había sentido tan gloriosamente satisfecha.

En la sala de fiestas más grande de Liberty tenía lugar la celebración anual de la Asociación de Ganaderos del condado. Sam rogó a Jasper que la llevara con él. Las cosas entre ellos se habían suavizado, ella había comprendido su arranque de mal humor al ver aparecer a Ryan en la recepción posterior al funeral de Ronald. Un desconocido llegado sin avisar ni ser invitado, cuando él acababa de enterrar a su padre. Y no un desconocido cualquiera, sino el hombre que revolvía las sábanas de su cama antes que él.

Sam quería vivir sin resentimiento. Retomar su relación con Krystle y Anthony le había devuelto la paz interior. No iba a permitir que un mal gesto o el desaire de no interesarse por su manuscrito arruinaran el sólido vínculo que ella y Jasper habían forjado tras tantos años separados.

Jasper se había acercado a por dos copas de champán a la barra; mientras aguardaba, le guiñó un ojo desde allí y ella le sonrió. Deseaba con toda su alma que supiera perdonarla por no haberse sincerado con él. Krystle tenía razón, tenía derecho a saber que una vez ella estuvo embarazada de él y no prosperó. Ocultárselo a esas alturas podía entenderlo como una falta de confianza que Jasper, honesto hasta la médula, no merecía.

Agitada, notó en su lenguaje corporal que algo no marchaba bien. Su espalda erguida y rígida denotaba una actitud defensiva. Al instante supo el motivo. Ryan acababa de entrar y se dirigía hacia él. ¿Qué hacía allí? Desde la tensa conversación en que él se deshizo en excusas y súplicas, que no hicieron otra cosa que decepcionarla más, le había enviado un montón de mensajes de WhatsApp que ella había ignorado o respondido con monosílabos. Por ellos sabía que lo retenían en Houston asuntos de trabajo, pero lo imaginaba de

vuelta en Nueva York hacía días. Era obvio que no había regresado, pero ¿cómo se había enterado de la fiesta de esa noche? Sam también se preguntó cómo había logrado que lo dejaran pasar sin estar invitado y con qué motivo se presentaba allí esa noche. No podía permitir que les arruinara la velada. Sorteó a la gente para llegar al bar antes de que se produjera un enfrentamiento entre Jasper y él.

—La otra mañana te presentaste en mi casa sin avisar. Y hoy vuelves a aparecer en una fiesta que ni te va ni te viene —enunció Jasper como recibimiento—. ¿Qué andas buscando, Blake?

—A Sam, me preocupa su bienestar. Siempre la he protegido, y esta escapada neurótica le perjudica profesional y anímicamente. Prolongar esta falsedad de su nueva vida campestre no le hace ningún bien.

—Ni es una neurótica ni necesita tu protección. Sam se protege sola, y ya me preocupo yo por su bienestar.

Sam acababa de llegar y se interpuso entre los dos.

—Tanto que te preocupas por ella, ¿dónde estabas hace años, cuando la dejaste embarazada y tuvo que enfrentarse a un aborto ella sola?

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué está hablando, Sam?

Ella giró en redondo y empujó con las manos abiertas a Ryan.

—¡Cállate! No tienes derecho a contárselo. No te atañe. ¡Lo que ocurrió es algo entre Jasper y yo!

—Fue a mí a quien llamaste cuando estabas aterrorizada y sola en aquel hospital. No al culpable de la situación.

—Márchate de aquí —masculló.

Jasper la cogió por el hombro para que se diera la vuelta y poder mirarla cara a cara.

—Sam, ¿es verdad que aquel verano te quedaste embarazada?

Ella bajó la vista.

—Sí.

Él la miró sin parpadear. En su cara había una mezcla de desprecio,

desolación, decepción y rabia. Masculló una palabrota entre dientes y se marchó hacia la salida.

Sam fulminó a Ryan con una mirada dolida y salió corriendo detrás de Jasper.

—Jasper, escúchame —suplicó.

Lo encontró con las manos apoyadas en la barandilla del jardín. Se sujetaba con tanta fuerza que se le blanqueaban los nudillos.

—Ya he escuchado bastante. Me has estado ocultando durante ocho años que estuviste embarazada de un hijo mío —resumió con dolor en la voz—. Mío también, Sam. Los hijos son cosa de dos.

—Iba a contártelo, el día del funeral de tu padre.

—Y desde entonces no has visto el momento. Tampoco tuviste tiempo de decírmelo durante los últimos ocho años.

—Era muy joven y tuve miedo.

Trató de abrazarse a su cintura y Jasper la rechazó.

—Me hago una idea. Miedo de tener un hijo de alguien como yo, incapaz de asumir su educación.

—Eso no es cierto.

—¿No? Entonces ¿por qué él sí sabía algo que me afecta directamente y yo no? Ese cabrón que traicionó tu confianza ha sabido durante todos estos años algo que era asunto tuyo y mío. ¡Nuestro, Sam! De nadie más. Y a mí me has mantenido al margen hasta el punto de tener que enterarme gracias a él.

—Veo que no vas a escucharme. Has vuelto a tu actitud del día que llegué: malas caras, antipatía, amargura. ¿Tengo que esperar a que cambie el viento para que vuelvas a mostrarte amable? ¿Y después seguir temiendo que cualquier día se te cruce el genio y me des la espalda? No lo aguanto.

—Estamos igual. Yo no aguanto que me juzgues, y llevas años haciéndolo.

Primero, que si iba de cama en cama, ¿con las ganas que teníamos entonces de divertirnos y vivir sin pensar en el mañana te parecía tan raro? Nunca he engañado a nadie, jamás. Después, que tu vida estaba en Nueva York y en ella no había lugar para un texano palurdo. Luego me juzgaste un mal padre, mejor que no supiera que había engendrado un hijo. No me consideraste digno de saber que lo había perdido. Porque yo también perdí a ese hijo, Sam. ¡Llevaba mi sangre, no sólo la tuya! —bramó atormentado—. Nunca has confiado en mí. Y yo te admiraba, temía no estar a tu altura y que acabaras avergonzándote de mí. ¿Cómo has podido ser tan deshonesto conmigo? Yo nunca te he mentado, nunca, ni a ti ni a nadie.

—Te lo explicaré si me dejas hablar.

—Vuelve a esa vida tuya en la que confiáis, os traicionáis, volvéis a estrecharos la mano y, en cuanto os dais la espalda, aprovecháis para morderos la nuca los unos a los otros.

—¿Es tu última palabra?

—No, Sam. Mi última palabra es *adiós*.

—¿Estás segura?

Ryan conversaba por teléfono tumbado en la cama del hotel. Acababa de pedirle perdón a Sam por revelar su secreto al culpable del embarazo, al menos diez veces. Con todas las súplicas más sentidas que su cabeza era capaz de imaginar.

Y ahora estaba tan hundida que no quería regresar sola a Nueva York. Ahí estaba él para escoltarla y ofrecerle su hombro. Estaba seguro de que tarde o temprano regresaría a casa. Y Anthony McCoy se lo iba a agradecer, no olvidaría que había sido él quien la había llevado de vuelta a su sitio y la había ayudado a recobrar la sensatez.

—Como quieras. Sacaré los billetes para esta misma tarde —decidió.

¿Cuánto le había durado el enfado? ¿Diez horas? No tantas. Una noche, en definitiva, y, una vez más, volvía a darle la razón. Ni un día más tendría que pasar en aquel lugar tan insulso y pueblerino.

—No tienes que preocuparte de nada. Yo me encargo de todo, iré a buscarte. En cuanto tenga el horario del vuelo, te aviso —la tranquilizó—. Y no, ahora no, ya hablaremos de ello. Sonríe, Samantha. Volvemos a casa.

Miró la pantalla silenciosa y dejó el móvil sobre el colchón con una sonrisa triunfal.

Sam también dejó su móvil a un lado. Pero sin euforia ni alegría en el rostro.

Bertha observó preocupada su maleta abierta sobre la cama del dormitorio que había ocupado esa noche. Se había presentado por sorpresa, cargada con todo su equipaje y las mejillas bañadas por las lágrimas.

Había llorado mucho. Incluso había tenido que darle una pastilla para dormir de las que tomaba ella, a fin de que descansara unas horas. Porque la había estado oyendo hasta pasadas las dos de la madrugada. Con el nuevo día, no parecía más animada. No le gustaba verla así.

—Siento haberte ocasionado esta molestia, de verdad.

—Qué molestia ni qué molestia. ¿Es cierto que te vas?

Sam asintió y encogió un hombro. Había estado escuchando la conversación con Ryan.

—Con ese Ryan, por lo que acabo de oír.

—En el mismo vuelo, regresamos juntos, eso es todo. Me ha fallado dos veces, pero siempre ha estado ahí, durante años, cada vez que lo he necesitado.

—¿Sin despedirte de los Blanchard?

—Es imperdonable, lo sé. Después de lo bien que se han portado Lisa y

Simon conmigo. Pero ahora mismo por nada del mundo volvería a poner un pie en ese rancho.

—¿Tan mal recuerdo te deja?

—No quiero arriesgarme a cruzarme con Jasper —declaró con aire agotado.

Terminó de plegar el camisón, lo guardó en la maleta. Bertha observó en silencio cómo guardaba también la bolsa de aseo y algunas cosas más.

—Todas las parejas discuten.

Sam sacudió la cabeza. Cerró la maleta y la bajó de la cama.

—Lo sé. Pero no como si cada discusión supusiera el fin del mundo. No quiero que mi vida se convierta en un mar de problemas, con el consiguiente sinfín de disputas y malentendidos —explicó—. Quiero vivir en paz, no puedo dejarlo todo a cambio de una existencia llena de reproches por afrentas pasadas. No quiero más lágrimas.

Bertha mostró una mueca conformista. Pero, a su edad, ya no se guardaba sus opiniones para sí.

—A veces, una vida cómoda no es la mejor opción. Si pudiera regresar al pasado, no sería la que yo escogería.

Jasper no esperaba encontrar sobre su cama aquel montón de folios impresos. Nunca había sentido especial afición por la lectura, de hecho, nunca había conseguido terminar un libro de más de cincuenta páginas. Sin embargo, esa noche la pasó en vela leyendo el borrador sobre la vida de su abuela escrito por Sam. No supo ni quiso preguntar quién había dejado aquellas páginas sobre su cama. Podría haber sido su abuelo, su madre o la propia Sam.

Y después de una noche en blanco, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y por las lágrimas, ¿por qué no reconocerlo?: de rabia, de emociones

insospechadas, de ternura, de alegría. De todos los sentimientos que le provocaban aquellas vivencias desconocidas, injustas o dichosas, como las que hay en todas las vidas. En aquellos capítulos sueltos, aún sin un hilo conductor que los convirtiera en una historia completa, se concentraban las vivencias de dos personas a las que tanto quería. Su abuelo tenía razón al insistir en honrar la memoria de la abuela Mary. Pobrecita, tan buena con todos, y que murió sin ella, sin recuerdos.

Todavía se acordaba de la última vez que había bailado con ella, antes de que la enfermedad la postrara definitivamente en una silla de ruedas. Ella ya no lo reconocía, pero Jasper vio que era feliz girando en sus brazos y dejándose llevar por él. Cuántas injusticias había descubierto esa noche hacia su persona. Durante todos los años que había compartido con ella, nunca notó que hicieran mella en su carácter. Nunca faltó una sonrisa en sus labios cuando recordaba al tío Chance.

Cómo envidiaba la sensibilidad de Sam. Él, que había compartido tantos años con la abuela Mary, no habría sido capaz de retratarla con tanta precisión. Y Sam, que ni siquiera llegó a conocerla, había intuido o imaginado detalles de la abuela que lo impresionaron al leer algunos pasajes. En ocasiones, esa noche pasada en vela devorando párrafo tras párrafo, sintió que la veía en sueños.

Jasper dejó las hojas sobre la mesilla de noche, bien apiladas, con mimo, porque la historia que contenían era un tesoro familiar. Si algo había aprendido de aquella lectura era que el resentimiento es el peor veneno para el alma. Y que el perdón es la única manera de rozar siquiera la felicidad. Siempre le estaría agradecido a Sam por esa valiosa enseñanza, por abrirle los ojos. Después de leer durante toda la noche, comprendía la inutilidad del rencor.

Pensó en enviarle un mensaje, pero las palabras no eran su fuerte. Nunca lograría expresar lo que sentía. Y no tenía el ánimo para largas conversaciones. Ni para discutir, pero antes de bajar a desayunar y comenzar

aquel nuevo día de su vida sin ella, necesitaba aclarar una duda que le hería el alma.

Sam no recibió con agrado su llamada. Jasper no se lo reprochó, y se dio prisa en intervenir para que no le colgara sin más.

—No, Sam, no es eso lo que quiero. No cuelgues todavía —rogó—. Sólo respóndeme una pregunta, es lo único que te pido.

Aguardó unos segundos sin interrumpirla, estaba muy dolida.

—Dime la verdad. Aquellos días, cuando tú y yo cuidábamos de la pequeña Carlie, a veces te ponías triste y entonces no quisiste explicarme por qué. ¿Toda esa tristeza que veía en tus ojos era porque te acordabas de ese hijo tuyo y mío? Deseaste ese hijo, ¿verdad, Sam? Nunca lo consideraste un error.

La escuchó y, tras murmurar una parca despedida, dejó el teléfono sobre la cama y se metió en la ducha con una intensa sensación de paz en el alma y la cabeza hecha una maraña de nuevas dudas.

Simon ojeaba el periódico sentado a la mesa de la cocina. De vez en cuando, miraba de reojo el plato de huevos revueltos con beicon que Lisa había preparado para Jasper. Un desayuno que llevaba tanto rato sobre la mesa que ya estaba frío y para tirar al cubo de la basura. Levantó la cabeza del periódico y observó a su hija, que tomaba una segunda taza de café mirando a través de la ventana.

—Anoche, Sam cogió sus cosas y se fue —anunció ella—. Jasper ha vuelto a casa cuando ya había salido el sol. Yo no he pegado ojo y tú no pierdes la calma ni aunque al tejado se lo lleve un tornado.

—Así que Sam se ha marchado —comentó Simon—. ¿Cuándo?

—Cuando estábamos todos en la fiesta.

—¿Así, por las buenas? ¿Sin decir ni adiós?

—Papá, imagino que se fue sin ganas de ver a nadie. No se lo tengas en cuenta.

—Y el bobo de Jasper, ¿qué? ¿No va a hacer nada por evitarlo? ¿Va a dejarla marchar?

—No lo sé, papá —zanjó, dejando la taza sobre la encimera.

—La chica hace las maletas y se larga por donde vino, ¿y él se queda tan tranquilo?

Lisa se llevó un dedo a los labios, exigiéndole que cerrara la boca porque acababa de oír que Jasper bajaba por la escalera. En efecto, no tardó ni un segundo en entrar en la cocina.

—¿Te caliento el desayuno?

—No, gracias. Sólo tomaré un café. Prepáramelo mientras subo un momento.

Desapareció tan rápido como había llegado.

—Pero ¿adónde vas ahora? —inquirió su abuelo, sin entender nada.

—He olvidado una cosa arriba —respondió, subiendo los escalones de dos en dos.

El ambiente en la casa era bastante deprimente. Tantas llegadas y ausencias, en especial la de Sam por lo inesperada, habían enturbiado el ánimo de todos. Lisa optó por cambiar de aires.

Se dirigía a las naves de cría, hacía tiempo que no pasaba por allí, y le apetecía. El ruido de un motor la hizo girar la cabeza. Era Jasper. ¿Adónde iría? Un momento antes acababa de decirle que tenía trabajo revisando el estado de la hierba en los pastos del sur.

Continuó su camino hacia las naves. Los balidos de los terneros fueron la bienvenida perfecta que momentáneamente la distrajo de su preocupación por Jasper. Entró espantando las moscas con la mano. Aquél era el lugar del rancho donde más se percibía esa agradable sensación de bienvenida a la vida.

Se ofreció a ayudar a uno de los peones, que, con gusto, le tendió uno de los biberones con los que alimentaba a dos terneros a dos manos, y fue al otro extremo de la nave para atender otros quehaceres en las cuadras del fondo. Lisa arrugó la frente; la otra cría ya había terminado su ración, y el que alimentaba con la mano derecha todavía jugueteaba con la tetina. Se preguntó por qué no tenía hambre.

—No lo empapuces, mujer. Déjalo que vaya a su ritmo.

Lisa dio un respingo, creía que estaba sola en esa zona de la nave.

—Hola, Mike.

Él le devolvió la sonrisa. Michael Jobs era el veterinario del rancho, tenía la misma edad que su difunto marido y trabajaba para los Blanchard desde hacía más de una década. A Lisa la tranquilizaba su presencia allí. Con su

experiencia y sus sensatas opiniones, era un magnífico contrapunto al carácter imperioso de Jasper, que iría serenando conforme cumpliera años.

—Parece ser que he perdido la maña para criar. Ojalá la recupere pronto, aunque, visto lo visto, no da la impresión de que Jasper esté por la labor de llenar la casa de bebés.

Michael le quitó el biberón de las manos e hizo lo posible por quitar también la preocupación que de pronto había borrado la alegría de su rostro.

—Tiempo al tiempo. Tienes..., no sé, ¿cincuenta y dos? Me cuesta asociarte con la palabra *abuela*.

Ella abrió la boca y se llevó la mano al pecho.

—Tengo cincuenta recién cumplidos. ¿Quieres decir que aparento más? —protestó espantada.

—¿Tanto importan dos años arriba o abajo?

—Pues sí.

—No soy bueno calculando la edad de hembras que no caminen a cuatro patas —se disculpó, ojeándola despacio de pies a cabeza—. Puedes estar tranquila, observarte le alegra el día a un hombre, te lo aseguro.

Ella lo miró con curiosidad, mientras él parecía enfrascado en conseguir que el ternero se enganchara a la tetina. Era la primera vez en todos los años que se conocían que Michael le decía algo así, y le sentó mejor que bien. En los últimos tiempos, ocupada con la enfermedad y la posterior muerte del padre de su hijo, tenía muy desatendida su vida sexual y absolutamente olvidada la sentimental.

—Siempre me he preguntado por qué nunca te has casado...

«... con esa mirada rompe bragas que tienes.» Esto último lo dijo su maligno yo interior.

—Sí estuve casado —la contradijo, sorprendiéndola—. Fue hace mucho y no funcionó.

Lisa se cruzó de brazos.

—Es curioso lo poco que sabemos de las personas, aun conociéndolas de

toda la vida.

Michael dejó el biberón a un lado y examinó el interior de la boca de la cría.

—No tiene aftas —dictaminó—. Será que no tiene apetito. Quizá mañana —dijo, y miró a Lisa—. Tienes razón. Tampoco sabes que me gusta cocinar.

—¿Ah, sí?

—En serio, cocino para todas mis novias.

Ella rio divertida, observando sus primeros intentos de conquista.

—Nunca te has fijado en mí, ¿por qué ahora?

—Te vi en la aplicación esa para buscar pareja y me dije que era el momento de conocerte mejor.

Lisa sintió que revivía por dentro. Qué bien sentaba un rato de coqueteo con un hombre como Michael Jobs. Más excitante que morrearse con un niño en el asiento trasero. ¿Qué sabían éstos de seducción? Tanto buscar y tan cerca que lo tenía... El día había amanecido con los ánimos oscuros y, de pronto, todo le parecía luminoso. La vida seguía, pensó contemplando la tierna mirada del ternero que apenas tenía siete días.

Se sacudió el flequillo y miró entonces a los ojos de Michael.

—Si tienes tantas novias, ¿qué haces tú en la aplicación?

—Perder el tiempo. Y lo de las novias era un farol. ¿Tienes planes para esta noche?

—Ninguno en especial.

—Déjame invitarte a cenar. Tengo ganas de sorprenderte con algo sabroso y, de paso, nos ponemos al día acerca de todas esas cosas que no sabemos el uno del otro.

Lisa remoloneó antes de aceptar. El ternero cabeceó y Michael lo calmó con una caricia.

—¿Vengo a recogerte sobre las seis?

—No. No vengas —replicó con un parpadeo lento y letal, para descolocarlo—. Iré en mi coche.

—Como prefieras.

A ella se le escapó un suspiro feliz al verlo disimular una sonrisa cuando se agachó a recoger el biberón del suelo.

Habían llegado hacía rato al aeropuerto. Sam no quería demorarse más de la cuenta en Houston. Sus días allí habían acabado y, por segunda vez, se marchaba con una amarga sensación. Aunque era aún más insufrible sentirse tensa como la cuerda de una guitarra. Ryan la cogía por la cintura y ella se apartaba con un quiebro. Necesitaba respirar, no la atadura de su brazo.

Él estuvo de acuerdo en pasar cuanto antes el control de seguridad y buscar un lugar tranquilo donde sentarse en la zona de embarque. En la cola, Sam volvió a sentir su mano acariciándole la cintura, rodeándola con el sigilo de una serpiente. Ya le había apartado la mano tres veces, no eran una pareja ni un matrimonio. No era de su propiedad, ni una muñeca que pudiera conducir por el vestíbulo con un simple movimiento de su mano.

—Déjame, por favor —rogó inquieta.

—Está bien. Comprendo que estés nerviosa. Aunque no creo que me lo merezca; sabes cómo te quiero, Samantha.

—Eso dices siempre —bisbiseó entre dientes.

Ryan apretó la mandíbula, disconforme con su tono dudoso.

—Llevo años cuidando de ti. Protegiéndote porque te amo. Y quiero lo mejor para ti.

—No necesito que me protejas, necesito que me respetes.

Sam se preguntó por qué había tardado tanto en darse cuenta de cómo la asfixiaba. Ryan no la cuidaba, utilizaba sus maneras de ángel guardián para manipularla y conseguir, tarde o temprano, que le diera la razón y actuara según su voluntad. ¿Por qué nunca había sido capaz de ver que sus opiniones eran siempre un argumento secundario y sin valor? No entendía cómo se

atreví a reprocharle nada cuando él había actuado con tanta ruindad, anteponiendo su compromiso con el endiosado de Billy Bogarde a su lealtad para con ella. La mujer que había compartido su cama tantas noches, su confidente, la que lo admiraba desde que era una chiquilla con veneración. Su héroe, el hombre perfecto, no lo era. Durante años había estado adorando a un ídolo de barro.

—Y, si te soy sincera —agregó—, te admiro porque en tu trabajo eres brillante, pero como persona no eres el gran hombre por el que te he tenido durante todos estos años.

Él forzó una sonrisa, aunque su mirada y su lenguaje corporal eran pura advertencia.

—¿De qué va esto, Samantha? Cálmate y tengamos el viaje en paz. Hay mucho de lo que debemos hablar tú y yo, no esperes que te pida perdón toda la vida.

—No se trata de eso...

—No me interrumpas —exigió, hablándole como a una cría díscola—. ¿Ya has olvidado a quién acudiste cuando estabas en aquella clínica? Se te olvida también que te fui leal, guardé el secreto de tu desliz. Aunque creo que fue lo mejor que pudo pasarte.

—¿Qué estás diciendo? —farfulló con la mandíbula apretada.

—Aquel error habría destruido tu futuro.

—¿Error? Un hijo jamás es un error. Deseaba a ese niño, ¿me oyes? Lo que tú llamas *desliz* para mí fue una pérdida que llevaré siempre aquí —dijo tocándose el corazón.

—Muy emotivo —ironizó él.

—No puedo creer que estés hablando en serio —murmuró, apartándose el pelo con las dos manos—. ¿De verdad, Ryan? Ahora lo entiendo. Tú nunca aceptarías al hijo de otro.

Él confirmó la sospecha de Sam con su silencio.

—Vamos —pidió, poniéndole la mano en la parte baja de la espalda para

que avanzara con la cola.

Pero ella no se movió ni un paso. No dejaba de pensar qué sería del mundo si todos fueran como él. Y recordó a la abuela Mary Farrell. Y a Simon. A Anthony y a Krystle. Todos ellos abrieron los brazos, criaron, educaron, velaron y amaron en toda la extensión de la palabra a hijos como ella, como Chance, sin mirar su procedencia, ni su sangre, ni sus genes. Con absoluta entrega. ¿Qué habría sido de su vida de no haberse cruzado en su camino dos personas con el corazón tan grande?

—No has respondido a mi pregunta, Ryan.

—Sinceridad por sinceridad, prefiero que mis hijos lleven mi sangre.

Sam repitió esa palabra en un murmullo, sin poder creer que la oyera de sus labios. ¿Qué era la sangre sino el líquido que nos mantenía vivos? Nada más. No significaba nada. Qué sandez pensar que era un sello de nacimiento o la garantía del cariño. El amor era un sentimiento sin límites ni barreras, era la máxima expresión de la generosidad. Darlo todo a ciegas, sin esperar una recompensa. El auténtico amor, no el de las palabras huecas susurradas al oído, no sabía de genética, de apellidos ni de ADN. Miró a Ryan, convertido en un desconocido después de tantos años. Su gran hombre. Podía valer millones de dólares como editor y como relaciones públicas, pero pagar un centavo por un alma egoísta como la suya sería una pérdida de dinero.

—¡Sam!

Giró la cabeza aliviada, aquella voz masculina tenía el poder de liberarla de la angustia que la asqueaba.

Jasper aguardaba a lo lejos, cerca de las puertas de cristal que se abrían y se cerraban por los continuos viajeros que pasaban a su alrededor.

—Jasper —gimió casi sin voz—. Cómo he tardado tanto en darme cuenta. Cómo he creído que podía seguir adelante sin ti. Continuaría mi vida sola y saldría adelante —musitó sin abrir apenas los labios—, ya lo hice una vez. Pero no es lo que quiero, lo que de verdad deseo es vivirla contigo.

—Deja de murmurar en voz alta como una perturbada, Samantha —la reprendió Ryan avergonzado—. Te estás poniendo en ridículo.

Sam giró el rostro hacia él. La cogía por el antebrazo con demasiada fuerza. Incluso le hacía daño. Y odiaba esa sensación.

—No seas estúpida —la increpó, mirando de soslayo a Jasper—. Olvida a ese vaquero y compórtate como debes.

—¿Y cómo debo comportarme, Ryan? —respondió, zafándose de un tirón—. No soy estúpida, que te quede claro de una vez. Tú sí eres estúpido, un completo imbécil si creías que por compartir un vuelo me tenías otra vez comiendo de tu mano.

—Si no subes a ese avión conmigo, esto se ha acabado.

Sam sacudió la cabeza anonadada. Con toda su suficiencia y su convencimiento de estar siempre en posesión de la verdad, Ryan le daba lástima.

—No eres perfecto. La cagaste conmigo y, una vez más, vuelves a equivocarte. Lo nuestro, si es que tuvimos algo serio alguna vez, se acabó el día que decidiste que tu éxito profesional te importaba más que yo —sentenció—. ¿Ves a ese hombre de allí? Tiene tanta generosidad como mezquindad tienes tú. Él sí cree en mí, con él soy la mujer que quiero ser, y no una muñeca sin opinión. Y no me importaría si fuera un peón de rancho sin más fortuna que el dinero que lleva en el bolsillo, sus botas y su sombrero. Pero ese vaquero —lo señaló con el brazo extendido— es un ganadero con una tradición de dos siglos. Y, gracias a él y a otros como él, tú comes bistecs, llevas un maletín de cuero y calzas esos zapatos cosidos a mano.

A su alrededor, el resto de la cola asistía a la pelea verbal sin dar crédito. Hubo murmullos a favor de una y de otro.

—Hagámosle un monumento —ironizó Ryan con una sonrisa de desprecio.

—Y si hablamos de dinero, aunque sea una ordinariez, tú calzarás zapatos

carísimos y él unas botas polvorientas, pero puede enterrarte con dólares de plata. Y no es lo más valioso que tiene. Ese hombre de ahí se llama Jasper Blanchard y, con todos sus defectos, no me fallará nunca.

Sam desanduvo el camino a trompicones. Las maletas se le enganchaban en las cintas que organizaban la cola hacia el control de seguridad y tropezaba con todos en aquel estrecho espacio atestado de gente y equipajes. Ya libre, caminó hacia Jasper, que la contemplaba quieto, con el bloque de folios en las manos.

El lento paseo se convirtió en una carrera cuando vio a un agente de seguridad del aeropuerto acogotar a Jasper. Le clavaba la porra en la espalda y le había retorcido el brazo. Los folios cayeron de sus manos y quedaron desparramados a sus pies. Sam llegó a todo correr.

—¡Déjelo! No es peligroso.

Sonaba tan absurdo que a Jasper se le escapó una risilla floja, pese al modo en que aquel tipo lo tenía inmovilizado.

—¿No me oías cuando te daba el alto?

—Lo siento, la verdad es que...

—Quita la camioneta ahora mismo de en medio del camino. ¿Dónde te crees que estás?, ¿en el desierto?

Sam forcejeaba con el guardia.

—¡Suéltelo, por favor! Yo respondo por él.

—Permita que me carcajee —dijo éste, mirándola con más guasa que lástima—. ¿Es usted su abogada?

—Su futura esposa, cuando él me lo pida.

—Si es que lo hace —alegó el agente mientras garabateaba en una libreta de multas—. Mi mujer aún espera que lo haga y llevamos veinte años casados.

Sam miró a Jasper a los ojos, disimulando una sonrisa. Él le guiñó un ojo.

Al menos, aquel energúmeno se había calmado.

—Ya sé que a los hombres de Texas se les atascan las palabras de amor, pero a mí no me importa.

—De todo hay, querida, de todo hay —comentó una mujer que pasaba y se metió en la conversación sin ser invitada.

—Cierra la boca —masculló su marido, rojo como un tomate maduro.

Ajenos a ellos, Jasper había abrazado a Sam y se besaban como si fuera el último día de su vida.

El guardia de seguridad pertenecía a la especie estatal con alergia al romance y sus manifestaciones verbales. Interrumpió el beso estampando el papel de la denuncia en el pecho de Jasper, que él se guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Quita esa camioneta de ahí ya, si no quieres que te patee el culo —avisó con cara de cumplir su promesa.

—Caramba, Jasper, ¿en qué lío te has metido?

Sam y él giraron la cabeza hacia su derecha. El que les hablaba era un tipo con patillas, sombrero vaquero y gafas de sol de espejo.

—Hazme un favor. ¿Puedes aparcar mi camioneta? —suplicó, lanzándole las llaves que el otro atrapó al vuelo.

Era el encargado del almacén de semillas, se conocían de toda la vida.

—Claro, amigo. Acabo de dejar a mi hija ahí, en la cola. —Señaló hacia atrás con la cabeza—. Regresa a la Universidad de California. ¿En qué camioneta has venido?

—En la Ram granate, ya sabes cuál es.

Le cantó la matrícula por si acaso y se agachó a ayudar a Sam a recoger las hojas del manuscrito; algunas de ellas las habían pisoteado.

—Se han desordenado.

—No importa.

—Gracias por dejarme leerlo.

—Lo imprimí para tu abuelo.

Se pusieron de pie, Sam enrolló los folios y sujetó el rollo en el asa de su maleta pequeña. Jasper le cogió la barbilla y le colocó el pelo detrás de las orejas.

—Fue él quien las dejó sobre mi cama para que lo leyera. Es un hombre listo, siempre lo ha sido, y sabe que la vida es un viaje demasiado largo para que tú y yo lo hagamos por caminos separados —murmuró acariciándole el rostro—. Sam, me has enseñado tanto a través de esta historia, no podía dejar que te fueras sin darte las gracias. Tengo tantas cosas que decirte, no sé si sabré encontrar las palabras adecuadas.

Ella lo silenció poniéndole un dedo sobre los labios.

—Tenemos toda la vida para contárnoslo todo. Dime solamente una cosa, Jasper. ¿Me quieres?

—Más que a nada.

—Eso es lo único que necesito saber. Porque yo no he amado a nadie tanto como te amo a ti.

Jasper la tomó en sus brazos y ella se le enroscó con las piernas. La besó con alma y corazón. Con todo su ser. Eso era lo único que Sam necesitaba, con él le sobraban las palabras que otros le habían repetido mil veces a la ligera.

—¿Te casarás conmigo?

—Me haré de rogar, para que sufras —ronroneó, besuqueándole los labios una y otra vez.

—Tus llaves, rompecorazones —dijo el de las gafas de espejo, y agitó el llavero hasta que Jasper las cogió—. Entrando, a la derecha, a unos cincuenta metros. No te costará encontrarlo. Y el tíquet, me debes una cerveza.

Sam lo cogió de su mano y se lo guardó en el escote, para no extraviarlo.

—No sé cómo darte las gracias, me has librado de una buena —reconoció Jasper.

El hombre se tocó el sombrero a modo de despedida.

—Ponedle mi nombre a vuestro primer bebé —sugirió con un guiño.

Sam le quitó el sombrero vaquero a Jasper y se lo puso ella, le acarició el pelo enredando los dedos en él. Aún no se creía lo que les estaba pasando. Pero era cierto, y tan real... Con alegrías y penas, ilusiones y decepciones, la vida era una aventura maravillosa.

—Ya lo has oído —comentó Jasper con media sonrisa cachonda.

—¿Cómo se llama?

—Ryan Parsons.

—¿En serio? Mmm... Ven aquí.

Jasper le ofreció sus labios como Sam le pedía. Se besaron muertos de risa. Ése era el último nombre que le pondrían a uno de sus hijos.

Llegaron al rancho y Jasper la subió en brazos por la escalera.

Simon y Lisa tuvieron que conformarse sin más explicaciones que las precisas. Fueron discretos, estaban jubilosos de verlos juntos, con ella de vuelta. Los dejaron a su aire. Ya saldrían del encierro cuando ellos decidieran hacerlo, no había prisa.

Jasper cerró con pestillo y se desnudaron sin ceremonia ni preliminares. Sam se tumbó en la cama y le tendió la mano para que él lo hiciera. Permanecieron frente a frente, desnudos y abrazados, mirándose en silencio. Amarse no sólo era erotismo y ruido, también era apaciguar el corazón sintiendo los latidos del otro de tan pegados, recobrando la calma tras la zozobra que deja el abandono de esa única mirada gemela que ilumina los días sin sol.

—Prométeme que no volverás a alejarte de mí —musitó Jasper.

Sam le acarició la mejilla, la oreja, el cabello corto de la nuca.

—Nunca más. Nos unen más cosas de las que nos separan —confesó—. Y

no me refiero a la tristeza.

Jasper sabía que hablaba de su embarazo malogrado, el hijo nonato que llevaba la sangre de ambos.

—La próxima vez, todo irá bien.

—Tengo miedo, Jasper. No quiero que vuelva a ocurrir.

Él se volteó y, cogiéndola por la cintura, la colocó sobre sí. Rozó sus labios y Sam atrapó los de él entre los suyos. Sus bocas se unieron desesperadas por cobrarse su propia deuda de besos pendientes. El tiempo se detuvo, entre suspiros ahogados y manos ávidas de caricias que recobraban el tacto de la piel enamorada. Jasper amaba su mirada pícaro de niña, sus manos enredándole el pelo, su vehemencia y sus ganas de perdonar. Sam amaba su sonrisa sin fin, el orgullo en su mentón, sus sentimientos fieles e inquebrantables, el brillo de sus ojos, que reflejaba decencia y verdad.

Jasper la cogió por la parte trasera de los muslos, invitándola a montarlo y a abrirse paso entre su sexo. Notó un titubeo en ella, era su temor a las consecuencias de hacerlo sin protección.

—Confía en mí, Sam —murmuró—. Nada puede ir mal. Las estrellas están de nuestra parte.

Ella movió las caderas y lo acogió en su seno. Confiada, porque él hombre que amaba nunca mentía. Estaban juntos, no tenía que temer. Lo tendría a su lado aunque las estrellas perdieran su luz y cayeran del cielo de las ilusiones como copos de escarcha.

Mientras Liberty duerme, las aguas del río Trinity fluyen incesantes como el curso de los días, los meses y los años.

Comienza a amanecer. Una mujer, con su mejor vestido y el sombrerito a juego, cierra con llave la puerta de su casa. Aún no se han apagado las farolas en las esquinas, pronto lo harán. Las calles todavía están vacías, no así sus manos. Lleva un ramo de flores recién cortadas del jardín. Como siempre,

como cada día que emprende tan solitario paseo. Camina hacia el cementerio, despacio, deteniéndose a descansar porque sus rodillas ya no son las que eran.

—Con lo que tú has sido, Bertha Callum..

Siempre la misma queja cuando el dolor de las articulaciones aprieta. Se recobra pronto y continúa su paseo hasta la tumba de su hijo. El que nunca supo, aquel que murió como un héroe sin que ella pudiera darle un último beso. Saca un pañuelo bordado del bolso y limpia con mimo las letras esculpidas en la piedra.

—Chance —murmura—. Qué suerte tuve de poder abrazarte durante unas horas, qué afortunada fui al elegir el porche de los Farrell. Sabía que aquella señora tan guapa cuidaría bien de ti, por muy mal que hablaran de ella. Nunca me fie de los que critican a las mujeres que saben amar y las tachan de descarriadas.

Y, como siempre, la anciana piensa en el niño que creció y se fue de entre los vivos demasiado joven. El bebé que dejó obligada por sus padres. Si fuese hoy, no habría obedecido. Pero entonces sólo tenía quince años y mucho miedo del qué dirán. La horrorizaba verse condenada toda la vida a oír a sus espaldas que era una cualquiera. Sólo era una chiquilla que había tenido la mala suerte de enamorarse de un vecino casado.

Depositó el ramo en la tumba pensando en sus padres, enterrados varias hileras de lápidas más allá. No la dejaron salir de casa durante todo el embarazo. Cuando le entraron los dolores del parto, su padre la llevó en coche hasta Houston y la dejó en el hospital.

—Haz lo que debes hacer, entrégalo a la inclusa. Pero a casa no vuelvas con ese hijo sin padre —dijo, metiéndole en el bolsillo un billete para el autobús.

Dos días después, ya estaba de regreso.

—Ya está hecho —fue lo único que les contó, soportando la mirada de desprecio de su madre.

Esa misma noche, escapó cuando dormían, con el rabo entre las piernas y el

alma marchita para siempre. Sin más equipaje que lo puesto y los ahorros que su padre escondía en la carbonera. Tomó autobuses y trenes, encontraría una casa donde servir en Nueva York, muy lejos de Texas. En la gran ciudad donde hay sitio para todos y nadie conoce a nadie.

No le fue mal. Los Bishop la trataron muy bien, fue dichosa en aquella cocina inmensa. Y, cuando la joven Krystle se casó, marchó con ella a la calle de al lado de ese pequeño paraíso que era la barriada de Malba.

Krystle, tan soñadora. Ella siempre había sabido que amó con pasión a su aviador de cabello rubio y ojos amables. Hasta que la muerte le robó las ilusiones y el tiempo se las devolvió. Se casó con Anthony McCoy, otro soñador como ella, con el que compartía pasión por los libros. Y se amaban, mucho. Ella lo sabía bien, fueron muchos años a su lado. Pero aunque Krystle nunca le habló de su romance juvenil, Bertha se alegraba porque la consolaba saber que su hijo no había muerto sin conocer el amor.

Fueron muchos los recuerdos que llevó consigo de Malba. Aquellas calles con arriates de flores y vistas al East River fueron su hogar hasta que decidió jubilarse y regresar a su tierra. Todos habían muerto ya, incluso el padre de su hijo, que nunca llegó a saber que lo era. O lo disimuló muy bien para no arruinar su imagen de cabeza de familia intachable.

La casa era suya y la abrió con la barbilla alta, estaba vacía. Ya no tenía que soportar miradas de desprecio ni de censura. Hizo amistades. No fue tan mala idea volver, era feliz con su nueva y entretenida vida.

Cuántas vivencias le traía la memoria de sus años como cocinera en la mansión de los McCoy. Cuando la pobre Jane Larson se fue de este mundo de la manera más inesperada, Bertha volcó el cariño que su ajado espíritu era capaz de dar en la pequeña Sam. Tenía la certeza de que había crecido feliz en aquella casa, a pesar de no recibir tantos achuchones como otros niños. Todos la querían, sin efusividad. Tampoco era una tragedia, cada cual expresa los sentimientos a su manera.

Qué lástima le daba pensar en Jane. Con lo que siempre la había admirado.

A ella nunca se lo dijo porque habría supuesto revelar su secreto y ése se lo llevaría a la tumba. Siempre había envidiado su valentía. No le había importado tener a su hija siendo soltera, los comentarios maliciosos le traían al fresco. Y ahora Sam cerraba el círculo de los secretos, regresaba a Texas por amor y no necesitaba saber que era hija de un senador que había despachado a su madre del servicio con una considerable suma y una carta de buenas referencias. Dinero que Jane Larson aceptó porque tenía orgullo pero también sensatez, además de un bebé en camino.

Samantha, su dulce Sam. La pequeña, tan bonita y que pronto sería la señora del rancho Blanchard. Ya no tenía por qué saber todas esas cosas del pasado. Ni falta que hacía.

Bertha miró hacia el cielo luminoso, la gente comenzaba a despertar en sus casas. Las cafeteras ya debían de estar al fuego y las tostadoras en marcha. Era hora de volver. Se despidió depositando un beso con los dedos en la lápida de Chance Farrell. Para siempre llevaría en los labios el recuerdo imborrable de los dos únicos besos que había podido darle. El primero, cuando se lo sacaron del vientre y la comadrona lo colocó sobre su pecho. El último, antes de dejarlo en la cesta y huir, cegada por las lágrimas mientras rezaba para que Mary o Simon Farrell abrieran la puerta y lo vieran. Porque quererlo tanto como ella ya sabía que lo iban a querer.

Epílogo

La relación de Lisa y Michael se afianzó después de la boda, ocasión que aprovecharon para hacerla pública, puesto que él no acudió como empleado, sino como pareja de la madre del novio.

Colosal, ninguna palabra la describiría mejor. Lo que empezó planeándose como una ceremonia familiar se convirtió en un evento sonado. Sam y Jasper decidieron casarse en el rancho, ya que la familia de ella era más reducida que la de él y, a fin de cuentas, a Sam le hacía ilusión iniciar así la vida en su nuevo hogar. Y aunque Anthony McCoy aceptó que los novios deseaban algo íntimo, en cuanto supo que su futuro yerno no dejaba de añadir invitados a la lista, se animó e hizo lo mismo. Era natural que Jasper Blanchard tuviera muchos compromisos ineludibles. Tantos como él; ya se sabe lo que ocurre en el mundo de la empresa, invitas a un amigo, no se vaya a enfadar este otro. Conclusión: entre suegro y yerno convirtieron la boda en un festival. En lugar de cuarenta, al final fueron cuatrocientos los invitados. Al estilo texano, no podía ser de otro modo.

Dos años habían pasado ya desde que se habían dado el «sí, quiero».

Hacía una semana que la pareja se había marchado de vacaciones a Francia. Para aprovechar también la expansión del negocio, las almendras que cosechaban eran muy apreciadas por su calidad y su buen precio al otro lado del Atlántico.

Los dos enamorados, que ya eran tres, porque dos meses después de su primer aniversario nació la pequeña Jane. Sam se emocionó cuando Jasper le propuso llamarla como su verdadera madre. Ella ya había pensado en ello, pero no imaginaba que a él se le ocurriera tan tierno detalle.

Y, aprovechando la ausencia de Jasper, Sam y la pequeña Jane, Lisa avanzó otro paso en su relación con Michael.

Michael Jobs era todo un caballero texano y se negaba a compartir cama con ella bajo el techo de los Blanchard, por respeto a su familia. Lógicamente, la que se escapaba algunas noches era Lisa, para pasarlas en la casa de él. Pero esa tarde, con los chicos al otro lado del océano y el abuelo Simon entretenido dando un paseo, la soledad, la tentación... La cuestión es que Lisa consiguió arrastrarlo de la mano escaleras arriba. Cuando Michael vio aquella cama de dos metros por dos, reconoció el tiempo que llevaban haciendo el tonto por culpa de su sentido de la caballerosidad.

—¿Te gusta?

—Ya lo creo.

Michael tiró de su mano y ella se resistió con malicia.

—¿Seguro? —tanteó al ver que él seguía revisando con los ojos cada detalle.

—No hay pestillo.

—Nunca lo he necesitado.

—Habrà que pensar en uno. Si tenemos en cuenta que tu hijo me paga el sueldo...

—Y yo también —bromeó ella, aunque era cierto.

Michael le guiñó un ojo.

—Por supuesto, señora. Mis disculpas. Pero tú estás dentro, no fuera.

—Ahora mismo no hay de qué preocuparse. Jasper está en Europa.

—Pero volverá. Y no es buena idea que acabe partiéndole la cara un día de éstos por entrar sin llamar, ni tengo edad para esconderme en el armario. Mejor coloco mañana un cerrojo.

—Como quieras —dijo Lisa, arrimándose a él para alejarse cuando lo vio entreabrir los labios.

—Tu padre no es sordo y regresará del paseo mucho antes de que tú y yo nos agotemos, así que he traído esto.

Lisa estalló en carcajadas al verlo sacar del bolsillo trasero un cartel de NO MOLESTAR con el logotipo de un motel cercano, de los que cuelgan de los pomos de las puertas.

—Me gusta tu estilo, siempre preparado.

«En todos los sentidos», pensó observando con apetito goloso el bulto delator de su bragueta. Tiró de su camisa y Michael sonrió oponiendo resistencia. Eran un par de maestros en el arte del tira y afloja.

—Dime la verdad, Mike —rogó—. Siempre he pensado que has tardado tanto en venir aquí porque que te daba no sé qué hacerlo en la cama que compartí con mi marido.

—¿No has cambiado las sábanas desde la última vez?

Lisaladeó la cabeza, con las manos en las caderas.

—¿Desde la última vez que Ronald y yo..., aquí...? Pues unas trescientas veces las he lavado desde entonces, así, a ojo.

—En tal caso, ¿por qué iba a importarme?

La pilló desprevenida y le dio un beso.

—Es más, he puesto unas nuevas en tu honor —confesó mimosa cuando le dio tregua.

Michael dejó los botones a medias y se sacó la camisa por encima de la cabeza.

—Perfecto, nena. Es hora de estrenarlas.

La cogió por debajo de las rodillas y se lanzó a la cama con ella en brazos.

Mientras tanto, en una playa mediterránea de fina arena, Sam disfrutaba del sol en la tumbona, mientras que Jasper untaba de protector solar el cuerpecito de Jane. Cuando acabó, colocó a la niña sobre el estómago de ella, que se levantó un poco las gafas de sol y lo miró. Cualquier excusa era buena para molestarla y evitar que dormitara allí tumbada.

—¿Te aburres?

—Dime qué hace un texano como yo en la Riviera francesa.

—Vender almendras —le recordó ella sonriente.

Bien cierto. En ese sentido, el viaje había supuesto un éxito. El granizo había diezclado la cosecha local esa primavera cuando los campos se encontraban en plena floración. Y las almendras del rancho Blanchard habían sido recibidas con mucho agrado, hacían falta muchas más toneladas de las que habían dado los campos franceses para la elaboración de su tradicional *nougat*.

—Y celebrar que el libro de la abuela Mary es un éxito.

—Tu éxito —matizó él orgulloso.

Lo era. Los lectores lo habían recibido con tanto entusiasmo que el boca a boca había hecho su efecto. Tanto que llegó a oídos de algunos críticos, que hablaron muy bien de la novela en varios suplementos literarios de la prensa. Hubo también detractores, como era natural, ya que los gustos son variados, por fortuna. El caso era que ya estaba en imprenta la tercera edición, para alegría y orgullo de Anthony y Krystle McCoy. Y los derechos subrogados para traducirla a varias lenguas.

Lisa les contó que Simon se había encerrado para leerlo a solas. Y lloró reviviendo en cada capítulo la vida compartida con su amada Mary. Lisa también lloró, de emoción y de congoja, al descubrir ciertos pasajes que sus padres nunca le habían contado. Sus hermanos, Cameron y Louis, también llamaron a Sam para darle las gracias. Desconocían como Lisa las injusticias vividas por su madre durante su juventud, y la lectura de la novela los sobrecogió.

—¿Ya tienes en la cabeza una próxima historia? —la animó Jasper, que había tenido el privilegio de leer el primer borrador junto con el abuelo Simon.

Sam hizo una mueca perezosa.

—No, Jasper. Por el momento quiero disfrutar de ver crecer a nuestra hija.

—Pronto empezarán a pedirte otro libro.

—Y yo lo escribiré cuando sienta aquí —dijo tocándose el pecho— que debo hacerlo. No quiero perderme nada de ella. —Achuchó a la pequeña—. Aunque se me ha ocurrido una idea, y te necesito para llevarla a cabo.

—¿A mí?

—Quiero que escribamos un libro a medias. De leyendas de Texas.

—Gracias por la confianza, pero yo no sirvo para eso, Sam.

—¡Claro que sí! Cuéntame todas las historias que te contaba tu padre, aquellas leyendas indias, de piratas, de fantasmas... Quiero que no se olviden, que nuestra hija pueda leérselas a sus hijos y a sus nietos.

—Hablas de nietos y Jane sólo tiene cuatro dientes —dijo un tanto abrumado—. Ya veremos.

—Piénsalo, tienes tiempo de sobra mientras tus chicas disfrutan por fin de darse el gusto de tomar el sol sin la parte de arriba en un país en el que es algo natural.

Jasper miró a su hija con una exagerada cara de sorpresa y la niña se echó a reír.

—Jane no tiene tetitas, de momento no cuenta.

Sam se incorporó y sentó al bebé sobre sus rodillas; aún no se había soltado a andar.

—Me pregunto cómo reaccionarás cuando tu hija quiera hacer toples.

—Cuando sea mayor de edad, me tragaré mi parecer y respetaré su decisión.

—¿Y cuando sea una adolescente con las hormonas en plena lucha interna?

Jasper acarició la barbilla de la niña y le dio un beso en la cabeza.

—No quiero que nos oculte secretos. Intentaré que entre nosotros y nuestros hijos haya confianza.

Sam le cogió la mano y se la besó. Ambos estaban de acuerdo en no desear que Jane creciera como hija única igual que ellos dos.

—Así que —agregó Jasper, haciéndole cosquillas a su princesa mientras

ésta comenzaba a parlotear como un lorito—, si quiere hacer toples entonces, negociaremos. Como ahora, ¿verdad, tesoro? Dice que le apetece ir al agua y papá esta vez va a ceder para darle ese gusto.

—Qué cara más dura tienes.

Era evidente que a quien le apeteecía ir al agua era a él. Pero ya le había colocado los manguitos salvavidas a Jane, que reía sin parar en brazos de su padre ante la perspectiva de un juego nuevo. La niña se había acostumbrado a chapotear gracias a Anthony, que compró para ella una piscina hinchable, además de un tobogán y un columpio que aún era muy pequeña para poder usar.

Los tres habían pasado con el matrimonio la primera quincena del verano y celebraron la barbacoa del 4 de Julio a la orilla del río, detrás de la casa familiar. Krystle estaba embobada con Jane. Y Sam no imaginaba que Anthony pudiera llegar a chochear tanto, todas las monadas que no le había hecho a ella se derretía payaseándose las a la niña. Qué distintos eran los hijos de los nietos. Jasper, por su parte, constató que no todo era caos y ruido en Nueva York, también existen remansos donde reina el silencio, como Malba, aunque escondidos, y son patrimonio de muy pocos.

—Venga, levanta de ahí —la animó Jasper—. ¿No irás a dejarnos solos?

—Mmmm... —remoloneó Sam.

—¿Y qué pasará si me da un desmayo? A Jane se la llevarían las olas.

—Mira el mar, está como una balsa.

—Puede atacarnos un tiburón.

—¿Aquí? —cuestionó, riendo sin dar crédito.

Al final, acabó cediendo a su insistencia y se metió con él en el agua.

Jasper notó que lanzaba una de sus miradas cargadas de peligro por encima de su hombro y ojeó hacia atrás sin saber el porqué.

—¿Ocurre algo?

—Les advierto a aquellas de allí que el vaquero es mío, ya está bien de mirar.

Él sonrió con maldad y se acarició los pectorales pulidos a base de duro trabajo y no de gimnasio. Y se felicitó al verla suspirar.

—No exageres, aquí la gente está acostumbrada a ver pechos desnudos — se guaseó con falsa inocencia.

Sam le dio un dulce manotazo. Él siguió presumiendo de moderno, pero no le contó que un rato antes, en la tumbona, también había acribillado con los ojos a un mirón. Una cosa era solazar la vista de pasada y otra muy distinta regodearse hasta babear.

Pensando en ello, Jasper contempló el balanceo de los senos de su mujer y el modo en que se apartaba la melena de la cara. Qué bonita era. Repasó de un vistazo sus pezones endurecidos por el cambio de temperatura y notó que una parte muy apreciada de sí mismo empezaba a dar señales de vida. Chasqueó los labios. ¿Por qué las erecciones se presentaban siempre sin avisar? Se introdujo hasta que el agua le cubrió la cintura. Sam lo siguió, le cogió a la niña y jugueteó con ella haciéndola flotar cogida de sus manitas.

—Jane Blanchard —pronunció Jasper—. Qué hermoso nombre, preciosa mía.

—Y el mío también —dijo Sam—. Samantha Blanchard, suena tan bonito... Como el de una heroína.

—Para mí lo eres y siempre lo serás, por elegirme.

Sam cogió a Jane en brazos, se acercó a Jasper y le dio un beso intenso. Él prolongó el momento de tenerlas cerca asiéndola por los hombros. Le acarició los brazos pensativo.

—¿Sabes, Sam? Siento que da igual el mundo donde me encuentre, porque sé que estoy con la persona perfecta.

—Yo siento lo mismo —murmuró ella.

—El amor es esto.

A Sam se le humedecieron los ojos al oírlo pronunciar esa palabra por primera vez.

—Sí lo es, amor mío. Sí lo es.

Y como regalo final...

Ahora que mi rubia preferida duerme, os confieso que no sé si terminaremos algún día ese libro que intentamos escribir mano a mano. Reconozco que es un bonito proyecto, pero el tiempo no nos sobra a ninguno de los dos y, también es cierto, yo remoloneo a la hora de ponerme en serio con el bolígrafo y el cuaderno. Aprovecho algunos ratos, después del almuerzo, cuando la faena baja y el calor invita al descanso. Si todo está tranquilo, ato el caballo, me siento a la sombra de un árbol y saco la libretita de notas del bolsillo de la camisa. Samantha me la regaló cuando dejé de fumar. Enseguida supo cómo ocupar el hueco del paquete de tabaco. «Llévala, ¿qué te cuesta? Para cuando te entren ganas de garabatearme unas notas», me dijo con una sonrisa que era una orden.

Es dura mi chica, aunque engañe con esos ojitos de ángel. No me gustaría tenerla como jefa.

Yo cuento a mi princesa todas esas viejas historias antes de meterla en la cuna. Sé que Sam, aunque disimula porque siempre tiene algo que hacer, revolotea a nuestro alrededor y me escucha. Nuestra hija me mira con ojitos atentos, aunque todavía es muy pequeña para entender los cuentos de papá. Quiero que Jane crezca sabiendo lo importantes que son las niñas para que nunca permita que nadie la menosprecie. Quiero que crea en los sentimientos duraderos, los malos y los buenos. Deseo con todo mi corazón que sean estos últimos los que rijan su destino.

No todas son para Jane, algunas me las reservo para asustar a su madre en las noches de rayos y truenos. Y después ideo maneras a cuál más excitante para quitarle el miedo del cuerpo.

Ya os he dicho que estoy seguro de que Sam me escucha cuando se las cuento a Jane, y a pesar de ello insiste en que las ponga por escrito. Bien sea por mi pereza o por su falta de concentración desde que nuestra hija absorbe la mayor parte de su tiempo, el caso es que hemos avanzado muy poco. De ahí mis dudas acerca de la conclusión de nuestro libro. A los dos nos gustaría tenerlo algún día en las manos, pero por si acaso quedara en el disco duro donde ella guarda esas notas que algún día piensa desarrollar, os adelanto algunas ya escritas, extraídas de su cajón de sastre literario, sin que su autora lo sepa. Y digo *su autora* porque yo se las entrego tal como me salen de la boca y ella las pule con su arte para dibujar con palabras. Espero que disfrutéis de ellas, pues todas se han transmitido de generación en generación, como mi padre hizo conmigo y yo hago con nuestra hija, hasta convertirse en patrimonio del folklore de Texas.

Os aseguro que los escritores son gente maniática pero inofensiva. No obstante, prefiero evitar que mi chica se enfade por compartir su versión de estas antiguas leyendas sin su permiso. Guardadme el secreto.

JASPER BLANCHARD

La leyenda de las flores azules

Los comanches más viejos cuentan que hubo un tiempo lejano en que el Gran Espíritu se enfadó con su pueblo. Sufrieron una terrible inundación, que fue seguida de una gran sequía. Los campos se asolaron, los guerreros estaban tan débiles que no tenían fuerzas para salir a cazar búfalos. La comida escaseó y las tribus de Texas empezaron a morir.

Tocaron tambores, bailaron danzas, entonaron canciones y rezos pidiendo la lluvia. Pero sus ruegos no fueron escuchados. Los veranos fueron tan ardientes que terminaron de achicharrar los cultivos. Nubes de polvo ahogaban a niños y a ancianos. El invierno los castigó con ventiscas inclementes. Sin agua que beber, murieron tantos que nadie fue capaz de recordar su número.

El consejo de viejos se reunió una noche en torno al fuego. Enviaron al chamán, que se retiró a las colinas para parlamentar con el Gran Espíritu. Tres días después, regresó y contó a su pueblo que éste estaba enojado con ellos por su egoísmo. Sólo había una forma de penar por sus males, y era mediante una ofrenda. Cada uno de ellos debía renunciar a su posesión más estimada. Encenderían una hoguera y esparcirían las cenizas al viento para que su dios se congraciara con ellos.

Hombres y mujeres hicieron lo que se les pedía, renunciaron a sus posesiones más queridas, que ardieron en una enorme pira.

En aquel poblado vivía una niña de seis o siete años, nadie sabía su verdadera edad porque había sido recogida por la familia de un guerrero, ya que todos los suyos habían muerto durante la hambruna. La llamaban *La Que Está Sola*, aunque no lo estaba. Todos cuidaban de ella.

La niña poseía muy pocas cosas, su tesoro máspreciado era su muñeca. Su abuela la había hecho para ella, vistiendo su cuerpo de piel de búfalo relleno de paja. Había pintado los ojos con zumo de bayas, que alegraban su rostro de cuerno pulido. Tenía unas bonitas trenzas de crin de potrillo, decoradas con las plumas de un pájaro azul. La Que Está Sola amaba aquella muñeca porque era el único recuerdo que le quedaba de sus seres queridos. Abrazarla cuando dormía la unía a su familia, que descansaba en la Tierra de las Cacerías Felices, adonde iban las sombras de todos aquellos que habían muerto.

Aquella noche, lloró mucho, procurando no hacer ruido para no despertar a su nueva familia. Las lágrimas empapaban su rostro porque sabía lo que tenía que hacer. Con sigilo, salió del tipi y recogió en un cubo unas ascuas de la hoguera de las ofrendas. Subió a la colina y, ayudada por unas ramitas, avivó el fuego. Tomó su preciada muñeca y alzó la voz hacia el cielo:

—Oh, Gran Espíritu. Aquí tienes mi muñeca. Es lo único que tengo y lo que más quiero. Envía la lluvia.

La tiró a la hoguera y se sentó a verla arder. Su corazón triste se confortaba con la idea de la gente que iba a morir si no llegaba la lluvia. Esperó despierta hasta que las brasas se apagaron. Cuando estuvieron frías, cogió dos puñados de cenizas y giró sobre sí misma, esparciéndolas a los cuatro vientos. Era tan pequeña que, rendida como estaba, se quedó dormida sobre la hierba reseca.

Al alba, cuando despertó, La Que Está Sola no podía creer lo que veía: llanuras y laderas, toda la tierra que alcanzaba su vista estaba cubierta de flores del mismo color que las plumas que decoraban el cabello de su muñeca.

La tribu, que ya la buscaba, se alegró al verla llegar y salieron a su encuentro. Ella temía que la riñeran por haberse escabullido en plena noche. Les contó su noble gesto y todos supieron que aquel manto de flores azules era un regalo del Gran Espíritu, el premio a su sacrificio.

Pronto comenzó a llover, las tribus bailaron felices. Desde aquel día, los comanches la llamaron *La Que Ama A Su Pueblo*. Y, cada primavera, el Gran

Espíritu sigue cubriendo los campos de Texas con millares de *bluebonnet* para que nunca se olvide la generosidad de aquella niña.

La leyenda de los vaqueros en el cielo

Hay quien asegura que todo ocurrió a finales del siglo XIX, cuando los vaqueros arreaban el ganado durante semanas para transportar las reses desde los ranchos de Texas hasta los estados del norte para su venta. Las rutas ganaderas, el modo de vida y el trabajo de estos jinetes fuertes y expertos continuaban la tradición de los vaqueros mexicanos que poblaron durante siglos esta tierra, antes de que la estrella solitaria ondeara en nuestra bandera.

En uno de aquellos viajes, los vaqueros, a pesar de ser hombres hábiles a caballo, diestros con el lazo y preparados para soportar el cansancio, se sentían fatigados por culpa del mal tiempo que los había castigado desde el día de su partida. El ganado tampoco les había dado tregua, nervioso e inquieto durante todo el camino.

Se hallaban cerca del río Blanco cuando el cielo se oscureció, barruntaba tormenta. Tomaron la decisión de montar el campamento para pasar la noche en lo alto de la colina; conocían el terreno, y la meseta era lo bastante amplia para concentrar a toda la reata. El capataz se adelantó para inspeccionar los alrededores, no fueran a toparse con una avanzadilla de indios kiowas. En lo alto de la colina, justo en el camino que llevaba a la meseta, encontró una granja. Apretó los puños sobre las riendas de muy mal humor; conocía la ruta de sobra y la última vez aquella granja no estaba allí. Los vallados les impedían el paso, obligándolos a dar un enorme rodeo. Perderían horas por culpa de aquella granja que bloqueaba el camino.

Cabalgó de vuelta, entre gritos y maldiciones. A cien metros del ganado, agitó su poncho al aire con toda su furia para provocar una estampida. Las vacas se dispersaron nerviosas, varios vaqueros salieron al galope tras ellas

para controlar la manada. El capataz azotaba a los animales como un loco, varios de sus hombres acataron sus órdenes mientras los rayos iluminaban el cielo. El ganado enloquecido arrasó la granja, destruyéndolo todo a su paso. Con el estruendo, nadie oyó los gritos de la familia inocente que murió pateada por las reses.

Los truenos aumentaron el pánico del ganado, que corrió hasta despeñarse en los acantilados que rodeaban la meseta. Los jinetes no fueron capaces de frenar a los caballos, que siguieron a las vacas en su desquiciado final.

Con las primeras luces del día, el capataz constató todo el mal que había provocado con su furia. Más de la mitad de las reses de la reata flotaban muertas en el río, en el fondo del acantilado. No quedaba rastro de la granja ni de sus moradores. Junto a las vacas muertas, distinguió desde lo alto de la meseta los cadáveres de sus hombres y los de los caballos despeñados. Pese al desolador espectáculo que contemplaban sus ojos, el corazón de aquel hombre era un trozo de pedernal y no sintió remordimientos. Mandó a los vaqueros contratados que reunieran a los tres centenares de cabezas todavía vivas para continuar el camino.

De regreso en Texas, dicen que no volvió a trabajar. Nadie aceptó contratarlo y, por mucho que lo intentó, ningún rancho le dio empleo como peón. No lo querían ni para limpiar establos. La gente le dio la espalda, y un día desapareció y no se lo volvió a ver.

Al otoño siguiente, los hombres de aquella infausta travesía volvieron a atravesar las tierras del Panhandle en dirección al norte. Y, en el condado de Crosby, acamparon en aquella misma meseta al final de la jornada. No parecía la que recordaban. Había sido limpiada de escombros y todo rastro de devastación. El cielo era claro y la noche serena. Al amanecer, sin que nadie supiera por qué, el ganado se agitó provocando una nueva estampida. La mayor parte de las reses acabaron despeñadas en el fondo del barranco. Cuatro vaqueros y sus caballos sufrieron idéntico final.

A diferencia del capataz sin escrúpulos, el que dirigía la reata ese otoño se

desesperó. La culpa y el dolor de ver a sus hombres muertos lo abrumaron hasta tal punto que acabó dándose a la bebida.

No fue el último rebaño que siguió la triste suerte de aquellas otros dos. La gente comenzó a hablar de la maldición de la meseta de la Estampida. Aquel lugar estaba tocado por la mano del demonio. Todas las rutas de ganado evitaron desde entonces esa parte de Texas.

Hoy en día, sólo los jinetes más insensatos se atreven a pisar la meseta de la Estampida. Aseguran que, en las noches de tormenta, el cielo se puebla de cabezas de reses Longhorn espectrales, es espeluznante el ruido infernal que hacen con sus pezuñas al trotar desbarradas por el firmamento. Incluso los hombres más valientes aseguran haber temblado al oír los gritos delirantes de los vaqueros fantasmas que cabalgan tras ellas, ensordeciendo los propios truenos con las herraduras de sus cascos.

La leyenda de la roca encantada

Hubo un tiempo, hace mucho, en que estas tierras fueron una colonia española. «Reino de Texas», se llamaba. Atrás habían quedado siglos de luchas entre los nativos coahuiltecos y los españoles que pretendieron asentarse en sus territorios.

Por entonces, los pueblos de los bosques del este habían cambiado sus chozas por viviendas de adobe en la misión de San José y San Miguel de Aguayo de San Antonio. Se les encomendaron parcelas de cultivo de la misión y, a cambio de abastecerla, contaban con la protección de los soldados, que los defendían de los ataques de las tribus apaches y comanches.

Ocurrió en un año en que el gobierno del viejo mundo ya había donado las tierras a los nativos que las cultivaban, en un acto de justicia. En San Antonio vivía un jefe coahuilteco llamado Tehuan que tenía una hija. La muchacha había abrazado la fe católica y, una vez olvidado su nombre nativo, todos la llamaban Rosa, el que ella escogió. Era una jovencita muy bella, que ayudaba a su madre a cultivar la tierra y con las labores de la casa. Tenía muchos jóvenes que la rondaban con intención de desposarla, pero ella a todos los rechazaba porque sólo quería casarse cuando conociera a uno que le robara el corazón.

Desde Monterrey, llegó una mañana de mayo a la misión de San José un soldado llamado don Jesús Navarro. Era apuesto y, a pesar de su juventud, portaba con honor los galones de capitán. Comandaba un batallón enviado por el rey de España a tierras texanas para defender este territorio fronterizo, por aquel entonces poco poblado y bastante inhóspito, de eventuales ataques del ejército francés que ocupaba Luisiana.

El capitán Navarro rodeaba la tapia del pabellón de los penados, admirando aquella próspera población de San Antonio, nacida al amparo de la misión, donde la tierra era fértil, la surcaba un río caudaloso y la fronda de los bosques embellecía con su verdor el vasto horizonte. Caminaba distraído cuando tropezó con una jovencita. Por culpa del encontronazo, a ella le cayó el cesto y todas las nueces pecanas que portaba se desparramaron por el suelo. Con amabilidad, el capitán se agachó a ayudarla. La muchacha, agradecida, partió una nuez con una piedra y se la ofreció por ser tan galante.

Intercambiaron una mirada y se obró la magia. Él no había sentido semejante sacudida en el pecho en todos sus años expertos en lances amorosos y lujuriosos. En cuanto a ella, sonrió porque su romántico corazón le dijo que acababa de encontrar ese amor sin igual que tanto tiempo llevaba esperando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él, saboreando la pecana que acababa de regalarle.

—Rosa.

A él le extrañó, a la vista de sus hermosos rasgos nativos.

—¿De verdad?

—Ése es mi nombre. ¿Y el tuyo, soldado?

Lo hechizó con su mirada traviesa; estaba claro que jugaba con él degradándolo de rango, puesto que miraba de reojo los galones de su guerrera.

—Capitán Jesús Navarro.

—¿De verdad? —bromeó, pagándole con la misma moneda.

Los dos se echaron a reír. Él se puso de pie y le ofreció su ayuda para levantarse. Cuando se unieron sus manos, los dos sabían que estaban enamorados.

A partir de esa mañana se citaban para verse en secreto, se amaban a escondidas de todos. Aunque las intenciones del capitán hacia Rosa eran honestas, tenían que ser cautos antes de escandalizar a unos y a otros con un matrimonio dispar.

Una noche, todo el poblado nativo despertó con gran escándalo. La madre

de Rosa no dejaba de chillar y de llorar, su padre se mesaba los cabellos bramando que su amada hija había sido raptada.

La noticia llegó a la guarnición de la misión y el capitán Navarro se calzó los pantalones y las botas. Un instante después estaba ante la casita de Rosa en mangas de camisa y tirantes. El gran Tehuan le explicó que sólo había alcanzado a verla a lomos de un caballo, un guerrero comanche la portaba tumbada sobre las piernas como un fardo. Sólo comprendió una palabra: *sacrificio*. Sospechaba que iban a realizar una ofrenda a sus dioses y que Rosa había sido la elegida para ser sacrificada por ser la hija de un jefe coahuilteco, pueblo que despreciaban por su buena relación con los españoles, y porque era doblemente traidora al haberse convertido a la religión que profesaban los soldados del ejército invasor.

—¿No se sabe adónde la llevan?

Todos los nativos coincidían en la misma opinión. La llevaban a la gran roca, un lugar mágico para las tribus tónkawas y comanches de la región. Creían que en ella moraban los espíritus de los guerreros más valientes.

—Capitán, al norte existe un lugar sagrado donde los comanches realizan sus sacrificios para pedir ayuda a los dioses —dijo Tehuan—. Es una enorme montaña de piedra pulida, la distinguirá desde la distancia porque brilla tanto que tendrá que apartar la mirada.

Uno de sus soldados, conocedor de lo sucedido, le había llevado su caballo ensillado. Desde lo alto de la montura, don Jesús Navarro se dirigió a la madre de Rosa.

—No llore, señora. Yo le devolveré a su hija —afirmó con una mirada confortadora—. Y se la quitaré de nuevo porque pienso pedir su mano para hacerla mi esposa. Aunque, si no regreso —dijo mirando a su soldado—, que busquen mi cuerpo y lo entierren en sagrado, porque voy a luchar por ella hasta la muerte.

Clavó espuelas y galopó más de cien kilómetros al norte hasta agotar al caballo. Tal como le habían contado, la gran montaña de piedra brillaba como

si fuera de plata. Y, en lo alto, ardía una hoguera. Ascendió ayudado de manos y pies. A mitad de camino se vio obligado a descalzarse porque el cuero de la suela de sus botas resbalaba sobre la piedra sin aristas y enlentecía su importante misión. Alcanzó la cúspide con los pies desollados, cuando las llamas ya acariciaban los bajos del vestido de Rosa, que chillaba atada a un poste.

La liberó de las sogas y, una vez a salvo, la besó con pasión y le juró amor eterno a la luz de la hoguera que por muy poco no había acabado con la vida de su amada.

Cuentan muchos testigos que han visto, en las noches de luna llena, arder llamas en la cima de la roca encantada. Se cree que las encienden los espíritus de Rosa y el capitán Navarro para que nadie olvide que no existe fuego más ardiente que el del amor verdadero.

Gracias, siempre gracias

Qué sería de mis libros sin todos esos lectores que, por fidelidad, simpatía, curiosidad o simple casualidad, se deciden a abrirlos y a disfrutar de las historias con final feliz que cuento en ellos.

Quiero dar las gracias a todos los librereros que recomiendan con entusiasmo mis novelas, especialmente a Juani y a Alicia Sánchez (Rido); a Chelo y a Cristina Soriano (Soriano); a Merche (Casa del Libro); a Eva Aguilar (Pinazo), de Valencia; a Juan Vicente Centelles (Argot), de Castellón; a Roberto Fernández (Centro), de Reinosa, Cantabria; a Ana Lara (Cala) de Maracena, Granada; a Noelia Castañeira (Paraíso) de Cádiz, a mi prima Rosa (Llorens Llibres) de Vilanova i la Geltrú, Barcelona; y a tantos y tantos que me dejo en el tintero. Mi aplauso agradecido por su impagable labor.

Gracias a todos los bibliotecarios que incluyen mis novelas en el catálogo de sus bibliotecas, en tantas partes del mundo como Alemania, Estados Unidos, Canadá, Holanda, la remota Australia y, por supuesto, tantas en España, por ofrecerse a darlas a conocer y ponerlas al alcance de los lectores de manera gratuita.

Gracias a Amparo Aliaga, que, una tarde improvisada de charla y café, compartió conmigo sentimientos preciosos sobre la maternidad.

A Diana Palmer, mi escritora más querida, que me aficionó a la narrativa romántica de vaqueros con su serie «Hombres de Texas». Mi humilde homenaje a esas novelas que tantas veces he releído, con el título de la mía.

Y a todas las lectoras y lectores fieles de esta y la otra orilla del Atlántico, que disfrutan con mis novelas, las recomiendan, las valoran y comparten sus opiniones en las redes sociales. Difundiéndolas entre nuevos lectores me hacen el mejor y más encomiable regalo.

Referencias a las canciones

Cómo te atreves, Universal Music Spain, interpretada por Morat.

San Antonio Rose, CTS Digital, interpretada por Patsy Cline.

El Paso, Universe, interpretada por Marty Robbins.

Viva Las Vegas, Sony Music, interpretada por Elvis Presley.

The House of the Rising Sun, ISIS Sarl, interpretada por The Animals.

La rosa amarilla de Texas (Yellow Rose of Texas), OK Records, interpretada por Ray Conniff.

(Ghost) Riders in the Sky, Sony Music Entertainment, interpretada por Johnny Cash.

Biografía

Olivia Ardey nació en Alemania, pero poco tiempo después su familia se trasladó a Valencia, donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros. Adora viajar, pasear por las calles de cualquier ciudad y veranear rodeada de rascacielos. Además de cuentos y relatos publicados en diversas antologías, es autora de diez novelas románticas; cuatro de ellas, *Dama de tréboles*, *Delicias y secretos en Manhattan*, *Una chica con estilo*, *Un duque sin honor*, de ambientación histórica, y *Bésame y vente conmigo*, *Tú de menta y yo de fresa*, *Doce campanadas y un beso*, *Regálame París*, *En la Toscana te espero*, *Si te quedas en Escocia*, *Un verano en la Provenza*, *Con sabor a Irlanda*, *Amore se escribe con licor de limón* y *La asombrosa bibliotecaria de Little Rock* de trama contemporánea. Con ellas ha consolidado un merecido hueco en el género romántico gracias a su sólida prosa y sus inéditas tramas. Olivia Ardey ha sido distinguida, entre otros, con el Premio DAMA 2013 a la Mejor Novela Romántica Actual, Premio AURA 2014 a la Escritora Romántica del año y Premio Púrpura Romántica de Honor 2015.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<<http://oliviaardey.blogspot.com.es/>>.

Los hombres de Texas no hablan de amor
Olivia Ardey

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Aimee Junnila – Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Olivia Ardey, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20526-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Olivia Ardey
Los hombres
de Texas no
hablan de
amor

